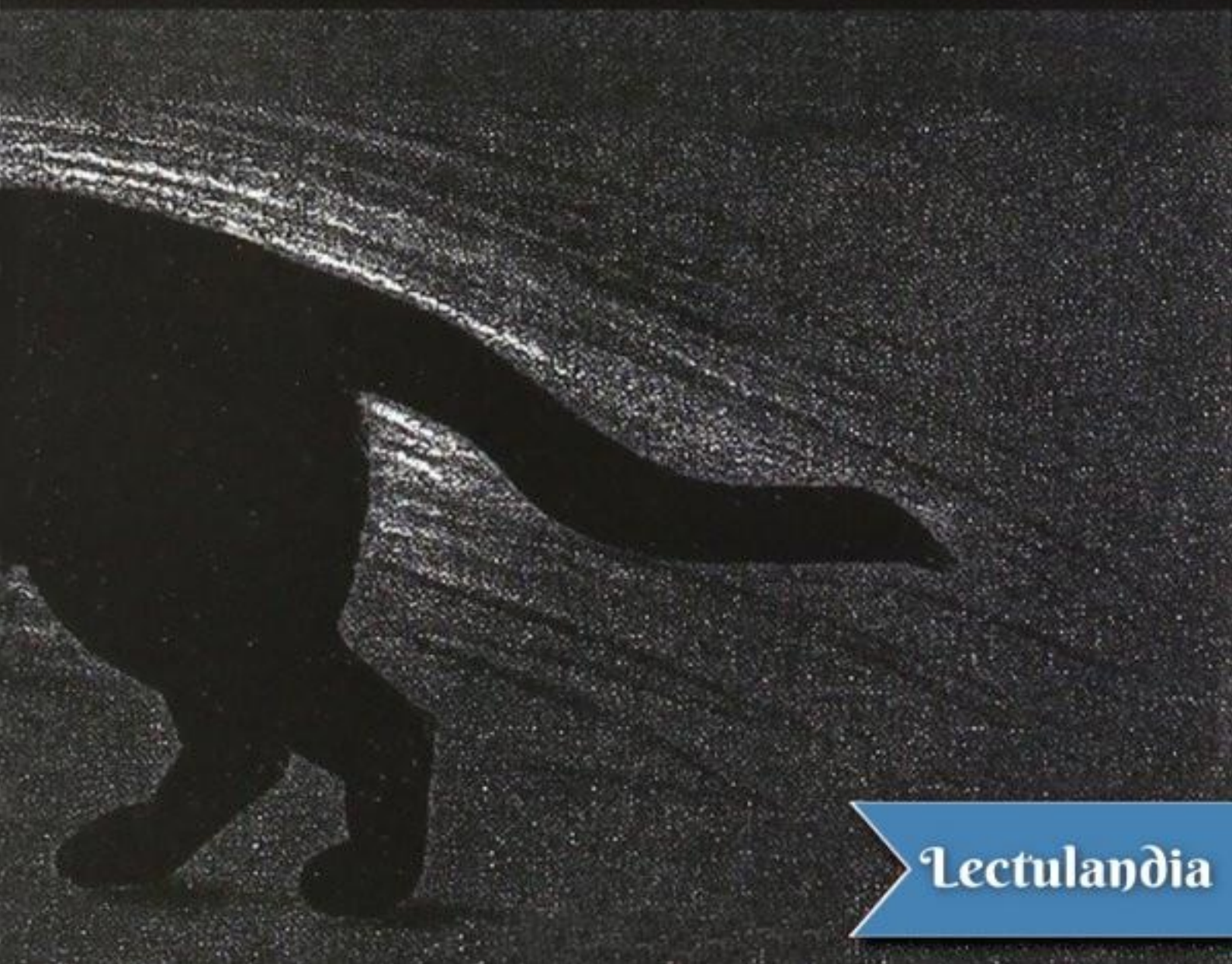
Akif Pirinçci

Felidae



Lectulandia

Francis es nuevo en el barrio. Se ha mudado con su «abrelatas», es decir su dueño, a una casa cuyos extraños ruidos y peculiaridades ambientales le hacen sospechar que allí hay algo que no anda bien. Y cuando, al hacer su primera inspección, tropieza con un miembro de su especie asesinado de manera brutal, no puede impedir que su curiosidad lo impulse a investigar lo sucedido. A partir de ese momento se desenvuelve con velocidad felina una historia de sorpresas y horror que llevará al lector a continuar dando vueltas las páginas para seguir las silenciosas pisadas de un gato empeñado en descubrir la verdad. Sus hallazgos entretejen la trama de una fábula realista e inteligente hecha con ironía y sentido del humor, cuyas resonancias siguen vigentes hoy en día.

Lectulandia

Akif Pirinçci

Felidae

ePub r1.0
helike 21.10.13

Título original: *Felidae*
Akif Pirinçci, 1989
Traducción: Irene Dun de Leal

Editor digital: helike
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Uschi y Rolf, los mejores.
Y para Cujo y Pünktchen, los más sagaces.

Sobre un libro titulado «Felidae»

Los periodistas tienen la desesperante costumbre de querer saberlo todo con lujo de detalles. No se les puede tomar a mal, pues al fin y al cabo les pagan por eso. Pero existen ámbitos en los que el interrogado quizá no tenga demasiadas ganas de llamar a las cosas por su nombre, en primer lugar porque la respuesta le llevaría mucho tiempo, y luego porque la complejidad del tema resultaría muy poco apropiada para un libro de éxito y fácilmente accesible. Ambas cosas son válidas cuando me interrogan sobre el origen de *Felidae*, el libro que recoge las aventuras detectivescas del gato Francis.

Los que están fuera tienden a reducir el origen de un libro a un único elemento desencadenante, e invocar una y otra vez el tan célebre como desacreditado rayo inspirador, probablemente porque creen que algún día podría llegarles también a ellos. Pero como yo soy un autor sin escrúpulos, serán atendidos por mí tal como lo desean y esperan. Una tarde gris —es lo que suelo contar—, estaba yo en mi habitación, deprimido y hecho polvo, cuando de pronto hizo su aparición mi gato Cujo. Lo seguí al jardín, donde él, con aire misterioso, se dedicó a observar a sus compañeros y compañeras que, al parecer, se habían dedicado a perpetrar actividades delictivas, como podrían ser lesiones corporales, violación de la paz hogareña o intento de violación con robo (de comida para gatos). Y ahí mismo surgió todo; el gran escritor concibió la idea genial: una historia detectivesca en la que los papeles principales estuvieran encomendados sólo a gatos, y en la que una serie de sangrientos crímenes fuera esclarecida entre los compañeros de especie con la ayuda de instintos gatunos.

Ahora bien, esto es sólo una verdad a medias. El chispazo inicial de *Felidae* y las distintas fases de inspiración a lo largo de ocho meses de trabajo son de naturaleza más difícil y están vinculadas a un sinnúmero de casualidades. Quiero aprovechar esta ocasión para mostrar los intrincados senderos por los que un libro de éxito ha de abrirse paso en la realidad, y el enorme significado que, en este proceso, debe atribuírsele a la alternancia de buena y mala suerte. Claro está que tampoco voy a revelar toda la verdad sobre el particular, ya que quiero conservar los últimos secretos para mí solo.

Todo empezó con Rod Stewart. Hace mucho, mucho tiempo, debió de ser hacia 1987, escuché en la radio una canción suya, «Every Beat of My Heart», una balada amorosa de tono melancólico que a mí, viejo melancólico, me dejó fascinado. Pero luego, ¡horror!, vi en la televisión el videoclip correspondiente y mi desilusión fue total. Hasta donde recuerdo, el buen viejo Rod estaba de pie ante un micrófono e iba desgranando esa estupenda canción con el éxtasis de un reumático. Como soy un

hombre que piensa mucho en imágenes, me indignó sobremanera que hubieran ilustrado con tan poca imaginación una melodía tan hermosa. Por qué me encapriché tanto con esa canción y me indignó aquel videoclip es algo que hoy no logro explicarme por más esfuerzos que haga. Sospecho que fue por voluntad de Dios, como lo demostrará el curso ulterior de la historia.

Al día siguiente volví a escuchar la canción. Y como la ocupación principal de un escritor sin recursos consiste en meditar apesadumbrado, o, dicho en términos más profanos, en no hacer nada, intenté crear mentalmente mi propio videoclip. ¡Mucho ojo, que ahora entra en acción el gato! Cujo, un muchachón atigrado, muy hermoso y de una inteligencia excepcional, que había sido un fiel compañero de lucha en todos esos años de miseria porque tenía la costumbre de escuchar con atención todas mis cuitas y, mientras me oía, mirarme con cara comprensiva, apareció de pronto en la puerta. Una vaga idea surgió en mi cerebro. Y ante el ojo de mi mente vi un gato vagabundo y venido a menos, que merodeaba cada noche en torno a una casa de postín en cuyo mirador se instalaba una seductora gata blanca luciendo un collar de piedras preciosas. La dama parecía ser de origen noble, y nuestro pobre gato arruinado sabía perfectamente que jamás podría acercarse a ella. Pero estaba enamorado, funestamente enamorado, y por eso cantaba «Every Beat of My Heart». Con la voz de Rod Stewart, se entiende.

La idea me pareció enternecedora y muy divertida. ¡Éste es el videoclip que hubierais debido rodar, idiotas!, grité hacia las paredes de mi habitación mientras Cujo me miraba con los ojos muy abiertos, como si yo hubiera perdido la razón, suposición que, en aquel tiempo, no era del todo descabellada. En cualquier caso, la escena no cesó de perseguirme unos cuantos días, hasta que me pregunté qué me fascinaba tanto en ella. Y encontré la respuesta. En mi imaginación no estaba viendo unos graciosos duendecillos, sino auténticos gatos vivos que, observados más de cerca, maquinaban de hecho intrigas gatunas. Los gatos vagabundos también aspiran en la realidad a colarse en casas elegantes, en parte porque sospechan que en ellas hay comida, y en parte, también, ocasiones para multiplicarse. Una mezcla de sensaciones humanas primitivas y estrategias vitales animales, aseguraba, pues, el encanto de aquella escena imaginaria.

Dos semanas más tarde —Rod y el vagabundo se me habían borrado prácticamente de la memoria—, recibí una carta. El asesor literario de una editorial había leído mi primera novela, *Las lágrimas son siempre el final*, y me invitaba a la Feria del Libro de Frankfurt para averiguar algo sobre mis planes futuros. Sobre todo le interesaba, me dijo, la novela en la que estuviera trabajando actualmente. Si el proyecto le gustaba, hasta podríamos hablar de un anticipo. Poco me faltó para dar saltos de alegría al leer aquellas líneas. En cualquier caso, era la primera carta que alguien vinculado al mundo editorial me escribía por iniciativa propia. Y empecé a

imaginarme un futuro glorioso como gran novelista.

Sólo había un pequeño problema, no muy complejo, pero tan molesto que abría unas cuantas grietas en la imagen radiante del novelista universalmente admirado. No estaba trabajando en una novela, y no sólo eso: ni siquiera tenía un proyecto de novela en mi almacén. Después de mi primer libro, me había abierto paso como guionista sin conseguir éxito alguno, lo cual puede que no suene tan mal en la biografía de un escritor, pero en la realidad era algo francamente humillante y penoso, pues vivía en gran parte a costa de mi amiga de entonces.

Hasta que empezase la Feria tenía que surgir, pues, alguna idea, algo sensacional y refinado, una historia que indujese a aquel hombre a fundar una religión por pura veneración hacia mí. Y me puse a darle vueltas y más vueltas al asunto. Entretanto —ya era medianoche pasada—, Cujo se había instalado en mi escritorio y dormitaba feliz y tranquilo. De rato en rato abría ligeramente un ojo para espiar si yo daba muestras de querer irme a la cama y así poder seguirme. Cuando mi mirada se detuvo en mi gracioso amigo, que cultivaba sus ritmos de actividad cotidianos como un aristócrata situado por encima de cualquier estrés, volvió a mi memoria la canción de Rod Stewart, y con ella un ligero presentimiento que, como la grieta de un muro, permitía echar una ojeada parcial sobre un reino herméticamente cerrado. ¿Qué tal una historia policíaca con gatos?, pensé de pronto. No una fábula, ni un producto kitsch a lo Walt Disney, ni un cuento para niños, sino una novela que le hiciera justicia al animal tanto en la esfera de su comportamiento como en un plano filosófico.

Muchas veces me habían arrancado del sueño, en plena noche, unos alaridos bestiales lanzados por gatos acosados o enzarzados en algún combate en los jardines que había detrás de nuestro apartamento, situado en una planta baja. Sabía con qué brutalidad podían atacarse a veces estas bestezuelas. ¡Cuántas veces había visto regresar a Cujo y a su compañera de piso, Pünktchen, con el morro sangrante o el pellejo rasgado! Violencia, sexo y siempre la negrísima noche, ¿qué más podía pedirse para una historia policíaca? Y aún sabía algo más: ningún gato se parecía a otro. Algunos eran bravucones empeñados en buscar pleito, a los que les gustaba andar siempre a la greña. Otros eran las víctimas ideales, criaturas pisoteadas que se hallaban en el grado más bajo de la jerarquía y servían como *punchingball* a sus compañeros de especie. Otros, a su vez, se comportaban como detectives natos. La cautela era su divisa; preferían ponderar la situación y utilizar la inteligencia antes que llevarse una sorpresa desagradable. Como era el caso de mi Cujo, a quien quería por encima de todo.

El detective que tenía en mente debería reunir en su persona muchas cualidades. Poseer, por ejemplo, la formación y la erudición de un hombre de letras, la agilidad deportiva de un atleta de alta competición, el talento combinatorio de un genio, la

capacidad de amar de un Don Juan y la probidad ética de un teólogo de la moral. Pero ante todo debería ser arrolladoramente simpático, un tipo al que fuera imposible no querer. No es de extrañar que ningún hombre entrase en consideración.

El caso detectivesco debería extraer su materia inflamable directamente del ardiente corazón de este animal fetiche, abordar del mejor modo posible la problemática de la criatura incomprendida sin intentar disimular los lados sombríos del gato: su egoísmo sin escrúpulos, el hecho de ser un animal de presa intacto, domesticado sólo a medias, vale decir un oportunista, su omnipresente proclividad a la violencia y al esnobismo y, *last but not least*, su maligna inteligencia. La ventaja de una historia semejante era palmaria: como iba a tener lugar en un mundo arcaico, era posible remontarse a las raíces mismas de la literatura policíaca, a los personajes del detective omnisciente y del asesino demoníaco, a la amedrentada comunidad de quienes imploran ayuda, y a una serie de escenarios extravagantes. Los impenetrables aparatos policiales y las complejas neurosis de una sociedad humana tal como aparece en cualquier novela policíaca moderna deberían pasar a un segundo plano en este mundo fácilmente abarcable. Y así se reanimaría de paso la buena historia detectivesca de antes, del más puro estilo Agatha Christie.

Con estas ideas básicas en la cabeza me fui a la Feria y allí me encontré con el por entonces único admirador de mi literatura. Aún recuerdo perfectamente cómo nos sentamos en un café del recinto ferial y yo, con un torrente verbal producto de la euforia, le di la lata al pobre hombre hablándole de mi proyecto novelesco sobre los gatos, del que yo mismo sólo tenía una vaga idea. En algún momento me quedé sin aliento, pero al menos tenía la sensación de haberle dicho lo esencial. El señor asesor literario calló durante una breve eternidad, luego miró su taza de café vacía con aire consternado y soltó por fin la sentencia decisiva: «¡Es la estupidez más grande que he oído nunca!». Hoy me procura una satisfacción enorme saber que con aquella frase le hizo un ñaco servicio a su editorial. Pero en aquel momento, en aquel desolado café, el mundo se me cayó a los pies. Me hallaba en presencia de alguien que creía en mí, que estaba incluso dispuesto a financiar mi vida durante los próximos meses, y yo acababa de contarle la estupidez más grande que había oído nunca. Dijo que debería inventarme algo mejor, que esa «estupidez infantiloide» no la leería nadie. Hasta me propuso que escribiera sobre mis experiencias como guionista fracasado, ni más ni menos que una especie de Günter Wallraff de la industria cinematográfica alemana. Pero yo ya había empezado a romper lazos con el mundillo del cine, y ni siquiera me apetecía mostrar todo aquello a gente que siempre se había acercado a mis obras con rechazo e ignorancia. Nos dimos un apretón de manos, y él se marchó con una nueva desilusión sobre la joven literatura alemana en su haber.

En el camino de vuelta me asaltó una terrible sensación de fracaso. Cómo has podido presentarte ante un hombre tan importante con esa idea descabellada, me dije

en tono de reproche. Sí, el tipo tenía toda la razón, nadie se interesaría por un libro en el que unos cuantos gatos se masacrasen unos a otros y una bestezuela con bigotes intentase emular a Sherlock Holmes. Había perdido definitivamente el escaso talento que me quedaba.

El castigo llegó en seguida. Mi amiga y yo nos quedamos muy pronto sin blanca, y una hermosa mañana de verano tuvimos que preguntarnos cómo podríamos procurarnos la cena. Algunos amigos tenían por costumbre traernos paquetes de comida cada vez que nos visitaban. Pero aquella mañana ya habíamos llegado realmente a un punto límite. Aunque todavía pudimos reírnos de nuestra situación y calificar en broma nuestro desayuno de «última comida de un condenado a muerte», era evidente que yo tenía que buscarme un trabajo en el curso de un día. Mi amiga trabajaba por entonces como dependienta en una boutique durante el día, y luego seguía en un bar como camarera… ¡hasta las dos de la madrugada! Pero casi todo el dinero se nos iba en pagar gastos fijos. Me busqué, pues, un trabajo y encontré uno que, en cierto modo, parecía marcar simbólicamente el principio del fin de mi carrera como escritor, apenas iniciada.

Me encomendaron la honrosa tarea de repartir el periódico matutino en nuestro barrio, trabajo que implicó un cambio nada positivo en nuestros hábitos de vida. Tenía que acostarme sobre las diez de la noche para poder levantarme a las cuatro de la madrugada y, media hora más tarde, recoger el gran paquete de periódicos en el quiosco. Para explicar cómo surgió exactamente *Felidae*, tendré que decir unas cuantas palabras sobre el barrio en el cual vivo. Se trata de una zona antigua de la ciudad que no fue destruida por los bombardeos en la Segunda Guerra Mundial, y que se halla bajo protección oficial casi en su totalidad. Las casas están agrupadas de tal modo que forman enormes rectángulos herméticamente aislados, con encantadores jardines interiores. Resulta comprensible que esos oasis verdes constituyan un auténtico paraíso para los gatos, un reino que además permanece oculto a la mirada de los transeúntes, y en el cual esta especie animal lleva su vida secreta y utiliza las paredes de los jardines casi como autopistas.

Durante mi penoso recorrido diario pude observar, sin embargo, que los gatos se las ingeniaban para llegar hasta los jardines delanteros de las casas y las idílicas calles precisamente en la madrugada, entre las cuatro y las seis. A esa hora no había un alma en la calle y reinaba siempre una paz celestial. Los felinos solían formar pequeños grupos o se quedaban aislados en lugares expuestos, como un cubo de basura, por ejemplo, y parecían estar sumidos en un silencioso diálogo. Era una escena bastante espectral, pues su comportamiento recordaba en muchos aspectos el de los miembros de una sociedad secreta. Probablemente sea ésa la hora en que forjan sus planes secretos contra nosotros, los humanos, pensaba divertido mientras iba introduciendo los periódicos doblados por las ranuras destinadas a las cartas. Pero

¿qué secretos podían intercambiar? ¿Qué planes explosivos podían estar fraguando? Y de pronto, simplemente a partir de una especulación absurda, surgió el argumento de *Felidae*: ¡los gatos aspiran a dominar el mundo!

El fin de semana siguiente quise ir a buscar a mi amiga al local donde trabajaba. Como aún faltaba un buen rato para que terminara su trabajo, me senté en la barra, pedí una copa de vino y me dispuse a matar el tiempo entregado a mi ocupación preferida: soñar despierto. Volví a pensar en los gatos de las calles matinales y en sus presuntas malas intenciones. Debían de tener una especie de cabecilla, algún jefe sombrío con intenciones sombrías, especulé. Y de pronto vi delante de mí a aquel gato siniestro, y hasta oí su voz sonora que dijo: «¡El mundo es un infierno! ¿Qué importa lo que en él suceda?». Por cierto que la frase no se le había ocurrido a él, sino que era una cita de un clásico de Hitchcock, *Shadow of a Doubt*, las palabras del asesino de mujeres, que desprecia a los seres humanos y por eso considera perfectamente legítimos sus abominables crímenes. Anoté rápidamente estas palabras en un posavasos, y en un abrir y cerrar de ojos estuvo listo el inicio del libro. Después tuve muy clara una cosa: tenía que escribir esa novela, fuera o no una estupidez infantiloide. De lo contrario existía el peligro de quedar condenado a pensar una y otra vez, hasta la hora de mi muerte, en aquellos gatos espectrales y en sus abyectos planes para dominar el mundo, y a hacerlo en las situaciones y los lugares más inverosímiles. Era probable que en algún momento perdiese el juicio y echase a correr desnudo por las calles lanzando potentes maullidos.

La fase de mi vida en la que trabajé en *Felidae* fue la más extraña de cuantas he atravesado. Por un lado estaban las preocupaciones pecuniarias que no tenían cuándo acabar y más bien se potenciaban. Por el otro, me fui sumergiendo con tal intensidad en el apasionante mundo de los gatos que, en cierto modo, éste me sirvió de droga para evadirme de mi desolada realidad.

Siguieron luego amplias investigaciones en hogares para animales sin dueño, en casas de entusiastas incondicionales de la especie gatuna, que idolatraban a sus inquilinos de orejas puntiagudas, y en Institutos que realizaban atroces experimentos con estos felinos. Pero lo mejor fueron las mil y una casualidades que asumieron el trabajo de mi imaginación en los pasajes más importantes de la historia. Unos cuantos ejemplos… Lo esencial de mi labor investigadora consistía en revisar todo lo que los especialistas hubieran escrito sobre los gatos. Ya en el primer libro que conseguí sobre el tema tropecé con una perla. Muy al principio podían leerse las siguientes líneas: «Los gatos constituyen una familia bien delimitada dentro de los carnívoros; pertenecen a la clase de los mamíferos y su nombre científico es *felidae*». Esta palabra me fascinó de entrada, ejerciendo sobre mí una atracción mágica. Tenía un sonido misterioso, y me hizo pensar en un conjuro con el que se podían evocar imperios desaparecidos. Me bastó, pues, una fracción de segundo para dar con el

título de mi sangrienta saga gatuna. ¡No estaba mal para empezar!

Y después de unas cuantas páginas me vi libre de otro problema. Me había imaginado que sería muy difícil hacerle creer al lector que los gatos se matan de verdad unos a otros. Ante todo, ¿cómo lo llevan a cabo? Mi propósito era aventurar la nebulosa explicación de que el asesino y la víctima combatían hasta que esta última sucumbía a sus múltiples heridas. Sin duda habría sido ilógico que el asesino se arriesgase una y otra vez a entablar un combate molesto y peligroso, pero por muchos esfuerzos que hiciera, no se me ocurría una solución mejor. Por suerte no metí la pata. Pues leí que, a veces, los gatos se matan de hecho con total sangre fría mediante el llamado mordisco en la nuca, que suelen aplicar en la caza de ratones. Un leve crujido en la noche, y el rival o el competidor del barrio subía en seguida al cielo de los gatos.

Y de esa manera tan agradablemente sorprendente seguí avanzando paso a paso. Tras las veinte primeras páginas empezó a parecerme demasiado tonto escribir cada tres frases la palabra «gato», porque así se habría evidenciado, sin querer, una diferencia entre los mundos humano y gatuno. Además, los lectores tampoco debían tener delante todo el tiempo a unos animalitos graciosos que apenas les infundiesen miedo, sino a criaturas fuertes y voluntariosas, auténticos gángsters de la noche. Por eso hice algo que aún no se ha hecho nunca en un libro sobre animales: simplemente omití el nombre del animal, y no hay una sola línea en la que aparezca la palabra «gato».

Siguieron otros golpes de suerte. Por aquellos días, mi amiga, que cursaba estudios paralelamente, solía empollar en la habitación de al lado preparando su examen final de latín. En el aire zumbaban vocablos latinos, y aunque mis conocimientos de latín se limitaran a *vinum* y *spiritus*, algunas palabras acabaron filtrándose en mi subconsciente y contribuyeron a dar nombre al falso profeta del libro. Así maté dos pájaros de un tiro. Por un lado, el nombre latino envolvió a este personaje mítico en un aura arcaica y altamente misteriosa, y, por el otro, me permitió poner de relieve la formación inusualmente elevada de Francis. Además, era preciso descifrar el significado del nombre, tarea que debía mantener mucho tiempo ocupada la sustancia gris de mi héroe y, por consiguiente, también la del lector.

O bien el asunto del ordenador, que tuvo lugar realmente. Mi escasez de dinero crónica me obligó a interrumpir una vez el trabajo para esbozar la primera versión de dos guiones cinematográficos, por los que recibí la fabulosa suma de seis mil marcos. Como ya no lograba controlar las numerosas revisiones de mis textos, decidí comprarme un ordenador por la mitad de esa suma y guardar el resto en la hucha destinada a los gastos domésticos. Hacía apenas dos días que tenía el aparato en mi habitación, cuando sorprendí a Cujo manipulando el teclado con sus patas, al tiempo que miraba con curiosidad la pantalla. Quizá los gatos entiendan algo de ordenadores

y se lo oculten a los hombres, pensé muy seriamente. Así surgió la idea de las manipulaciones de Pascal con el ordenador de su amo.

Aún podría hablar de algunas inspiraciones cuyas raíces hay que buscar en aquel período de mi vida que, pese a su amarga pobreza, fue de una plenitud tan extraña como inconcebible. Pero todavía me esperaba la gran prueba. Cuando tuve 180 páginas listas, empecé a enviar el manuscrito a distintas editoriales…, para cosechar sólo respuestas negativas: treinta en total. La razón: ¡estupidez infantiloide! Una dama particularmente inteligente que hacía informes de lectura se tomó incluso la molestia de explicarme, en cuatro páginas rellenas hasta los márgenes, por qué ese libro jamás sería un éxito. Que en mis manos tenía un bestseller es algo de lo cual me enteré, sin embargo, a través de otra dama, aunque ella misma no lo viera así: la carta de rechazo de otra editorial me llegó cuando yo ya estaba totalmente insensibilizado contra el torrente de negativas y apenas era capaz de seguir las argumentaciones. Y entonces ocurrió algo en verdad sorprendente, algo que probablemente aún no le haya ocurrido a ningún autor. Tres días después de que llegara la ominosa carta sonó el teléfono, y una asesora literaria se anunció al otro lado del hilo, presentándose como la severa causante de aquel rechazo. La alegría me dejó sin habla, pues supuse que habría cambiado de parecer súbitamente y ahora querría recomendar la publicación del libro. ¡En absoluto! La dama, toda una experta en literatura, repitió uno a uno los argumentos que, desde su punto de vista, hubieran hecho inevitable un rechazo. Yo estaba echando espumarajos de rabia, pues me pareció un caso de sadismo particularmente perverso que me refregase de nuevo por las narices el fulminante contenido de su carta. Pero, de pronto, mi interlocutora formuló un deseo muy curioso. Me pidió el resto del manuscrito. Sorprendido, le pregunté si aún quedaba algún atisbo de esperanza. No, me explicó fríamente, era un deseo puramente personal. Viendo que yo insistía, me confesó por último que aunque no tenía muy buena opinión del libro, quería saber a toda costa cómo seguía la historia, y sobre todo quién era el asesino… a título puramente personal, eso sí.

En junio de 1989 apareció finalmente *Felidae* en una tirada de siete mil ejemplares. Un mes más tarde mi vida empezó a transformarse en proporciones que no hubiera podido imaginar ni en mis sueños más atrevidos. Aún había tenido que resistir diez meses hasta la publicación. Al escribir las últimas líneas me eché a llorar como un perrillo faldero sobre el teclado del ordenador, en parte emocionado por el melancólico final, y en parte debido a la terrible certeza de que con las frases conclusivas me había catapultado fuera del fascinante reino de los astutos y malvados gatos. ¡Lástima! Me habría encantado quedarme en él un tiempo más.

Laberíntico y lleno de espinas es el camino que va desde la primera idea hasta la palabra *fin*, triste y redentora, que se coloca bajo la última línea de un libro. Claro que uno sabe cómo discurrirá una historia en líneas generales, y conoce sus distintos giros

y puntos culminantes. Pero a menudo se topa con personajes nuevos al borde del camino, figuras variopintas que no había tenido en cuenta para nada al esbozar el libro. Surgen repentinamente, y uno las acoge porque intuye que van a enriquecer la historia. O bien ésta toma un giro inesperado que lo sorprende a uno mismo. No creo mucho en esas declaraciones coquetas de algunos colegas según las cuales sus personajes novelescos tiran en algún momento de los hilos y configuran la acción de manera muy distinta a como el autor se lo había propuesto. No, yo soy el único dios en mi universo de letras, y ninguna decisión se toma sin mi consentimiento. No obstante, también es cierto que en una novela nunca se puede ni se debe planear todo detalladamente, pues en el reino de la fantasía uno se encuentra cada día con seres y cosas nuevas que relumbran más que las sutilezas imaginadas dos días antes. Y eso es lo que me ocurrió con *Felidae*.

Mientras escribo estas líneas, Cujo está durmiendo sobre su manta preferida, la que recubre el sofá. Ha envejecido desde el día en que aquel malvado triste y lúcido inició el libro *Felidae* con las palabras «¡El mundo es un infierno! ¿Qué importa lo que en él suceda?». Pero la astucia y el espíritu aventurero siguen destellando como siempre en sus ojos verdes. No deja de observar a su gente con mirada perspicaz y, al parecer, se va haciendo una idea de ellos. Y cuando el aullido estridente de algún congénere desgarra la noche, se incorpora en seguida y vuela al jardín para iniciar las investigaciones. No puedo decir si sabe que Francis surgió a su imagen y semejanza. Pero tal vez sepa mucho más de lo que yo sospecho. Después de todo, nunca dejó de dormitar encima de mi escritorio durante la apasionante gestación de *Felidae,* y a veces miraba la pantalla de reojo. Quién sabe, quizás él haya corregido algunas faltas a mis espaldas o introducido algunos cambios en la acción porque le parecía muy poco gatuna, o fuera el responsable de que una vez el ordenador se «colapsara» y se perdiesen irremisiblemente unas trece páginas. También durante la composición de *Francis - Felidae II* él estuvo siempre cerca de mí, procurándome las inspiraciones más importantes mediante su sola presencia. Sencillamente me obligaba a pensar con el espíritu de una gata… ¡perdón!, de un gato. Mi gratitud hacia él por este inestimable servicio no tendrá nunca fin, así como la comida tampoco se agotará jamás en su escudilla. Te quiero, hombrecillo, estés donde estés: en tu país de los sueños cuando duermes, ese país donde la leche fluye y corren los ratones, en la jungla de los patios traseros donde castigas a usanza gatuna las violaciones territoriales, y en los tortuosos sótanos y desvanes donde tu curiosidad te impulsa a hacer indagaciones que una mente humana jamás entenderá. Te quiero con *Every Beat of My Heart*.

El autor,
Munich, 1994

E hizo Dios las bestias salvajes según sus especies,
los animales domésticos según sus especies,
y los reptiles del suelo según sus especies.
Y vio Dios que estaba bien.

Génesis

¡El mundo es un infierno! ¿Qué importa lo que en él suceda? Está organizado de tal forma que una desgracia arrastra a otra. Desde que el mundo es mundo hay en él una reacción en cadena de sufrimientos y crueldades. Quizá ocurra lo mismo en cualquier otro lugar, en lejanos planetas, astros y galaxias… ¿Quién sabe? Sin embargo, el colmo de la monstruosidad en este universo y en todos los universos desconocidos es, casi con total certeza, el hombre. Los hombres son así… Malos, ruines, solapados, egoístas, avarientos, crueles, locos, sádicos, oportunistas, sanguinarios, maliciosos, traicioneros, hipócritas, envidiosos y —sí, eso ante todo— ¡tontos de remate! Así son los hombres.

Pero ¿qué pasa con los *demás*?

1

Si de verdad quieren escuchar mi historia —y les recomiendo encarecidamente que lo hagan— deben hacerse a la idea de que no van a oír nada agradable. Muy al contrario, los misteriosos acontecimientos en los que me vi envuelto el otoño e invierno pasados me llevaron a la conclusión de que la armonía y una vida tranquila son algo fugaz, incluso para los de mi especie. Hoy sé que nadie queda libre del horror omnipresente, y que el caos puede sobrevenir en cualquier momento. Pero para no correr el riesgo de aburrirlos con un discurso sobre los tenebrosos abismos de nuestra existencia, será mejor que pase a contarles la historia, una historia triste y perversa.

¡Todo comenzó cuando nos mudamos a esta maldita casa!

Lo que yo más detesto en la vida, y —puesto que en mis momentos filosóficos me inclino a creer en la teoría de la reencarnación— seguramente he detestado en vidas anteriores, son las mudanzas y todo lo que conllevan. Aun la menor irregularidad en el curso de mi rutina diaria me precipita en un profundo pozo de depresión del que solamente consigo salir con un gran dominio de mí mismo. En cambio, mi ingenuo compañero Gustav y los que son como él cambiarían gustosamente de vivienda cada semana. Hacen un culto demencial de la decoración de interiores, incluso compran revistas especializadas en la materia (que en realidad los incitan a mudarse una y otra vez), organizan apasionados debates sobre el tema hasta altas horas de la madrugada, llegan a las manos discutiendo sobre las ventajas higiénicas de un asiento de wáter de tal o cual forma, y están constantemente a la expectativa de encontrar un nuevo domicilio. Se dice que en Estados Unidos una persona puede cambiar de lugar de residencia hasta treinta veces a lo largo de su vida. Para mí, esto debe ocasionar sin duda un daño irreparable en sus facultades mentales. A mi juicio, tan mala costumbre sólo tiene una explicación: a esos cretinos dignos de compasión les falta paz interior, carencia que intentan compensar a fuerza de incontables mudanzas. En suma, padecen una desmesurada neurosis obsesiva. Es seguro que el Creador no les ha dado manos y pies a los hombres para que transporten sin cesar muebles y enseres de una vivienda a otra.

Ahora bien, debo admitir que nuestro piso anterior tenía sus defectos. En primer lugar, esos millones de escalones que había que subir y bajar a diario si uno no quería convertirse en una especie de Robinson Crusoe urbano. Aunque el edificio no era viejo, el constructor obviamente consideraba el ascensor obra del diablo y había condenado a los vecinos de su Torre de Babel a ese otro tradicional medio de trasladarse que es subir escalón por escalón.

Por otra parte, el piso era demasiado pequeño. Cierto es que para Gustav y para

mí había espacio más que suficiente; pero ya se sabe, con el paso del tiempo uno se vuelve exigente y quiere vivir en un sitio amplio y confortable y caro y elegante… en fin, todas esas cosas. Cuando se es joven y rebelde, todavía se tienen ideales, a menos que uno ya tenga un superpiso. Pero más adelante, cuando uno no tiene todavía el piso y se da cuenta además de que tampoco es el rebelde que creía ser, ¿qué queda? ¡Una subscripción anual a *Casa & Jardín*!

¡Nos mudamos, pues, a esta maldita casa!

Al mirar por primera vez a través de la ventanilla trasera del Citroën CX-2000, pensé de pronto que Gustav se había tomado la libertad de gastarme una broma de mal gusto, lo cual no me habría sorprendido en absoluto considerando su sentido del humor, más bien subdesarrollado. Es verdad que meses atrás le había oído hablar de «un edificio viejo», «unas reformas» e «invertir tiempo»; pero como Gustav entiende de restauración de casas menos que una jirafa de especulaciones bursátiles, pensé que se trataba únicamente de clavar el rótulo en la puerta. Sin embargo, llegado el momento, me di cuenta con horror de lo que realmente había querido decir con eso de «un edificio viejo».

Hay que reconocer que el barrio era muy distinguido, e incluso romántico. Un dentista habría tenido que someter a una considerable cantidad de empastes a sus víctimas para poder instalarse allí. Pero era precisamente la lúgubre estructura que en adelante habría de ser nuestra morada la que, al lado de todas aquellas casas de muñecas de finales de siglo, se destacaba como un diente podrido. Situada en una calle bordeada de árboles digna de una postal, donde la manía restauradora de los magos de la desgravación había alcanzado límites insospechados, esta ruina majestuosa parecía fruto de la imaginación de un autor de guiones de terror. Era el único edificio de la calle que no había sido restaurado, y yo intenté desesperadamente no adivinar la razón. Con toda seguridad el dueño había tratado de encontrar durante años algún tonto que se atreviese a poner los pies en semejante montón de escombros. Sin duda, cuando nosotros entráramos, la casa entera se desplomaría sobre nuestras cabezas. Gustav no brillaba por su inteligencia, pero hasta ese momento no me había percatado del alcance de su estupidez.

La fachada del edificio, adornada con innumerables fruslerías de estuco y llena de grietas, parecía la caricatura de un faraón egipcio momificado. Ese rostro terrorífico, gris y corroído, miraba fijamente como si tuviese un mensaje demoníaco para quienes permanecían aún en el reino de los vivos. Las contraventanas parcialmente rotas de los dos pisos superiores —deshabitados— según dijo Gustav, estaban cerradas. Un halo espectral envolvía aquellos pisos. Desde abajo no podía verse el tejado, pero habría apostado la cabeza a que estaba totalmente podrido. Como la planta baja, donde mi atolondrado amigo y yo debíamos instalarnos, se encontraba a unos dos metros por encima del nivel de la calle, sólo era posible echar una mirada a través de

los sucios cristales de las ventanas. Bajo el sol deslumbrante e implacable de la tarde vislumbré los techos manchados y el antiestético papel de las paredes.

Puesto que Gustav siempre se dirige a mí en un estúpido lenguaje infantil, cosa que no me molesta ya que yo utilizaría esa misma jerga primitiva si quisiese hablar con él, emitió unos sonidos guturales de entusiasmo cuando finalmente nos detuvimos ante la casa.

Si han llegado ustedes a la conclusión de que abrigo sentimientos hostiles hacia mi compañero, sólo tienen razón en parte.

Gustav… en fin, ¿cómo es Gustav? Gustav Löbel es escritor. Pero sus méritos como tal sólo se mencionan y elogian en la guía telefónica. Escribe «novelas cortas» para las llamadas «revistas del corazón», y son tan diestramente cortas que el argumento se agota en una hoja formato DIN-A4. Por regla general, sus golpes de ingenio se inspiran en la visión de un cheque de doscientos cincuenta marcos, ¡que es lo máximo que le pagan sus «editores»! ¡Y sin embargo, cuántas veces he visto a este concienzudo escritor luchar consigo mismo en busca de una frase aguda, un efecto dramático espectacular dentro de las limitaciones de su género o un aspecto del adulterio inadvertido hasta la fecha! Sólo a ratos, pero con regularidad, deja el universo creativo de los cazadotes, las secretarias violadas y los maridos que en treinta años jamás sospecharon que sus esposas se prostituían a sus espaldas, para escribir sobre lo que realmente le interesa. Como Gustav es licenciado en historia y arqueología, cuando encuentra tiempo se dedica a los libros de divulgación sobre la Antigüedad. Su especialidad son las deidades egipcias. No obstante, realiza esa tarea de manera tan prolija y exhaustiva que, tarde o temprano, todas sus obras resultan invendibles, y su idea de poder llegar a vivir de ellas se hace cada vez más impensable. Aunque su aspecto no difiere mucho del de un gorila y es el ser más gordo que conozco (pesa, para ser exactos, ciento treinta kilos), parece, como suele decirse, un niño grande. Y para colmo tonto. Su concepción de la vida se basa en la comodidad, la tranquilidad y la autocomplacencia. Gustav elude todo aquello que amenaza con romper esa santísima trinidad. Ambición y ajetreo son palabras desconocidas para este mentecato inofensivo, y para él valen más unos mejillones con salsa de ajo y una botella de chablis que una carrera brillante.

Así es Gustav, ¡y yo no me parezco en nada a él! No es extraño, pues, que dos personalidades tan distintas como las nuestras anden de vez en cuando a la greña. Pero mejor dejemos estar el asunto por el momento. Se ocupa de mí, me salvaguarda de las triviales molestias cotidianas, me protege de peligros, y sigo siendo el mayor amor de su plácida vida. Lo aprecio y respeto, aunque debo admitir que a veces hasta eso me resulta difícil.

Cuando Gustav consiguió colocar el coche entre los castaños que se alzaban frente a la casa (Gustav nunca ha comprendido la esencia del aparcamiento; para él,

aparcar es pura física cuántica), nos apeamos los dos. Mientras plantaba ante el edificio la totalidad de su imponente masa y lo miraba con ojos centelleantes, como si fuese obra suya, yo olfateé el lugar.

El penetrante olor a putrefacción proveniente del monstruo me alcanzó como un mazazo. Aunque corría un aire templado, los efluvios de la casa eran tan intensos que embotaron mis fosas nasales. De inmediato advertí que el hedor no procedía de los cimientos del edificio, sino que descendía desde las plantas superiores y empezaba a alargar sus pestilentes dedos hacia el piso donde en adelante debíamos, si no vivir dignamente, por lo menos existir. Pero había algo más, algo insólito, extraño, hasta amenazante. Aun para mí, que poseo doscientos millones de células olfativas cuya agudeza, puedo afirmar sin falsa modestia, es única incluso entre los de mi especie, resultaba extraordinariamente difícil analizar estos olores casi imperceptibles. Por más que humedecía mi nariz, no conseguía identificar esas extrañas moléculas. Así que recurrí a mi fiel órgano-J y «flemé» tan a fondo como pude[1].

Esto produjo el efecto deseado. Descubrí que, mezclado con el tufo a putrefacción de nuestro nuevo domicilio, se ocultaba otro olor peculiar. No obstante, no era de origen natural y tardé un buen rato en clasificarlo. De pronto caí en la cuenta: era una combinación de olores de varias sustancias químicas.

Ni que decir tiene que seguía sin saber cuál era la procedencia específica de los efluvios que emanaban de aquel castillo encantado, pero al menos había conseguido establecer su relación con sustancias sintéticas. Todos conocemos el olor que predomina en un hospital o una farmacia. Y era exactamente ése el olor que mi poderoso olfato había desenterrado de entre los repugnantes vahos de aquel cadáver de casa mientras yo, ajeno aún a los horrores que encontraría, me hallaba en la acera junto a mi radiante amigo.

Gustav revolvió ceremoniosamente en los bolsillos de su pantalón hasta que por fin sacó una desgastada argolla metálica de la que colgaban numerosas llaves. Introdujo el dedo índice, parecido a una salchicha, en la argolla, levantó un poco las llaves tintineantes y se inclinó hacia mí. Con la otra mano me dio unas palmaditas en la cabeza y comenzó a emitir alegres gorgoteos. Supongo que intentaba pronunciar uno de esos prometedores discursos que el novio dedica a la novia antes de cruzar el umbral de la puerta con ella en brazos, y entretanto sacudía las llaves sin cesar y señalaba hacia la planta baja para intentar explicarme la conexión entre las llaves y la vivienda. ¡Mi querido Gustav tenía el encanto de Oliver Hardy y las dotes pedagógicas de un herrero!

Una dulce sonrisa de complicidad se extendió por la cara de mi amigo como si hubiese adivinado mis pensamientos. Pero mientras dudaba si entrarme o no en brazos, me escabullí de entre sus dedos y corrí hacia los escalones delanteros de la casa. Cuando subía con cautela los peldaños desmoronados y recubiertos de hojas

amarillentas del otoño, me fijé en un rectángulo de un tono más claro nítidamente dibujado en el muro de ladrillo junto al quicio de la puerta. En las esquinas, clavados en la pared desde hacía tiempo, había unos tornillos oxidados. Las cabezas de los tornillos estaban rotas. Parecía como si se hubiese arrancado un letrero violentamente y con mucha prisa. Supuse que antes había habido en la casa una consulta médica o un laboratorio, lo cual explicaría el olor a sustancias químicas.

Mis pensamientos se vieron entonces bruscamente interrumpidos, pues mientras me hallaba en esa tesitura ante la puerta de mi futuro hogar, con la mirada fija en la placa ausente de la consulta del doctor Frankenstein, me subió otro olor a la nariz, por cierto muy familiar. Con total desconocimiento de las circunstancias territoriales del barrio, un congénere había dejado descaradamente su inoportuna tarjeta de visita en el quicio de la puerta. Puesto que acababa de mudarme allí, las cuestiones de propiedad quedaban claras, y no quise por tanto dejar pasar la ocasión de anular con mi firma las anteriores. Giré en redondo, me concentré tanto como pude y comencé.

El universal chorro biodegradable salió de entre mis patas traseras e inundó el sitio donde mi antecesor había dejado su memorándum. Todo estaba de nuevo en su lugar; por lo menos, se había restablecido el orden.

Gustav sonreía estúpidamente a mis espaldas igual que un padre cuando su bebé pronuncia sus primeras sílabas. Comprendía su pequeña alegría, pues a mi él también me parecía a veces un lindo bebé. Y mientras su risa ingenua se transformaba en un gruñido de exultación, se adelantó torpemente y, tras unas cuantas sacudidas, abrió la puerta con una llave vieja y herrumbrosa.

Atravesamos juntos un fresco corredor y llegamos a la puerta de nuestro piso, que me recordó de pronto la tapa de un ataúd. A la izquierda subía una desvencijada escalera de madera hacia los dos pisos superiores, desde los cuales parecía bajar la muerte en persona. Me propuse inspeccionarlos de inmediato para averiguar qué era lo que realmente había allí. Sin embargo, debo confesar que la sola idea de vagar por aquellas lúgubres habitaciones despertaba en mí un miedo atroz. ¡Gustav nos había llevado a un maldito mausoleo y ni siquiera se daba cuenta!

Por fin se abrió la puerta y desfilamos al unísono hacia un auténtico campo de batalla.

Era, para ser sinceros, un piso impresionante, pero curiosamente se encontraba en proceso de desintegración. Con todo, no era ese realmente el problema. El verdadero problema era Gustav. Mi estimado amigo no poseía las condiciones físicas ni mentales, por no hablar de las aptitudes artesanales, para restaurar tal ruina. Y si a pesar de ello se lo proponía seriamente, era porque el tumor cerebral que debía de tener, como yo sospechaba desde hacía tiempo, había cobrado mayores dimensiones.

Lenta y cuidadosamente me deslicé por las habitaciones, tomando nota de cada detalle. A la izquierda del ancho pasillo había tres cuartos que competían entre sí por

el premio a la ruina y la decadencia, y evocaban recuerdos del Gabinete del doctor Caligari. Eran todos grandes, daban a la calle y, como estaban orientados en dirección sur, probablemente se inundarían de luz en los días benévolos de primavera y verano. En ese momento no podía apreciarse plenamente ese efecto, puesto que el sol vespertino comenzaba a esconderse poco a poco detrás de la esquina. Al final del pasillo había otra habitación, que debía de ser el dormitorio. Ese cuarto tenía una puerta que daba al exterior. Justo al comienzo del pasillo, a la izquierda, se hallaba la cocina, por la cual se accedía al baño.

Todas las habitaciones parecían invadidas desde la Segunda Guerra Mundial (¿o quizá la Primera?) por gusanos, cucarachas, lepismas, ratas y varios imperios de insectos y bacterias. La idea de que alguien hubiese vivido allí recientemente era absurda. Tanto el suelo de parqué enmohecido como el techo estaban parcialmente hundidos. Todo olía a podrido y a orines de un ser no identificable que había evolucionado lo justo para poder orinar. Únicamente gracias a mi extraordinaria capacidad de aguante y a mi perfecto equilibrio hormonal no sufrí una crisis nerviosa a la vista de tamaño horror.

En cuanto a Gustav, se había vuelto repentinamente esquizofrénico. Al regresar consternado al pasillo tras inspeccionar la última habitación, el supuesto dormitorio, encontré a mi pobre amigo en la cocina, hablando animadamente consigo mismo. Para mi espanto, al instante constaté que la entusiasta conversación que sostenía con las viejas paredes de la cocina no giraba en torno al lamentable estado de aquel agujero sino que, por el contrario, expresaba su emoción por haber llegado al fin a la tierra prometida. Sentí lástima al ver a aquel hombre allí plantado, dando vueltas sobre su propio eje con los brazos extendidos hacia lo alto como si recordara una plegaria o practicase algún tipo de rito. Parloteaba sin cesar igual que si pronunciara un discurso ante las colonias de insectos y bacterias. De pronto me lo representé como uno de esos personajes secundarios sórdidos y alcoholizados de las obras de Tennessee Williams. Gustav no era uno de esos héroes trágicos por los que el público se echa a llorar cuando, al final de la tragedia, entrega su alma a Dios. Su vida era un drama completamente banal y soporífero de ésos en los que se basan los realizadores de televisión para hacer programas como «¡No hay que estar gordo!» o «Cómo reducir su nivel de colesterol». ¿Quién era, pues, este hombre? Un cuarentón corpulento y no demasiado inteligente que enviaba cariñosas felicitaciones de Navidad y cumpleaños a presuntos amigos que le hacían una visita cada diez años. Un hombre que concentraba toda su fe en la industria farmacéutica con la esperanza de que surgiese un producto milagroso capaz de retrasar su progresiva calvicie. Era la víctima ideal para vendedores de seguros, y los únicos tres o cuatro desafortunados episodios sexuales de su desgraciada vida amorosa tuvieron lugar en noche de carnaval con criaturas espantosas que, al despertarse por la mañana, se llevaban todo

el dinero que encontraban en la casa mientras él dormía la mona. Y ahora, de alguna forma, se las había arreglado para hacerse con aquella madriguera. Era uno de los mayores éxitos de su vida, y las tristes circunstancias de su existencia me dejaron pensativo; considerando las insípidas condiciones de vida de este hombre, comencé a resignarme a mi suerte. ¿No tenía todo en el mundo un orden, un propósito, un significado más elevado? Por supuesto, y así debía ser. El destino, a eso se reducía todo. O como bien lo expresaría un resignado trabajador japonés de una cadena de montaje: «¡Las cosas son como son, y bien está que así sea!».

Pero basta ya de filosofía. Al fin y al cabo, Gustav no era Job. Mientras mi amigo componía unas cuantas odas más a la excelencia de nuestra nueva morada, mi vista se alejó de él y se dirigió al cuarto de baño. Tanto la puerta como la gran ventana del fondo estaban abiertas. De modo que aproveché la ocasión para echarle por fin un vistazo a la parte trasera del edificio. Pasé rápidamente junto a Gustav, quien aún hablaba solo, entré en el baño y salté sobre el alféizar de la ventana.

La vista que se me ofrecía desde allí arriba era sencillamente paradisíaca. Ante mí se hallaban, por así decirlo, las entrañas de la vecindad. Formaba ésta un gran rectángulo de unos doscientos metros de largo por ochenta de ancho, delimitado por las vetustas ruinas restauradas antes mencionadas. Detrás de estas casas, esto es, justo delante de mis ojos, se extendía una intrincada red de terrazas y jardines de diferentes tamaños rodeados por desgastados muros de ladrillo. Algunos jardines tenían pequeños pabellones y cenadores por demás pintorescos. Otros, en cambio, estaban completamente abandonados, y ejércitos enteros de enredaderas se encaramaban por sus muros hasta adentrarse en los jardines vecinos. Allí donde era posible se habían construido diminutos estanques, muestra de las últimas tendencias en conciencia medioambiental, sobre los cuales zumbaban escuadras apáticas y algo perdidas de neuróticas moscas urbanas. Había árboles exóticos, carísimos parasoles de bambú, macetas de terracota (antigüedades de serie) con relieves de griegos copulando, baterías de cubos de basura ecológicos, florecientes parcelas de hachís, esculturas de plástico, y, en suma, todo aquello capaz de despertar los deseos de un nuevo rico que en realidad no sabe muy bien en qué emplear los impuestos defraudados.

Se sumaban al espectáculo ese tipo de idílicos jardines cuyo carácter puede describirse con el término «película de terror interpretada por gnomos de jardín». Estos espantosos escenarios eran obviamente obra de personas que saciaban su hambre de «estar a la moda» con los catálogos de los grandes almacenes.

En las inmediaciones de nuestra casa, la situación era un tanto más confusa. Justo debajo de mí, o sea, debajo de la ventana del baño (aproximadamente medio metro por encima del suelo), había un ruinoso balcón con una barandilla irremediablemente oxidada. Al balcón sólo se accedía desde el dormitorio, pero para mí probablemente sería la ventana del baño la puerta hacia el mundo exterior. Debajo del balcón se

extendía una terraza de cemento que debía de servir además como techo improvisado de parte del sótano. El cemento se había resquebrajado en varios sitios, consecuencia de un trabajo chapucero, y de las grietas brotaban hierbajos indefinibles. Unos cinco metros más allá había otro parapeto herrumbroso para impedir que de noche alguien se cayese de bruces a un pequeño jardín. En medio de éste, que se encontraba en un estado de total abandono, crecía un árbol muy alto plantado posiblemente en tiempos de Atila, y que ahora, en otoño, había perdido las hojas.

Dejé vagar la mirada y descubrí aún otra cosa: un compañero de especie realmente poco común.

Estaba agazapado ante la barandilla de la terraza, de espaldas a mí, y miraba fijamente hacia el pequeño jardín. Si bien en lo que al tamaño de su cuerpo se refiere podía competir con un balón medicinal, y por su forma parecía una graciosa figura de plastilina sacada de un videoclip experimental, me di cuenta enseguida de que le faltaba el rabo. Y no es que hubiese nacido «rabicorto», sencillamente le habían cortado tan valioso apéndice. Por lo menos, ésa era la impresión que daba. Era inequívocamente un Maine Coon[2], un Maine Coon sin cola. Me cuesta trabajo describir el color de su pelaje, ya que parecía la paleta de un artista ambulante cuyas pinturas se hubieran corrido y secado. Predominaba el negro, aunque por todas partes se le unían manchas de colores beige, castaño, amarillo, gris e incluso rojo, de modo que, visto de espaldas, parecía una enorme fuente de macedonia preparada desde hacía por lo menos siete semanas. Para colmo, apestaba de un modo horrible.

Pronto se daría cuenta de mi presencia e iniciaría una gran ofensiva, muy posiblemente porque su bisabuelo ya había cagado en esa terraza, o porque en 1965 había ganado una querella ante el Tribunal Supremo que lo autorizaba a contemplar desde allí aquel maravilloso jardín cada maldito día de tres a cuatro de la tarde. Esa clase de individuos pueden llegar a ser una verdadera cruz.

Corrí el riesgo. ¿Qué alternativa tenía?

Y como si fuese un radar viviente, se volvió en el mismo instante en que todo eso me pasaba por la cabeza y clavó en mí sus ojos, mejor dicho, su único ojo, pues por lo visto, el otro había sido víctima de un destornillador, o lo había perdido a causa de alguna enfermedad. Allí donde antes estuvo el ojo izquierdo había ahora una cavidad de carne rosácea y arrugada que, con el paso del tiempo, se había tornado cada vez más repugnante. En realidad, tenía todo el lado izquierdo de la cara completamente desfigurado debido, quizás, a una parálisis facial. Pero eso no le restaba importancia al asunto. Estaba claro que había que andar con mucho cuidado.

Para mi sorpresa, después de mirarme de arriba abajo sin mostrar el menor interés, giró la cabeza y dirigió la vista de nuevo al jardín.

Como suelo ser amable, decidí presentarme a este desconocido digno de lástima con la esperanza de sonsacarle una información más detallada acerca de mi nuevo

entorno.

Salté desde el alféizar al balcón, y de allí a la terraza. Despacio y con afectada indiferencia me acerqué a él como si nos conociéramos desde el parvulario. Él tomó buena nota de ello con una imperturbabilidad majestuosa y no se dignó interrumpir ni por un instante su contemplación del jardín para echarme un vistazo. Cuando me encontraba a su lado, me aventuré a mirarlo de reojo. De cerca la impresión que me había causado desde lejos se elevó, digamos, a la trigésimo cuarta potencia. Comparado con esta deforme criatura hasta el mismísimo Quasimodo habría tenido auténticas posibilidades de convertirse en modelo. Para colmo, mis ya castigados ojos vieron que su pata delantera derecha también estaba mutilada. Así y todo, parecía llevar su minusvalía con estoica resignación, como si sólo se tratara de un malestar pasajero. Por lo visto, estas deformidades abarcaban también su cerebro, pues aunque me hallaba a su lado desde hacía alrededor de un minuto, seguía mirando obstinadamente hacia abajo sin hacerme ningún caso. Un individuo frío donde lo hubiese. Para complacerlo, bajé también la cabeza buscando el punto del jardín que de tal modo acaparaba su interés.

Lo que allí vi fue, por así decirlo, mi regalo de bienvenida. Debajo del árbol grande, medio oculto entre los matorrales, había un congénere negro con las extremidades extendidas en cruz. Sólo que no dormía. Tampoco daba la impresión de que alguna vez fuera a estar de nuevo en condiciones de llevar a cabo cualquier actividad, ya fuese activa o pasivamente. Era, como diría un ciudadano de a pie, un fiambre. Para ser más exactos, se trataba del cadáver en estado de descomposición de un congénere. Del cuello, totalmente desgarrado, le había brotado toda la sangre, formando un gran charco ya seco. Bulliciosas moscas volaban a su alrededor como buitres en torno a una res sacrificada.

El espectáculo fue un golpe, pero tras las experiencias del día mi sensibilidad había disminuido notablemente. Por milésima vez maldije a Gustav para mis adentros por haberme arrastrado hasta un vecindario tan manifiestamente brutal. Estaba paralizado y deseaba que todo aquello no fuese más que un sueño, o, si acaso, una de esas ingeniosas y «realistas» películas de dibujos animados que en ocasiones se hacen sobre nuestra especie.

—¡Abrelatas! —dijo de pronto el monstruo sentado a mi lado con una voz tan deforme como el resto de su cuerpo.

Abrelatas, hum… Bueno, ¿y qué debía uno contestar a eso si no era un monstruo y no entendía su idioma?

—¿Abrelatas? —pregunté yo—. ¿Qué quieres decir con eso?

—¡Pues que ha sido uno de esos malditos abrelatas, hombre! Esto es obra de ellos. ¡Le han metido al pequeño Sacha una válvula especial en el cuello!

Por un momento hice toda clase de asociaciones, intentando imaginarme algo que

tuviese que ver con un abrelatas, cosa que no me fue fácil, con aquel cadáver maloliente abajo y el otro semicadáver más maloliente aún a mi lado. De pronto comprendí.

—¿Te refieres a los hombres? ¿Lo han matado los hombres?

—Claro —refunfuñó John Wayne—. ¡Han sido esos abrelatas de mierda!

—¿Lo has visto tú?

—¡Claro que no, mierda!

Disgusto e indignación pasaron en rápida sucesión por su cara. Su indiferente fachada pareció vacilar.

—Pero ¿quién iba a hacer una cosa así de no ser un jodido abrelatas? ¡Sí, un jodido abrelatas, uno de ésos que no valen más que para abrirnos las latas! ¡Claro que sí, mierda!

Estaba realmente enfurecido.

—Con éste, ya van cuatro fiambres.

—¿Quieres decir que ése de ahí es ya el cuarto cadáver?

—Eres nuevo aquí, ¿verdad?

Se rió atronadoramente y pareció volver a su impasibilidad.

—¿Vas a instalarte en ese montón de escombros de ahí? Un sitio bonito. ¡Yo siempre voy ahí a mear!

Hice caso omiso de sus carcajadas, que se intensificaron hasta convertirse en un estúpido berrido, salté desde la terraza al jardín y me acerqué al cuerpo. Era una imagen horrible y triste al mismo tiempo. Examiné el agujero del tamaño de un puño en el cuello del muerto y lo olfateé. Después me volví hacia el gracioso de la terraza.

—No ha sido un abrelatas —dije yo—. Los abrelatas tienen cuchillos, tijeras, hojas de afeitar, destornilladores… en fin, un montón de preciosas herramientas para el crimen y, cuando se proponen liquidar a alguien, pueden utilizar cualquiera de ellas. Pero el cuello de éste está hecho trizas; sí, francamente destrozado.

El monstruo arrugó la nariz y se volvió para marcharse, no caminando, porque sus curiosos movimientos no podían llamarse «caminar». Era más bien una fascinante mezcla de cojera y tambaleo que había perfeccionado hasta convertirla casi en una disciplina deportiva.

—¡A quién le interesa eso! —exclamó con terquedad, y se alejó cojeando y tambaleándose por el muro del jardín vecino, probablemente en dirección a un asilo para inválidos. Pero al cabo de unos pasos se detuvo de repente, se volvió y se inclinó hacia mí.

—¿Cómo te llamas, sabihondo? —me preguntó con su frío aire de indiferencia.

—Francis —le contesté.

2

La semana siguiente estuvo dominada por el desconsuelo. La depresión posmudanza cayó sobre mí con la fuerza de una apisonadora y dejó mi cerebro totalmente paralizado. Me hundí en un valle tenebroso de aflicción. Todo lo que llegaba hasta mí pasaba primero por una espesa niebla de melancolía y desánimo. Incluso aquello que lograba atravesarla me producía escasa alegría.

Gustav cumplió su amenaza y empezó con los trabajos de restauración. Como poseído por un demonio destructivo arrancó inmediatamente el parqué podrido y lo tiró al contenedor alquilado para ello, que estaba justo enfrente de la casa. Se había propuesto seriamente colocar el nuevo parqué él mismo. ¡Sí, no es broma! Era poco más o menos como si un sordomudo quisiera ser presentador de televisión. En fin, para abreviar, dejémoslo en que no lo consiguió. Sus únicos logros tras la hazaña de demolición fueron un carísimo libro de bricolaje sobre instalación de parqué, y un arrebato de pánico al comprender la complejidad de la tarea, para, al final, decidirse a proseguir alegremente con los destrozos. Yo empezaba a temer que el muy chiflado acabara desmantelando la casa entera en su ataque de locura.

Finalmente ocurrió lo que habría podido pronosticar desde nuestra llegada a la casa: tuvo que reconocer que era incapaz de llevar a cabo una restauración de tales proporciones él solo. Fue un momento enojoso y a la vez, como es común en Gustav, trágico. De noche oía los sollozos del débil mental de mi amigo que yacía en el catre que había montado provisionalmente en el salón.

Yo también tenía ganas de llorar porque el traumático encuentro con el colega asesinado allí, en mi nuevo barrio, no contribuía precisamente a facilitarme la adaptación. Aquel mismo día seguí investigando. Cuando el monstruo desapareció sin revelar su venerado nombre, inspeccioné más de cerca el cuerpo y el lugar de los hechos.

Una cosa era evidente: apenas hubo lucha. Sin duda, la víctima había opuesto una resistencia feroz, como demostraban la tierra revuelta y las ramitas y briznas de hierba rotas que podían verse alrededor del cuerpo sin vida, pero sólo cuando ya le habían agarrado definitivamente el pelaje o, mejor dicho, el cuello. De ahí deduje que el difunto debía de conocer a su verdugo, hasta el punto de que le había vuelto descuidadamente la espalda. Después del imprevisto mordisco asesino hubo cierta resistencia desesperada, quizá incluso una pequeña pelea cuerpo a cuerpo que terminó en pocos segundos con unos estertores de impotencia.

Reparé asimismo en otra cosa: en el momento de su muerte, la víctima se disponía a atender lo que poéticamente se define como «la llamada de la naturaleza». Puesto que no pertenecía al club de los felices castrados, lo cual era casi un milagro

en aquel idílico rincón de clase media, todavía le seducía el perfume del amplio mundo de la concupiscencia. Además, había dejado su acre firma en distintos puntos del jardín, prueba de que poco antes de su muerte no estaba ya en plena posesión de sus facultades. Seguidamente inspeccioné sus genitales. Mis sospechas se vieron confirmadas. Al morir se encontraba en el momento cumbre del celo.

¿Se habría reunido con alguna belleza que le tenía afecto? ¿Habría sido ella la última en maravillarse ante aquel semental cuando aún vivía? ¿O quizá le había dado ella el beso de la muerte, el beso que, como diría el monstruo en su lacónico estilo, lo había convertido en fiambre? Teniendo en cuenta la alocada conducta y la agresividad injustificada que despliegan nuestras queridas congéneres después de una cita amorosa, no me habría extrañado en absoluto[3]. No obstante, cualquier conclusión habría sido prematura antes de conocer más detalles sobre los otros tres cadáveres que tan generosamente había mencionado el mutilado imitador de John Wayne. Al día siguiente, Gustav descubrió el cadáver, ya hediondo, y después de hacer toda clase de manifestaciones de dolor, lo enterró allí donde lo había encontrado.

Pero ¿qué me importaban a mí esas tonterías propias de Raymond Chandler? ¿Qué me importaba a mí ese Jack el Destripador que fabricaba fiambres en serie? ¿No tenía ya bastantes problemas? En el cuarto contiguo, mi compañero sollozaba por su incapacidad para descifrar la criptografía de un manual divulgativo de 219 marcos sobre la instalación de suelos. En cuanto a mí, luchaba contra mis tendencias depresivas en aquella supuesta vivienda, en aquel inmundo agujero.

Sin embargo, como suele suceder en la vida, las cosas fueron normalizándose poco a poco. De una forma desesperante, es cierto, pero fueron normalizándose. La sensatez, como en todas las crisis del querido Gustav, llegó de la mano de Archie.

Archibald Philip Purpur es, como él mismo dice y como otros dicen de él, un optimista. En realidad, una pequeña dosis de pesimismo no le vendría nada mal al buen hombre, pero Archie sencillamente no quiere ni puede ser hijo de la aflicción. Donde quiera que va, Archibald colecciona modas, tendencias intelectuales y experiencias vitales. Nadie sabe a ciencia cierta cómo se gana la vida ese hombre admirable, ni siquiera a qué se dedica o en qué anda en un momento determinado. Pero todos conocen a Archie y pueden ponerse en contacto con él cuando lo deseen. No hay nada, nada en absoluto, por lo cual Archie no haya pasado alguna vez en su fantástica vida, ninguna situación en la que no se haya encontrado y nada de lo cual no sería capaz. Si después de muchos años uno desentierra su viejo elepé de Woodstock para rememorar los buenos tiempos del pachulí, al instante salta el bueno de Archie con algún comentario al respecto. De pronto saca de su billetera una entrada ya amarillenta para el antedicho festival y la enseña orgullosamente. El que no se lo cree hasta puede ver al joven Archie pasando una pipa de hachís en una toma

de la famosa versión cinematográfica, ¡y con su melena y todo, claro está! Por lo que yo sé, hasta tiene una declaración jurada de Mick Jagger donde el cantante afirma que Archie estuvo presente en la grabación de *Sympathy for the Devil* y que hasta participó en los coros. ¿Que sale en la conversación la terapia del grito primal? Pues Archie también está de vuelta de eso. Él soltó su primer grito con éxito hace lustros, percibió durante una experiencia de reencarnación que en una vida anterior había sido el marica favorito de Valentino y, casualmente, llegó a Poona justo a tiempo para poner por escrito las enseñanzas de Baghwan que, como ya se sabe, venden millones de ejemplares hoy en día. Él fue, además, uno de los primeros granjeros alternativos que hornearon su propio pan, y también uno de los primeros en tomar personalmente la temperatura corporal de su pareja para poner en práctica un método natural de anticoncepción. Nosotros acabábamos de aprender a deletrear la palabra «punk» cuando Archie nos sorprendió con su peinado iroqués, a la vez que bebía incontables latas de cerveza y se esforzaba por eructar frases completas. ¿Decía alguien que el surfing estaba de moda? Pues con toda seguridad Archie ya lo estaba practicando frente a las playas de Malibú sobre una tabla que los Beach Boys habían inmortalizado con sus autógrafos. Desde la vida de hippie en Creta hasta el estrés de yuppie en Manhattan, desde masticar hojas de coca hasta llevar vaqueros de Calvin Klein, todo esto y mucho más tenía Archie en su haber, exceptuando quizá el haber estado con los chicos de la NASA en el aterrizaje lunar de 1969, cosa que, debo admitir, me decepciona un poco.

En realidad, no obstante, la cuestión no es si Archie se ha perdido o no algo en toda su vida, sino más bien si Archie siquiera existe. Pues todo lo que aparenta ser, parece mera apariencia. De inmediato surge en uno la sospecha de que pueda esfumarse en el aire tan pronto como se le vuelva la espalda, porque obviamente debe su existencia a la fantasía del redactor jefe de una revista de modas. Así pues, resulta que, en último extremo, Archibald no es más que un vacío, una impersonalidad que intenta olvidar ese vacío tan enorme por medio de la creación ininterrumpida de nuevas tendencias. Con todo, es el mejor amigo de Gustav y le ayuda siempre que puede, ¡y Archie siempre puede!

Al cuarto día de las tareas de demolición, Gustav llamó a Archie y le expuso el problema. Cinco minutos más tarde estaba Archie en aquella especie de paisaje posterior a un bombardeo —que Gustav aún insistía en llamar nuestro hogar— e ideaba un detallado plan de ataque. Como buen camaleón que era, se había disfrazado esta vez del Sonny Crocket de *Corrupción en Miami*, y jugueteaba constantemente con las patillas de plástico de sus gafas de sol último modelo. Como cabía esperar, no solamente era una autoridad en el campo de la colocación de parqué, sino también en el amplio sector de la restauración en general. Aunque existía el peligro de que el producto final fuese una mezcolanza de fruslerías ultramodernas, Gustav consintió en

trabajar de peón y dejar que Archie llevara la voz cantante. No le quedaba alternativa. Así que los dos se pusieron manos a la obra al día siguiente y comenzaron con la restauración de nuestra «Villa Kunterbunt»[4].

Desde aquel momento me vi rodeado de una serie de ruidos espantosos e ininterrumpidos consistente en martilleos, tableteos, matraqueos, crujidos y golpes que no me ayudó demasiado a salir de la depresión. Todo lo contrario. Aunque Gustav había colocado nuestra gigantesca y vieja radio en la habitación donde yo pasaba la mayor parte del tiempo dormitando melancólicamente, y aunque ponía mi música favorita —la sinfonía «*Resurrección*» de Mahler—, lo cierto es que no conseguía sacudirme de encima aquel apático estado de ánimo.

Sólo salí una vez más a la terraza, y allí me vi envuelto en otro incidente estúpido. Un tipo esquelético y entrado en años se paseaba por encima del muro del jardín observando con ojos tristes los pajarillos que ya no estaba en condiciones físicas de cazar mientras revoloteaban entre las ramas del árbol grande. De hecho, había encanecido por completo y tenía esa expresión de resentimiento que adoptan casi todos los ancianos cuando se dan cuenta de que la arena del reloj de su vida se agota definitivamente, una expresión de pura envidia. Envidia de los jóvenes, de su juventud, de todo lo que ellos mismos alguna vez fueron y nunca más serán. Me preguntaba si yo también sería así algún día, pregunta que encajaba a la perfección con mi estado de ánimo depresivo. El olfato debilitado, la vista debilitada, el oído debilitado, y en la memoria los débiles recuerdos de ya lejanas aventuras amorosas. ¡Ay, qué triste era en realidad la vida! Uno nacía, iba a un par de aburridos cócteles, y ya estaba a punto de estirar la pata.

Pero el anciano del muro del jardín quería convencerme de otra cosa. Tan pronto como sus viejos ojos vieron mi humilde persona, lanzó un grito de muerte, como si le hubiesen saltado sobre la cola. Todo su ser pareció cargarse repentinamente de una especie de energía divina. Estaba, por así decirlo, electrizado, electrizado de odio y hostilidad.

—¡Éste es mi territorio! —comenzó el vejestorio—. ¿Me oyes, tipejo? ¡Mi territorio! ¡Mi territorio! ¡Mi territorio…!

Así continuó, como si fuera un muñeco parlante al que hubiesen dado demasiada cuerda. De pronto se le erizó el pelo y corrió hacia mí.

Antes de dejar que llegase a una confrontación, salté desde la terraza al alféizar de la ventana. Él se quedó parado en medio de la terraza y se regodeó con su triunfo, cotorreando de nuevo: «¡Mi territorio! ¡Mi territorio!…».

En lo que a mí se refiere, estaba ya hasta la coronilla de aquel barrio.

«¡Métete tu territorio allí donde pronto se estarán divirtiendo los gusanos!», dije para mis adentros, y entré de nuevo en la vivienda a través de la ventana del baño. Habría sido pan comido darle su merecido a aquel viejo chocho. Pero ¿para qué?

¿Qué sentido tenía? El mundo era un valle de lágrimas, y quien no se diera cuenta y se ocupara de cosas tan insignificantes como unos límites territoriales era un patético payaso.

¿Qué otra cosa me quedaba en un entorno tan hostil y desagradable sino volver a esconderme en aquel dormitorio que parecía un mausoleo, seguir dormitando entre los acordes balsámicos del divino Mahler…

… y soñar?

Tuve un sueño extraño, por no decir inquietante. En él, me paseaba tranquilamente por nuestra nueva residencia, la cual —oh, milagro— había sido completamente restaurada por Gustav y Archie. Sin embargo, el conjunto de su trabajo resultaba curioso. Todas las paredes de la vivienda estaban recubiertas de terciopelo negro como en una funeraria, y de ellas colgaban lámparas empañadas que en vez de alumbrar las habitaciones les daban un aire aun más lúgubre. Incluso los muebles, que parecían proceder de los tiempos de algún antiguo rey francés, estaban pintados de negro u otros tonos oscuros. Telas de seda negra cubrían la cama y los sillones. Hasta esos pequeños accesorios que hacen de una casa un hogar —los jarrones, los ceniceros, las figuras de cerámica y los marcos de los cuadros— llevaban el color de la muerte. En resumen, todo parecía un extravagante mausoleo familiar, incluidas las baldosas de mármol de color carbón.

Yo me encontraba en el pasillo y, a través de la puerta abierta, veía el interior del salón que, como puede suponerse, también presentaba ese toque de «magia negra». Gustav y Archie llevaban esmóquines y cenaban sobre una gigantesca mesa de mármol negro. Estaban rodeados de numerosos candelabros gigantescos, cuyas mil velas de llamas oscilantes arrojaban una luz fantasmal sobre sus caras. En los platos tenían unos trozos de algo cubierto de pelo negro que pinchaban con cubiertos de plata fina, cuyo tintineo retumbaba sin cesar. Cortaban pequeños y viscosos pedazos de esa masa indefinible y se los llevaban elegantemente a la boca. Al darse cuenta de mi presencia se detuvieron, se volvieron hacia mí y me miraron fijamente con ojos inexpresivos.

En aquel momento se abrió de repente la puerta de la casa y entró una fuerte ráfaga de viento. Percibí un sonido semejante a una extraña mezcla de llanto y gemido que parecía venir de muy lejos.

Corrí hasta el umbral de la puerta y desde allí intenté descubrir el origen de aquel llanto. Sin duda provenía de arriba. Aunque el griterío desgarrador me daba escalofríos, no conseguí resistir la tentación de seguirlo. Y entonces, movido por un impulso inexplicable que era en parte curiosidad morbosa y en parte valentía suicida, salí con cautela al oscuro pasillo y subí muy despacio por la desvencijada escalera de madera.

El corazón me palpitaba frenéticamente de miedo, y casi retrocedo al ver que,

justo a medio camino, la escalera tenía un recodo de ciento ochenta grados hacia la derecha. Allí había algo muy extraño. Cuanto más subía, mayor era la claridad en el hueco de escalera.

Finalmente alcancé el primer piso y me encontré delante de una puerta entreabierta. Una luz brillante que salía del interior inundaba la escalera y lo iluminaba todo como si fuese de día. Los deformes maullidos se hicieron también cada vez más fuertes e insistentes.

Ya que había llegado hasta allí, estaba firmemente resuelto a entrar en aquel infierno blanco. Era como si no hubiese alternativa. Hice acopio de mis lamentables reservas de valor y entré en el piso. A diferencia del de abajo, éste consistía en una única sala grande; no, no era una sala, era sencillamente una nada blanca y radiante. Me encontraba en un mundo blanco en el que no parecían existir fronteras, dimensiones ni realidades. De vez en cuando centelleaban puntos de luz a lo lejos, como misteriosas estrellas en un universo blanco. Objetos fantasmales que semejaban aparatos de alta tecnología aparecían como relieves móviles que se hacían visibles sólo durante una fracción de segundo para luego volver a desvanecerse. A través de la blancura seguía resonando el estridente y desgarrador gemido. De pronto me di cuenta de que aquellas súplicas desesperadas pertenecían a un miembro de mi especie que pedía compasión a gritos.

En aquel momento, en medio de ese extraño decorado, surgió como de la nada un hombre con una larga bata blanca. Sin embargo, lo que me asustó no fue su repentina aparición sino que, cuando giró la cabeza hacia mí, vi que no tenía cara.

En una mano llevaba algo parecido a una correa o un collar que emitía unos rayos de luz más intensos que los de las estrellas fulgurantes de alrededor. Fascinado por lo absurdo de mi sueño, me acerqué lentamente al hombre sin cara, que comenzaba a balancear la correa centelleante de un lado a otro como un péndulo. Empezó a hablar con una voz tan dulce que sin duda podía haber pertenecido al ángel más amable. Una voz encantadora de hombre en el mejor sentido de la palabra, tan suave como el más fino terciopelo, y con un tono tan agradable como el acorde final de un arpa. Aunque mi yo más profundo me advertía contra esa voz irreal, me dejé arrullar gustosamente por ella e hice todo lo que me mandaba.

—Ven aquí, pequeño —decía el hombre sin cara con voz seductora—. Ven aquí y mira qué cosa tan bonita tengo para ti.

Me quedé parado delante de él y lo miré desde abajo como hipnotizado. En su mano fulguraba un collar plateado guarnecido con miles de diamantes. Nunca había visto una pieza tan bella y valiosa. Normalmente considero los collares una abominación, y me niego rotundamente a llevarlos. Pero aquél era como una revelación. Los reflejos de los diamantes me deslumbraban de tal manera que comenzaron a dolerme los ojos. El hombre sin cara se inclinó poco a poco hacia mí y

sostuvo el collar delante de mi nariz.

—¿Qué? ¿Te gusta? —me decía suave y persuasivamente—. Es una pieza preciosa, ¿verdad? ¿Te gustaría llevarlo puesto? ¡Mira, te lo regalo! Así, porque sí…

Y antes de que pudiese articular sonido alguno me colocó la valiosa pieza en el cuello y abrochó el cierre. Pero mientras aún hacía esfuerzos por comprender mi tremenda suerte, todo empezó a oscurecerse alrededor. Primero, el blanco se volvió gris y luego se hizo negro poco a poco. Sólo entonces me di cuenta de que una cadena oxidada salía del collar y de que el hombre sin cara sujetaba su extremo con una mano. Tiraba violentamente de la cadena mientras crecía por doquier aquella oscuridad deprimente y morían las estrellas destellantes. El collar, que ya se había transformado en un nudo corredizo, se estrechaba en torno a mi cuello y me obstruía la tráquea.

Me resistí, grité y traté de escapar del hombre sin cara. Pero sólo conseguía empeorar la situación, ya que el nudo se apretaba aún más. Tras unos segundos me era imposible respirar y comencé a patalear desesperadamente, presa del pánico. El hombre sin cara tiró más fuerte todavía de la cadena y al fin me levantó en el aire de modo que sentí un dolor punzante en el cuello y desapareció el suelo bajo mis pies.

Con un estertor, consciente de la proximidad de la muerte, miré aquel maldito vacío en donde debería de haberse encontrado su cara. De pronto se encendieron allí dos ojos amarillos fosforescentes. Eran ojos propios de mi especie, y lloraban. Lágrimas del tamaño de perlas brotaban de ellos y caían lentamente al suelo, aterrizando como globos. Ahora sabía de dónde procedían los gemidos y el llanto. Pero ¿realmente importaba aún? El nudo corredizo ya me había obstruido la tráquea por completo y el poco aire que todavía quedaba en mis pulmones se agotaba por momentos. Todo se volvió borroso a mi alrededor, como un mosaico que estallase a cámara lenta. Morí sin haber descubierto el secreto de mi sueño.

Al volver bruscamente al mundo de los vivos quise gritar, pero tenía la garganta completamente seca, lo cual explicaba por qué había soñado que moría asfixiado. Mi corazón palpitaba a tanta velocidad como si hubiese participado en un maratón, y mi cuerpo estaba tan acalambrado como si hubiese pasado por una prensa de chatarra. Aún veía con absoluta claridad aquellos ojos llenos de lágrimas delante de mí. Ojos atormentados, atribulados, heridos. Con todo, sabía que eran los ojos de un asesino. Pero ¿por qué lloraban?

Vacilante miré el dormitorio para asegurarme de que Gustav y Archie no lo hubiesen decorado realmente con aquel delirante aspecto de cementerio. Fue una reacción ridícula que, sin embargo, confirmaba cuán profundamente me había afectado la pesadilla. El miedo se extinguió poco a poco. Nada había cambiado. El dormitorio conservaba su apariencia de grotesca obra maestra de un artista esquizofrénico con conciencia ecológica.

A pesar de que mi sistema circulatorio ya había recibido suficiente estímulo, llevé a cabo el ritual fastidioso pero indispensable del cuidado muscular; me levanté bostezando, arqueé como de costumbre el lomo y estiré con fuerza las patas delanteras y traseras[5]. Y me disponía a iniciar mi habitual acicalamiento cuando una cabeza deforme asomó por la puerta entreabierta del balcón.

El rostro desfigurado del monstruo no estaba precisamente predestinado a reflejar su emocionante vida interior, pero esta vez se advertía una profunda preocupación en sus mutiladas facciones. Se esforzaba de verdad por disimular su ánimo y hacía como si llevase a cabo una inspección rutinaria de su antiguo meadero. Sin embargo, su ojo sano, contraído en ese momento, y sus orejas, pegadas a la cabeza, delataban miedo e inquietud. A pesar de todo, fingía un frío desinterés y ni siquiera se dignó mirarme.

—¿Otro fiambre? —pregunté sin rodeos.

Reaccionó con manifiesta sorpresa, pero enseguida recobró el dominio de sí mismo y adoptó una estoica expresión propia de Humphrey Bogart.

—¡Otro! —admitió después de un rato.

Lancé hacia arriba la pata derecha de atrás como si de una navaja automática se tratase y empecé a rascarme el cuello.

—¿A quién le ha tocado esta vez? Un momento. ¿A que ha sido un gato macho, como los otros cuatro muertos?

En esta ocasión exteriorizó abiertamente su asombro.

—¡Mierda, sí! ¿Cómo carajo te has enterado tú de eso?

—Era sólo una sospecha.

Ya le había dedicado suficiente atención al cuello, así que procedí con el pecho y me limpié cuidadosamente la piel con la lengua. De vez en cuando me mordisqueaba el pelaje con los dientes y lo peinaba en busca de parásitos[6].

El monstruo entró jadeando y renqueante en la habitación y se sentó junto a mí con aire afligido.

—Esta vez ha sido Deep Purple el que ha entregado su alma a Dios. El cuello le ha quedado como si alguien hubiese probado con él su piqueta nueva. Por mí, podían haber convertido a ese estúpido de mierda en comida para perros. Pero poco a poco empiezan a afectarme todas estas bajas en nuestras filas. ¿Quién sabe? Al fulano que practica tan extraño pasatiempo también podría llegar a gustarle mi cuello.

—¿Quién era Deep Purple?

Ahora le tocaba el turno a la cola. Doblé dicho apéndice tubular hasta formar una «U» perfecta y comencé a lamerlo desde el nacimiento hasta la mismísima punta.

—¿Deep Purple? Un idiota de remate. De tan imbécil podría haber salido en el *Libro Guinness de los Récords*. Si no existiese ya la palabra «estrecho», tendría que haberse inventado para ese «superestrecho». Es… era increíblemente viejo, pero todavía le quedaban pilas suficientes como para recordar a todas horas que había que

observar los venerables reglamentos. El muy gilipollas era una verdadera plaga y siempre nos ponía de vuelta y media con sus llamamientos moralistas.

—¿Y por qué se llamaba Deep Purple?

—Eso es lo curioso. Su dueño es todo lo contrario que él. Lo bautizó con ese nombre, porque se identifica con los chiflados del grupo *Deep Purple*. Es una especie de *Easy Rider* de clase media. Después del trabajo se coloca su traje de cuero, pone alguno de esos discos locos de Black-Sabbath, se tatúa una calavera en una nalga, rompe a patadas sus propias ventanas con sus enormes botas de cuero y les tira latas de cerveza vacías a los que pasan por la calle. Cuando se calma un poco, empieza a liarse pausadamente un porro detrás de otro y fuma hasta perder el sentido.

—¿En qué trabaja ese tipo?

—Es funcionario de Correos.

—¡Vaya, qué contradicción tan interesante!

Para concluir mi limpieza general, me mojé alternativamente las patas delanteras y me restregué con ellas la cara y las orejas. Ante un caso tan complicado debía, por lo menos, mantener despejada la cabeza.

—Pues sí. A ese abrelatas le falta un tornillo. A Deep Purple le daba un ataque sólo con ver de lejos a ese Dennis Hopper entrado en años. Su conducta no se ajusta precisamente al ideal de vida ordenada que tenía Deep Purple. Pero ¿qué alternativa le quedaba? Uno no puede elegir abrelatas, que yo sepa. Verlos juntos era un verdadero drama. Por un lado, Deep Purple, el «señor Integridad», siempre en guardia por si alguien ponía un pie en su territorio sin permiso y dejaba atrás un pestilente charco amarillo, siempre al borde del ataque de nervios porque el «fulano nacido para ser libre» nunca se atenía a un horario fijo en las comidas, y siempre furioso porque los jóvenes de hoy día, en nuestra especie, no respetaban el saludo tradicional; por el otro, su curioso dueño, a quien hasta se le habían reventado los tímpanos a fuerza de escuchar lo último de Motley Crue a todo volumen con auriculares.

—Una pregunta, ¿estaba capado Deep Purple?

—¡Purple capado! Tío, antes que dejarse cortar su querido aparato se habría vuelto seguidor incondicional de Frank Sinatra. Pero Purple pasaba ya de esas cosas. Como te he dicho, era más viejo que Matusalén, ¡y lo aparentaba!

Se levantó y me volvió la espalda, mirando ensimismado hacia el cielo a través de los sucios cristales de la puerta del balcón.

—Es gracioso —comentó tristemente—. Ahora me dan un poco de lástima los dos. Aunque no podía haber dos seres más distintos que aquel estrecho de mierda y ese fanático del Heavy Metal, debían de haber simpatizado de alguna manera, pues vivieron juntos mucho tiempo. La verdad es que hacían una pareja curiosa, Deep Purple y su funcionario de Correos. ¿Qué hará ese abrelatas sin Purple? ¿Se buscará

una nueva mascota? ¿Y cómo lo llamará? ¿Judas Priest?

Tenía un oscuro presentimiento en lo que a la identidad de Deep Purple se refería. Cuando finalmente terminé con la dichosa limpieza, me volví hacia el monstruo, cuyo inesperado brote de locuacidad había ya terminado.

—¿Dónde está en estos momentos el cuerpo de Deep Purple?

—En el garaje de Peter Fonda. ¿Quieres hacer otra de tus sabias investigaciones?

—Sí, si no tienes inconveniente. ¿Puedes llevarme hasta allí?

—¿Por qué no? —Bostezó con aquel inimitable aire de indiferencia que entretanto había recuperado, como si su anterior aflicción hubiese sido un síntoma de debilidad sobre el cual había que tender un manto de silencio. Se dio la vuelta para salir, pero antes de que pudiera ponerse realmente en movimiento, lo adelanté de un rápido salto y lo miré fijamente a su único ojo sano pero no por eso menos vivo.

—¿Cómo te llamas tú, «sabihondo»? —le pregunté desafiante. Él se rió con expresión de hastío y cruzó la puerta del balcón, rozándome al pasar.

—¡Barba Azul! —contestó desde afuera—. ¡Pero no vayas a preguntarme ahora por mi abrelatas o me dará un ataque de algo!

Seguí al renqueante monarca hasta el balcón y desde allí, con un salto largo, a la terraza. Entretanto el otoño había puesto con vigor manos a la obra y había extendido su capa mortecina por los pintorescos jardines. Como un vampiro invisible había chupado todo lo verde de los árboles y otras plantas, convirtiéndolos en exangües desechos marrones y amarillos. El cielo estaba oscuro, cubierto de amenazadores nubarrones de color plomo a través de los cuales se filtraban aquí y allá sobre nuestro vecindario los débiles rayos del sol poniente. Soplaba un viento fresco que formaba remolinos con las hojas secas y las pequeñas ramas depositadas en los jardines, las esparcía sobre los cuidados fragmentos de césped, las empujaba hasta el interior de los pabelloncitos desvencijados con las puertas entreabiertas, o sencillamente las dejaba caer en los estanques artificiales. No había duda: todo parecía prepararse para la gran muerte, para el profundo sueño tras el cual (¡ojalá!) habría un nuevo despertar.

Recorrimos la intrincada red de muros que separaba los incontables jardines y que, a vista de pájaro, debía parecer un enrevesado laberinto. Barba Azul cojeaba ostensiblemente ante mí como uno de esos graciosos muñecos de cuerda que venden en las tiendas de artículos para regalo y cuyo único propósito consiste en ejecutar cómicos movimientos. De este modo me ofrecía una visión panorámica de su trasero sin cola, dándome prueba de su potente virilidad, que se bamboleaba sin cesar entre sus muslos. Realmente parecía un milagro que aquel valioso apéndice no se hubiese incorporado también a su surtida colección de mutilaciones.

Mientras más tiempo me veía obligado a trotar tras aquel orgulloso inválido y a contemplar toda su miseria, más insistentemente me preguntaba de qué o de quién había sido víctima. Los accidentes, especialmente los de tráfico, son la causa más

común de muerte en mi especie. Una reacción equivocada, un cálculo erróneo al cruzar la calle o un reflejo de pánico seguido a menudo por aturdimiento y el impulso de huir bastan para que las tripas se queden pegadas al contorno de un neumático. Pocos eran los que sobrevivían al espectacular encuentro con un Mercedes Benz o un Golf GTI. Y los que sobrevivían, ¿presentaban acaso ese aspecto?

Frecuentemente había tenido ocasión de presenciar tales accidentes y sus consecuencias. En términos generales, las víctimas podían dividirse en tres categorías: en un noventa y nueve por ciento de los casos fallecían en el acto y lo único que dejaban para la posteridad era un cuadro difuso y poco apetitoso de sí mismos sobre el asfalto; en la segunda categoría de víctimas de atropello se encontraban los que acababan con heridas de poca consideración y, durante aproximadamente una semana, eran iniciados en los secretos de la conmoción cerebral hasta que, de nuevo en forma, revisaban finalmente las opiniones que hasta el momento habían sostenido sobre el progreso y la técnica; los del tercer grupo eran quienes peor lo tenían, pues quedaban para siempre atormentados por deprimentes defectos físicos y aun más deprimentes defectos psíquicos que, en la mayoría de los casos, llevaban a una muerte prematura. Por otra parte, los beneficiados en todos los casos eran los veterinarios y los amantes de los perros, estos últimos porque encontraban ocasión para hacer cínicos comentarios acerca de nuestro coeficiente de inteligencia. Pero ¿qué clase de accidente de tráfico tenía que producirse para que a uno se le vaciase un ojo, se le cortase limpiamente la cola y se mutilase su pata delantera derecha?

Sólo la mente de un autor de guiones de acción sería capaz de imaginar una desgracia tan complicada. Pero mi imaginación tenía alas, y concebía una posibilidad que habría sido mejor no concebir: que las mutilaciones de Barba Azul nada tenían que ver con un accidente de tráfico sino que eran obra de un sádico, un abrelatas completamente loco. Por otro lado, podía argumentarse que los sádicos raramente poseían habilidades quirúrgicas y que, por regla general, tendían a torturar a sus víctimas de una manera nada profesional.

En resumen, por más que trataba de hallar una explicación lógica para el estado de Barba Azul, no llegaba a una respuesta convincente. Por supuesto, podría habérselo preguntado directamente, pero como por entonces yo ya conocía el carácter obstinado de mi amigo, sabía que no me habría dado una respuesta plausible. Tendría que pasar algún tiempo antes de que me pusiera al día sobre su historial clínico.

Ya nos habíamos alejado bastante de la casa, que había desaparecido detrás de muros y árboles. Nos encontrábamos ahora en medio de nuestro vecindario, o sea, en «territorio ajeno», lo que de algún modo me inquietaba, porque podía imaginarme perfectamente cómo tratarían mis afables congéneres a un extraño que entrase en su territorio. Mi mirada vagaba constantemente por todos lados, como la de un preso

fugado de la cárcel, por si avistaba de repente a algún colega que, a la vista de mi humilde persona, estuviese a punto de convertirse en psicópata. Con todo, no dejaba de tomar buena nota de la topografía de la zona, ya que tenía que partir de la base de que aquello iba a ser en adelante mi hogar.

Mis ojos vigilantes no habían podido todavía echar un vistazo a través de las ventanas traseras de aquellas viejas casas. Las ventanas cálidamente doradas en la luz crepuscular siempre despertaban en mí los mismos sentimientos; aquellos rectángulos luminosos que, en la semioscuridad, parecían emanar seguridad, confianza, amor y todo un maldito mundo color de rosa. Permitían imaginar a la familia reunida alrededor de una mesa de roble macizo; permitían imaginar cómo cenaban, cómo se gritaban los niños, cómo contaba el padre algún que otro chiste verde y cómo lo reprendería la madre para que no volviese a hacer tales comentarios en presencia de los niños, y cómo uno mismo, sí, uno mismo, esperaba en el suelo los manjares que algún miembro de la familia, o quizá todos, de vez en cuando dejaban caer disimuladamente. Era Navidad detrás de aquellas ventanas iluminadas en el crepúsculo, ¡era Navidad eternamente!

Claro está que el perverso duendecillo que hablaba en mi interior cuando dejaba volar demasiado alto la imaginación me decía siempre que exageraba con los detalles gastronómicos y que, en realidad, nunca hubo una Navidad. Detrás de aquellas ventanas estaba siempre la misma gente idiota, con sus puntos de vista idiotas acerca de la vida y sus vidas monótonas. Siempre era la misma historia: aburridas crisis matrimoniales; alguien había sido infiel; un divorcio ultimado satisfactoriamente; niños maltratados; algún tumor canceroso cuya existencia sería confirmada por el sumamente compasivo «señor doctor» tan pronto como le llegasen los resultados del laboratorio; desesperados perdedores alcoholizados; eternos solitarios, miserables intentos de suicidio que en su mayor parte fracasaban; quejidos y llanto por una vida desaprovechada; risas histéricas por el chiste malo de algún humorista televisivo con dentadura postiza; cosas estúpidas, sin sentido, ridículas… Tras aquellas ventanas no se desarrollaba nunca una película de Frank Capra sino el inevitable y sórdido anuncio que animaba a seguir viviendo sin dar para ello ninguna razón válida.

De pronto vi un animal tras una enorme vidriera que parecía sacada de una catedral. Admito que suena grotesco el uso de la palabra «animal» para referirse a un miembro de mi propia especie, pero a primera vista observé que el extraño ser situado detrás de la ventana de uno de aquellos edificios antiguos, restaurados hasta lo irreconocible, sólo se parecía vagamente a mis semejantes. Era aún muy joven, casi un cachorro; por eso no se destacaban claramente sus rasgos dominantes. Un profano lo habría considerado uno más de nuestra estimada tropa, y probablemente así lo consideraba la gente que le daba cobijo. Tenía el pelaje claro, de color arenoso, y unas diminutas orejas pegadas a la cabeza. Ésta era perfectamente redonda, y la

forma del cuerpo en extremo compacta. Pero lo más fascinante eran los ojos. Brillaban como dos soles ardientes en la oscuridad y parecían aguardar algo determinado. Su poblada cola azotaba por completo los cristales del ventanal. Aparte de eso, estaba completamente inmóvil, como una estatua. Entonces se encendió una luz en el cuarto desde donde nos observaba con toda tranquilidad. Acto seguido saltó del alféizar y desapareció.

Estaba tan fascinado por la visión, que me sobresalté cuando de pronto un par de fanfarrones de marca mayor, que también me atormentarían en el futuro, aparecieron ante nosotros en el muro a unos cinco metros de distancia.

Eran los típicos holgazanes de esquina, cuya única misión en la vida consistía en importunar continuamente a pobres inocentes, alborotar siempre que se presentaba la ocasión y enzarzarse en sangrientas peleas a condición sólo de que el rival fuese más débil. Gran parte de su intelecto, si es que tenían alguno, debía de dar vueltas una y otra vez a la misma pregunta: ¿cómo atraer la desgracia sobre sí mismos y sobre los demás? Eran dos orientales de pelaje corto y con cara de rata, el producto fallido de un criadero, socarrones entrometidos que mataban el tiempo robando comida de ollas ajenas y cagando con fruición en alfombras caras. Cobardes, y a la vez psicópatas, a cual más torpe y repulsivo. El más impertinente de los hermanos negros bizqueaba de tal modo que seguramente veía cuanto lo rodeaba multiplicado por ciento ochenta. Un defecto congénito que decía más acerca de su carácter que cualquier estudio científico. El otro imbécil exhibía una estúpida sonrisa ladeada que revelaba con exactitud la clase de humor que era capaz de entender.

Se plantaron en el muro, frente a nosotros, cortándonos el paso. A continuación, como cabía esperar, adoptaron una posición de combate. Los dos repugnantes camaradas nos miraban fijamente y emitían sonidos ofensivos. Tenían las orejas levantadas y tiesas, las pupilas contraídas. Sus colas se agitaban sin separarse apenas de sus cuerpos, magros y alargados como tubos de ventilación.

Barba Azul se detuvo y los miró bostezando, indiferente a su presencia, como si fuesen la clase de obstáculo al que no había que concederle más importancia que a una cagada de perro.

—¡Vaya por Dios! —exclamó con una sonrisa casi jovial—, Herrmann y Herrmann, los simpáticos tocapelotas de turno. ¡Qué alegría encontrarse con tan estimados personajes! Y ahora decidme, ¿es que acaso queréis intentar convencerme otra vez de las ventajas de la castración? Pero si os creo, amigos míos, ¡sin huevera se carga con mucho menos peso!

Los dos cruzaron nerviosas miradas de reojo y empezaron a gruñir con más fuerza. Barba Azul se rió a carcajadas y echó un vistazo hacia abajo desde lo alto del muro.

—¡Kong! —llamó, desafiante—. ¿Será posible qué andes todavía con este par de

chiflados? Sólo te ponen en ridículo. Aunque puedo entender que una pareja de eunucos tenga muchas ganas de charlar y sea un excelente sustituto cuando los programas de televisión son malos.

Justo debajo de nosotros, entre las ramas de un arbusto situado al lado del muro, surgió una risotada salvaje, una risotada que venía a querer decir: «Mira quién habla».

—¡Barba Azul, viejo inválido doméstico! —dijo la voz desde el arbusto en un tono intencionadamente insultante—. Por lo que se ve, tus incursiones en los ambientes de maricas te han proporcionado éxito. Tienes a los invertidos literalmente a tus espaldas. El pequeño que te sigue es un magnífico ejemplar. ¿Te enseña cómo lo hacen?

—¡No, eso te lo quería enseñar a ti personalmente, porque conoce la posición ideal para vosotros tres!

De repente una bestia del tamaño de un frigorífico saltó desde el arbusto y aterrizó justo ante nuestras narices. Era, sin duda, el congénere más grande e imponente con el que jamás me había encontrado. Aunque existe la tendencia a atribuir a los colourpoints[7] la personalidad del amable y bonachón gato persa, aquel enorme ejemplar escapaba a toda descripción usual. Su nombre, Kong, era un acierto absoluto. Entre el pelaje espeso de un blanco sucio —que probablemente jamás había visto un peine y estaba, por tanto, condenado a un enmarañamiento como el de los payasos de pelo largo— crecía una cabeza negra del tamaño de una sandía madura. Los ojos, de color azul claro, las pequeñas orejas, la nariz chata apenas existente, todo el conjunto de órganos sensoriales normalmente visibles desaparecían en aquella enorme bola peluda de suciedad y hedor, así que era difícil adivinar las intenciones de Kong.

Los dos orientales retrocedieron humildemente e hicieron sitio a su Amo. Kong nos observó fijamente con sus ojos penetrantes durante un buen rato y por fin emitió una sonora carcajada con la que, o eso me pareció a mí, no sólo tembló el muro del jardín sino el universo entero. Pero mi valiente Long John Silver no se dejó amilanar y se limitó a mirarlo a la cara con una mezcla bien lograda de desprecio desapasionado y fría superioridad.

—Mi mutilado amigo, ¿te olvidas de que aquí existen ciertas leyes y normas acerca del territorio? —preguntó el gigante.

Barba Azul, impasible, emitió un larguísimo bostezo.

—Vamos, Kong, no me vengas ahora con que un mafioso de poca monta como tú se preocupa por el territorio y esas tonterías. Así que déjate de sandeces y ve al grano. Por lo visto, buscas camorra. Bien, pues la vas a tener. Al fin y al cabo, qué culpa tengo yo de que quieras una paliza. Como quizá recuerdes, hasta ahora sólo hemos discrepado en una ocasión, de la que saliste, si mal no recuerdo, con lesiones

irreparables en el trasero. Claro está que entonces eras todavía pequeño y aún te meabas extasiado en la mano de tu amito cuando te acariciaba. Pero como ya te he dicho, si tienes alguna dolencia, no tengo inconveniente en curártela. No obstante, supongo que tu interés va dirigido más hacia mi amigo Francis. En ese caso, quiero que sepas que nunca me quedaría de patas cruzadas ante una pelea tan desigual. Así que piénsalo bien antes de hacer algo de lo que puedas arrepentirte, o mejor dicho, de lo que tu culo pueda arrepentirse. Y lo mismo va para esos dos monos circenses que tienes a tus espaldas.

Kong, entretanto, de pura rabia se había hinchado hasta el doble de su volumen corporal. Parecía como si el azul de sus ojos, debido a una reacción química, se hubiese convertido en rojo, un rojo sanguíneo. Se diría que aquel animal gigantesco fuese a estallar de un momento a otro, arrastrando consigo a todos los presentes en la tensa escena. Por lo que a mí se refiere, ya me había dado cuenta de que aquel tipejo era el indiscutible déspota del barrio. Conocía bien a los de su calaña. En todas partes donde había estado hasta entonces existía un gracioso «jefe de departamento» que se follaba a las hembras sin parar, solucionaba los problemas dentales ajenos con la fuerza bruta que le había concedido la Madre Naturaleza, y altruistamente gastaba sus energías en hacer la vida más difícil de lo que ya era a los seres amantes de la paz.

Sin embargo, por algún motivo, hasta los dictadores tenían sus limitaciones, y para Kong una de ellas era, aparentemente, Barba Azul. Lo que yo no acababa de entender era que alguien como Kong, dotado de todo aquello que a su oponente le faltaba, pudiese temerle a un pobre inválido como Barba Azul. De pronto el muy gallina comenzó a reírse con un aire travieso, como si todo el incidente hubiese sido una inocentada.

—¡Jo, jo! —gritó—. Me estoy cagando de miedo, amigo. Tu gancho de muñón tiene fama mundial. Pero no temas un enfrentamiento entre nosotros. En su debido momento se saldará la cuenta, como se saldan todas las cuentas con el tiempo.

Entonces se volvió hacia mí y me miró fríamente.

—Y en lo que a ti se refiere, querido, puedes apostar la vida a que, en un futuro no muy lejano, sostendremos una interesante conversación privada de la que no te olvidarás nunca. Así que, hasta pronto, simpáticos —dijo, y saltó del muro. Sus dos lacayos con cara de rata lo imitaron y desaparecieron también entre los matorrales.

Barba Azul volvió a ponerse en camino sin echarles siquiera una mirada. Yo, en cambio, reía para mis adentros.

—¡Eh! —le grité, y se detuvo de nuevo para volverse—. Me parece que has traicionado tus principios.

—No me digas. ¿Y por qué, si puede saberse?

—¡Les has dicho que soy tu amigo!

***

En el garaje de «Peter Fonda» me hallé ante un cuadro desconcertante. Deep Purple yacía boca arriba sobre la Harley Davidson abrillantada del loco funcionario de Correos mirando fijamente al techo con ojos desorbitados. Estaba completamente tieso y tenía las cuatro extremidades también estiradas, como si con aquella postura pretendiese demostrar su flexibilidad. Mi presentimiento había dado en el blanco, pues el bueno de Deep Purple resultó ser aquel viejo agresivo que se había mostrado tan insistente sobre su territorio el día anterior.

Al acercarnos a la parte trasera del garaje vimos el largo e irregular rastro de sangre que había dejado Purple en el jardín.

A mi juicio, los últimos minutos de su vida debían haber transcurrido de la siguiente manera. Alguien mordió a Deep Purple repetidas veces en el cuello sobre el muro limítrofe de su propio territorio. El viejo cayó desde el muro al jardín, pero asombrosamente, teniendo en cuenta su avanzada edad, no murió en el acto. Cuando el asesino, dando por concluido su trabajo, prosiguió su camino, ocurrió algo que podría parecer un milagro. Purple volvió en sí a pesar de la enorme pérdida de sangre y pensó cuál sería el lugar idóneo para morir. Bien porque así debía ser, o bien como resultado de la conmoción cerebral, el caso es que se arrastró de vuelta a casa, hacia su queridísimo y al mismo tiempo despreciado funcionario de Correos. Al alcanzar la pared trasera del garaje tuvo que superar el obstáculo más difícil, pues a aquel edificio sólo se accedía a través de una abertura en el ladrillo que había justo debajo del techo de chapa ondulada. Así que por última vez en su vida Deep Purple adoptó la posición previa a un salto arriesgado. Saltó dos metros desde el suelo, cinco veces el largo de su cuerpo, y lo consiguió. Apretujándose, se coló por el orificio, se dejó caer luego al suelo del garaje, volvió a levantarse y se tambaleó hasta la Harley. Atormentado por el dolor, subió al asiento recién encerado de la moto y miró mareado a su alrededor.

Sentía frío, tanto frío como si ya nunca pudiese entrar en calor de nuevo. No comprendía ni qué ni cómo había pasado. ¿O quizá sí? ¿Había cometido un error? ¿Comprendía el motivo de aquel ataque sanguinario? ¿Conocía a su brutal asesino? Preguntas, preguntas y más preguntas, para las cuales probablemente jamás habría respuesta. De pronto se desmayó. Deep Purple se desplomó sobre aquel cuero negro como un elefante al que le hubiesen disparado en plena sabana, y estiró todas sus extremidades.

—He visto los rastros de sangre en el jardín y los he seguido —informó Barba Azul.

Desde abajo la moto parecía una de esas piras funerarias de los indios sobre la

cual Purple reinaba como un legendario jefe osificado. Salté al sillín y examiné el cadáver de cerca. Resultaba incomprensible que aquel vejestorio hubiese conseguido llegar hasta allí con semejante agujero en el cuello. Pero no era sólo el cuello; la cabeza entera parecía una manopla retorcida chorreante de sangre. Al parecer, había caído repetidas veces durante su odisea y se había revolcado en su propia sangre, por lo que su piel estaba toda manchada.

Sin embargo, Barba Azul había vuelto a pasar por alto el detalle más importante de aquella terrible «naturaleza muerta».

Aparté la vista de Purple y miré con reproche hacia abajo, a mi amigo patacoja.

—No pasaba ya de esas historias —observé.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tenía todavía intención de perpetuarse.

—¿De perpetuarse?

—Sí, de engendrar hijos.

—¿Qué? ¿Purple jodiendo? Pues que no vuelva a venirme nadie con el cuento de que no es posible realizarse en la tercera edad. Pero ¿puede ser? ¡A su edad muchos se conformarían con poder descifrar la palabra «erección» con dos pares de gafas y una lupa, y no digamos ya con tratar de asustar a las damas con la misma!

—Pues ven y convéncete tú mismo.

—No, gracias. Hoy es el único día del mes en el que me sirven hígado. Y, francamente, no tengo intención de estropearme el apetito por culpa de ese cabrón muerto. Además, me cuesta derramar siquiera una lágrima por ese violador de jovencitas. —A pesar de sus palabras, parecía seguir barruntando—. ¿En serio piensas que Purple era secretamente un banco de semen? ¡Increíble, sencillamente increíble! ¿En qué mundo vivimos?

Yo me preguntaba por qué los individuos en celo tenían que caer en aquello y qué misteriosa relación existía entre las víctimas, caso de que existiese alguna. Pensamientos confusos daban vueltas febrilmente en mi cabeza como electrones alrededor de un núcleo. Con todo, había que proceder con disciplina, encajando las piezas en el orden adecuado. El rasgo más característico de aquella serie de asesinatos era la sexualidad. Por supuesto no podía excluirse la teoría de que se tratara de un loco que asesinaba indiscriminadamente. Sin embargo, casi podía desecharse la «teoría del loco» sin temor a equivocarse, ya que apenas existen locos en el reino animal, y los que existen rara vez pasan de la infancia o mueren poco después. Por otro lado, también podía haber sido casualidad que aquel monstruo hubiese escogido hasta el momento sólo a individuos en celo. Ahora bien, si no era casualidad, alguien: *a*) tenía algo en contra del sexo en general, *b*) estaba en celo él mismo y tenía un curioso punto de vista sobre cómo eliminar la competencia en el barrio, o *c*) no quería que alguna dama en particular fuese poseída por los demás.

Muchas palabras y poco sentido. Después de tantas especulaciones tuve que admitir que sí había un loco entre nosotros.

—Yo sigo diciendo que ha sido un maldito abrelatas —masculló Barba Azul desde abajo—. ¡Mierda, claro que sí! ¿Por qué iba a hacer uno de nosotros una porquería así? ¿Tienes alguna explicación lógica? ¿Eh? ¡Ese canalla de mierda habría estirado la pata dentro de un mes como mucho aunque no lo hubiesen liquidado!

—Oye, yo estoy ante un rompecabezas igual que tú. ¡Pero no nos engañemos! Esa herida ensangrentada es un mordisco y no obra de una trituradora de hielo. En cualquier caso, parece que ha llegado el momento de informarme mejor sobre este barrio desalmado y sus desalmados habitantes. Y tú me vas a ayudar, Barba Azul.

—¡Ah, sí! ¿Eso crees tú, señor Inspector?

—Si tienes tanto interés como yo en que esta pesadilla acabe, lo harás. Así que ¿por dónde empezamos?

—Bien, pues te presentaré a alguien. Él sabe más acerca de estas cosas que yo. Y es muy listo. No eres el único sabihondo de este brumoso Londres para pánfilos, ¿sabes?

—¿Ahora mismo?

—¡Mierda, no! Por hoy estoy ya hasta el hocico de jugar a detectives. Además, tengo esa cita con el hígado. Mañana por la mañana te llevaré hasta él, hasta nuestro profesor.

Bajé de un salto del sillín de la moto y, colocándome al lado de Barba Azul, me volví para echar una última mirada a Deep Purple. Parecía una ofrenda sobre un altar consagrado con sangre y relámpagos, sacrificada en honor de algún dios malvado. A eso podía llamarse «apaciguar a los espíritus». Aún corría sangre por las piezas cromadas de la moto, goteando en un charco semicoagulado. De pronto, al ver a Deep Purple en aquel estado, sentí lástima. Imaginé cómo, con su carácter y su forma de ser, había dado alegría y satisfacción a muchos seres, sobre todo humanos, y pensé que habría merecido una muerte mejor. Probablemente también una vida mejor. Pero ¿no nos merecíamos todos una vida mejor?

3

Aquella noche tuve dos pesadillas más. ¡Y, a decir verdad, en el transcurso de la segunda estaba completamente despierto!

Barba Azul y yo nos habíamos separado después de la horrible inspección del cadáver. Volví rápidamente a casa bajo una repentina tormenta. Semejante precipitación diluviana y los fuertes relámpagos que la acompañaban habían ahuyentado de los jardines a todos los miembros de la parroquia, de modo que me libré de cualquier otra molestia tipo Kong.

Deseo hacer en este punto un comentario sobre mí mismo: para que no se me tache de «esnob» y «sabelotodo», admitiré que los relámpagos y los truenos también a mí me causan un miedo atroz. Y no sin razón. Los hombres, en especial los del «lado dorado» del planeta, tienden a ver en la naturaleza de un animal salvaje de pura raza algo noble, algo así como el indio americano antes de ser alcoholizado por el hombre blanco. Consideran su poderío una anticuada atracción de teatro de variedades que, en el mejor de los casos, consigue asombrar. Sin embargo, tal idea es un error que solamente se permiten las criaturas mimadas cuyos conocimientos sobre la naturaleza se basan en las fotografías brillantes de la revista *Geo* o en algún que otro episodio de la interminable serie televisiva *Daktari*. La Madre Naturaleza es, en realidad, una bruja sedienta de sangre con la mira puesta especialmente en aquéllos que no rinden culto al progreso ni a sus maravillosos avances. Incluso hoy, quienes mueren de manera violenta suelen ser, en su mayor parte, víctimas de ataques terroristas de la naturaleza. Siete mil personas en todo el mundo mueren anualmente víctimas de descargas de relámpagos, y eso sin mencionar a los muchos animales que aúllan y maúllan. Por tanto, los miembros de mi especie obran con especial sensatez al refugiarse bajo muebles y camas a la primera señal de perturbaciones meteorológicas. ¡Qué disfruten los tontos con ese «espectáculo de la naturaleza»! Por mi parte, prefiero esconderme debajo de la cómoda y observar de qué manera los rayos divinos les parten el cráneo y los convierten en gigantescos pollos asados.

A esas horas ya había terminado en casa el torbellino de reformas de aquel día. Archie se había esfumado y encontré a Gustav de pie en medio del salón mirando como un conejillo hipnotizado los daños ocasionados entre los dos. Las habitaciones habían sido completamente despojadas de su anterior aire de zombis y ya sólo parecían, por así decirlo, muertas y enterradas, pues a excepción de las paredes desnudas no quedaba gran cosa de aquella vieja y respetable pocilga. Todas las colonias de insectos habían sido desterradas por esos dos tiranos despiadados, como en otro tiempo lo fue la nación de Israel. Por si no fuera bastante, ni siquiera habían tenido en cuenta la naturaleza de mi especie cuando decidieron convertir en apátridas

al orgulloso pueblo de los roedores. Lo único positivo de todo el asunto era que ahora la vivienda tenía un aspecto fabulosamente limpio. Algo, pues, se había ganado.

Gustav me preparó la cena (una sofisticada mezcla de trocitos de hígado refrito y comida de lata) y se fue temprano a dormir. Había trabajado todo el día como un minero y se quedó dormido apenas cayó sobre el catre. Yo seguí su ejemplo y también me acosté. No sé si es apropiado en este momento ofrecer la enésima explicación científica de por qué y cómo pasamos el sesenta y cinco por ciento de nuestras vidas durmiendo, y por qué somos una excepción en esta era de la yuppiemanía y de los madrugadores, pero no vayan a esperar que yo se las dé. Baste decir que (¡y eso también según investigaciones científicas!), si bien no son los dormilones los individuos que más éxito tienen en este mundo de Dios, ¡tampoco me he encontrado nunca con un genio entre los que duermen poco!

Puesto que Gustav se había decidido por fin a encender la calefacción, el dormitorio estaba bien calentito y caí enseguida en un sueño profundo.

Soñé que me encontraba de nuevo en aquel horrible garaje, sólo que ahora Deep Purple no yacía muerto de espaldas: estaba vivito y coleando, sentado como un hombre sobre el sillín de la Harley Davidson. Desde el enorme boquete de su cuello manaba verticalmente un imponente surtidor de sangre, que caía luego bañándolo a él y a la moto. Era una imagen horrible.

Aquel viejo zombi exhibía en su cara una sonrisa sardónica y gesticulaba desesperadamente con las patas delanteras.

—¡Este maldito territorio es mío! —gritaba Deep Purple—. ¡Y todavía soy capaz de echar un polvo! ¡Mírame bien!

Extendió la pata sobre su hombro y sacó una cría de la herida del cuello, de la cual seguía brotando sangre. El pobre animalito parecía una versión en miniatura del que lo había engendrado y miraba desamparado y receloso a su alrededor. Purple vociferó triunfante y sacudió violentamente al bebé.

—¿Y sabes por qué puedo hacerlo? ¡Una terapia revolucionaria, querido, una terapia revolucionaria! ¡Espasmólisis, angiograma, electrocardiograma, trasplante de órganos, fibrinólisis, inyecciones, infusiones, transfusiones, torundas, emplastos, vendas elásticas, etcétera, etcétera, etcétera! ¡Sí, la asistencia médica lo es todo en la vejez! ¡Sin la medicina moderna no funcionaría nada hoy en día!

De pronto levantó de un tirón a la cría nacida de aquella manera tan repugnante y la lanzó como si jugase al béisbol. El bebé chocó contra la pared con un ruido sordo, dejando una gran mancha de sangre y cayendo sin vida al suelo. Purple soltó de nuevo una carcajada monstruosa, hurgó una vez más en la herida y sacó otro bebé.

—¡Así es la vida, querido, así es el mundo! —dijo el padre cruel—. ¡Si deseas una vida más larga y poder tener una erección a los noventa y nueve años, confíale tu cuerpo a la medicina moderna!

Arrojó también a la segunda cría contra la pared, que al chocar reventó como un globo lleno de pintura roja. A continuación, Purple comenzó a girar sobre su propio eje como si estuviese encima de un torno, metiendo continuamente la mano en la herida y sacando nuevos bebés que, de inmediato, lanzaba contra la pared del garaje, igual que una máquina lanzadora de pelotas de tenis. Mientras aumentaba su velocidad de giro, subía también el volumen de sus bestiales carcajadas, hasta que finalmente se convirtieron en un rugido.

—¡Ja-ja-jo-jo-je-je! —gritó—. ¡Dejad que se os recete píldoras para la inmortalidad y pomada para la potencia! ¡Para la potencia! ¡Para la potencia! ¡Para la potencia…!

Giraba cada vez más deprisa, hasta tal punto que al final parecía sólo una mancha borrosa de donde, sin pausa, salían disparados aquellos pobres bebés que se estrellaban contra la pared.

Al cabo de unos segundos corría un río de sangre por las paredes del garaje. El montón de pequeños cadáveres aumentaba progresivamente en el suelo, y comenzó a subir un olor dulce, como de carne muerta en un matadero. Ahora la risa de Purple se mezclaba poco a poco con un maullido fantasmal parecido al que había oído en mi primera pesadilla. Sólo que esta vez no se trataba del maullido de un solo congénere sino de muchos.

Había llegado la hora de despertarme antes de que mi sistema nervioso sufriese daños irreversibles por tan encantadoras imágenes. Con un grito ahogado volví por fin a la realidad del dormitorio. Sin embargo, el sueño había parecido tan real que seguía oyendo aquellos gemidos y aquel llanto multiplicados por cien.

Me levanté de un salto y arqueé el lomo más que nunca. ¡Sin embargo, los maullidos no desaparecieron! Justo en el momento en que empezaba a considerar la posibilidad de que algún que otro tornillo de mi cabeza, pagando tributo a las circunstancias, se hubiesen soltado, descubrí el lugar de donde provenían aquellos maullidos cada vez más reales. Eran como en mi primera pesadilla. El ruido llegaba desde el primer piso. Me sorprendió que Gustav no hubiese despertado ya a causa del alboroto.

Me quedé allí de pie, como transformado en estatua de sal, sin dar crédito a mis oídos. Me consolé con la idea de que acaso una hembra en celo estuviese llamando al varonil coro local, o que sus jadeantes clientes, ya congregados, estuvieran gimiendo y gruñendo unos a otros. No obstante, y al mismo tiempo, la parte racional de mi cerebro me decía que no eran sino gritos de dolor.

¿Qué debía hacer, pues? Desentenderme del asunto significaría hacer una capitulación mezquina ante el miedo y tener que admitir que tal vez estuviese dejando escapar una pista importante relacionada con los asesinatos. ¿Quién me garantizaba que en aquellos momentos no estuviera siendo asesinado alguien allí arriba? ¡Pues lo

que se oía sonaba exactamente a eso!

¡Maldita e indomable curiosidad! Si tuviese que darle nombre a mi peor vicio sería «la curiosidad». En este mundo existen maravillosos pasatiempos e insólitas aficiones. Algunos coleccionan concienzudamente revistas porno y las clasifican según el tamaño de los penes en ellas fotografiadas. Otros, en cambio, son ufólogos aficionados que incansablemente procuran establecer contacto con los extraterrestres, hasta que un día se realiza su sueño y el médico de turno de la clínica les pide una y otra vez que vuelvan a contarle su extraño encuentro. Muchos pintan e imponen sus cuadros a los amigos en forma de obsequio de cumpleaños, convencidos de que se alegrarán especialmente de tener un regalo hecho a mano. Muchos son donantes de esperma. Muchos, no, muchísimos son entendidos en bebidas alcohólicas y amplían sus conocimientos a diario… ¡Vaya si hay en el mundo aficiones verdaderamente fascinantes! Y yo, sin embargo, estoy condenado a meter mis narices allí donde más peligro se corre de recibir una tunda.

Entretanto, los maullidos habían subido de tono. Con patas algo temblorosas, me deslicé afuera, al pasillo. Era consciente de que una expedición de reconocimiento podía tener consecuencias desastrosas, ya que no estaba familiarizado con los pisos superiores. Pero, por otro lado, si me quedaba abajo escuchando a distancia, me corroería lentamente la curiosidad y el remordimiento. Así que me decidí a investigar el misterio con la audacia que me es propia, aunque significase mi perdición.

Con su incomparable despiste, Gustav había olvidado cerrar la puerta con llave. Fue, pues, sencillo levantarme sobre las patas traseras, tirar hacia abajo del picaporte y abrir la puerta para salir.

Fuera, en el hueco de la escalera, reinaba la oscuridad más absoluta. Aunque mis ojos sólo requieren una sexta parte de la luz que necesitarían los humanos para observar los mismos detalles de movimiento y forma, no conseguí ver nada allí. ¡Eso no significaba, sin embargo, que no pudiese «percibir» absolutamente nada[8]! Los pelos de mis bigotes comenzaron a vibrar ligeramente y ante los ojos de mi cerebro apareció una imagen, poco clara pero suficiente para mis propósitos. Consistía en diversos y variados remolinos de aire que definían las formas arquitectónicas del hueco de la escalera a mi alrededor.

Subí despacio la escalera y me acerqué poco a poco a los maullidos que resonaban con un tono cada vez más insistente. Cuando, al igual que en mi pesadilla, tras un giro de ciento ochenta grados a la derecha comenzó a verse más claridad en la escalera, casi vomito de miedo y tensión. La única diferencia respecto de mi sueño era que de la puerta entreabierta del primer piso no salía un haz de luz esplendorosa sino un brillo intermitente parecido al que se produce al soldar. Pero en los intervalos en los que desaparecía la luz volvía a encontrarme en la más completa oscuridad.

Con todo, lo más espantoso eran las voces, unos gritos de dolor emitidos casi

melodiosamente, que seguían en cierto modo una armonía excéntrica, resonaban sin cesar por todo el edificio y se superponían o se relevaban unos a otros como en una especie de canto ritual.

A todo esto, el olor fétido de productos químicos que había notado de inmediato durante la mudanza cobró tal intensidad que ya no necesitaba mi órgano-J, porque podía olerlo directamente con la nariz. Se sumaba además el olor a podredumbre procedente de las viviendas vacías en descomposición.

Por fin me encontré ante la puerta. Adelanté con cautela la nariz, rebasé el umbral y me aventuré a mirar dentro. A partir de ese momento lo que ocurrió no fue como en mi sueño sino mucho peor. El olor de cientos de felinos me asaltó como una bofetada. No los veía porque se encontraban en la sala grande de la parte trasera y yo solamente alcanzaba a ver el oscuro pasillo. Sin embargo, como la puerta de la habitación estaba también entreabierta, oía saltos y un continuo tableteo, y percibía su olor. A los gritos de dolor se unía ahora una voz fuerte y profunda que parecía pronunciar un discurso importante en tono solemne, aunque no entendía bien las palabras.

¡Dios mío! ¿Dónde había aterrizado? ¿Entre Testigos de Jehová? Me pregunté qué pasaría si entraba allí, así, sin más. De inmediato contesté a mi pregunta: no pasaría absolutamente nada, puesto que antes besaría a un perro que entrar allí. La sola idea de semejante atrevimiento hizo volar mi fantasía de un modo que sobrepasaba todo lo que antes había sido capaz de imaginar. Curiosidad por aquí, curiosidad por allá. Todavía estaba en posesión de todas mis facultades mentales y ni en sueños entraría en una habitación en la que se habían congregado cientos de animales dementes para matarse alegremente unos a otros mientras un sacerdote los alentaba con sus discursos.

En el instante en que me proponía dejar con todo sigilo mi punto de observación, posé la vista por accidente en el techo del pasillo. Con los años de abandono se habían formado allí arriba unos agujeros de tamaño considerable por los que podía verse el segundo piso. Aunque, claro está, era imposible divisar cosa alguna allí arriba, ya que el piso superior también se hallaba sumido en absoluta tiniebla. Sospeché, no obstante, que acaso el techo de la habitación en la que se celebraba «la fiesta» presentase también desperfectos similares. Así que me bastaba con subir al segundo piso si deseaba disponer de un palco para presenciar la fantasmal obra de teatro que se representaba en el primero. Si mi suposición era correcta, podría observar aquel trajín con toda tranquilidad desde allí arriba mientras comía unas palomitas sin ser descubierto por la banda asesina.

Trepé rápidamente por la escalera hasta el piso de arriba. Para mi sorpresa y alivio, pude constatar que no existía ya ninguna puerta en aquella vivienda. De tan deteriorada, se había desprendido de las bisagras y había caído, probablemente empujada por una ráfaga de viento. Tanto mejor para mí, porque pude entrar

directamente sin tener que ocuparme primero de problemas técnicos.

Aunque la oscuridad era, allí también, el único inquilino, me di cuenta enseguida de que aquel piso se parecía más al de mi pesadilla que el de abajo. Todas las habitaciones se hallaban alicatadas de blanco como en los lavabos públicos. Naturalmente, la mayor parte de los azulejos estaban rotos o cubiertos de moho y suciedad; así y todo, lo que predominaba era el aspecto general. A excepción de la basura indefinible que suele acumularse en una vivienda con el paso de los años, ésta se encontraba vacía. En cuanto a mi propósito de localizar un punto de observación más ventajoso, diré que mis esperanzas se vieron ampliamente superadas. El suelo estaba lleno de agujeros desde donde se veía el piso de abajo. Parecían las cicatrices dejadas por las bombas tras una pequeña guerra mundial.

Me adentré en el piso y por fin vi el brillo intermitente de la luz procedente de abajo. Acto seguido me metí en la sala grande. La habitación era exactamente como me la había imaginado. Sin hacer el menor ruido, como un fantasma que vuela por encima de los vivos, me deslicé hasta el centro de la habitación, donde había un agujero de aproximadamente un metro de diámetro, y miré hacia abajo.

Lo que vi allí habría podido convertir a un reportero gráfico en multimillonario de la noche a la mañana con una sola buena fotografía. Era una vista increíble. Unos doscientos hermanos y hermanas se apretujaban, empujaban y aplastaban en medio de aquella sucia habitación donde los cabos desgastados de dos cables eléctricos sueltos se cruzaban echando chispas. Un anciano congénere, con el pelaje ya blanco y muy ahuecado, que recitaba de manera mecánica un cántico religioso, pisaba repetidamente uno de los cables, haciéndolo subir y bajar para que así hiciese contacto. Los demás saltaban uno tras otro por encima de aquellos relámpagos radiantes que surgían como explosiones del punto de contacto. Al saltar recibían tremendas descargas eléctricas, que les chamuscaban trozos de piel, y gritaban como si estuvieran en un asador. Con las descargas eléctricas caían confusos y agotados al suelo aunque, por lo visto, algunos chiflados no habían tenido suficiente y querían sufrir la tortura de nuevo. Por desgracia para ellos, eran apartados por los dementes que hacían cola, esperando con impaciencia su turno para aquella diversión mortal.

—¡En el nombre del hermano Claudandus! —repetía el sacerdote a su rebaño—. ¡En el nombre del hermano Claudandus, que se sacrificó por nosotros y se convirtió en Dios! ¡Claudandus, oh san Claudandus, escucha nuestro sufrimiento, oye nuestras voces, atiende nuestra plegaria! ¡Acepta nuestro sacrificio!

—¡Acepta el sacrificio! —coreó la congregación entera, gritando al unísono.

—Pero el alma del justo Claudandus está en manos de Dios y ningún tormento puede alcanzarlo. A los ojos de los necios parece estar muerto. ¡Su fin se considera infortunio y su marcha de entre nosotros, destrucción! ¡Pero él está en paz!

—¡Aleluya, Claudandus está en paz! —contestó el coro, lleno de fervor.

Habían alcanzado un estado de éxtasis total. Convulsiones y temblores espásticos se habían apoderado de sus cuerpos y parecían entrar en una especie de trance. Se adelantaban gimiendo y temblando, y saltaban cada vez más rápidamente y a menor altura, rozando los cables candentes. Las descargas eléctricas no parecían afectar ya a quienes pasaban sobre los cables. Al contrario, con la carga concentrada enloquecían progresivamente y se volvían cada vez más atrevidos. El líder de la secta pisaba el cable con creciente frecuencia e insistencia, y los relampagueos que salían del punto de contacto llenaban la habitación de una luz cegadora y espectral.

—Pese a ser atormentado según los métodos del malvado, puso su esperanza en la inmortalidad. Tras sufrir diversos castigos, recibió grandes favores, pues Dios lo había probado y hallado digno. Lo probó como al oro, que es refinado por medio del fuego, y lo aceptó como sacrificio, quemado sin tacha. En la hora de su tribulación, fue iluminado y transportado como chispas entre el rastrojo. Juzgará a pueblos y gobernará sobre naciones. ¡El Señor será para siempre su rey! Los que en él confían conocerán entonces la verdad y los fieles morarán con él en el amor, pues misericordia y perdón serán el premio de los escogidos.

Llanto y gemidos histéricos recorrieron la multitud, que parecía una montaña rusa fuera de control que se dirigía imparable hacia el punto culminante de su trayecto. Aumentaba gradualmente el número de heridos que eran apartados sin consideración por los demás. Quizá la palabra «heridos» no fuese muy exacta, pues tras haber recibido sus bien merecidas descargas tenían todos una estúpida sonrisa de satisfacción en la cara.

Los gritos de «¡Aleluya!» y «¡Claudandus, sálvanos!» resonaban por todas partes mientras el maestro hablaba con voz untuosa a aquellos chiflados, enloqueciéndolos más aún con sus palabras.

Les aseguro que reinaba allí un caos mucho mayor que el de *Los aristogatos*. Una secta que rendía culto a un tal Claudandus y que se estimulaba en su nombre con jugosas descargas eléctricas. ¡Para que luego digan que desde Bernhard Grzimek y Jacques Cousteau no hay ya secretos en la naturaleza!

«Claudandus», un nombre que ni hecho a medida para un santo. Sin embargo, ¿cuál era su significado original? Mis conocimientos de latín se habían atrofiado bastante desde los fatídicos días en que Gustav, que atravesaba una época de estrecheces económicas, había dado clases a unos cretinos más interesados en sus primeras experiencias onanistas. Pero en algún apartado rincón de mi cerebro, entre telarañas, logré encontrar, no sin esfuerzos, la palabra latina *claudere*, que significa «cerrar». Si *claudere* era el infinitivo, *claudatus* debía de ser el participio pasivo, es decir, «cerrado». Y si se tomaba el gerundio de *claudere* como adjetivo pasivo del verbo, mediante el cual se expresaba que algo debía o tenía que llevarse a cabo, nos encontrábamos con *claudandus*, que más o menos significaría: «uno que debe o tiene

que cerrarse».

«Uno que debe o tiene que cerrarse». Desde esa perspectiva, en cambio, era un nombre bastante extraño para un santo o, según la plática confusa del sacerdote, un mártir. ¿Y cuál habría sido el martirio cruel y mítico que aquel ominoso Claudandus había tenido que sufrir para, así, dar origen a una secta? Una cosa me resultaba bastante clara: unos seres capaces de un comportamiento tan destructivo no se relacionarían amablemente con sus semejantes, y mucho menos con un adversario religioso o con alguien que se burlara de su religión. En resumen, aquella chusma enloquecida era capaz de todo, incluso del asesinato.

La teoría se vio confirmada por otro detalle, del cual, por cierto, sólo me fui dando cuenta poco a poco. Desde que estaba allí arriba, una especie de excitación se había ido adueñando de mí con creciente insistencia, de modo que me encontraba ya en un estado de tremenda agitación. Tardé un rato en darme cuenta de que tal reacción no era únicamente efecto de la escena fantasmal, sino también del olor químico omnipresente que desprendían las habitaciones. Sin lugar a dudas, aquel olor aguzaba los sentidos de mi especie, y probablemente también los del hombre. Por decirlo de algún modo, era como una pastilla gaseiforme de «despertaminas». Así que resultaba fácil imaginarse que alguien, enloquecido por aquella ceremonia agresiva y estimulado por el olor del producto químico, pudiese hacer cosas que de ninguna manera haría en estado normal.

Todo se habría aclarado por sí solo con esa teoría genial de no ser por una pequeña incongruencia. No sería de extrañar que Kong y sus inseparables compinches, Herrmann y Herrmann, se encontrasen presentes entre los claudandistas, pues igual que las moscas se sienten atraídas por una boñiga desde cientos de kilómetros a la redonda, aquel trío de mal agüero se sentía atraído por todo lo maligno. Revolcarse en el estiércol era, por decirlo así, su destino. Y en efecto allí estaban, en una de las filas intermedias, esperando pacientemente poder dar fe de su temeridad, o más bien de su perversa devoción.

En cambio, quien no encajaba en aquel cuadro macabro era Barba Azul, que estaba agachado en el rincón más apartado de la habitación y balanceaba la cabeza al ritmo de los cánticos y oraciones. Aparentemente no quería arriesgarse a ser aplastado o atropellado por la alborotada muchedumbre, consciente de sus numerosos achaques. Pero se notaba que aquella charlatanería se había apoderado de todo su ser y que también se hallaba en trance.

Tan sorprendente descubrimiento dio al traste con mi ingeniosa hipótesis, porque no podía imaginarme al camarada Barba Azul como miembro de una secta sedienta de sangre. ¿Tanto podía haberme equivocado con él? ¿Me había estado mintiendo todo el tiempo y fingiendo no saber nada? Por regla general, tengo una magnífica intuición psicológica y puedo afirmar con toda razón que soy capaz de adivinar los

pensamientos y las intenciones de mis interlocutores con una sola mirada. Pero siempre hay algo que aprender en un mundo en el que la gente se rodea de tantas mentiras que la verdad debe parecerles, de hecho, mentira. En el caso de que Barba Azul no hubiese estado fingiendo, no podía existir una conexión directa entre la secta de Claudandus y los asesinatos. Lo cual, a decir verdad, me resultaba difícil de creer.

El alegre servicio religioso había alcanzado su punto culminante. Todos los presentes saltaban y entonaban unos cánticos siniestros y monótonos. Por los trozos de la salmodia que pude captar, comprobé que el cántico, tal como había imaginado, trataba de sangre y dolor. Algunos locos saltaron por encima de las cabezas de la chusma para llegar antes a los cables eléctricos. Sus gritos aumentaban de volumen. No obstante, el viejo charlatán-jefe, que tanto respeto imponía, lo tenía todo bajo control, cual un experimentado maestro de ceremonias, y se limitaba a dirigirles unas pocas palabras.

—¡Ay, Claudandus, hijo del dolor y de la luz! Nuestras heridas están llenas de sangre, de la misma forma que una vez lo estuvieron las tuyas. ¡Oye nuestro clamor y acepta nuestro humilde sacrificio!

Yo estaba tan hipnotizado por la visión de la fascinante escena que había olvidado toda precaución y me había asomado cada vez más por el agujero. En esto, y sin haberme dado cuenta, mis patas delanteras se habían posado sobre el frágil borde, que cedió repentinamente. Piedrecitas, astillas, partículas de pintura desconchada y polvo de cemento se desprendieron del techo y cayeron como copos de nieve sobre la cabeza del sacerdote. Salté hacia atrás aterrorizado, pero era demasiado tarde. El anciano había levantado la cabeza rápidamente y había visto mi sombra huidiza.

—¡Allí arriba hay alguien! ¡Nos están espiando! ¡Nos están espiando! —gritó a su congregación, e inmediatamente se interrumpió la ceremonia. Cientos de cabezas, todas a una, se apresuraron a mirar hacia el techo, intentando vislumbrar algo en la oscuridad del gran agujero. En ese momento deseé más que nada en el mundo que todo aquel episodio no fuese más que una pesadilla. Sin embargo, aquella pomposa representación llevaba por título «La realidad», e inesperadamente yo había conseguido el papel principal.

De abajo llegaron ruidos confusos, pero no tenía ni tiempo ni ganas de averiguar lo que planeaban contra mí. Probablemente subirían en pocos segundos.

Eché una mirada apresurada a la habitación. Una viga destartalada se había soltado del techo por uno de sus extremos y había quedado muy inclinada. Justo encima de ella se veía una pequeña abertura en el techo, a través de la cual quizá consiguiese salir hacia el desván. La segunda opción, con un desenlace bastante más incierto, era el hueco de la escalera. Buscar la entrada del desván por allí sería una empresa arriesgada y además una pérdida de tiempo. Pero daba lo mismo, no tendría ocasión de probar las dos posibilidades.

—¿A qué estáis esperando, imbéciles? ¡Subid! ¡Traédmelo! —oí que gritaba el ungido. De inmediato se oyeron las pisadas de cientos de patas. Estaban ya en camino.

Instintivamente me decidí por la viga. Me lancé hacia ella y le hundí mis garras. La viga cedió con un chirrido y se inclinó aún más. Sabía que el más pequeño movimiento podía hacer que el otro extremo de la viga se soltase de su punto de fijación y cayera conmigo al suelo. ¿Y en tal caso cómo, por todos los santos, conseguiría salir de aquel infierno?

En el hueco de la escalera se oía un tremendo alboroto. Pronto estarían en la habitación. No tenía ya alternativa. Con una fuerza explosiva me catapulté hacia arriba utilizando mis patas traseras y logré meter la cabeza y las patas delanteras por el diminuto agujero a la primera intentona. En ese mismo instante se descolgó definitivamente la viga debajo de mí con un gran crujido, cayendo estrepitosamente ante las patas de la chusma que acababa de irrumpir en la habitación.

Penetré a toda prisa por el orificio para encontrarme por fin en el desván. Una última mirada hacia abajo corroboró lo que había temido. Tras unas maldiciones airadas, la partida de caza salió nuevamente de la habitación para subir al desván, donde me encontraba.

Sólo pude examinar mi nuevo entorno brevemente. La habitación angulosa y no muy visible estaba abarrotada de restos del laboratorio del doctor Frankenstein, cuyo fantasma siempre había creído percibir en la casa. Numerosos instrumentos quirúrgicos de aspecto amenazador con puntas y formas retorcidas, focos para operaciones, aparatos para anestesiar, jeringuillas, tubos de ensayo, alambiques, retortas, microscopios, y otras máquinas y utensilios complicados de los cuales no sabía siquiera los nombres, y mucho menos su función, estaban tan llenos de polvo y óxido que eran irreconocibles. Algunos habían sido desmontados, sin haber perdido una pizca de su imponente apariencia. Me preguntaba por qué habrían dejado todo aquello pudriéndose allí. Aunque es cierto que, hoy en día, nuestros médicos no quieren nada en sus consultas que tenga más de un año y para lo cual no se necesite un ejército de especialistas en informática. Pero algún buen negocio se habría podido hacer, incluso con esa chatarra, en uno u otro país del Tercer Mundo. Triste y privado de la mitad de sus espantosos poderes, aquel laboratorio me miraba fijamente como si yo fuese un mago capaz de despertarlo nuevamente a la vida.

Pero ya tendría tiempo suficiente para pensar en tales incongruencias en algún otro momento en el que no fuese perseguido por los miembros de una secta que decían sin cesar tonterías sobre sacrificios y que, con toda probabilidad, encontraban de vez en cuando alguna víctima. Dios, Claudandus o quienquiera que fuese el responsable de los milagros estaba de mi parte, pues tal y como había sospechado el día de la mudanza, el tejado de la casa también estaba muy deteriorado y presentaba

grandes agujeros. Corrí hasta la pared hastial opuesta, allí donde el canalón derecho del tejado se unía al suelo, punto en el que se había formado un boquete de aproximadamente medio metro de ancho.

Tan pronto como atravesé el orificio hacia el exterior, el desván se vio asaltado por unos treinta congéneres que no daban precisamente la impresión de querer venderme una Biblia. Los de mi especie somos malos corredores, lo nuestro más bien es esprint, y por eso sólo los elementos más fuertes de la turba habían aguantado el esfuerzo de llegar hasta allí. Con todo, los que me estaban pisando los talones parecían más entusiasmados con la idea de cogerme que con lo que harían conmigo después.

De pie sobre el canalón y jadeante, tenía una vista sin impedimentos del vecindario. Ya había amanecido. Era uno de esos momentos cautivadores en que el sol, antes de dejarse ver, comienza a teñir el firmamento como por arte de magia de un azul anaranjado. El rectángulo de tejados y terrazas que se extendía ante mí me permitió formarme nuevas esperanzas en lo que a mi huida se refería. En algún lugar de ese laberinto tenía que haber un rincón donde pudiese esconderme de mis perseguidores. No obstante, la vertiginosa altura que había bajo mis patas me previno en contra de llevar a cabo alguna maniobra arriesgada. Desde allí arriba el trazado de los muros de los jardines semejaba un complicado rompecabezas. Un rompecabezas sin solución, como la embrollada historia de la que, con o sin intención, definitivamente había llegado a formar parte.

Ya sin aliento, trepé por el tejado cubierto de musgo, alcancé la cima y me apresuré a saltar de allí a los edificios vecinos. Entretanto, mis perseguidores se habían reducido a unos diez intrépidos que valían al menos por cien si se tenían en cuenta su decisión y denuedo. Con expresión de furia, estaban tan pegados a mis talones que no tuve ocasión de escapar a sus miradas ni por un solo instante para así poder darles esquinazo. De modo que fui saltando de tejado en tejado a una velocidad increíble, lo que en sí no representaba problema alguno porque los canalones de las casas colindantes casi se tocaban.

Sin embargo, notaba que mis fuerzas se iban agotando. A menos que a último momento saliese una gigantesca mano dorada del cielo para poner fin a aquel juego lamentable, sin duda sufriría un colapso circulatorio de muy señor mío. A los hermanos que me pisaban los talones no parecía molestarles demasiado el deporte matutino. Poco a poco se había ido acortando la distancia entre nosotros.

Me encontraba en uno de los lados largos del rectángulo que era el vecindario. Afortunadamente para mí, el paisaje de tejados se volvía bastante más complicado a partir de ese punto, porque no se limitaba a las formas monótonas de tejado de silla de montar y tejado de copete. Un caos de cúpulas, escaleras y escaleras de incendios hicieron que se reavivase en mí la vieja emoción de la selva, y me dejé llevar por mis

instintos. Muy pronto surtió efecto, pues mis cazadores efectivamente me perdieron de vista. Pero de inmediato, como si se hubiesen puesto de acuerdo por medio de señales telepáticas, pusieron en práctica una de las tácticas más antiguas de la caza. Se dispersaron en abanico, repartiéndose la jungla de tejados. Ahora me daban caza cada uno por su cuenta.

Finalmente caí rendido, con la respiración entrecortada, acurrucado entre cuatro enormes chimeneas. No podía quitarme de la cabeza la idea de que estaba cercado por aquellos individuos, pero me faltaban tanto la fuerza como la confianza para continuar la huida.

¡De pronto, un crujido! No podía ver exactamente de dónde procedía. Pero eso ¿qué más daba? Me tenían ya donde querían: ¡en la trampa! Y me matarían. Era tan seguro como que Claudandus había ido al cielo. Con un hormigueo nervioso en la espalda, retrocedí lentamente, y pisé algo que cedió de repente.

El tragaluz en el que había apoyado mis patas traseras se hundió y, antes de que pudiera asustarme, caí, igual que Alicia en el país de las maravillas, en extrañas tinieblas. Como era de esperar, aterricé sobre las cuatro patas, pero ese golpe de suerte no me aseguraba en absoluto la salvación. ¿Dónde demonios había caído esta vez?

Miré cautelosamente a mi alrededor y, mientras más se acostumbraban mis ojos al cambio de luz, más confiado me sentía, pues allí, en ese aposento acogedor, me hallaba a salvo. Las cortinas de terciopelo estaban medio corridas. Aparte de la débil luz que emitía un trozo de leña humeante desde la chimenea, la habitación estaba a oscuras. Los muebles macizos de estilo inglés antiguo daban la sensación de que en cualquier momento pudiese entrar un viejo de barbas blancas y bata roja que se sentaría en su cómoda mecedora y contaría un cuento. Pero en la mecedora, en vez de un Papá Noel, había una gata de raza «ruso azul» que me miró con unos ojos verdes extrañamente fijos y brillantes.

Era un ejemplar magnífico. Su pelaje era corto, sedoso y ahuecado —parecido a la piel de foca o de nutria—, de un color azulado con vetas plateadas que lo hacían reluciente. Meneaba ligeramente la cabeza, como si no pudiese detectar mi posición con exactitud.

—Eres nuevo, ¿verdad? —me preguntó con voz suave.

—Sí, así es. Me llamo Francis. Vivo a un par de casas de aquí desde hace una semana y media —respondí.

—¿Amigo o enemigo?

—¡Amigo! —dije con vehemencia—. ¡Para siempre un amigo!

—Eso es muy tranquilizador. Me ahorrará un montón de disgustos.

Su belleza turbadora me hacía hervir la sangre y la miraba como hipnotizado. Sólo sus ojos, aquellos ojos siempre fríos que recordaban a lagos helados, tenían un

algo inquietante y, sí, muerto.

Se levantó e hizo ademán de ir a saltar de la mecedora, pero se quedó parada, moviendo la cabeza de un lado a otro. Al concluir aquel curioso ritual, bajó y se acercó a mí.

—Aquí no cae la gente del cielo a menudo. Y cuando eso ocurre, suelen tener malas intenciones.

—Yo no —respondí—. Y además, no me he caído del cielo sino, accidentalmente, a través del tragaluz. Estoy… o sea, estaba huyendo.

—¿Ah, sí? ¿De quién?

—De algunos miembros de la secta de Claudandus. Por lo visto no les gusta que los observen durante su divertida ceremonia.

—¡Muy típico de esos idiotas!

Se fue lentamente hasta la ventana y miró hacia el jardín.

—¿Es ya de día?

—Pero ¿es que no lo estás vi…?

Me interrumpí. Por fin se había revelado el trágico secreto de sus ojos. Me acerqué a ella y me quedé mirando, avergonzado, mis propias patas.

—Eres ciega —dije.

—No, no soy ciega. ¡Sólo que no puedo ver!

Se alejó de la ventana y regresó a la chimenea. La acompañé. Con ojos inexpresivos contemplaba cómo iban apagándose lentamente los rescoldos. Y le hice la pregunta, aunque conocía la respuesta.

—¿Te quedas siempre aquí dentro o sales alguna vez?

—No. Ahí afuera todo son disgustos entre los hermanos y las hermanas. Siempre quieren pelea. Todo el mundo quiere pelea. Y aun así, hasta hoy no ha pasado ni un solo día en el que no haya deseado ver ese mundo malvado.

Me partía el corazón. Una vida en la oscuridad, una vida entre paredes, en una cueva, en un laberinto, un laberinto ciclópeo que no tenía salida alguna. Una vida en la que siempre se suponía, se tocaba, se oía, se olía, pero nunca se veía. Nunca veía el cielo, ni la nieve, ni sus propios ojos reflejados en el agua. Si el sol brillaba o las flores brotaban o los pájaros volaban hacia el sur, todo era igual, todo era negrura, más negra aún que el propio color negro. Maldita sea, ¿por qué tenía que ser además tan hermosa? Esa belleza hacía que tamaña injusticia que clamaba al cielo tuviese aun menos sentido. ¡No había Dios! Y si es que había uno, ¡tenía que ser un sádico de sonrisa fría!

—Lo siento —dije. Fue un comentario vulgar e innecesario pero no encontré mejores palabras para expresar mi pesar. Era la verdad, sentía una pena enorme.

—¿Por qué? —preguntó—. Hay cosas peores en la vida. Eso es lo que se suele decir, ¿verdad? Siempre hay cosas peores en la vida.

—Eso es cierto. Pero ¿dónde está el límite?

—Quizá no lo haya. Se puede aguantar todo mientras uno no tenga que vivir en una peluquería canina.

Lanzamos, los dos, una sonora carcajada. Ella lo llevaba con humor. Eso me gustaba.

—¿Has sido siempre tan, quiero decir tan…?

—¿Tan ciega? —me ayudó, sonriente, a salir del apuro—. Sí, de nacimiento. Pero es curioso. También hay imágenes en mi cabeza.

—¿Imágenes?

—Sí. Naturalmente, sólo tengo una idea incierta de lo que son las imágenes. Sin embargo, aparecen entre mis recuerdos. Y en mis sueños. Una y otra vez.

—¿Qué clase de imágenes?

En su cara apareció una expresión de extraño ensimismamiento. Pero al mismo tiempo parecía estar concentrándose con todas sus energías en aquello que veía o creía ver con los ojos de su imaginación. Se percibía claramente el gran esfuerzo que le costaba imaginarse las cosas de forma óptica.

—Todo está tan borroso y desenfocado. Veo a hombres, muchos hombres a mi alrededor. Son tan grandes y tan, tan claros, tan luminosos. ¿Tienen el maravilloso color blanco del que tanto me han hablado? No lo sé. Su habla es confusa y se ríen a carcajadas. ¡Siento pánico y quiero volver con mi madre! Uno de los hombres se inclina hacia mí y me sonríe. Pero es una sonrisa falsa, la sonrisa de un mentiroso. Ese hombre tiene unos ojos penetrantes. Brillan extraordinariamente, echan chispas, como si fuesen un estilete con el que quisiera taladrarme. De súbito, el hombre tiene algo reluciente en la mano y hace un movimiento rápido. Siento dolor, y me duermo. Pero mi sueño es un sueño inquietantemente profundo, pesado y negro del que nunca vuelvo a despertar. En la oscuridad de ese sueño oigo las voces de los hombres. Están ya enfurecidos, gritándose y echándose la culpa unos a otros. Algo ha salido mal. Sigo durmiendo. En ese estado tengo la sensación de permanecer mil años. Entonces ocurre algo horrible. Es tan horrible que se ha borrado para siempre de mi recuerdo. Pero no, hay todavía un recuerdo más. De pronto salgo corriendo con los demás. Sí, hay otros, muchos, cientos. Pero ya no puedo verlos, estoy ciega. Me da tanta pena no ver nada… Todo está desierto y muerto. Paso un tiempo vagando por ahí y luego me tiendo en un rincón. Está lloviendo y me mojo. He perdido toda esperanza y sé que moriré. Pero ya no me importa morir. Después se borran las imágenes con sus formas y colores, como si se las hubiese sumergido en una solución química. Desaparecen para siempre. Y después, no hay más imágenes…

Tenía los ojos llenos de lágrimas, y eso la hacía avergonzarse un poco. Para disimular sus lágrimas, regresó de nuevo a la ventana y me volvió la espalda. Yo me quedé donde estaba y la contemplé pensativo.

—Llevas las imágenes de tu niñez dentro de ti —le dije—. No naciste ciega. Hay algún terrible secreto en tu pasado. Un hombre te hizo algo y, a consecuencia de eso, te quedaste ciega.

—¿Quieres que te confiese una cosa? —preguntó, y yo percibí un matiz irónico en su voz—. Los seres más amables que conozco siguen siendo los hombres. ¿Quién, si no, se haría cargo de una gallina ciega como yo?

Volvió a reírse, y su risa resultó agradable. Sí, verdaderamente agradable.

—Deberías ver a algunos de los nuestros cuando se extravían por aquí. Se comportan como psicópatas, como monstruos, como bestias. Creen que la sempiterna pelea que transcurre ahí fuera prosigue aquí dentro. Y cuando de repente se dan cuenta de la clase de extraña criatura con quien se enfrentan, se desconciertan y reaccionan con más ira y más odio todavía. Es un número de circo bastante divertido. Llevo tantísimo tiempo aquí… y la vida entera ha pasado por mi lado sin rozarme realmente. Pero quizá no me haya perdido nada. Teniendo en cuenta la constante lucha de ahí fuera, quiero decir.

Nuevamente adoptó una expresión pensativa. Yo sabía que ella misma no creía las palabras que acababa de pronunciar. Sí, aquella vida tan malvada le había pasado de largo como una niebla que se disipa al ser ahuyentada por los luminosos rayos del sol. Pero, sobre todo, era la lucha la que le había pasado de largo, nunca había peleado la magnífica pelea de la vida.

—¿Puedo hacerte una pregunta un poco extraña? Mmm, ¿cómo te llamas?

—Felicitas —se apresuró a contestar.

—Felicitas, aunque hace poco que vivo aquí, sé que desde hace algún tiempo ocurren cosas extrañas en este barrio. Y deduzco de lo que me has contado hasta ahora que sigues las idas y venidas de la parroquia de una forma, digamos, acústica. Supongo también que tu oído es más fino que el de los valientes luchadores de ahí fuera. Por eso te pregunto si en estas últimas semanas, por las noches, has oído algún extraño…

—¿Quieres decir un grito de muerte?

Me quedé boquiabierto, con la sensación de que me hubiese caído un rayo y de que me convertiría en polvo si hacía el menor movimiento. Por fin había encontrado a mi primera testigo. Es cierto que, por decirlo de algún modo, sólo tenía medio testigo; pero mejor era eso que ninguno. Además, ya se sabe que Dios tampoco hizo el mundo en un solo día.

—¿Te sorprende? Tienes razón. Mi oído es más fino que el de los demás. No es de extrañar, ¿verdad? Mi lugar favorito es éste, junto a la ventana. Así que tal vez oiga más de lo que pasa ahí abajo que los que se encuentran fuera.

—Entonces cuéntamelo con todo detalle. No omitas nada. ¿Qué escuchaste exactamente?

—¿Por qué te interesa tanto ese asunto? —quiso saber.

—Porque, a fin de cuentas, se trata de un asesinato.

—¿Te parece realmente apropiado utilizar una expresión tan dramática en ese contexto? A mí me dio la impresión de que se trataba sólo de una forma exagerada de rivalidad.

—¿Y de dónde sacas esa conclusión?

—Muy sencillo. Puedo reconocer la voz de cada uno de los congéneres del barrio. Y sus voces, o mejor dicho los maullidos que sueltan al ser llamados por alguna «madonna» en celo, también delatan sus intenciones[9]. Los gritos, esos gritos de muerte que he oído en las pasadas semanas, venían todos de machos que ya se habían peleado con algún otro galán y que se encaminaban hacia la hembra que los había seducido. Y mientras maullaban sonoramente, se les unía de pronto algún otro que parecía conocerlos muy bien y a quien debían de tener bastante respeto, porque ante ese alguien cedía su disposición altamente agresiva, a pesar de su estado.

—Ésa es también mi teoría. ¿Conoces a «ese alguien»?

—No.

—¿Hablaba entonces con esos candidatos a cadáver?

—Sí, pero nunca pude entender lo que decían. Aunque siempre me daba cuenta de una cosa: el desconocido les hablaba en un tono muy insistente y trascendental, como si quisiera convencer a su interlocutor de algo.

—¿Convencerlo de algo?

—Eso me parecía.

—¿Y luego?

—Después del intercambio verbal, solía haber una pausa…

—¡Y entonces se oían los gritos de muerte!

—Exacto. Supongo que el desconocido les daba un mordisco que les causaba la muerte.

—Así es. Era siempre ese mordisco bien calculado que utilizamos al cazar. Resulta casi imposible practicar ese mordisco en un rival, porque éste suele ser tan grande, fuerte y ágil como su adversario. La única explicación posible es que la víctima no esperara esa reacción y que probablemente le diese la espalda al asesino por un instante. Para eso, tenía que haberse sentido bastante segura.

—Tal vez fuese una hembra que no quería que se la molestase.

—Un método extraño para ahuyentar al sexo opuesto. No, no; los asesinatos estaban todos planeados, planeados a sangre fría. Yo sospecharía más bien de los fanáticos miembros de la secta de Claudandus; a ellos sí los veo como «alegres muerdecuellos». Especialmente al siniestro sacerdote, que tenía aspecto de haber dirigido en otro tiempo una tienda de artículos para vudú. ¿Puedes contarme algo sobre esa sociedad?

—Muy poco. Sólo sé que rinden culto a un mártir llamado Claudandus, quien, según dicen, vivió en algún lugar de este vecindario hace mucho tiempo. Afirman que fue maltratado y torturado desde su nacimiento. Nadie sabe con exactitud quién lo hizo ni por qué. De todas maneras, su sufrimiento llegó a ser tal, que un día clamó a Dios pidiendo la salvación. Y he ahí que Dios oyó sus súplicas. Lo iluminó y lo liberó de su tormento. Se dice también que sus torturadores fueron aniquilados de manera horrible, mientras que Claudandus fue derecho al regazo del Todopoderoso. De todos modos, no ha vuelto a ser visto desde entonces. Es posible que esta leyenda, como otras tantas, tenga un granito de verdad. Pero yo lo desconozco.

—¿Sabías que, en latín, Claudandus significa «uno que debe o tiene que cerrarse»?

—No. De eso no entiendo nada. Pero me parece que estás sobre una pista equivocada. Esa idea de que el malhechor se halla entre los adeptos de la secta te la puedes ir quitando de la cabeza. Esos cretinos que rinden culto a Claudandus y se mortifican en su nombre son inofensivos. Hacen esas cosas descabelladas por un sentimiento inexplicable de religiosidad y devoción, quizá incluso por puro aburrimiento. Nunca le harían daño a nadie. Y además, ¿asesinatos? En fin, no sé.

—¡Que Claudandus te oiga! A pesar de eso, sigo teniendo mis sospechas. Esos tipejos no me han parecido nada católicos…

Antes de que pudiese terminar la frase, Felicitas levantó la cabeza con un movimiento brusco. Yo la imité y me quedé mirando fijamente al lugar del techo hacia donde se dirigían sus ojos ciegos, cargados de fatalidad.

Barba Azul había metido la cabeza a través del tragaluz abierto y nos miraba con cara de culpable.

—¿Por qué te has largado? Sólo queríamos hablar contigo —dijo finalmente en tono casi de disculpa.

—Y soltarme la lengua con trescientos sesenta voltios, ¿verdad? —repliqué enfurecido.

Felicitas volvió a relajarse y sobre su cara que, iluminada por los primeros rayos de sol, adquirió un brillo plateado, se extendió nuevamente aquella sonrisa de ciega. Podía verse su alivio al constatar que no habría lucha. Nada de luchadores, nada de lucha, nada de vida.

4

Justo después de la aparición de Barba Azul se despertó el dueño de Felicitas (Tipo: aristócrata empobrecido con monóculo, pijama de seda, pipa de espuma de mar y anillo de sello incluidos) y nos saludó con una gran variedad de primitivos ademanes y ruidos bastante parecidos a los que utilizaba Gustav. Y puesto que, a falta de un «James», Su Alteza quería ir él mismo por panecillos frescos y el periódico de la mañana, aproveché la ocasión para escaparme cuando abrió la puerta de la casa, no sin antes despedirme de Felicitas y asegurarle que volvería a visitarla.

Subí de nuevo al tejado para encontrarme allí con Barba Azul, que estaba esperando. Le resultaba bastante embarazoso hablar de los acontecimientos de la noche anterior, pero a mí me traía sin cuidado su sensibilidad.

—Primero acudes a mí para que tome cartas en esto de los asesinatos, y luego me ocultas lo más importante. Me pregunto cuántas sorpresas agradables me tendrás preparadas aún —dije en tono de reproche, apretando los dientes.

—¡Lo más importante! ¡Lo más importante! ¡Dios mío! ¿Quién iba a pensar en eso? Todo ese asunto de Claudandus no es más que una especie de pasatiempo, un poco de estímulo para los nervios o una prueba de valor. Llámalo como quieras. ¡Mierda! ¿Qué tiene todo eso que ver con el loco muerdecuellos?

Yo estaba a punto de estallar. ¿Se hacía el tonto a propósito?

—¡No, nada, pedazo de idiota! Esa pandilla de energúmenos se reúne para entrar en un estado de exaltación lleno de violencia, en el transcurso del cual ocurren, o podrían ocurrir, quién sabe qué clase de atrocidades; y todo eso, naturalmente, no tiene nada que ver con los asesinatos. ¡Me has mentido, Barba Azul! Peor aún, me has ocultado información importante. Lo sabes muy bien, amigo. Pero todavía no me explico por qué lo has hecho.

—Pues, mira, yo no creía que fuese tan importante —titubeó avergonzado.

—¿Que no era tan importante? ¡Cuando se trata de aclarar un caso tan complicado, cada detalle es importante, Barba Azul, hasta el más mínimo! Cada pequeñez puede, inesperadamente, llegar a tener importancia según las circunstancias. Y toma nota de algo para el futuro: ¡o juegas limpio conmigo, o no hay juego!

El sol naciente había inundado ya al paisaje de tejados con una luz de color naranja brillante. El aire era tan claro y fresco que la luz del sol comenzaba a cegarnos. Mientras volvíamos hacia la residencia de Gustav, Barba Azul —que cojeaba con dificultad a mi lado— empezó a desembuchar. La secta existía ya desde hacía algunos años. Sobre sus orígenes no se sabía prácticamente nada. Lo único seguro era que había sido Joker, el anciano maestro de ceremonias, quien primero

había propagado las enseñanzas acerca del sufrido Claudandus. Con el paso de los años encontró cada vez más adeptos para su causa y, finalmente, lo seguían casi todos, sin poderse explicar por qué. Como Felicitas tan acertadamente había supuesto, se debía a un intenso afán de religiosidad, seguridad y unos momentos de acción. Aparte de los excesos con los cables eléctricos, que poco a poco habían llegado a formar parte del ritual, Barba Azul no había visto nada extraño durante las sesiones, excepto que todo el asunto en sí era ya bastante extraño. Ni siquiera mi argumento de que el olor químico desprendido por aquellas habitaciones en descomposición pudiese, bajo determinadas circunstancias, crear en los miembros de la secta una prolongada tendencia a la agresividad parecía tener validez alguna para Barba Azul. Él sostenía que, en todo caso, después de las sesiones siempre uno acababa flojo, vacío de pensamientos e incluso soñoliento, y no agresivo. Tampoco sabía quién había sido en realidad Claudandus.

Nada de eso sirvió para tranquilizarme. Al contrario, mis numerosas preguntas sólo habían dado origen a nuevas preguntas. El asesino se ocultaba en aquel pantano de secretos y medias verdades como un virus dentro de un organismo de gran complejidad y, desde allí, manejaba disimulada y calladamente los hilos de la muerte.

Mientras nos acercábamos a nuestro tejado, mi mirada se posó en las casas con sus jardines que, entre tanto, habían adquirido un color dorado bajo los brillantes rayos del sol. Me dije que no eran únicamente los hombres de este mundo los que habían dispuesto todo y se habían erigido en los reyes del universo. En cada cosmos existía también un microcosmos, y el segundo era, tristemente, un reflejo deforme del primero. Pero ¿por qué tenía que ser así? ¿Por qué no se podía repartir el mundo en dos mitades, una buena y la otra mala? El color gris siempre causaba desazón, complicaba las cosas y las hacía indefinidas; destruía el concepto de blanco y negro. No existía lo bueno y lo malo. Existía un poco de bien y un poco de mal, un poco de blanco y un poco de negro. El gris, un color desagradable pero real, quizá el más real de todos. La verdad, la explicación de las cosas horribles que habían pasado, el motivo de los asesinatos y el asesino mismo, todo se ocultaba detrás de ese color gris, el camuflaje más perfecto en la historia del mundo.

En casa nos esperaba una escudilla llena de bacalao fresco ya limpio. Aunque Gustav tiene sus defectos, o mejor dicho, aunque es un cúmulo de defectos, en cuestiones de alimentación y buena cocina mantiene conmigo un comportamiento irreprochable. Para llegar a ese punto, naturalmente, había sido necesario educarlo durante bastante tiempo por medio de un lenguaje corporal inequívoco. Porque los hombres, por sí solos, nunca llegan a la conclusión de que puedan existir otros seres, aparte de ellos mismos, capaces de disfrutar de los placeres culinarios. Aunque han elevado la selección y preparación de sus propios alimentos al nivel de culto —y a menudo incluso al de ideología—, nunca admiten que otros seres también puedan ser

aficionados a la buena comida. Ante tamaña estrechez de miras solamente se puede hacer una cosa: ¡huelga de hambre! ¡No comer nada de esa porquería, esa basura, esas apestosas limosnas que nos dan, negarse siempre a comer![10] Hay que mostrar tanta tenacidad y orgullo como un preso que hace huelga de hambre en protesta por el empeoramiento de sus condiciones de reclusión. Mediante este método de desobediencia civil también le di a entender a Gustav, ya a comienzos de nuestra amistad, que podía meterse las «cositas ricas» que me ofrecía donde le cupiesen, y que no estaba dispuesto siquiera a olerlas. Dado que la facultad de raciocinio de Gustav se sitúa, como ya he dicho repetidamente, en algún punto entre la de «Koko», el gorila parlante, y la de la perra espacial rusa, tardó en reconocer su error y comenzar a prepararme platos selectos. Con el paso del tiempo, incluso conseguí que saltease y salpimentase la carne, y pronto lo tuve «metido en el bolsillo». Sirva esta observación para ilustrar el hecho de que, en realidad, no existen oprimidos, sino individuos que se dejan oprimir. Amén.

Puesto que el estómago de Barba Azul era cuatro veces mayor que el mío, aún comía bacalao ávidamente cuando yo, harto hasta reventar, arriesgué una mirada al salón-comedor para inspeccionar el presente estado de la renovación.

Los progresos hechos por los dos obreros habían sido considerables. Mientras Archie colocaba el suelo de parqué, Gustav, como siempre sudoroso y con la lengua fuera en constante movimiento, pegaba un papel ultramoderno en las paredes. Al verme, dejó todo tal como estaba y se acercó a mí con andares torpes para levantarme, recorrer mi piel con sus dedos de salchicha y darme, como le gustaba decir, las «caricias esenciales».

Archie, que se sentía a sus anchas en el papel de manitas, apto para todo servicio, había cargado con cuanta herramienta inútil —sí, creo que basta con decir inútil— había encontrado en cien kilómetros a la redonda y la había traído hasta nuestro piso. Me parece que incluso había una máquina para sacar mocos de la nariz. Aunque simpatizamos bastante, al verme no pudo reprimir el impulso de decir que en esos momentos los «birmanos» estaban de moda y que mi raza ya era cosa del pasado. En respuesta, Gustav contestó con unas palabras de indignación, parloteando después conmigo y diciéndome que no debía hacerle caso al «malo del tío Archie».

Y no se lo hice. Salté de las piernas de mi amigo al suelo y fui paseando de vuelta al cuarto de baño, donde me esperaba Barba Azul ante un plato vado y bien limpio. Para agradecer mi hospitalidad, quiso cumplir su promesa del día anterior y presentarme al «otro sabihondo».

El encuentro con éste superó todas las promesas que por el camino habían salido a borbotones de la boca de Barba Azul. Yo, por mi parte, estoy seguro de que a muchos les entrará alguna duda después de oír lo que voy a relatar. Pero si no lo hubiese visto con mis propios ojos, sinceramente, tampoco lo habría creído. Sin

embargo, es la maldita verdad, y me he propuesto por lo menos no exagerarla.

Barba Azul me llevó hasta un viejo edificio cubierto de enredaderas en el rincón más alejado y oculto del vecindario. Sin embargo, por dentro, la casita parecía el sueño dorado de un joven y dinámico ejecutivo, obsesionado con vivir como los engreídos VIP de Beverly Hills que nos sonríen a cada instante desde la pantalla televisiva. Un chalé en miniatura decorado con el estilo minucioso que un decorador de interiores recién graduado les aconsejaría a sus familiares. La característica más sobresaliente de la casa era el vacío. El rasgo principal de cada habitación era una alfombra carísima, o bien un suelo de mármol blanco sumamente pulido, encima de los cuales se distribuían escasos muebles y otros enseres como en una exposición.

Daba una sensación extraña. ¿Dónde metía esa gente cosas tales como el costurero o los avíos de limpiar zapatos? ¿No guardaban los recuerdos de su infancia? ¿Dónde habían escondido todos los chismes que se acumulan en las casas con el paso de los años? En su lugar se veían únicamente objetos que parecían prestados por el Museo de Arte Moderno de Nueva York.

Por la puerta entreabierta, Barba Azul y yo entramos directamente del jardín al salón, donde sólo había una pesada tumbona de cuero, un equipo de música con compact-disc y unos cuantos discos de música clásica. De las blancas paredes no colgaban más que dos cuadros. El primero era una ampliación fotográfica de unos genitales femeninos, y el segundo la correspondiente ampliación de un pene. ¡Allí sí que vivían verdaderos amantes del arte! ¡Qué diferente era, en comparación, el gusto —o mejor dicho el mal gusto— de Gustav! Ese hombre había tenido la desfachatez de arrancar una reproducción de *Los girasoles* de Van Gogh del almanaque y fijarla en la pared con una chincheta, repito, con una chincheta, hasta que finalmente, loco de rabia, la despedacé. Me pregunté si los habitantes de esta casa, una obra de arte moderno, también guardaban un patito feo de goma en el cuarto de baño, como Gustav. O incluso si tenían también paños de croché hechos a mano por la abuelita, si es que alguna vez habían tenido abuelita. Probablemente, tampoco comían carne. Y de hacerlo, seguramente no emitían ruidos groseros, como era el caso de Gustav.

Barba Azul estaba ensimismado ante la gran reproducción de la vagina y en su rostro se había dibujado una sonrisita significativa.

—Muy interesante —comenté—. ¿Estamos en la casa de un chulo o de un profesor de arte?

—Mierda, yo tampoco lo sé muy bien.

Parecía estar reflexionando.

—Creo que el tipo a quien pertenece esta chabola tiene algo que ver con la ciencia. Matemáticas, biología, parapsicología, o yo qué sé. En todo caso debe de ganar un montón de pasta si puede permitirse todas estas tonterías.

—¿Y dónde está ahora ese sabihondo que se deja mantener por este otro

sabihondo?

Barba Azul se encogió de hombros.

—Ni idea. Podemos buscarlo.

Deambulamos sobre alfombras y mármol, mármol y alfombras, una y otra vez, hasta que sentimos verdaderas náuseas ante tanto último grito del maravilloso mundo de la decoración hipermoderna de interiores. Nos hartamos de ver tótems africanos que en ocasiones eran los únicos enseres de la habitación correspondiente, pero había también tumbonas de Le Corbusier, sillas de Thonet, mucho Memphis, y cómodas Biedermeier cuya restauración probablemente había costado más dinero que la vida entera del pobre cateto a quien se las había comprado por apenas nada.

Por fin encontramos el objeto de nuestra búsqueda, ¡y el encuentro fue realmente el plato fuerte de la «operación sabihondos»!

No me di ni cuenta de que había entrado en el despacho del primer piso, porque la pintura mural de la pared derecha reclamaba toda mi atención. El gigantesco cuadro representaba a un hombre de anchos hombros, bastante corpulento, cuarentón, con una cabeza grande, frente amplia y unas gafas doradas detrás de las cuales había unos ojos azules amables pero penetrantes. En su mirada había inteligencia y curiosidad, y parecía tener un toque de picardía en la comisura de los labios. Llevaba el traje de calle de un clérigo: amplia levita negra con los pantalones metidos dentro de unas botas altas de tubo. Se hallaba de pie entre unas plantas indefinibles, cuyas ramas y hojas le habían rodeado tanto que daba la impresión de que él mismo creciese en medio de aquel verde como una planta. Abajo, en la esquina derecha del cuadro, escrito con letra fina y bien formada, se podía leer: Gregor Johann Mendel. Quizá el señor de la casa fuese una persona religiosa, o el cuadro representara a algún pariente, probablemente su padre.

Mi mirada se desvió por fin del mural y se fijó en el ordenador que había sobre el escritorio de cristal, ante cuya pantalla estaba sentado nuestro amigo. En un primer instante pensé que se había quedado dormido allí, pero entonces vi que movía rápidamente la pata delantera derecha para manipular el teclado. Era sencillamente increíble. ¡Al final, aún resultaría que aquel tipo había provocado el último crac bursátil! Yo ya había escuchado las más descabelladas historias sobre nuestra especie, pero aquella escena era sencillamente absurda, contraria a la naturaleza y, peor aún, ¡contradecía lo escrito en *La vida animal* de Brehms!

Mientras estaba aún ocupado conteniendo la respiración de tanto asombro, el individuo se volvió hacia nosotros y parpadeó sonriente.

—¡Sed bienvenidos, amigos míos! —nos saludó efusivamente—. Empezaba a preguntarme por qué tardabais tanto. Barba Azul me había dicho…

Advirtió mi cara de asombro y sacudió la cabeza con una sonrisa de satisfacción.

—Me habéis cogido jugando. En fin, los avances de la microelectrónica tienen al

mundo bajo el peor de los hechizos: ¡jugar hasta perecer jugando! Así que no dejéis, en lo sucesivo, que los orgullosos dueños de ordenadores os cuenten que necesitan estos prodigios por motivos puramente racionales. La mayor parte del tiempo lo pasan jugando con ellos. Y yo no soy una excepción.

Era un «Habana marrón», así que pertenecía a una raza que eclipsa a las demás en cuanto a inteligencia y sagacidad. Una raza que ha llegado a ser propiamente americana, cuya cabeza es algo más larga que ancha y cuya nariz hace un claro «STOP» entre los ojos. No se podía comparar a ningún otro congénere de cuantos había conocido hasta entonces por la forma característica de su hocico y por sus grandes orejas puntiagudas. Su pelaje sedoso, de un fuerte y cálido color marrón chocolate que fácilmente podía confundirse con negro bajo una luz mortecina, absorbía los últimos rayos otoñales de sol que entraban por el gran ventanal desde detrás del escritorio. Sí, tenía un aspecto soberbio, pero, al igual que los demás congéneres del barrio, parecía ocultar algo extraño. No podía decir exactamente qué era, pero me daba la impresión de estar ante un gran rompecabezas infantil compuesto de muchas piezas que, en realidad, no encajan bien unas con otras. Quizá fuese por su edad, puesto que estaba en la etapa previa a la senilidad. O quizá también hubiesen hecho con él cosas horribles en el pasado, lo mismo que con Felicitas.

—Bien —nos presentó Barba Azul—, este muchacho es Francis, y el listillo de allí se llama Pascal.

Bajó del escritorio de un salto y se acercó a nosotros mientras yo echaba una mirada furtiva al monitor. Pero, aparte de ver la criptografía ilegible de algún texto, entre la que se mezclaban unos gráficos muy coloridos, no entendí nada.

—Es para mí una alegría y un honor conocerte, Francis —dijo Pascal con una cordialidad enervante, plantándose ante nosotros—. ¿Tal vez pueda ofreceros un bocado? Aquí tengo LatziKatz con gambas.

—No, gracias, acabamos de comer.

Aquellas refinadas filigranas de urbanidad me estaban poniendo nervioso.

—Pues yo personalmente no tendría nada en contra de un bocado —dijo Barba Azul—. Esta mañana no tenía apetito y no he podido tragarme la comida, no sé si me entendéis.

Barba Azul lo miraba perplejo con su único ojo, a la vez que me rogaba en silencio y con una sola mirada de soslayo que fuese comprensivo.

—Pero, por supuesto, querido Barba Azul. La falta de apetito es un asunto que hay que tomar en serio. Tal vez fuera aconsejable que te sometieses a un examen médico. Toda precaución es poca con estos pequeños achaques.

—Ah, no, no —lo tranquilizó Barba Azul—. Se trataba sólo de una ligera indisposición. Creo que me sentiré mejor tan pronto como tenga algo entre las

costillas.

—Claro, claro. Ve y come. El LatziKatz está en la cocina.

Tomó la delantera y nos quiso llevar hasta allí. Pero como Barba Azul ya había comenzado a cojear en dirección a la cocina al oír las palabras mágicas, le corté rápidamente el paso al especialista en informática.

—Perdona, Pascal, pero nunca habría soñado que uno de los nuestros pudiese manipular uno de esos aparatos. ¿Me podrías mostrar cómo lo haces?

Una sonrisa entusiasmada se extendió por su cara. ¡El chico era la amabilidad en persona!

—Pues claro, Francis. Me encantaría. Si quieres, incluso puedo enseñarte. Por cierto, Barba Azul me ha hablado mucho de ti. Naturalmente, sólo me ha dicho cosas buenas. Tus esfuerzos por poner fin a los asesinatos en el barrio me parecen ejemplares. Yo también estoy intentando, dentro de mis humildes posibilidades, descubrir algo acerca de esos horribles asesinatos. Creo que si unimos nuestros esfuerzos podremos acabar con las actividades del asesino. Ahora verás cómo funciona el sistema…

Subimos al escritorio de un salto y nos colocamos delante del monitor, que estaba sobre la caja del ordenador. El señor de la casa tampoco había sido mezquino para eso: el aparato era un auténtico IBM. El texto en pantalla era claramente un ensayo científico, y tras haber leído los primeros renglones, se esfumó mi concentración como el olor del perfume de un frasco abierto.

—Mi dueño, claro, no sabe que juego con su herramienta de trabajo en su ausencia. Pero él está todo el día fuera de casa, y esta casa puede llegar a ser bastante aburrida. Créeme. A mi edad uno tiene pocas ganas de andar dando vueltas por ahí fuera.

Otro al que le daba miedo salir «ahí fuera». Había muchos monjes en aquel barrio. También resultaba comprensible, teniendo en cuenta que el mundo de «ahí fuera» estaba bajo el control del Hermano Loco-Homicida.

—Eso es increíble, Pascal. ¿Cómo, por todos los santos, lo has aprendido?

—Muy sencillo. Los libros sobre programación de mi compañero siempre están por todas partes en el despacho. Les echo un vistazo y aprendo las cosas por mi cuenta. Los disquetes se los birlo a él. Y hasta he manipulado el sistema a sus espaldas para poder abrir ficheros secretos en el disco duro…

—Un momento, un momento, no tan deprisa —protesté—. Si tienes algún interés en que te siga escuchando, vas a tener que hablar más despacio. Libros de programación, disquetes, disco duro; todo eso me suena a árabe.

Sonrió avergonzado.

—Sí, sí, el viejo Pascal habla por los codos. Sobre todo, dice tonterías. Es la edad. Uno charla hasta quitarse la soledad de las entrañas. Pero no te preocupes, Francis. Te

lo enseñaré todo. En realidad, es muy fácil, porque todo es lógico. Y en tus ojos puedo leer que eres un lógico nato.

—Me gustaría que mi mente lógica me ayudase a aclarar esta serie de asesinatos. Pero a pesar de las numerosas pistas y pruebas indiciarias que he podido reunir en este tiempo, sigo sabiendo lo mismo que antes.

—Así que volvemos al tema.

Pascal tocó una de las teclas de «función» que se encontraban en la parte superior del teclado. Seguidamente, el monitor comenzó a oscurecerse desde arriba hacia abajo hasta que, por fin, toda la pantalla estuvo completamente oscura. Sobre esa oscuridad apareció una lista que contenía un montón de títulos con números romanos. El nombre que encabezaba la lista era FELIDAE.

—¿Sabes lo que significa esa palabra? —preguntó Pascal.

—Claro —respondí—. Es el término científico para los de nuestra especie, que nos dividimos en panteras, acinónices, felinos, linces y leopardos. Aunque entre zoólogos todavía existen diferencias de opiniones sobre filiación, todas esas razas están oficialmente incluidas en el género original de los félidos.

La mirada de Pascal se perdió entonces en el vacío, como si estuviese atisbando aquellos tiempos remotos.

—Felidae… —susurró, con un suspiro—. La evolución ha producido una diversidad asombrosa de seres vivos. Más de un millón de especies animales viven hoy en día sobre la Tierra, pero ninguna infunde más respeto ni admiración que los félidos. Aunque sólo abarca unas cuarenta subespecies, a ella le pertenecen las criaturas absolutamente más fascinantes que existen. Por muy trillado que suene: ¡son una maravilla de la naturaleza!

—Pero ¿qué contiene esa lista, Pascal? ¿Haces investigaciones genealógicas con el ordenador? ¿Y qué tiene todo eso que ver con los asesinatos?

Se rió con picardía.

—Paciencia, joven amigo, un poco de paciencia. Cuando hablas con un anciano, necesitas tener sobre todo dos cosas: ¡una inmunidad absoluta contra el mal aliento y paciencia!

Mediante las teclas hizo que se iluminaran sucesivamente los distintos puntos de la lista hasta que alcanzó el subtítulo «Comunidad», y entonces pulsó otra tecla. La lista se desvaneció y apareció en su lugar un completo registro de nombres, a cada uno de los cuales seguía un texto de aproximadamente media página.

—Ésta es una relación detallada de todos los miembros de nuestra comunidad, los habitantes de nuestro barrio —explicó Pascal—. Cada congénere se halla inscrito según su nombre, edad, sexo, raza, marcas de la piel, familia, dueño, cualidades más destacadas, rasgos característicos, condición física, etcétera, etcétera. Se han documentado especialmente las numerosas relaciones entre los congéneres

individuales, y un complicado sistema de búsqueda y coordinación puede establecer las principales conexiones entre ellos, a voluntad. Ahora que me acuerdo, a ti todavía te tengo que inscribir. Hay aquí un total de unos doscientos hermanos y hermanas censados. Hice la lista al comienzo de mi cursillo de informática para practicar con esa base de datos introduciendo un material complejo. Lo hice más que nada por diversión. Pero, entre tanto, ha cobrado un sentido completamente diferente.

De nuevo tocó una tecla, después de lo cual apareció un pequeño signo de interrogación intermitente en la esquina superior derecha. A su lado, Pascal escribió la palabra «Asesinato». El ordenador emitió una especie de gemidos y recorrió rápidamente la lista de arriba abajo hasta llegar al nombre «Atlas», donde enmarcó el nombre y sus correspondientes datos en negro, los subrayó con un rojo intenso y los marcó con una gran cruz negra.

—Atlas fue el primero en caer en las redes de aquella bestia. Era un pequeño donjuán; joven, despreocupado, y con un insaciable apetito de vida y amor. Es improbable que tuviese enemigos. Por cierto, no estaba castrado, por lo que algunas veces tenía problemas con los jefes del barrio. Como todos los demás no castrados, tenía un punto de vista bastante liberal en cuanto a derechos de territorio.

—¿Sabías que todas las víctimas estaban en…?

—Sí, todos estaban enamorados en el momento de su muerte; o sea, estaban detrás de alguna hembra en celo. Eso es lo único que tenían en común; aparte, claro está, de que todos eran varones y de que existían relaciones cruzadas entre sus familias. Pero dejemos eso por el momento.

Otra vez manipuló sus teclas mágicas y nuevamente apareció un nombre acompañado de una cruz.

—Segunda víctima: Tomtom. Un animal neurótico; padecía continuamente de manía persecutoria. Muy tímido y bastante inadaptado a la vida. Tarde o temprano habría acabado mal… Cadáver número tres: Congénere sin nombre. Probablemente un vagabundo sin hogar que cambiaba de barrio a diario. Puede suponerse que vivía de la caridad y de los cubos de basura. Fue pura casualidad que floreciesen sus sentimientos primaverales precisamente en nuestro barrio. El cuarto muerto fue Sacha. Era casi un crío. Probablemente alcanzó la madurez sexual sólo unas semanas antes del mordisco mortal en el cuello. Característica sobresaliente: demasiado joven para morir. Y, finalmente, el quinto de la serie, que fue Deep Purple. Barba Azul me decía que ya te habías informado sobre él. Nunca habría pensado que había un amante secreto de la vida dentro de aquel Don Perfecto.

—Tengo una idea —dije yo—. Pídele al ordenador que busque la raza de las víctimas.

—Eso no está nada mal —convino Pascal, complacido. Estaba en su elemento. En la cara podía verse su satisfacción por haber encontrado, por fin, un compañero de

juegos tan entusiasta como él. Aunque ya sabía todas las respuestas, porque él mismo las había introducido en el ordenador, deslizó su pata con una velocidad vertiginosa sobre el teclado.

En pocos segundos, el ordenador nos ofreció los resultados, iluminados dentro de un recuadro amarillo en la parte superior de la pantalla.

NOMBRE RAZA

ATLAS Europea de pelo corto
TOMTOM Europea de pelo corto
FELIDAE X Europea de pelo corto
SACHA Europea de pelo corto
DEEP PURPLE Europea de pelo corto

—Ninguno de los cinco era un representante distinguido de los felidae —sonrió Pascal satisfecho.

—Sin embargo, es una similitud más —repuse obstinadamente.

—Eso, amigo mío, no prueba nada, puesto que la europea de pelo corto es la raza más difundida del mundo entero. Déjame expresarlo así: ¡los europeos de pelo corto son nuestro modelo estándar! Calculo que el setenta por ciento del barrio pertenece a esa raza.

Tenía razón. Pero mi instinto me decía que también mi teoría tenía cierto sentido.

—A pesar de todo, sigue siendo curioso. Todas las víctimas eran varones, estaban en celo, y eran europeos de pelo corto.

—No, no todas.

Su cara se ensombreció repentinamente. Toda alegría desapareció de sus ojos sonrientes.

—Todavía no he tenido tiempo de inscribir a la sexta víctima.

—¿Qué sexta víctima?

Ya no comprendía nada. ¿Había vuelto Barba Azul a ocultarme algo? Sin contestarme, Pascal comenzó a manipular nuevamente algunas de las teclas. El ordenador buscó durante un rato y de pronto empezó a vomitar los nombres de todos los congéneres cuyos nombres comenzaban con «F».

Un pensamiento terrible empezó a dar vueltas en mi cabeza. Pero antes habría deseado morir que llegar a pensar lo que estaba pensando. No; esa idea era absurda, porque daba al traste con toda forma de lógica de una manera perversa.

A continuación ocurrió algo espantoso. Pascal detuvo la lista que subía gradualmente por la pantalla en el nombre de Felicitas y comenzó a colorearlo de rojo.

—¿Felicitas? —pregunté, riendo histéricamente.

Pascal no se inmutó y siguió con su trabajo.

—Sí, desgraciadamente también Felicitas.

—No, no, Pascal, eso es imposible. Te estás confundiendo. He estado hablando con ella hace un rato y me ha parecido que estaba bien viva.

—Pero me lo han contado justo antes de que vinieseis Barba Azul y tú.

—¿Quién te lo ha contado?

—Ágata. Es una vagabunda y está en todas partes.

—¿Y por qué no me lo has dicho enseguida?

—No quería comenzar nuestro primer encuentro con una noticia tan horrible.

—Pero ¿cuándo? ¿Cómo?

De pronto se me cayó la venda de los ojos. El tragaluz abierto… Su dueño había dejado la casa conmigo para hacer sus compras matinales. Ella se había quedado completamente sola.

De repente se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué razón podía haber para asesinar a aquella pobre criatura ya bastante maltratada?

Salté de la mesa y salí corriendo de la casa. Ya fuera me venció la sensación irracional de que las palabras de Pascal no eran verdad. Se refería a otra Felicitas. Sí, así tenía que ser. Yo tenía el poder de volver el tiempo atrás con sólo convencerme de la existencia de Felicitas con mis propios ojos. Recorrí, como en sueños, los muros del jardín. Mis ojos buscaban desesperadamente una posibilidad de subir a los tejados. Todo daba vueltas a mi alrededor, como hojas de almanaque que se echan al viento. ¡Allí! ¡Una escalera de incendios! Me apresuré a subir por ella para encontrarme de nuevo en aquel paisaje de tejados. Nada de descansos esta vez. Tenía que verla, tenía que verla a toda costa. Porque ella no estaba muerta. Ese pensamiento daba vueltas en mi cabeza y creció hasta convertirse en una certeza esquizofrénica.

Por fin llegué al tragaluz que todavía estaba abierto. Con el corazón palpitante, metí la cabeza dentro y miré hacia abajo.

Fue como una escena de película de terror. El abuelo aristocrático estaba sentado en la mecedora y lloraba a lágrima viva. A sus pies, Felicitas, con la cabeza casi seccionada. El asesino había atacado esta vez con extraordinaria brutalidad, pues no sólo había empleado el mordisco mortal en el cuello, que habría bastado para sus fines, sino que había seguido hurgando y desgarrando el cuello mucho después de que ella hubiese muerto. Se había derramado tanta sangre de su cuerpo sobre la alfombra que daba la impresión de que Felicitas estuviese nadando en el líquido rojo. Aquel monstruo seguramente pretendía arrancarle la cabeza cuando escuchó los pasos del viejo y dio un salto descomunal para huir a través del tragaluz. Los ojos ciegos de Felicitas estaban muy abiertos, como si, incluso cara a cara con la muerte, no hubiese deseado otra cosa que ver.

¡Tanto odio, tanta guerra, tantas cosas malas en el mundo! Con buena razón siempre había tenido miedo de lo de «ahí fuera». ¡Porque «ahí fuera» estaban los otros, los asesinos! A pesar de sentirme desolado, estaba totalmente convencido de que había acertado con mi teoría en casa de Pascal. En realidad, el asesinato de Felicitas sólo difería de los otros cinco en que ella había sido una testigo. Fue asesinada porque quizá tuviese aún cosas importantes que contarme.

De pronto me recorrió un escalofrío. La conclusión que sacaba de mis reflexiones era que alguien me había estado siguiendo todo el tiempo. El asesino era cualquier cosa menos un demente. Era en extremo inteligente y no quería de ninguna manera que le estropeasen los planes.

Contemplé a Felicitas, vi su piel de reflejos plateados salpicada de sangre, miré sus ojos brillantes en los cuales podía leerse su deseo de una vida llena de luz, vi toda esa injusticia y juré venganza. ¡Fuese quien fuese el culpable, debía morir de la misma manera que Felicitas!

5

A partir de entonces mis pesadillas adquirieron matices más violentos.

Volví a casa como un sonámbulo en estado catatónico, insensible a todo estímulo exterior y sumido en una tristeza indescriptible. La ira que había ardido brevemente en mi corazón se había convertido ya en resignación y depresión. Un extraño cansancio se había apoderado de mí y sentí la necesidad de echarme un par de horas a dormir.

Apenas entré en el dormitorio y me acomodé sobre una almohada, caí en un sueño siniestro al compás de las *Cuatro últimas canciones* de Richard Strauss. El lugar en donde me encontraba parecía el escenario de una película apocalíptica: aparentemente el mundo había desaparecido a consecuencia de una bomba atómica o de una guerra bacteriológica, ¿quién sabe? Sólo los desolados restos de una civilización, si es que alguna vez lo había sido, llamaban la atención del observador. Pasó un buen rato antes de darme cuenta de que aquel montón de escombros era nuestro barrio. Sólo quedaban las ruinas de las casas renovadas con tanto cariño y esmero. Estaban todas derribadas o en descomposición y algunas incluso bombardeadas. Tenían grandes agujeros en las fachadas, detrás de las cuales parecían morar terribles secretos. Lo más extraño eran las plantas. El barrio entero estaba cubierto de una vegetación que parecía una resbaladiza alfombra verde que avanzaba imparablemente, cubriéndolo todo de un verde intenso que penetraba incluso en las grietas más estrechas como si fuese una enredadera. Al mirar a mi alrededor con más atención, me di cuenta de que eran unas gigantescas plantas de guisante. Completamente descabellado pero, por otra parte, los sueños nunca fueron un invento de la razón. Por lo que se podía ver, los humanos habían acabado su representación en el gran teatro de la evolución y habían dejado el escenario libre para los guisantes. La escena me recordaba un poco a «La bella durmiente», a diferencia de que aquí no había ya siquiera personas durmientes.

Después de contemplar aquel escenario irreal hasta la saciedad, anduve sin rumbo fijo por encima de los muros de jardín que en aquel mundo en ruinas parecían los rudimentos de un templo budista. Me detenía de vez en cuando para mirar a mi alrededor en espera de poder encontrar alguna pista que me permitiese sacar conclusiones acerca de la causa de aquella destrucción. Pero todo fue inútil. No podía distinguir nada aparte del hecho de que las plantas de guisante se habían adentrado incluso en las viviendas.

Aquel infierno verde se volvía cada vez más espeso y enredado. Comenzaba a sentir ya cierta desesperación cuando vi un pequeño claro en la espesura, por el cual entraba una luz cegadora. Corrí hacia ella, metí primero la cabeza y después el cuerpo

entero. Lo que entonces vi me llenó de un horror indescriptible.

Ante mí se extendía un llano inundado de luz, sembrado de cadáveres de congéneres míos. Estaba claro que no había sido sólo la raza humana la que había encontrado su fin en aquel apocalipsis. Montones de cadáveres se apilaban unos encima de otros como basura en un vertedero sobre la que parecía haber caído una lluvia de sangre. Millones de ojos abiertos contemplaban el líquido rojo que brotaba de otros tantos cuellos despedazados. Algunos de los cadáveres estaban ya descompuestos y presentaban agujeros en partes de la piel, agujeros que dejaban ver las entrañas. Y, a pesar de ello, seguían sangrando como si estuviesen alimentados por alguna oculta bomba de sangre subterránea.

A la vista del espectáculo los ojos se me llenaron de lágrimas; pero aun así, a través de ese velo de aflicción, pude reconocer a unos buenos amigos en el primer montón de cadáveres. No sólo Felicitas, Sacha y Deep Purple, sino también Barba Azul, Kong, Herrmann y Herrmann, Pascal y los amigos de mi antiguo barrio estaban presentes en aquella fiesta muda, mirando llenos de expectación con ojos muertos, como esperando el brindis del anfitrión. Incluso Atlas, Tomtom y el congénere desconocido al que, por cierto, nunca había visto pero a quien ya creía conocer, se hallaban en aquel cementerio de horrores. Los hombres, fieles a sus viejas y queridas costumbres, habían arrastrado a todos los demás consigo a su propia ruina.

Pero el silencio no duró mucho. El suelo comenzó a vibrar repentinamente como si un vagón de metro estuviese corriendo a toda velocidad a pocos centímetros por debajo de mis patas, y hubo un rugido distorsionado cual si la nube de la bomba de hidrógeno que con toda probabilidad había destruido el mundo volviese a salir nuevamente del suelo, levantándose en el aire igual que en una película puesta marcha atrás. Los cuerpos empezaron a moverse, a agitarse convulsivamente como si estuviesen reaccionando a la fuerza de algún imán subterráneo que se manipulara de un lado a otro a gran velocidad. Entonces, el rugido aumentó hasta llegar a ser inaguantable, los muertos saltaban lo mismo que peces en una red al ser sacados a tierra firme, el cielo se tiñó de un rojo oscuro y el viento comenzó a soplar con fuerza.

De pronto, irrumpió ÉL con un estrépito ensordecedor en medio de los cuerpos sin vida; unos treinta metros de alto, un titán con ojos que chispeaban de manera siniestra detrás de unas gafas que reflejaban el cielo enrojecido. Su levita ondeaba lentamente al viento, tenía los pelos de punta y se arremolinaban como las llamas de un fuego. Se reía, pero su risa era más un grito; la caricatura de una risa. Era Gregor Johann Mendel, el hombre del mural, convertido en un monstruo.

—La solución del enigma es verdaderamente sencilla, porque es lógica, Francis —gritó maliciosamente—. Y en tus ojos puedo leer que eres un lógico nato.

Miró hacia los cadáveres bajo sus pies con una sonrisa monstruosa.

—Panteras, acinónices, felinos, linces, leopardos: ¡Felidae! Hoy en día viven más de un millón de especies animales sobre la Tierra, ¡pero ninguna suscita más respeto y admiración que nuestros amigos los félidos! ¡Aunque suene a cliché, son una maravilla de la naturaleza! ¡Pero cuidado, Francis! No subestimes al *Homo sapiens*.

Hasta aquel momento no me había dado cuenta de que tenía su mano derecha oculta detrás de la espalda. Todavía con su sonrisa repulsiva, sacó la mano en la que tenía una gigantesca cruz de madera para manipular marionetas. A diferencia de la construcción normal de dichas piezas, ésta poseía un sinnúmero de palillos-guía, pero no tenía hilos.

El Mendel gigante se balanceaba jactancioso con aquella cosa en la mano como si estuviese haciendo juegos malabares.

—No desesperes, amigo mío. La muerte es asunto definitivo sólo a primera vista. Acuérdate de cómo Él llamó: «¡Lázaro, levántate y anda!». Además, deberías reflexionar sobre el asunto Claudandus. Yo también sigo viviendo, aunque hace tiempo que he muerto. ¡Ten cuidado!

Entonces dio como un latigazo con la cruz y de repente miles de hilos negros salieron disparados de los palillos-guía, se extendieron en forma de abanico y sus extremos se fueron enganchando como anzuelos en las manos y los pies de los cuerpos sin vida.

Mendel levantó su cruz y gritó alegremente:

—¡Aúpa, aúpa, aúpa, aúpa!…

De las bocas de los muertos resucitados salió un griterío horrible y estremecedor que parecía una marcha fúnebre tocada al revés, y se convertía en un revoltijo de ecos sin fin. Los pelos del lomo se me erizaron como transformados en cerdas metálicas. Temía perder la razón si seguía presenciando aquella representación demencial. Pero no había alternativa.

Los muertos iban despertando de su sueño, se levantaban con movimientos torpes y formaban una fila. El titiritero giraba su cruz con precisión y tiraba hábilmente de los hilos. Acompañados por una salmodia de maullidos, las huestes de zombis comenzaron a ejecutar un baile robótico mientras eran lanzados de un lado a otro o se veían obligados a dar saltos y a hacer distorsionadas piruetas. Vi a Felicitas subir y bajar la cabeza mecánicamente al ritmo de aquella música horrible, y a Barba Azul intentando imitar poses de ballet grotescas a pesar de sus numerosas mutilaciones. Pero a pesar de sus movimientos llenos de vida y de la ligereza del ritmo, se podía leer en sus caras la repugnancia y la protesta que les provocaba su resurrección.

Mendel estaba preso de una embriaguez desenfrenada y balanceaba desesperadamente su cruz de un lado a otro y de arriba abajo. Por fin él mismo se lanzó a un baile furioso. El ejército de los felidae muertos obedecía sus terribles órdenes, daba vueltas, hacía arriesgadas contorsiones y pataleaba locamente.

—¡Y aúpa, aúpa, aúpa, aúpa! —canturreaba el gigante fuera de sí—. ¡Experimentos con híbridos de plantas! ¡El quid de la cuestión se oculta en el guisante! ¡Experimentos con híbridos de plantas! ¡Experimentos con híbridos de plantas!…

Repetía aquello como un loro demente al mismo tiempo que seguía con su bailoteo grotesco. Mientras, crecía cada vez más hasta alcanzar la altura de un rascacielos. Los resucitados, en cambio, no eran ya capaces de seguir aguantando el ritmo desenfrenado del baile y gradualmente iban desintegrándose en sus componentes individuales. Extremidades sueltas, cabezas en estado de descomposición y órganos no identificables volaban alrededor como en perpetua explosión e iban condensándose lentamente en una nube negra y maloliente de cuyo centro se elevaba, como un huracán, Gregor Johann Mendel con su risa demente.

Al abrir los ojos vi a Mendel delante de mí, sonriéndome de forma extraña. Estaba a punto de gritar cuando, de repente, me di cuenta de que el hombre que tenía delante no era aquel monstruo bailador sino Gustav. Se agachó junto a mí en el suelo y me acarició suavemente. Mi cuerpo entero estaba temblando como si hubiese pasado la noche en una cámara frigorífica.

Entre tanto había oscurecido y un viento huracanado silbaba alrededor de la casa. Las contraventanas, que habían perdido todos sus pestillos, golpeaban sin control contra los muros de la casa haciendo un ruido espantoso. Gustav había encendido cuatro velas en la habitación y su luz vacilante acrecentaba el ambiente fantasmal. Cuando al rato dejó la habitación y volvió con el televisor portátil en una mano y su catre en la otra, supe qué día era. Era sábado, hora de la película nocturna, cosa sagrada para Gustav. Los horribles acontecimientos de los días pasados, en especial los de aquel mismo día, me habían hecho perder toda noción del tiempo.

Gustav volvió a dejar la habitación varias veces para traer la ropa de cama, un par de almohadas y su tarta helada de los sábados por la noche, cuya última cuarta parte siempre me dejaba comer a lengüetadas según una vieja tradición nuestra. Él quería seguir esa vieja y querida, por no decir obligatoria, costumbre junto a mí antes de deslizarse en el mundo de los sueños como siempre solía hacer en medio de la película. Pero puesto que yo acababa de volver de allí, tenía pocas ganas de pasar la noche de la manera acostumbrada. No obstante, le hice ese favor hasta que justo en medio de *Rebeca*, película que yo ya había visto incontables veces, se quedó dormido. Entonces le volví la espalda a la caja tonta, salí silenciosamente de la habitación y me fui por fin a hacer lo que siempre hago cuando necesito aclarar mis ideas y escapar del estrés: ¡cazar ratas!

Sobre este tema me gustaría hacer aquí, entre amigos de los animales, una pequeña aclaración. Para muchos, la vista de mis semejantes con uno de esos tipejos, perdón, con uno de esos roedores entre los dientes resulta un cuadro desgarrador.

Sienten lástima por el tipejo, perdón, por el roedor y lamentan la crueldad de la filosofía de devorar y ser devorado. Como si no bastara, algunos hasta tienen a esos tipejos, perdón, roedores por mascotas. A esas personas no se les puede reprochar nada. Pues, ¿cómo podrían tener conocimiento de los delirios de grandeza de sus «amigos caseros»? Pero está comprobado: ¡las ratas quieren dominar el mundo! Y cada vez hay más indicios de que van a alcanzar su meta en un futuro no muy lejano. ¿Prejuicios? ¿Exageraciones desmedidas? ¿Fantasmas cerebrales propios de mi especie? Pues bien, aquí van cifras reales: cien ratas pueden comer en un año hasta una tonelada y media de cereales; los daños y perjuicios ocasionados a escala mundial por ratas se valoran en más de cincuenta mil millones de dólares anuales. ¿Quieren más cifras? Sólo en Alemania viven actualmente unos ciento veinte millones de ratas. En Nueva York hay diez ratas por habitante. Con una población de nueve millones de habitantes, significa unos noventa millones de ratas sólo en la ciudad de Nueva York. Aquí me ahorraré el discurso sobre la peste bubónica y las otras enfermedades infecciosas tan monas con las cuales nuestros graciosos amigos amenizan el mundo. El hombre sueña desde tiempos inmemoriales con la forma de poder deshacerse de esos portadores del mal. Pero incluso las armas milagrosas como los derivados del cumarín, aquellos preparados químicos sofisticados que provocan en las ratas la muerte por hemorragia interna, han fracasado porque acabaron produciendo poblaciones de ratas que habían desarrollado una inmunidad a ellos. Pero ¡ay de nosotros!, si intentamos ponerle fin a las pretensiones de dominación mundial del *rattus rattus*. Si el hombre pudiera dominar sentimentalismo tan insensato y darnos vía libre, arreglaríamos el asunto en un abrir y cerrar de ojos. Dios sabe que soy muy poco amigo de la ideología Rambo, pero en la vida tenemos que enfrentarnos muchas veces con problemas que sólo tienen una solución: ¡hacer la vista gorda y abrir fuego![11]

Para ser sincero, me faltaban agallas para hacer otra excursión a los pisos de arriba, así que me decidí por el sótano que, como es sabido, es el clásico terreno de esos bichos.

Al cruzar el pasillo y llegar a la puerta del sótano vi, para mi frustración, que estaba cerrada. Sin embargo, tenía dos ventanas en la parte superior. Uno de los cristales estaba roto y tenía un agujero justo en el medio por el que conseguiría saltar sin lastimarme con los fragmentos sueltos si calculaba el salto con exactitud. Pero ¿qué me esperaría al otro lado? Seguramente una desvencijada escalera de madera, tan inclinada que caería unos tres metros después de saltar por el agujero. Y, con toda seguridad, tampoco encontraría allí donde agarrarme, de modo que resbalaría y seguiría cayendo escaleras abajo.

Pero me daba igual, estaba loco por ir de caza. Así que apunté bien y salté.

Apenas había atravesado el agujero sano y salvo, cuando todos mis peores

temores se hicieron realidad. La escalera de madera estaba aún más inclinada de lo que esperaba. Me habría gustado dar marcha atrás, pero era demasiado tarde, demasiado tarde…

Caí tres o cuatro metros y me estrellé con fuerza contra uno de los peldaños inferiores. Un dolor espantoso salió disparado desde mis patas delanteras hasta los pelos de mi bigote que vibraban como un diapasón. Claro que había intentado amortiguar el golpe, pero la estrechez del peldaño había limitado tales refinamientos balísticos. Me levanté con cuidado y fui estirando lentamente todo mi cuerpo dolorido hasta que poco a poco comencé a notar alivio. Entonces agucé el oído.

Si mis oídos no me engañaban, aquellos hermanos estaban celebrando un carnaval o algo parecido allí abajo. Desde todos los rincones del sótano salía tanto ruido de arañazos, pies arrastrados y chillidos que alegraba el corazón. ¿Tendría yo la suerte de encontrar una de esas ratas gordas y satisfechas de sí mismas con sonrisa fresca? ¡No, eso sería tener demasiada suerte!

Cambié a «modo silencioso». Eso quiere decir que ejecutaba cada uno de mis movimientos tan cuidadosa y lentamente que parecían los de un bailarín de ballet a cámara lenta. Como mis ojos se habían habituado entre tanto al cambio de luz, podía ya ver mi entorno con todo detalle. La escalera acababa en un cuarto estrecho y sofocante lleno de la chatarra en que estaban convertidos aparatos e instrumental médicos. O sea, como me lo había imaginado. Ya me había acostumbrado tanto a las huellas del Doctor Frankenstein que, en un primer momento, ni siquiera me fijé en esas cosas. La puerta que daba al resto del sótano estaba entreabierta y me acerqué a ella con tanto sigilo y cuidado como si hubiese recibido la orden de desactivar una bomba. Después de tomar posición junto al quicio de la puerta, arriesgué una mirada dentro.

¡El paraíso! En todo el sentido bíblico de la palabra. Podía ver por lo menos a cuatro ratas de una vez; entre ellas, un ejemplar bien alimentado tipo pachá que jugaba a ser arcángel regente y echaba miradas benévolas y algo aburridas a sus subordinados desde una posición más elevada.

Al contrario del otro, este cuarto grande y oscuro rebosaba de papel. Montones de actas, impresos, libros, formularios y carpetas atadas formaban un paisaje imponente parecido al Gran Cañón con verdaderos desfiladeros, cráteres, terrazas y valles de papel. Y encima, debajo y en medio de todo aquello, nuestros amigos. Siempre activos, siempre sociables, siempre divertidos, esperando pacientemente el día X de su toma de poder.

A pesar de las buenas perspectivas, me sobrecogió un sentimiento de depresión y abatimiento. Por un momento se distrajeron mis pensamientos y volvieron a la pesadilla, a Felicitas y a todos aquellos cuyas vidas habían sido tan cruelmente segadas. Vivía en un manicomio sangriento y ahora me entretenía en hacer tonterías

atrevidas para distraerme del horror omnipresente. O como bien lo decía el refrán: si la locura te sonríe, ¡devuélvele la sonrisa! Pero yo ya no sabía bien si debía reírme o llorar a propósito del refrán.

De pronto me puse furioso. No debía dejar que me abatieran pensamientos tan negativos. «¡Empieza el día de manera positiva!». También era un buen refrán. Estaba preparado para la caza, sentía cómo iba apoderándose de todo mi ser el instinto primitivo, y me enfurecía cada vez más contra aquellas ratas que con sus cerebros embrutecidos sólo pensaban mecánicamente en comer y reproducirse. Quería rematarlas, enseñarles lo que era el infierno. ¡Enseguida!

Salí disparado como una flecha de acero sobre el montón de papel más alto y hundí mis colmillos en el cuello de la rata pachá. Aquel tipejo estaba tan sorprendido y asombrado que se cagó en el acto sobre el legajo de papel. Pero sólo lo había herido, no había podido darle el ancestral mordisco en el cuello. Pataleaba y chillaba entre mis dientes mientras sus amigos corrían alrededor, chillando de nervios en busca de un escondrijo. Yo también tenía que tener cuidado porque aquel bicho asqueroso tenía los dientes tan afilados como yo. Lo solté y lo despaché con un par de fuertes golpes de mis garras. Cubierto de sangre como un cerdo degollado, se fue tambaleándose. Aturdido, intentó darse a la fuga y, finalmente, se cayó del legajo de papel.

Al llegar abajo pareció recobrar fuerzas y aligeró el paso. Di un salto gigantesco y me dejé caer desde arriba justo encima de sus espaldas. Abrió la boca y soltó un chillido estridente. Lo mordí con todas mis fuerzas. El cuello del pachá crujió con sonoro ruido y de repente sus gritos se apagaron. Entonces cerró pesadamente los ojos como si estuviera quedándose dormido poco a poco y echó el último aliento de su inútil vida de rata.

Así fue. No había señales de sus amigos. Lo habían dejado tirado, lo habían echado de comer al monstruo para poder salvar sus propios pellejos. Pandilla de cobardes, pensé yo; juntos me podían haber despedazado. La idea hizo que se levantara en mí una nueva ola de rabia y repulsión. Agarré aquella cosa muerta entre mis dientes y me eché a horcajadas al suelo, para arañar y destrozar el cuerpo con todas mis garras. Y mientras más me ensañaba con él, más sentía cómo iba desapareciendo mi agresividad.

Cuando ya me encontraba sofocado y sin aliento, me di cuenta repentinamente de que la causa de aquel ataque incontrolado de ira no había sido esa pobre rata sino los días de pesadilla vividos. No había hecho más que buscar un chivo expiatorio.

Solté mi botín y me quedé mirando fijamente y con tristeza al espacio. Tenía ganas de llorar, pero mis reservas de lágrimas ya se habían agotado aquel día. La rata muerta estaba delante de mí como un trozo de carne listo para guisar. Su sangre se derramaba sobre un libro gordo lleno de manchas marrones que le servía de camilla.

Enfrascado en mis pensamientos, trataba distraídamente de descifrar el título escrito a mano. Pero la cubierta estaba bastante desfigurada por la suciedad y la humedad. «DI O» estaba escrito arriba en letras de imprenta mayúsculas, y debajo «PRO ES R JUL US PRETERIUS». Los huecos entre las letras estaban llenos de una mezcla de mierda de ratones y una sustancia viscosa indefinible que evidentemente había goteado del techo.

¡La curiosidad! Naturalmente, aquel viejo y fastidioso vicio. ¿Se trataba de algo patológico? Estoy convencido de que me iría derecho al infierno sin pensarlo dos veces sólo para averiguar de una vez qué temperatura hace allí. Y entonces, mi cerebro enfermizo y predispuesto a los enigmas comenzó a descifrar, mientras mis patas echaban mecánicamente la rata muerta a un lado.

DI O

Por supuesto que una mirada al contenido del libro me habría dado bastantes pistas acerca del título. Pero los cerebros enfermizos no piensan así. Quieren solucionar enigmas, los perpetuos enigmas. De pronto tuve una idea genial, ¡la solución! Era ridículo, ¿por qué no lo había pensado desde un principio?

DI O = DIARIO

Y de pronto, encajaba también el resto.

PRO ES R = PROFESOR

JUL US = JULIUS

Diario del Profesor Julius Preterius. Por fin lo tenía: el nombre del misterioso doctor Frankenstein. El muy pícaro había escrito un diario. Pero ¿con qué fin? ¿Y por qué se encontraba una obra íntima entre toda aquella basura?

Con patas temblorosas abrí la cubierta del libro. La primera página amarillenta estaba llena de los garabatos que los hombres hacen por aburrimiento o impaciencia; por ejemplo, al llamar por teléfono. Sin embargo, lo curioso de los dibujos era que todos representaban a miembros de mi especie en diversas posturas, algunas graciosas y otras grotescas. El conjunto parecía un boceto excéntrico para una pintura de nuestra raza. Volví la página y allí comenzaron los apuntes secretos del profesor Julius Preterius. Fuera, había empezado a llover a mares y por un hueco en la parte superior de la pared opuesta entraba el brillo de los relámpagos que estaban organizando todo un espectáculo de luces en el jardín. Pero en aquel momento no les temía ni al relámpago ni al trueno.

Leía y leía… y me estremecía. Me embargaba el horror de la culpabilidad que se echaba encima ese hombre. La culpabilidad, la crueldad y la locura. O como bien lo expresó el viejo Nietzsche: «Cuando miras largo rato dentro de un abismo, el abismo empieza a mirar dentro de ti».

6

15 de enero 1980

Soy feliz. ¡Miento! ¡Soy el hombre más feliz de este mundo de Dios! Hace un mes que tengo la sensación de estar drogado. Pero la embriaguez de las drogas no es «palpable», quiero decir que el estado eufórico producido por medio de estimulantes trae consigo un toque de irrealidad. En cambio este estado… Me siento capaz de arrancar bosques enteros, de abrazar y besar a todo el que se cruce en mi camino. Rosalía cree que parezco por lo menos diez años más joven. Lo cual, sin falsas modestias, no es ninguna exageración.

Tengo que ordenar mis pensamientos, en este diario tengo que dejar constancia para la posteridad de los acontecimientos venideros. Aunque, en lo referente a escribir, tengo bastante trabajo con dos diarios de laboratorio y la correspondencia con Suiza, me gustaría describir el proyecto también desde mi propio punto de vista y de forma no científica. Admito que soy algo vanidoso. Pero ¡desde hace un mes, tengo sobrados motivos para serlo!

Se ha cumplido mi sueño. Mirando atrás, los años en el instituto me parecen un mal sueño. La risa humillante del doctor Knorr, que acompañaba desdeñosamente todas y cada una de mis ideas creativas como una nota maliciosa, pertenece para siempre al pasado. Trabajé veinte años para ese estúpido instituto cuyo único renombre consiste en servir la mejor comida de cafetería de Europa. Y mi recompensa fue: «Usted verá, querido colega, que lo que se le ha metido en la cabeza pertenece al reino de la fantasía».

¡Que se vayan al diablo! Ni siquiera los odio. No son más que unos insignificantes burócratas que se pasan el día entero gastando sus energías cerebrales para intentar estafar al Estado en cuestiones de gastos. ¡No cuenten conmigo, colegas! ¡Good-bye!

También se encuentran allí en PHARMAROX, los burócratas. Pero al contrario de sus congéneres funcionarios del Estado, tiene que ocurrírseles algo de vez en cuando si no quieren verse un buen día con todos sus caros muebles de oficina en medio de la calle. El señor Geibel y el doctor Morf me han «donado» el laboratorio y me han concedido un proyecto de investigación por un año. Para entonces quieren ver resultados, si no, se acabará su generosidad.

Doy gracias a Dios Todopoderoso.

24 de enero 1980

¡El laboratorio es de ensueño! Está situado en un edificio viejo de tres pisos y equipado con los avances más modernos de la técnica médica y de laboratorio. Todavía no puedo creer en mi suerte. Además del sueldo mensual de diez mil francos suizos y de este paraíso para investigación, si tengo éxito me corresponderán un premio de un millón y medio de francos más una participación del tres por ciento de los beneficios, y eso sin mencionar el negocio con los derechos de la licencia. ¡Que me vengan a decir que los suizos son tacaños!

A veces me pregunto qué sería ahora de mí si no hubiese tocado personalmente el timbre de la PHARMAROX el invierno pasado para pedir una entrevista con Geibel. El viejo conserje en su portería sacrosanta seguramente pensó que estaba loco, sin embargo se avino a hacer una llamada. Por suerte, Geibel había leído mi artículo en «Scientific American» y pidió verme. El resto ya es historia, como se suele decir. Pero ¿qué habría pasado si todo hubiese salido de otra manera? Ya tengo cincuenta y un años y no me queda ni un solo pelo negro en toda la cabeza medio calva. Desde pequeño había querido darle un sentido a mi vida. Cuando muera, me gustaría haber dejado atrás alguna huella en el mundo y no haberme apagado como una lucecita en un mar de luces. La huella no tiene que ser espectacular, sólo tener algún sentido. Pero en los últimos años, la fastidiosa tarea de pulsar timbres, la inacabable correspondencia con empresas farmacéuticas del mundo entero y el trabajo de Sísifo de tratar de convencer a los superiores había exigido bastante, tanto de mis nervios como de mis fuerzas físicas. Y si soy sincero, la PHARMAROX era ya mi última parada en busca de financiación.

Pero ¿por qué preocuparse por malos tiempos que nunca llegaron? Mi vida ya no es negra ni gris. Todo lo contrario; al escribir estas líneas, estoy mirando el sol desde la ventana de mi oficina en el primer piso. Brilla radiante y con claridad, como si quisiera felicitarme por haber conseguido instalarme aquí.

Pero es un fastidio tener que seguir manteniendo contacto con el Instituto. Knorr y sus compinches tienen una influencia nada despreciable entre los de la administración veterinaria, que son los responsables de dar la autorización para experimentos con animales. Según mis informaciones, algunos de la banda están incluso en las comisiones. ¿Terminará alguna vez esta pesadilla?

1 de febrero 1980

Por fin estamos todos. Ziebold y Gray, el estadounidense especialista en biología molecular, han llegado hoy; y estuve tonteando un poco por ahí con una botella magnum de champán. Hay que motivar a los colegas desde un principio porque si no, más vale no empezar siquiera. Puedo asegurarlo por mi penosa experiencia.

A propósito de penoso: sigue siendo para mí un deseo irrealizable el que la PHARMAROX me deje trajinar libremente por aquí sin ningún tipo de supervisión. Me han infiltrado a un tal doctor Gabriel que oficialmente trabaja de médico, pero que en realidad es un insignificante y abominable espía. Él lo sabe, yo lo sé y lo saben todos. Tengo que habérmelas con un control permanente.

«Secuestré» a Ziebold del Instituto. A primera vista parece haber errado su vocación. Porque sus trajes de última moda —tiene un modelo distinto para cada día — y sus modales afectados y presumidos parecen más propios de un modelo masculino que de un científico. Pero cuando trabaja, se produce en él un cambio extraordinario y trabaja como un poseído. Entonces, las ideas geniales brotan literalmente de él. Es un arribista joven y fresco lleno de fantasía que no quiere que le falte su after-shave de cien dólares ni siquiera en medio del desierto de Gobi. En fin, así es la siguiente generación de investigadores.

Por el contrario, Gray me resulta profundamente antipático. Por desgracia, no puedo prescindir de él porque, según dicen, es una especie de mago en su campo. De antemano cree saberlo todo mejor que yo, y critica mis ideas con una retórica tan hábil que pronto acabará convenciéndome también a mí de lo absurdas que son. ¿Cuándo entenderán los científicos que lo más importante en esta profesión es la fantasía? Pero no me quejo, sino que le doy gracias a Dios por esta oportunidad.

Dentro de doce días queremos empezar con la mezcla de las sustancias. Si el primer experimento con animales tiene éxito, me gustaría viajar a Roma con Rosalía y alimentarme una semana entera sólo de Chianti Classico. ¡Será una fiesta por todo lo alto!

2 de marzo 1980

¡El caldo está listo!

En el laboratorio llamamos así a la mezcla cuando estamos de broma: el caldo. Está compuesto de 76 dispositivos de ensayo, cada uno con varios sustitutos, aunque las diferencias son tan mínimas que en principio siempre se trata del mismo preparado. En una reunión en la que hubo bastante desacuerdo, se aceptó la sugerencia de Gray de iniciar unos cultivos de bacterias aceleradoras de la producción de enzimas de coagulación para después integrarlas al «caldo». Tal y como parecen las cosas, vamos a tener que llevar a cabo miles de experimentos. Yo, por mi parte, estoy abierto incluso a las ideas más descabelladas de mis colegas, aunque no pienso abandonar la mía inicial de comenzar con sustancias químicas. Se mire por donde se mire, la sustancia principal tiene que seguir siendo un sintético autopolimerizador; pues solamente éste, debido a su estructura molecular, es capaz de unir dos piezas de forma rápida y duradera. Y las células vivas tampoco son una

excepción.

Tuve la idea del «caldo» hace diez años cuando al recortar unos artículos de periódico para mi archivo personal me hice un corte bastante profundo en la mano. Completamente absorto en la tarea de recortar, miré como ausente la herida sangrante de la palma de mi mano y después al pegamento encima de la mesa delante de mí. De pronto tuve una inspiración y pensé, qué práctico sería poder pegar rápidamente la herida abierta con ese mismo pegamento en vez de tener que tratarla primero con polvos antisépticos y vendajes, y luego tener que aguantar el doloroso proceso curativo.

Mis pensamientos daban volteretas incitados por aquel golpe de ingenio mientras la sangre de la herida caía alegremente encima de la mesa, empapando de rojo el periódico. Pensé en aquel pegamento para tejidos orgánicos, el llamado pegamento fibrinoso de dos componentes, que ya se emplea para pequeñas heridas y operaciones en las cuales resulta imposible suturar; por ejemplo las del bazo y otros órganos de tejido celular poco resistente. Sin embargo, el pegamento fibrinoso nunca llegó a cumplir lo que prometió. Cierto que es compatible con el tejido orgánico y que el organismo tampoco lo rechaza; no obstante, resulta ineficaz en casos de heridas abiertas y en las que están sometidas a esfuerzos mecánicos. Después de todo, sólo puede emplearse en combinación con la clásica sutura. Así que tampoco es de extrañar que los cirujanos sean tan poco aficionados a dicho remedio y tengan una confianza ciega en la vieja sutura que, además, también resalta mejor sus habilidades.

Pero eso tiene que cambiar. Yo tengo ideas para una solución radical. No es de esperar que vaya a recibir el Premio Nobel por mi «caldo»; no obstante, revolucionará la medicina. Además, ¿qué importancia tiene el Premio Nobel? Tampoco se lo concedieron al inventor de la bombilla eléctrica, aunque ésta haya dado lugar a más cambios en este siglo que la fisión del núcleo atómico. ¡Lo que importa son las pequeñas revoluciones que pasan inadvertidas!

Es mi propósito eliminar completamente el proceso de sutura que no sólo resulta engorroso y es una pérdida de tiempo, sino que ha de estar forzosamente hecho por profesionales. Incluso voy a ir un paso más lejos y diré que creo que algún día mi «pegamento instantáneo» llegará a formar parte integral de cada botiquín de primeros auxilios. Una herida abierta se pegará rápidamente sobre el terreno. ¡Eso será de importancia vital en casos de accidentes de tráfico y heridas de guerra!

Hay que lograr que de una curación primaria se encargue la naturaleza prácticamente por sí sola. Los problemas comienzan con la curación secundaria. En la mayoría de los casos, los bordes de la herida no encajan exactamente. Con frecuencia, la herida está muy abierta, o incluso puede ser que falte un trozo de tejido, o que esté tan dañado que las células acaben muriéndose. Las bacterias

también penetran rápidamente por el tejido desgarrado. Por ello, hay que darle una ayuda a la herida; o sea, hay que unir los bordes de la herida por medio de suturas, erinas, o bien por medio de un… pegamento. Lo ideal seria poder provocar una curación primaria en todas las heridas.

Yo sé que ni siquiera mi pegamento de tejido orgánico será capaz de reemplazar las manos hábiles de un cirujano. Pero hasta un ATS podrá prestar los primeros auxilios con este preparado a un soldado herido en el frente o a un niño víctima de un accidente de tráfico que está sangrando.

En el caso de que el preparado realmente tenga propiedades adhesivas instantáneas, aún habría que perfeccionarlo de la siguiente manera:

1. *Tiene que tener propiedades antisépticas, de modo que las bacterias sean «interceptadas» antes de penetrar en la herida.*
2. *Por medio de sus propiedades polimerizadoras, debe entretejer instantáneamente los bordes de la herida. Sin embargo, no debe cerrar la herida de forma hermética puesto que la falta de oxígeno favorece la proliferación de infecciones.*
3. *El sistema inmunitario no debe rechazar el preparado; o, por lo menos, no debe rechazarlo prematuramente.*
4. *El «caldo», como un demonio exorcizado, tiene que desaparecer del cuerpo sin dejar rastro alguno. De dos a tres semanas me parece un plazo razonable para ello.*
5. *El preparado tiene que ser de fácil conservación para poder tenerlo siempre a mano, como una especie de hada en un tubo.*

Si conseguimos todo esto, verdaderamente habremos prestado un servicio valioso a la humanidad.

Siempre he sido desafortunado en lo que a reconocimiento de méritos y cumplimiento de sueños se refiere. Pero ¿por qué no se puede tener suerte alguna vez?

17 de marzo 1980

Todo va de maravilla… quizá demasiado bien. Sólo quedan unos análisis de la coagulación extravasal y entonces podremos empezar a experimentar con los animales. Rosalía cree que trabajo demasiado y que debería permitirme el lujo de descansar por lo menos los fines de semana. La pobre no puede comprender que el trabajo, por el que estoy obsesionado, nada tiene que ver con la definición convencional de la palabra.

Es la una de la madrugada y todavía estoy sentado en mi bonita oficina adornada con las macetas de Rosalía. Hace tiempo que los demás se han ido. La única luz que todavía está encendida en todo el edificio es una vieja lámpara para lectura encima de mi escritorio. Me he permitido un par de copas de vino tinto y comienzo lentamente a filosofar. Mis pensamientos se desvían hacia Robert y Lidia, a los días felices y soleados cuando aún eran niños. Todavía los quiero de todo corazón aunque sólo nos honran con su visita durante las festividades de Navidad cuando aguantan, indiferentes, todo aquel teatro aburrido. Es un juego estúpido y deprimente. Nos hemos distanciado por completo los unos de los otros y, aparte de unas miserables palabras sin significado, no tenemos nada que decirnos. Tampoco mi inesperado ascenso parece interesarles mucho. Las relaciones entre mis hijos y yo están marcadas por la mentira, la futilidad y la frialdad. ¿Será ése el derrotero del mundo? ¿Será ése el destino de todos los hombres que alguna vez desearon hijos para luego darse cuenta, llenos de amargura, de que sólo habían traído unos extraños al mundo?

Las únicas alegrías que me han quedado son mi trabajo y Rosalía. ¿O pertenecerá también Rosalía a la categoría de «los engaños de la vida»? ¿No es ella en realidad una costumbre agradable que cuesta trabajo dejar porque entonces habría que admitir, avergonzado, que no había sido más que una costumbre por la que se han hecho demasiados sacrificios a lo largo de los años? Espero que no.

Nunca he tenido verdadera pasión por las mujeres. Nunca las he podido comprender y tampoco me han fascinado sobremanera. Ni siquiera de joven. Me casé con la primera mujer con la que tuve amistad. El acceso a una parte de la vida, descrita por poetas como la que en realidad merece la pena vivir, me fue negado. ¿Qué, pues, he hecho de mi vida?

Tengo que poner fin a estas cavilaciones desmoralizantes. No llevan a ninguna parte. Es tarde. Mañana por la mañana van a traer a los animales y tengo que estar presente cuando lleguen. Había solicitado experimentar con chimpancés pero, como era de esperar, no me han dado autorización. «Sólo estará permitido el empleo de primates en la última fase del proyecto», fue la pobre excusa que me dieron. ¡Ignorantes! Todavía se niegan a reconocer que de aquí va a salir algo revolucionario.

Pero debo mantener la calma y alegrarme de que por lo menos no tenga que experimentar con ratones, cuya piel es tan fina que resultan totalmente inadecuados para mis fines.

18 de marzo 1980

¡Los animales han llegado! Maullidos incesantes llenan el edificio, y los

trabajadores del laboratorio están encantados con criaturas tan lindas y vivarachas. Juntos les hemos dado de comer y los hemos acariciado. Van a estar muy bien cuidados aquí con nosotros, eso lo garantizo.

27 de marzo 1980

El primer experimento ha sido un fracaso. Sin anestesiar, hicimos pequeñas incisiones en las cabezas de cinco animales y después untamos los bordes de las heridas con el «caldo». Pero en vez de unirlos, el preparado corroyó completamente la carne, comiéndosela como un ácido hasta agujerear los cráneos y llegar a sus cerebros. Hubo que dormir a los animales enseguida.

Esto ha sido un contratiempo. En un principio, no había esperado otra cosa, pero tampoco había esperado aquella espantosa agresividad del preparado. Algo básico falla. Tenemos que trabajar más intensamente. Habrá que suspender lo de Roma.

2 de abril 1980/1:20

Estoy perdidamente borracho y además sorprendido de que aún esté en condiciones de escribir estas líneas. El fracaso de la semana pasada ha afectado mi orgullo más de lo que en un principio quise admitir. Es extraño. Para el experimento utilizamos el compuesto que más perspectivas de éxito tenía. Nadie podía prever las horribles consecuencias. Incluso Gray, quien mira todo con escepticismo, se quedó horrorizado por reacción tan inesperada.

Como era de suponer, el fiel doctor Gabriel envió un mensaje a sus amigos de la Confederación antes de que yo pudiese redactar mi informe y mandarlo a Suiza. Acto seguido, llamó Geibel para informarse personalmente sobre aquel fiasco. Todo este revuelo de pánico resulta escandaloso y sólo puede perjudicar la moral del equipo.

Tras la autopsia de los animales creemos que el fracaso puede haberse debido a una concentración demasiado alta de ácido maleínico. La piel, los cráneos y los cerebros de los animales utilizados para el experimento parecen plástico derretido. «Bajar la concentración» es el santo y seña para el mes que viene.

A partir de ahora tendré que trabajar con mucha más intensidad. Rosalía tendrá que acostumbrarse a verme sólo los fines de semana.

11 de abril 1980

Ironías del destino: aunque ya damos cobijo a treinta animales, esta mañana

acaba de extraviarse por aquí otro buen mozo. Al aparcar el coche enfrente del laboratorio, lo vi andando de un lado a otro delante de la puerta, arañándola con fuerza de vez en cuando. Es un tipo atrevido. Tiene aspecto descuidado, aunque su cuerpo musculoso denota condiciones de primera. Los ayudantes de laboratorio afirman que es un callejero. Así que hemos recogido al muy pillo y lo hemos nombrado nuestra mascota. Anda libremente por el edificio y todos lo miman y le dan golosinas. Me interesaría saber lo que piensa sobre sus congéneres dentro de las jaulas.

25 de abril 1980

Un nuevo intento y un nuevo fracaso. Se afeitaron los vientres de tres animales y se hicieron incisiones con escalpelo. Entonces se untaron los bordes de las heridas con el «caldo» para luego sujetarlos con erinas. Cinco horas más tarde comprobamos, para nuestra desilusión, que apenas había habido adhesión. Creo que la causa del fracaso ha sido la reducción de los componentes ácidos. Aparentemente, estas sustancias ejercen un efecto misterioso sobre el compuesto; además de lo cual debo admitir que los restantes componentes tampoco acaban por combinar bien. Para alcanzar el éxito, necesitaremos hacer muchos más experimentos con animales y por lo tanto también muchos más animales de los que en un principio habíamos calculado. Sobre todo, hará falta más tiempo. El asunto es muy enojoso porque después de solucionar este problema, aún quedan por solucionar el de la compatibilidad del preparado con el sistema inmunitario y el del rechazo retrasado; problemas que seguramente no serán fáciles de resolver.

Voy a redactar mi informe para mandarlo a Suiza. Resulta humillante tener que volver a dar malas noticias, pero no hay otro remedio. Aunque, supongo que hace tiempo que la PHARMAROX ha sido informada a través del doctor Gabriel. La verdad es que el buen señor tampoco hace ya ningún esfuerzo por ocultar la verdadera naturaleza de su misión. Y, para colmo, ese repugnante Knorr del Instituto también ha anunciado su visita. Bajo el pretexto de querer mantener el contacto entre colegas, quiere convencerse de mi fracaso.

Mientras escribo estas líneas, siento ganas de llorar. Que Dios me dé fuerzas para salir de este dilema. El callejero que recogí hace poco está sentado en el escritorio mirándome atentamente. Aparte de Ziebold, quizá sea él el único que comprenda mi inquietud. Los demás se comportan ya con una extraña indiferencia hacia el proyecto. Son especialistas altamente calificados y podrían encontrar empleo con mucha facilidad en cualquier otra empresa o institución. Lo más probable es que me consideren un idiota por jugar con una idea tan infantil. Tal vez no estén demasiado equivocados.

7 de mayo 1980

La primavera ha llegado con bombos y platillos a los jardines de detrás del edificio, y los ha despertado a una vida llena de colorido con una velocidad vertiginosa. De tanta luz del sol y festival de olores por todas partes, entran ganas de gritar de alegría. Sin embargo soy el hombre más desdichado de esta tierra de Dios. Esta mañana hemos vuelto a experimentar con diez animales. El resultado fue el peor fracaso que hayamos tenido hasta el momento. Se practicaron incisiones largas en distintas partes corporales de los sujetos para producir grandes heridas abiertas. Después de recubrir los bordes de las incisiones con el «caldo», los unimos firmemente con pinzas quirúrgicas. ¡Fue horrible! En un primer momento los bordes de las heridas efectivamente se adhirieron, pero después el compuesto se comió la carne de alrededor en cuestión de segundos dejándola viscosa y deshilachada. Las heridas se hicieron cada vez más grandes hasta que finalmente se volvieron irreconocibles de tanta sangre como brotaba y de tanta sustancia corporal purulenta. Cuando la reacción química se hubo detenido, todos los animales habían muerto.

No lo entiendo. Sencillamente contradice toda lógica. Aunque entretanto tenemos el problema de acidez bajo control, el compuesto no acaba por compatibilizarse con las células vivas. Estoy tan lleno de vergüenza, ira y falta de confianza en mí mismo que me tiembla todo el cuerpo. Lo que más deseo es continuar experimentando sin pausa, pero no sé cómo justificarlo ante mi equipo…

23:25

Desde que los otros han abandonado el edificio, me consuelo con una botella de vino tinto. Mientras tanto, mis pensamientos giran en torno a este problema sin solución. Pero mis cavilaciones no dan resultado porque tampoco soy capaz de descubrir fallo alguno en mi concepto. Por eso voy a realizar un nuevo experimento. Aunque no le debo explicaciones a nadie, quiero mantener este experimento en secreto porque, a decir verdad, tampoco yo veo ningún motivo justificado para llevarlo a cabo. Me temo que va a ser el callejero sin nombre el que tendrá que pagar el pato.

2:30

¡Ha ocurrido un milagro! ¡Ha funcionado a la primera intentona!

Tal vez haya un poco de exageración, pero creo que el experimento puede

realmente calificarse como exitoso en su planteamiento.

Mientras llevaba a cabo la pequeña operación, me pregunté de pronto qué estaba haciendo yo a altas horas de la madrugada en el quirófano. Me sentía casi un criminal y todo lo que hacía me parecía un tanto loco y sin sentido. Sabía que no tendría un éxito inmediato. Pero me comportaba como un niño testarudo que en su desesperación se rebela contra su todopoderoso padre aunque sabe que no tiene la menor posibilidad de ganar. Y entonces, ésto…

Después de afeitar al callejero, de darle una inyección para relajarle los músculos y de amarrarlo a la mesa de operaciones con las extremidades extendidas, le hice una incisión de unos quince centímetros en el abdomen. Maullaba, gruñía lastimosamente e intentaba morderme. Yo ya había preparado la herida con el compuesto, antes de que llegase a sangrar. Apreté entonces los bordes de la herida con mis dedos pulgar e índice para que se uniesen y, ante mis propios ojos, ocurrió el milagro: se pegaron instantáneamente. Estaba tan sorprendido que creía que lo que estaba viendo era una alucinación provocada por el buen vino tinto que, admito, había ofuscado un poco mis sentidos. Pero en aquel momento me puse repentinamente sobrio. Miles de preguntas pasaron por mi cabeza, pero todas perdieron su importancia a la luz de aquel triunfo largamente anhelado. ¿Por qué había funcionado ahora el mismo remedio que había fracasado hacía tan sólo dieciséis horas? ¿Tenía que ver con la dosificación? ¿Habían trabajado mis colegas sin el debido esmero? Me senté en una silla y, mientras me fumaba un cigarrillo, observaba al paciente a quien tan repentina curación parecía haber sorprendido. Pasó hora y media durante la cual puse el quirófano en orden y procuré, a duras penas, bajarme de mi nube de felicidad. Entonces volví a examinar la herida. De hecho, los bordes de la herida se habían despegado un poco, cosa que no tiene mayor importancia considerando que estamos todavía a comienzos de la investigación. Así que suturé la incisión para más seguridad y metí al paciente en una jaula. Me miró confuso, como queriendo saber qué significaba todo aquello. Me reí en tono bajo y estaba a punto de abandonar la habitación cuando me acordé de que el paciente aún no tenía nombre. Después de pensarlo un poco, recaí finalmente en el método clásico de nomenclatura y bauticé a mi ayudante y amigo como «Claudandus».

10 de mayo 1980

Acogieron la noticia con una calma indiferente. No porque hubiese hecho mal uso de Claudandus para el experimento sino porque lo había hecho a sus espaldas. Como si yo fuera un simple ayudante de laboratorio que tiene que pedir permiso hasta para limpiar los tubos de ensayo. Todavía no me toman en serio. Ése es el quid de la

cuestión. Tiene que haber algo en mi cara, mi comportamiento o mi persona en general que lleva a los demás a dudar de mi autoridad, caso de que alguna vez la haya tenido. Pero me da igual porque lo único que importa es el «caldo».

Claudandus se ha recuperado muy bien de la operación y se pasa la mayor parte del tiempo durmiendo. Habrá que esperar para ver si su sistema inmunitario rechaza el adhesivo dentro del plazo previsto. He impregnado toda la región abdominal con una sustancia de mal sabor para que el animal no lama sus heridas ni desgarre los puntos. Dentro de unas semanas vamos a repetir el experimento con otros animales y queremos proceder exactamente de la misma manera que en aquella noche maravillosa.

Los triunfos tampoco suelen venir solos: la horrible visita de ese mentecato, el doctor Knorr, ha salido muy bien y no ha logrado la satisfacción que tanto deseaba. Al fin y al cabo, pudimos mostrarle a Claudandus.

1 de junio 1980

Estoy a punto de perder la razón. El descubrimiento que hace tiempo creí se había producido —qué arrogancia la mía— por lo visto nunca tuvo lugar. El experimento ha fracasado en cada uno de los cinco animales. No sólo no ha mostrado el compuesto efectividad alguna, sino que anuló sin motivo aparente el proceso normal de la coagulación sanguínea: los animales se desangraron miserablemente.

Tengo una grave sospecha. Sólo vamos a esperar hasta que se termine de curar la herida abdominal de Claudandus. Entonces vamos a tener que volver a «desarmarlo».

14 de junio 1980

Es exactamente lo que había sospechado. Claudandus es una mutación. No sabemos qué lo diferencia de los otros animales. Pero algún factor de su estructura genética se ocupa de que su organismo asimile el «caldo» sin problemas. Hoy nos propusimos utilizar los costados del animal y los hemos preparado con incisiones de diversa longitud y profundidad. También hemos hecho cortes superficiales en sus órganos internos. Tras la aplicación del compuesto, los bordes de las heridas se adhirieron tan bien que esta vez hasta pudimos prescindir de las suturas de seguridad. Luego se repitió el experimento con otro animal, que fue un completo fracaso. Ni siquiera intentamos recomponer al herido, lo dormimos en el acto.

Por suerte tenemos aquí a Gray, porque a partir de ahora nuestra línea de investigaciones se dirigirá al campo de la genética. Tenemos que llevar adelante

incontables análisis de Claudandus para descubrir su «secreto». Claro que, a la vez, se sigue experimentando con los otros animales. Debido a la falta de garantía de éxito, tengo la seria preocupación de que la PHARMAROX esté jugando con la idea de distanciarse o quizá hasta de desprenderse del proyecto. ¿Qué será entonces de mí? ¡No volveré al Instituto bajo ningún concepto!

2 de julio 1980

Gray y Ziebold están dedicados día y noche a intentar elaborar un análisis genético de Claudandus dentro de lo que permiten nuestras humildes posibilidades. El animal no es de envidiar, ya que tiene que aguantar dolores inimaginables. Constantemente hay que tomar muestras de tejido, administrar inyecciones, aplicar sustancias dolorosas y operar sus órganos internos. Es un cuadro que parte el alma. Como hemos sobrepasado ya la mitad del tiempo que nos ha sido concedido, tenemos que trabajar a destajo. Cortar, suturar y a menudo mutilar o tener que dormir en el acto a una docena de animales diarios ha llegado a ser una rutina macabra. A esto se añade el hecho de que cada vez discuto más con Rosalía por culpa de mis borracheras. Esa mujer se niega a comprender que estoy a punto de estallar de tanto estrés y depresión y que, por lo menos de noche, necesito una válvula de escape.

Nunca he sido aficionado al alcohol, ni siquiera durante mí tiempo libre. Mi afición al vino tinto existía únicamente desde el punto de vista gastronómico. Pero en los últimos meses, el alcohol ha servido para estimular todos mis sentidos, para permitirme pensar con más claridad y para proporcionarme el relajamiento que tan desesperadamente necesito. Rosalía no puede comprender eso. ¿Habrá comprendido algo alguna vez? Quiero decir, ¿algo de la importancia de mi trabajo, de mis sueños o del sentido que procuro darle a mi vida? Por lo visto dos personas pueden vivir largo tiempo juntas sin conseguir conocerse ni comprenderse. Llegar a este conocimiento ha sido amargo y triste, triste como todo lo demás aquí.

17 de julio 1980

No adelantamos. Sin embargo, no es ésa la verdadera causa de mi frustración, sino el hecho de que mis colegas demuestran cada vez menos ganas y voluntad de seguir trabajando en este proyecto. Los jóvenes, especialmente los ambiciosos, parecen tener un sexto sentido para el fracaso que les permite saltar del caballo equivocado antes de llegar al precipicio. Aunque procuran que no se les note nada: hacen diligentemente su trabajo diario, se ríen por compromiso de mis chistes y le dan importancia a cada avance que pudiese llevar al éxito por muy insignificante que

sea. Habría que ser demasiado insensible para no darse cuenta de que todos han sido traspasados por las flechas paralizantes de la resignación. ¿Cómo puede la gente joven ser tan impaciente y débil? ¿No saben que las grandes cosas sólo pueden lograrlas hombres con mucho valor y corazón? Pero esta triste historia también tiene un aspecto agradable. Mientras más trabajo con estos animales y más aprendo acerca de ellos, más me fascinan. Independientemente del fin que tenga el proyecto, pienso dejar de trabajar en el campo de la investigación; tal vez hasta deje de trabajar del todo. Entonces, la crianza de estos animales, sobre una base rigurosamente científica, sería un pasatiempo bonito y lucrativo. Para ser sincero, ya he empezado a hacerlo en secreto.

4 de agosto 1980

Tres malas noticias en un solo día: ahora es oficial. Esta mañana aterrizó una carta de la PHARMAROX sobre mi escritorio en la que Geibel me comunicaba que se había recortado en un tercio el presupuesto para el proyecto. Las consecuencias de estos recortes: despido de casi todos los auxiliares de laboratorio y de un bioasistente, reducción de sueldos, drástica reducción de animales para experimentación y de otros gastos menores cuya falta nos dificultará el trabajo aun más de lo que ya lo está. Aquellos tacaños están haciendo exactamente lo que no deben. En estos momentos cruciales en los que no estamos haciendo progresos y en los que verdaderamente necesitamos más apoyo económico, van y recortan el presupuesto. Y para colmo, Gray ha solicitado ser despedido. Supongo que no quiere que más tarde se asocie su nombre con un fracaso, lo cual ciertamente demuestra un alto grado de inteligencia.

El tercer mensaje funesto es de carácter bastante inofensivo comparado con los otros dos. Las autoridades veterinarias nos han autorizado menos experimentos con animales de los que habíamos solicitado. Para mantener constante el número de las autorizaciones extendidas hasta ahora, los miembros de la Comisión han exigido un control minucioso de los experimentos; hablando claro significa que quieren ver resultados. ¿Qué se puede decir a eso? Ni que todo el proyecto estuviese financiado por esos sabihondos en vez de por la PHARMAROX. Naturalmente, puedo imaginarme quién está detrás de todos estos peligrosos abusos: Knorr y sus compinches. Como no ven otra forma de sabotear mi trabajo, están recurriendo a tan sucias triquiñuelas.

Son las dos de la madrugada. Hace un calor insoportable en todo el edificio. Estoy otra vez borracho y todos mis sentimientos parecen embotados. Acabo de estar en la sala de los animales para controlar a mis pacientes y darles agua. Todos tienen cicatrices grandes y feas que pueden verse claramente en las zonas de piel afeitadas.

Lástima que algunos acabasen siendo mutilados, pero no había otra alternativa. A Claudandus, cuyo código genético aún no hemos conseguido descifrar, le va peor que a ninguno. Por culpa de los numerosos experimentos, ha adquirido el aspecto de un monstruo. Dormía, pero gruñía de dolor en sueños. Si realmente llega a ocurrir un milagro, le dedicaré un monumento. Llamaré al preparado «Claudandus».

23 de agosto 1980

Hoy lo he hecho. Al abandonar el laboratorio a las tres de la madrugada, bajo la influencia de una considerable dosis de zumo de uva, para volver tambaleante y algo desorientado a mi coche, me llamaron la atención. Delante de casi todas las puertas se encontraba uno de esos animales excéntricos, vigilando su territorio. Puesto que son, ante todo, animales nocturnos, casi siempre salen alrededor de la medianoche. Entonces la ciudad les pertenece. Es digno de ver. Toman formalmente posesión de ella. De repente tuve la sospecha absurda de que se sentían superiores a nosotros y de que únicamente esperaban el momento propicio para someternos. Me recordaba la historia de la planta carnívora que se lleva a casa como brote de vivero, se cuida y se mima hasta que un buen día, al verse muy crecida y fuerte, se traga a la familia entera.

Cansado, iba paseando lentamente calle abajo cuando vi dos robustos ejemplares agachados encima del muro de un jardín. Había una expresión filosófica en sus caras, como si estuvieran pensando en la infinitud del universo. La idea me divertía, pero al mismo tiempo pensaba en nuestra falta de animales para experimentar y en los constantes problemas con la administración de asuntos veterinarios. Al hacer lo que entonces hice no sentí culpabilidad alguna: no lo pensé demasiado, cogí a los dos debajo del brazo, volví corriendo al laboratorio y allí los encerré en jaulas. Se quedaron mirándome con cara de enfado. Evidentemente, habían dejado ya de reflexionar sobre la infinitud del universo.

Ahora le pregunto al juez imaginario dentro de mi cabeza: ¿soy un criminal sólo porque haya cogido a dos seres vivientes para hacer un experimento de cuyo éxito podrían depender muchas vidas, incluso vidas animales? ¿Soy un miserable canalla sólo porque todavía me arriesgo por la ciencia? Pero el juez dentro de mi cabeza guarda silencio; no contesta. Y eso es mucho peor que si me condenase. Porque no es el silencio del juez lo que hace que se congele de horror la sangre de mis venas por el horror, sino el de las víctimas.

15 de septiembre 1980

Las ratas abandonan el barco que se hunde. Hoy se ha despedido Ziebold. Ha conseguido evitar dar una explicación convincente para su dimisión. Durante la triste conversación de despedida que mantuvimos en mi despacho, el hombre estuvo hablando todo el rato como un libro de adivinanzas. Pero, entre tanto, he llegado a ser campeón mundial en acertar las adivinanzas y sé interpretar muy bien las señales y verdades a medias. Siento cómo todos aquí conspiran contra mí y cómo todos aguardan verme derrotado en el suelo. El fracaso probablemente fue planeado desde un principio. Me pregunto por qué se mostró Ziebold tan dispuesto a dejar el Instituto para trabajar conmigo. Nunca había comentado que no se sintiera a gusto allí. Bastó una pregunta para ganármelo y que se uniera a mi proyecto, como yo en mi inocencia creía entonces. Pero he aprendido bastante. Hoy sé que mi proyecto fue saboteado desde un principio. Resulta verdaderamente curioso que haya sido yo el único que ha conseguido hacer algún avance hasta el momento. Si, y así seguirá siendo. Quieren acabar conmigo.

Es probable que me hayan puesto una escucha telefónica. Pero no voy a dejar que se me note nada. Voy a aguantar aquí hasta el amargo final. Que me dejen todos. No los necesito.

3:20

Sospecho que incluso Rosalía está en combinación con ellos. ¿Por qué, si no, habría de atormentarme diariamente con sus reproches? Sólo podría ser para acabar con mis energías mentales y así paralizar mi trabajo. Por eso no voy a regresar a casa. Es una costumbre estúpida de todas maneras. Y además, estoy ocupado todas las noches tratando de proporcionarme animales para la experimentación.

29 de septiembre 1980

En el laboratorio ha habido hoy una pelea de película de la cual Knorr, Gabriel y yo salimos todos con ojos amoratados y contusiones. Nunca he tenido reputación de ser violento, pero con todas las impertinencias que hay que aguantar aquí, hasta Gandhi perdería los estribos.

Al hacer la ronda rutinaria del edificio a las doce del medio día, sorprendí al doctor Gabriel en el laboratorio enseñándole a ese incompetente de Knorr —que había aparecido sin aviso previo— los planes de experimentación y, justo como yo había sospechado, informándole de nuestros secretos; además, cumplía todas sus órdenes como si fuese él, y no yo, el jefe del tinglado. Al verlos a los dos

cuchicheando con tanta confianza, se me acabó la paciencia. Me abalancé sobre ellos y empecé a golpearlos a ciegas. Los dos espías intentaron defenderse, pero yo había desarrollado las fuerzas de un demente y les propiné una buena paliza hasta que, finalmente, nos separaron los auxiliares y técnicos de laboratorio que habían acudido al oír el revuelo.

Eso les servirá de lección. ¡Estoy harto de su continuo sabotaje y estoy firmemente decidido a defender el laboratorio con mi propia sangre si fuese necesario!

17 de octubre 1980

Ya ni reacciono siquiera al terror telefónico y postal procedente de Suiza. Hace tiempo que el presupuesto ha sido reducido a los gastos mínimos de manutención del laboratorio y, aparte de mí, sólo trabajan aquí todavía un bioasistente y dos auxiliares de laboratorio. Esta mañana me ha llegado un mensaje que es el colmo de la insolencia. Knorr debe sustituirme en enero. Con eso se ve plenamente confirmada mi sospecha de que el proyecto ha sido víctima de sucias intrigas y acuerdos secretos con el Instituto. Mi cometido ha sido únicamente el de llevar a cabo la investigación básica para pharmarox. Nada más. El éxito lo debía cosechar aquel asqueroso buitre, Knorr. Pero ellos no cuentan con mi resistencia. Cuando vengan, voy a recibirles con armas. Entonces dará igual cuántos micrófonos secretos instalen por todas partes ni cuántos espías manden para pasearse de arriba abajo delante del edificio en limusinas negras con el propósito de intentar descubrir mis intenciones.

He despedido a toda la gente que todavía estaba aquí para poder trabajar solo y con toda tranquilidad a partir de la semana que viene. No necesito su maldito dinero ni su maldito personal. ¡No necesito a nadie!

Si sólo supiese lo que quieren decir las extrañas fórmulas que aparecen de vez en cuando en las paredes.

Noviembre

¡Es estupendo trabajar solo! Puedo poner la radio a todo volumen, beber cuanto quiera y hacer lo que quiera. Adelanto mucho más deprisa sin verme interrumpido por los actos de sabotaje de aquellos espías, aunque no debo olvidar ni por un instante que me encuentro bajo la más estrecha vigilancia. ¿Por qué, si no, iban ELLOS a poner el laboratorio a mi disposición? Claro que todos los días llegan nuevas cartas en las que ELLOS me mandan abandonar el edificio. Pero ellos no van a llamar a la policía tan pronto sólo por eso. ¿Por qué no? ¿Que por qué no? Porque

estoy bien informado sobre SUS turbios planes. ELLOS quieren dejar al loco seguir experimentando hasta que encuentre lo que busca, y lo que ELLOS buscan.

Mientras tanto, sigo procurándome animales sin mengua de entusiasmo. De todos modos, son los únicos que saben valorar mi trabajo. ¡Qué valientes y altruistas cuando me entregan sus pequeños cuerpos!, ¡qué agradecidos por el poco alimento que reciben!, y ¡qué poco valiosa les parecen sus propias vidas comparadas con el inapreciable servicio que prestan a la ciencia!

Utilizo un promedio de siete animales por día y, puesto que el compuesto sigue sin mostrar propiedades adhesivas, me veo operando casi todo el día. Practico incisiones en distintas partes de sus cuerpos: en el cuello, en el ano, en los intestinos, en los músculos, en los ojos; en fin, en todas partes. Gracias al programa de cría que he ideado, ya han parido algunas de las hembras, con lo que se soluciona lo del suministro. Naturalmente, trabajo de modo más intenso con Claudandus, aunque sigue negándose a revelarme su secreto.

Pero antes que nada, debería hacer una pausa para limpiar el laboratorio. Apesta horriblemente a sangre y cadáveres de animales.

Noviembre

Rosalía, ay mi pobre Rosalía, no te preocupes por mí, mujer valiente. Acabas de estar delante de la puerta y tocaste el timbre repetidas veces. No te he abierto aunque te observaba disimuladamente desde detrás de las persianas. Tu cara revelaba enorme preocupación, podía verla con toda claridad. Tu marido, que te quiere más que a nada en el mundo, volverá a ti en cuanto haya terminado su obra; y entonces, todo volverá a ser como antes.

¿Como antes? No puedo acordarme ya de cómo era todo antes. Me resulta francamente difícil pensar con lucidez o determinar si es de día o de noche.

Ay, Rosalía, ¿sabías tú que la sangre ejerce un magnetismo mágico y que el cuerpo de un mamífero cualquiera es casi idéntico al de un hombre? No se debe trabajar tan intensamente ni tanto tiempo con sangre y cuerpos cercenados como desde hace mucho hago yo porque se trastorna la cabeza. Entonces resulta difícil quedarse dormido y, cuando finalmente se logra, se tienen aquellas pesadillas horribles en las que los cuerpos mutilados vuelven a despertar a la vida para enseñarte sus heridas abiertas con caras llenas de reproche, gritándote: ¡Pega nuestros pedazos! ¡Pega nuestros pedazos! Y tú te sientes incapaz de pegar herida alguna porque tu pegamento siempre vuelve a fracasar. Pero esos pequeños cuerpos cubiertos de heridas siguen gritando de forma cada vez más insistente: ¡Pégalos! ¡Pégalos! ¡Vuelve a recomponernos! Entonces te despiertas gritando y empapado de sudor. Pero la vuelta a la realidad tampoco proporciona consuelo porque todos esos

cuerpos rajados se encuentran a tu alrededor y estás completamente empapado en su sangre.

Existen incontables versiones del infierno, Rosalía, y todas comienzan antes de la muerte. Pregúntale a Claudandus; él puede confirmártelo. A menudo, me siento delante de su jaula y lo observo durante horas, a veces incluso durante un día entero. Ha cambiado mucho a lo largo del proceso de sufrimiento, y no sólo en sentido físico. Me mira con una mirada llena de sabiduría y de odio; casi como si fuese un ser humano. Sí, hay algo de humano en sus ojos melancólicos. Me parece que ha perdido la inocencia. Suena a locura pero a veces tengo la sensación de que quiere hablar conmigo. ¿Qué querrá decirme? ¿Querrá contarme sus penas? ¿Querrá pedir compasión? No, no, no puedo hacerle caso. Soy un científico, un mamífero capaz de comprenderse a sí mismo.

Rosalía, mi amada mujer, estoy seguro de que nuestros caminos volverán a encontrarse, créemelo. Y entonces será tanto más hermoso para nosotros. Ganaré el Premio Nobel y saldré constantemente en la televisión. Personas completamente desconocidas me felicitarán por la calle y los pacientes me darán las gracias. Gracias, profesor Preterius, gracias, gracias por CLAUDANDUS; su adhesivo ha salvado todas nuestras vidas. Incluso los animales me darán las gracias. Gracias, profesor Preterius; usted nos ha rajado y luego ha vuelto a pegarnos. ¡Por eso le damos las gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!…

Noviembre

Querido Claudandus, ven, sé mi huésped,
enséñame lo que tienes en tu interior.
Heridas abiertas, úlceras infectadas;
rajarte, alegre amigo, no es ninguna molestia.
Pero una cosa aún quisiera saber:
¿cuál es el secreto que escondes bajo tu piel?

Profesor Julius Preterius.
Descubridor de CLAUDANDUS,
el revolucionario adhesivo de tejido orgánico.
Galardonado con el Premio Nobel de Biología, 1981
—incredibilis vis ingenii—

Diciembre negro, negro

¡No pega! ¡Nunca pegará!

Incluso los espíritus, unos seres animales translúcidos y luminosos, me lo gritan sin cesar durante mis numerosas intervenciones quirúrgicas. ¡Largo de aquí! ¡Fuera de aquí, bastardos!, les grito yo; pero ellos siguen arremolinándose alrededor de la mesa de operaciones y se burlan de mí con voces lloriqueantes. El compuesto también está poseído por ellos y por eso sigue sin surtir efecto. Pero yo voy a seguir experimentando con tesón, y no voy a dejar que nada ni nadie me detenga.

Como ya me encuentro demasiado débil para la búsqueda nocturna de animales de experimentación, tengo que abastecerme exclusivamente de mi propio criadero. Eso también funciona de forma excelente. Tengo visiones de una raza singular y nunca antes vista. ¡Una súper raza! Ése es ahora el quid de la cuestión. ¿Será Claudandus todavía capaz de engendrar descendencia?

En el año del Señor de 1980

¡Vísceras troceadas, ojos sacados de sus órbitas, colas cortadas!

¿Puede volver a unirse una cabeza limpiamente seccionada con el tronco, señor profesor?

Lo intentaremos, queridos estudiantes.

¿Es posible volver a pegar una pata cortada a su muñón sin que el pobre animal quede cojo después, profesor Preterius?

Lo intentaremos, estimado Comité para la Concesión de los Premios Nobel.

Profesor, ¿cree usted que su adhesivo de tejido orgánico podría volver a recomponer un animal herido, con el que se haya simulado un choque frontal con un coche?

No tengo ni la menor idea, queridos televidentes. Pero lo intentaremos.

¡Fuera de aquí, espíritus! ¡Dejadme en paz, demonios! ¡Yo sólo tenía buenas intenciones!

¡Hoy ha hablado! Sí, Claudandus ha hablado conmigo. Es fascinante, ¿verdad? Un animal que puede hablar. ¡Y lo he descubierto yo! Seguro que me darán el Premio Nobel por eso.

Pero ¿qué, qué ha dicho? ¿Qué fue? Ya no me puedo acordar. Habló en un tono tan bajo y tan solemne, diría incluso que severo. A ese animal le falta todo sentido del humor. Pues, ¿no dijo algo de que yo debería dejarlo salir de su jaula para que pudiese retarme a una pelea? ¿Fue eso?

¡Ay! Todo se vuelve borroso ante mis ojos. El laboratorio se disipa poco a poco entre nubes rosadas. ¡Tengo que salvar a Claudandus!

7

—Verdaderamente impresionante lo que hay escrito ahí, profesor, pero ¿qué tiene que ver esta película de locos con aquéllos de mis compañeros que amanecieron un buen día con un agujero tan impresionante en el cuello que ni siquiera se los habría podido salvar con su adhesivo milagroso?

—Elemental, mi querido Francis. Como quizá recuerde, durante los últimos meses de mi memorable estancia en el laboratorio me dediqué intensamente al perfeccionamiento de su raza, pues conseguí producir una enigmática «súper raza» cuyo instinto de caza se vio algo trastornado. Y la simiente de aquella raza se pasea ahora por su barrio a intervalos regulares lanzándose, fiel a su carácter demente, sobre todo cuello que se cruce en su camino. Un desenlace realmente emocionante, ¿verdad?

—¡Profesor, esa afirmación es completamente absurda! Parece más bien fruto de su afición a temas de terror bastante trillados, como bien se ha podido comprobar con su fracaso en el asunto de las investigaciones. Eso de la súper raza me resulta sencillamente demasiado estúpido. En primer lugar, para la cría de una raza tan especial, por no decir extraordinaria, hace falta un período de tiempo muy largo, o sea, varias generaciones de los animales que se van a seleccionar. Sin embargo, tiempo era precisamente de lo que menos disponía. Segundo, por medio de insinuaciones ambiguas se hizo mención en el diario a su deseo de criar una raza omnipotente, pero no se dijo absolutamente nada del génesis de una raza asesina. Y tercero, la cría de una raza asesina (en el caso muy improbable de que verdaderamente hubiese llegado a realizarse) obviamente habría tocado a su fin con el cierre del laboratorio y los animales habrían vuelto a su estado primitivo. ¡De modo que, por favor, guárdese sus cuentos de hadas y dígame ya la verdad!

—Tiene razón, lo he engañado un poco. Pero ahora le voy a decir la verdad de una vez por todas. Así que aguce sus peludas orejas y ponga atención. Confieso: ¡yo soy el asesino! Como ya sabe, en el diario sólo se hicieron insinuaciones poco concretas acerca de los horribles acontecimientos de finales del año 1980. Y eso da lugar a especulaciones, ¿verdad? Sí, sí, hacia finales de mi carrera de científico me volví bastante loco. Las cavilaciones referidas a la «sopa» y sus ingredientes, y en particular la constitución genética de Claudandus, me robaron los últimos vestigios de razón. Pero debe concentrarse sobre todo en la causa desencadenante de mi psicosis, en especial después del trabajo demasiado intenso con su especie. Me volví literalmente loco por ustedes, pequeñas bestias. Para abreviar: tras el fiasco más gordo de mi vida, no he acabado ni en un manicomio ni en un ataúd. Todo lo contrario, disfruto de la mejor salud esquizofrénica y me deslizo por el barrio como el

fantasma de la ópera, matando a un felino tras otro. ¿Por qué? Porque estoy loco, completamente loco, ¿comprende? Y además, ¡soy peligroso! Por supuesto que para ello, me camuflo con habilidad y me atengo estrictamente a las costumbres animales, asesinando a mis víctimas con un método propio de la especie, es decir, con un mordisco en el cuello. ¿No le parece genial?

—Me temo, profesor, que está más loco de lo que usted mismo piensa, ya que claramente ha perdido el control de su propia fantasía. ¿No esperará usted seriamente que me trague esas tonterías de *Fantasma de la ópera*? Mire, es un juego de niños poner sus mentiras al descubierto. Supongamos que después de volverse loco, realmente haya adoptado una existencia «fantasmal» para trabajar los cuellos de los míos, cosa que de hecho resulta ser una idea absurda y altamente improbable. ¿Dónde ha estado escondido desde entonces? ¿De qué se ha alimentado? Después de todo, han pasado ocho años desde entonces. ¿Nunca ha estado enfermo? Usted no es ningún animal pequeño, alguien habría tenido que verlo durante su caza nocturna de inocentes felidae, probablemente a cuatro patas. Además, a juzgar por las apariencias, a usted le faltan unos cuantos tornillos, lo cual excluye la posibilidad de que haya sido capaz de llevar a cabo una operación tan complicada, que necesitaba de tanta perseverancia.

»Yo tengo otra teoría. En su laboratorio de Frankenstein, usted llevaba a cabo experimentos para los cuales las autoridades veterinarias se negaban a dar su autorización. Como he podido comprobar con mis propios ojos, las pruebas vivientes de esos experimentos prohibidos todavía andan sueltos por todo el barrio. Y el hecho de que hubo un, llamémosle motín, durante la última etapa de su demencial “aislamiento para investigación”, en el transcurso del cual sus “conejillos de Indias” consiguieron escapar, como me contó una querida y entre tanto también asesinada amiga llamada Felicitas, aunque sólo fuera una descripción bastante confusa de un sueño. La verdad es que las víctimas de aquellos experimentos tan inhuman… no, inanimales todavía viven entre nosotros. Los responsables de la PHARMAROX tenían que evitar a cualquier precio que este escándalo indignante de tortura de animales, que a fin de cuentas había tenido lugar dentro de sus propias filas, llegase a oídos del público y se lo relacionara con ellos. Por eso se interrumpió toda investigación en ese campo, aunque en un principio se tenía previsto sustituirlo por su peor rival, Knorr. Cuando los señores en altos puestos se dieron cuenta, bastante tarde por cierto, de la carnicería que usted había organizado durante los meses sin supervisión, cerraron el laboratorio sin más, arrancaron precipitadamente el letrero de la puerta y dieron paso a la operación echar tierra al proyecto “adhesivo para tejidos orgánicos”. No obstante, aún quedaban unas huellas no borradas que todavía les daban fuertes dolores de cabeza a los señores en tanto y en cuanto no veían posibilidad alguna de hacerlas desaparecer discretamente. Porque los verdaderos

objetos de la operación de encubrimiento vagaban en libertad y tal vez incluso se escondieran por los jardines vecinos. ¿Qué pasaría si otras personas descubriesen aquellos monstruos? ¿No resultaría sospechoso, haciéndoles asociar esos pobres animales mutilados con aquel obscuro laboratorio que había en su barrio? ¡Claro que sí! En consecuencia había que deshacerse igualmente de cada animal que hubiera logrado escapar del laboratorio. Esa explicación me resulta más plausible».

—¡Ja, ja! El poder de su imaginación fantástica sobrepasa incluso el de mi mente enferma, querido Francis. Así que, ¿verdaderamente cree que no he sido yo sino unos exterminadores de animales los que por encargo de la PHARMAROX van por ahí matando a sus amigos? ¿Posiblemente a cuatro patas? Muy divertido, verdaderamente muy divertido. Está cayendo en las mismas trampas que me había puesto a mí. Permítame, por favor, mostrarle las incongruencias de su débil hipótesis. Primero: una vez más es el tiempo el que habla en contra de ese razonamiento. ¿No han tenido tiempo, en ocho años, los ominosos exterminadores para haber eliminado ya a todos los animales de laboratorio mutilados? ¿Cree seriamente que una empresa como la PHARMAROX dedicaría ocho años a tales tonterías? Segundo: si los asesinos tienen tanto interés en deshacerse de las pruebas vivientes de los experimentos prohibidos, ¿por qué dejan los cuerpos tirados por ahí para que los pueda ver todo el mundo? Y tercero, Sherlock —y ésta es la pregunta del millón—: aparte de Felicitas, ¿había algún mutilado entre las víctimas? ¿No? ¡Ja, ja! ¡Ja, ja! Hay que pensar antes de hablar, como suelen decir los humanistas cultos. ¡Ja, ja! ¡Ja, ja! ¡Ja, ja!…

***

Este diálogo se desarrolló dentro de mi cabeza después de haber terminado la lectura del diario del profesor Julius Preterius, mientras intentaba afanosamente sacar conclusiones acerca de la serie de asesinatos. ¿Era de extrañar que lo hiciera? Aunque si se miraba con objetividad, no parecía existir conexión alguna entre los asesinatos actuales y el horror del laboratorio de 1980, sentí por instinto que con ambos fenómenos tenía que haber un denominador común. Por un lado, porque los horrores descritos en el diario habían sido de proporciones tan inimaginables que, como en una especie de reacción en cadena satánica, sencillamente tenían que haber alcanzado el tiempo presente. El mal es como una célula que se reproduce hasta el infinito y, una vez que ha nacido, siempre vuelve a engendrar el mal. Ésa es la despiadada mecánica cuántica del universo. Por otro lado, habría que tener la sensibilidad de una ameba para no darse cuenta de que aquella misteriosa serie de asesinatos se reducía a los de mi especie. Era evidente que tanto el asesino como los asesinados pertenecían a mi especie, de modo que los elefantes lógicamente no desempeñaban ningún papel en la obra. Pero aún había otra cosa más, algo que sólo se circunscribía a nosotros, los

FELIDAE. Y es probable que ese algo llevara a la solución largamente anhelada del caso. Lo presentía, tenía la certeza.

Aparte de haber llegado a tan sabias conclusiones, quizá fuera apropiado guardar un minuto de silencio por todos los torturados y muertos cuyas memorias estaban guardadas de forma grotesca única y exclusivamente dentro de aquel diario enmohecido. Pero no me encontraba con ánimo de hacerlo. Prefería jugar al detective genial que pensar en el infierno terrenal que, aunque hubiera pertenecido al pasado, no era cosa del pasado. Pues nada pasa en este mundo, todo queda. ¿Por suerte o por desgracia? Tenía que haberle dedicado unos breves pensamientos a Claudandus, aquel tipo digno de lástima que con toda probabilidad había muerto al final del drama. Mis ojos tenían que haberse llenado de lágrimas al contemplar su trágico destino, lo que habían hecho de su vida, y el daño que ciertos seres vivos infligen a otros en cuanto llegan a tener un determinado tamaño corporal, un determinado volumen cerebral y una determinada conciencia de sí mismos. Tenía que haberme sentido afligido al rememorar a las víctimas, pero también al recordar al autor de los hechos, porque todo aquello me hacía tomar conciencia de la desesperación omnipresente en el mundo y de la imperfección de los seres que en él viven. En resumen, tenía que haber comprendido todo eso y haber aportado mi granito de tristeza.

Pero en cambio sólo sentía odio, un odio colosal e indescriptible contra Preterius y sus malditos semejantes. No obstante, Preterius era un personaje demasiado nebuloso, miserable e irreal para poder odiarlo de todo corazón. Y también los otros seres humanos, que seguían sus rutinas de humanos ahí fuera, realizando actividades sin sentido y haciendo como si fuesen listos, cultos, conscientes de la moda, sensibles, graciosos, talentosos, como si fuesen realmente seres humanos; demasiado anónimos e insignificantes para desperdiciar mi valioso odio en ellos. Por eso concentré toda mi capacidad de odio —probablemente de forma inconsciente— en el autor de aquellos brutales asesinatos. Resultaba más palpable, más alcanzable y, gracias a mi buen olfato, quizá tendría la oportunidad de poner fin a sus actividades.

Tres explicaciones posibles y cada una tenía un inconveniente del tamaño de un ancla. Una y otra vez dejé que pasaran por mi cabeza cada renglón del diario y cada acontecimiento de los últimos días, por muy insignificantes que parecieran. Los pasaba ante el ojo de mi mente como si de una película se tratase, hacia adelante y hacia atrás, obligando al mismo tiempo a mis células grises a establecer conexiones entre ellos. Pero no sirvió de nada. En aquel momento no se me ocurrieron otras posibles soluciones. Tal vez tampoco tuviera sentido, pues de repente me iba sobrecogiendo la sensación de que estaba siendo observado. No sabía exactamente cuánto tiempo había pasado leyendo el diario y meditando sobre él, pero estaba completamente seguro de que los ojos bajo cuya observación me encontraba en aquel

momento acababan de hacer acto de presencia hacía pocos minutos.

¿Había llegado el momento? ¿Me tocaba ser el número siete?

Dio un salto, mejor dicho, se disparó hacia mí como un misil teledirigido. Había estado acechando en el hueco de la parte superior de la pared que separaba el sótano del jardín bajo. Un grito que helaba la sangre rompió el silencio. Durante su vuelo el atacante traicionero silbaba literalmente, y no habría sido de extrañar que mientras tanto hubiese tenido su boca de tiburón completamente abierta.

Antes de tener siquiera tiempo para verme paralizado por el miedo, reaccioné. Con un salto rápido me catapulté hacia un lado como si hubiera sido arrojado contra la red de un trampolín que me hubiese vuelto a despedir hacia arriba.

Kong se cayó de bruces justo encima de la rata que entretanto se había desangrado, manchándose el pelo tan radiantemente blanco del pecho con aquel jugo rojo. Pues bien, a ese tipo no le habían dado su nombre en balde. Porque aquel percance embarazoso no pareció haber debilitado su orgullo ni su endiablada agresividad. Acababa de estrellarse en el suelo cuando se volvió a levantar como un demonio del infierno, mirándome con ojos que echaban chispas de una manera tan llena de fría determinación como los de la cobra que mira al conejillo. Y se reía, cosa que tratándose de él se traducía en un rugido ensordecedor.

—¿No te había prometido una conversación a solas? —dijo en son de broma mientras la sangre de rata goteaba de su piel al diario.

—No me acuerdo muy bien —dije yo—. ¿De qué querías hablarme? ¿De los acechos furtivos? Te podría dar un montón de consejos.

Y es que yo también sabía bromear.

—Qué gracioso —rió suavemente como un verdugo. Y empezamos a dar vueltas lentamente uno alrededor del otro—. Realmente pareces ser un tipo bastante extraño. ¿O sería mejor decir un tipo finolis? Te lo noté enseguida… Te crees algo muy especial, un vanidoso. ¿Se dice así? Seguro que estás más familiarizado con esas expresiones refinadas que yo. En lo que a mí se refiere, estoy más a favor de lo vulgar.

—Ya me lo imagino —dije yo. Estrechó imperceptiblemente el círculo en el que nos acechábamos y, al mismo tiempo, aumentó la intensidad de su mirada fija e hipnotizante. Aguardaba el momento justo en el que yo mostrase alguna debilidad y desviara la mirada de él. Entonces se abalanzaría sobre mí y en un abrir y cerrar de ojos, me hundiría los colmillos en el cuello. Pero en lugar de mostrar debilidad, lo enfrenté con mi resplandeciente sonrisa de «tipo vanidoso», una combinación ingeniosa de ironía despectiva y amenaza reservada. Había que dejar a tipos como él con la duda, ésa era la única táctica efectiva—. Bien pues, eres tú el que se encarga aquí de los trabajos sucios, ¿verdad? —proseguí—. Alguien tiene que sacrificarse por la causa justa y para imponer el orden en la comunidad. Porque si no, a lo mejor se

acaba el mundo. Orden, ése es tu lema. Tú estás arriba del todo y debajo de ti se juntan, en el debido orden, todos aquéllos que respetan tus deseos, que se dejan controlar por ti y que te aceptan como rey, perdón, como King Kong. Y si algún recién llegado, y para colmo un tipo vanidoso como yo, osa poner pie en tu reino, hay que aclararle primero las reglas del juego, ¿verdad? Y siendo tan altruista como eres, naturalmente te encargas tú mismo de cometido tan engorroso. Con tu talento pedagógico, la mayoría entiende rápidamente la clase de orden doméstico de la que se trata, es decir de la clase —¿cómo habíamos dicho?— de la clase vulgar. Pero eso no te basta. Quieres además que los nuevos aprendan de memoria tus diez mandamientos desde un principio. Por eso hay que comenzar con la lección más importante: la desobediencia puede costarte cara, tan cara que quizás no vuelvas a ser el mismo de antes. ¿He resumido la situación acertadamente?

Él dio un maullido de entusiasmo. Tal y como estaba, no quería perder su peregrino sentido del humor… ¡Un verdadero caballero!

—¡Ja, ja, ja, lo has comprendido, hermano! Hasta el momento no había encontrado tanta comprensión por mis deseos en ningún otro sitio. Eres verdaderamente un pozo de sabiduría. Y por eso me alegro de poder probar pronto el sabor de tu sangre.

Fuera se había desencadenado entretanto una violenta tormenta. Los truenos y los relámpagos eran apocalípticos y daban la nota justa a nuestra extraña conversación. Kong reducía la velocidad de las vueltas que daba cada vez más y se me acercó peligrosamente. La sonrisa había desaparecido de su cara para dar lugar a la mueca primitiva de un bruto. Yo ya tampoco tenía ganas de seguir bromeando.

—Kong —dije con dureza—. ¿No crees que deberíamos acabar con este juego estúpido y ocupamos de cosas más serias?

—Claro. ¿De cuáles por ejemplo?

—Este barrio se está viendo asolado por una ola de terror indescriptible. Ocurren cosas espantosas. Diariamente se mata a uno de los nuestros, asesinándolo a sangre fría. Un monstruo anda por ahí matando sin freno. ¿No quieres ayudarme a encontrar a ese loco?

—Ya no te hace falta seguir buscándolo. Yo te puedo decir quién es.

—¿Ah, sí? Pues, ¿quién es?

—Pues, ¡yo! ¡Tienes al asesino delante de ti!

—Y, ¿por qué vas por ahí asesinando?

—¿Que por qué? Pues porque todos aquellos tipos se habían buscado un puñetazo en la boca, igual que tú.

Era aún más primitivo de lo que yo había calculado. El gato de Neanderthal por excelencia.

—No te enfades conmigo, Kong, pero no te creo. Es decir, que es verdad que eres

un asqueroso de primera, pero sencillamente no te creo capaz de cometer un asesinato. Además, tu móvil me parece poco convincente, ¿sabes?

—Ya tendrás tiempo suficiente para darte cuenta de lo convincente que soy.

—Bien amigo, si crees que tiene que ser así, así sea. Con todo, quiero recordarte que esta vez te falta la protección de tus dos monos subordinados. Uno contra uno, ¿serás capaz de aguantarlo?

—¡Ahí te equivocas! —resopló y al mismo tiempo echó una mirada triunfante hacia la abertura. Acto seguido, como a una señal, Herrmann y Herrmann apretujaron sus caras de ratas mojadas por la lluvia a través de la abertura del muro y me sonrieron socarronamente. Tenía que haber sabido que ningún general empieza una guerra sin sus tropas.

—¿Es eso justo? —pregunté. En realidad no era una pregunta sino pura filosofía.

—No —se rió. No tenía ni idea de lo que era filosofía.

Arriba, los dos orientales de un color negro azulado se miraron divertidos y comenzaron asimismo a reírse burlonamente. Entonces se apretujaron uno detrás de otro por la abertura, saltaron al sótano y me rodearon. Ahora me encontraba en el centro de un triángulo formado por Kong y los hermanos Herrmann que se reían sin ton ni son. La pregunta de por qué misterioso motivo querían medir sus fuerzas con las mías era ya de poca importancia. Parecía un ritual que debía haberse celebrado hacía tiempo y que ahora era inevitable. Lo único insólito en todo aquello era que querían humillarme precisamente en mi propio territorio. Era más que obvio que nunca habían hojeado esos carísimos libros de divulgación científica en papel satinado que se han escrito sobre nuestra especie, porque, de no ser así, se habrían dado cuenta del significado de semejante infracción.

La batalla salvaje del sótano transcurrió más o menos de la siguiente manera:

El triángulo de las Bermudas se rompió súbitamente cuando yo di un salto sorprendente de metro y medio para llegar a uno de los montones de papeles impresos de ordenador. Y como de tanta rabia contenida los tres no eran capaces de coordinar sus ataques entre sí, salieron a la vez lanzados detrás de mí mientras yo ya iba a saltos camino de la cumbre del siguiente legajo. Los hermanos Marx chocaron todos en la cima del montón de papel que, como era lógico, resultaba demasiado estrecha para los tres, hicieron unos movimientos frenéticos como si quisieran trepar para no caerse y, al no poderse agarrar, cayeron rodando finalmente al suelo.

De nuevo fue Kong el primero en estar de pie. Miró a su alrededor para orientarse y saltó hasta la cima donde yo me encontraba. Mientras aún estaba en pleno vuelo, me dejé caer otra vez al suelo donde Herrmann y Herrmann me esperaban con ojos muy abiertos, llenos de ira, estupidez y locura.

—¡Dejádmelo a mí! —gritó histéricamente Kong, que entretanto había aterrizado arriba. Pero Herrmann y Herrmann eran ya demasiado esclavos de la sobrecarga de

adrenalina en sus venas para ser capaces de frenarse en seco. El hermano bizco parecía incluso tener espuma en la boca.

Todos saltamos al mismo tiempo. En el momento en que los dos saltaron hacia mí, me catapulté también al aire, derecho hacia ellos. Aproximadamente a medio metro del suelo pasé entre los dos agresores pero no antes de haber estirado mis patas delanteras rígidamente hacia los lados, sacando a la vez mis uñas. Y mientras Herrmann y Herrmann pasaban volando por mis costados, los rocé ligeramente y mis garras hicieron heridas transversales de consideración en su piel.

Sin embargo, no había contado con la buena puntería de Kong. Cuando yo estaba ya al otro lado y sentía de nuevo el suelo bajo mis patas, dio un salto desde sus alturas hacia abajo, cayó justo encima de mi espalda e intentó seguidamente aplicarme el mordisco en el cuello. Lo sacudí con un movimiento reflejo y salí disparado entre los dos orientales que se lamían sus heridas, para apresurarme hacia la pared donde se encontraba la abertura a una altura de unos dos metros y medio.

Dos metros y medio, un obstáculo imposible de remontar. No obstante, en ese momento no podía permitirme ni la menor vacilación. Entre tanto, mis perseguidores se habían recuperado de su aturdimiento y corrían hacia mí con muecas de cólera. Sin pensarlo mucho me lancé al legajo de papel que estaba más a mano y desde allí salté a ciegas hacia la abertura. No había otra alternativa que embutir el cuerpo entero justo en aquella abertura.

El dolor atravesó mi cuerpo como lava infernalmente caliente porque, tal y como temía, lo había conseguido todo menos un aterrizaje acertado. Di con un lado de mi cabeza contra el borde de la abertura de modo que recibí un soberano golpe y de la parte izquierda de mis labios comenzó a brotar sangre. Sin embargo mis patas delanteras habían conseguido agarrarse precariamente. Y ahora temblaba colgado de la abertura mientras aquella gentuza sedienta de sangre saltaba una y otra vez hacia arriba tratando de agarrar la parte inferior de mi cuerpo como si se tratara del premio para el mejor atleta.

Poco a poco, activando todas las fuerzas de mi musculatura y concentrándome únicamente en lo que me pasaría si me soltaba y caía, me arrastré hacia arriba y al fin me metí a través de la abertura. Una última mirada hacia abajo me convenció de que aquella mala película no había acabado aún. Tan pronto como Kong y sus subordinados se dieron cuenta de que me encontraba a salvo, saltaron también llenos de entusiasmo, uno detrás del otro, encima de los legajos de papel para entregarse a mi persecución.

Abandoné el hueco y salí corriendo desorientado al jardín. Allí me esperaba un verdadero diluvio. Todo lo que el cielo tenía en reserva parecía estar cayendo esa noche. Apenas podía llamarse lluvia a lo que caía a raudales… me había empapado hasta la mismísima piel en cuestión de segundos. Era el Océano Atlántico entero. Las

gotas de lluvia se habían convertido en puñales que provocaban dolor en el cuerpo. La lluvia caía con tanta fuerza que apenas se podía ver a una distancia de más de un metro por delante. Y para colmo, relampagueaba y tronaba sin parar como si hubiese llegado el día del Juicio Final.

Corrí hacia el muro del jardín que se encontraba justo delante de mí y lo subí en parte a saltos, en parte escalando. Ya arriba, sin aliento y jadeante, me sacudí el agua de la piel, mirando al mismo tiempo con ojos entreabiertos hacia la abertura. ¡Lo habían conseguido! Primero Kong y después Herrmann y Herrmann se habían deslizado por el agujero y se precipitaban hacia mí. Aquel empapado fin del mundo no parecía impresionarles en absoluto.

Mientras las malditas cataratas del Niágara enteras caían, formando pequeñas inundaciones en el jardín, corrí sin meta y casi aturdido por encima de los muros, alejándome cada vez más y girando, siguiendo los dictámenes de la topografía mural, unas veces hacia la derecha y otras hacia la izquierda mientras intentaba al mismo tiempo convencerme de que había conseguido despistar a mis perseguidores. Pero, siempre volvían a aparecer detrás de mí a través del velo de lluvia animándome con sus siluetas móviles que no daban muestra alguna de agotamiento.

Por fin y de repente, me detuve e hice una pausa para pensar. Seguir huyendo sin plan no tenía sentido porque tarde o temprano daría contra la pared trasera de alguna casa y tendría que esperar angustiado a que los tres me alcanzaran. Por el contrario, sería inteligente, por no decir genial, saltar a algún jardín y correr hacia una ventana abierta del sótano o buscar algún pabelloncito descuidado en cualquier rincón. Seguramente podría encontrar un escondrijo donde ocultarme lo antes posible.

Aunque mi vista se veía limitada por la lluvia, el jardín que tenía a mis pies parecía lo más indicado para una operación de ese tipo, puesto que era muy grande. El terreno era asimétrico y sin orden aparente, salvaje y completamente cubierto de árboles y arbustos alrededor de los cuales volaban unos muebles de jardín de plástico en medio del estruendo de la tormenta. El estanque artificial en el centro del jardín se había desbordado ya a consecuencia de la lluvia, ampliando con toda probabilidad el espacio vital de los peces ornamentales que lo habitaban. El edificio ruinoso al que pertenecía el jardín estaba sumido en tinieblas fantasmales e irradiaba un halo harto siniestro.

El inconveniente en todo el asunto era que desde lo alto del muro donde me encontraba apenas podía ver adónde iría a aterrizar. El sitio estaba oculto entre las sombras de los árboles y del mismo muro. Pero tenía que arriesgarme.

Desde ese momento, los acontecimientos se desarrollaron de una manera tan surrealista que, en retrospectiva, me parecen una pesadilla más. De repente me vi arrastrado a un horror tan indescriptible que cuanto había sucedido antes pareció un preludio insulso.

Sin pensar más adónde iría a parar, salté desde el muro y caí suavemente con un suspiro de alivio en un lugar de hierbas altas y blandas. Lo único que quería era desaparecer rápidamente. Estaba buscando un escondrijo cuando un tremendo relámpago de larga duración iluminó por completo el jardín. Al ver con lo que había estado a punto de tropezar, me quedé absolutamente paralizado.

Estaba justo delante de mis patas y sus ojos celestes miraban soñolientos hacia el cielo nocturno que con tanta violencia parecía desplomarse sobre la Tierra. Era una balinesa de color blanco nieve con las manchas marrones propias de esa raza en la cara, las orejas, las patas y la cola. Su largo pelaje, la característica más sobresaliente que los diferencia de los siameses, estaba empapado de lluvia y sus pelos sedosos se habían enredado formando feos nudos que hacían parecer su cuerpo delgado una prenda de ropa arrugada recién sacada de la lavadora. La expresión de la cara en aquella cabeza de forma acuñada no delataba nada de la monstruosidad a la que hacía poco había tenido que hacer frente, sino que parecía estar más apartada que nunca de este mundo cruel. De la enorme herida en el cuello había dejado de brotar ya la sangre; hacía tiempo que la pobre se había desangrado y las pocas gotas que, de vez en cuando, seguían apareciendo a intervalos irregulares eran lavadas enseguida por la lluvia torrencial. Sin embargo, lo más desgarrador era su avanzado estado de preñez. La forma de los cuerpos pequeños se hacía claramente visible a través de su vientre mojado.

En aquel momento se desmoronaron todas mis teorías sobre la serie de asesinatos igual que se desmorona un castillo de naipes al hacer, por descuido, un insignificante movimiento. El cadáver no era de un varón, sino de una hembra. En el momento de su muerte no estaba en celo sino preñada. No era de «los normales», no era miembro de la gran familia de los europeos de pelo corto sino de una raza pura. Tal vez la única cosa palpable que este asesinato tenía en común con los demás era su total falta de sentido. Sólo un loco, un psicópata homicida podía cometer tal brutalidad. Por mucho que se buscara no era posible encontrar ningún móvil «razonable» para semejante carnicería indiscriminada.

El reflejo luminoso del relámpago se había apagado y la balinesa se quedó de nuevo envuelta en las más profundas tinieblas. Yo aún podía distinguir claramente su silueta puesto que sabía dónde se encontraba. Pero se había convertido en una sombra sin aquella aura terrible que la había rodeado en la claridad luminosa del relámpago. Me quedé petrificado y me fue imposible mover siquiera una oreja. Mientras miraba fija e ininterrumpidamente el cuerpo sin vida como si se tratara de una aparición divina, la lluvia continuó remachando mi piel sin piedad, penetrando cada poro y calándome hasta los mismos huesos. Violentos temblores se habían apoderado de mi cuerpo, quizás indicios de una pulmonía incipiente.

—¡Mirad allí! Al pequeño se le ha acabado el aire. Seguro que es por haber

engullido demasiada comida seca.

Kong estaba ahora de pie encima del muro con aire reservado y sonreía con expresión triunfante mientras miraba hacia donde yo me encontraba. Acto seguido, se le unieron por detrás Herrmann y Herrmann, imitando su estúpida sonrisa. Parecían no haberse dado cuenta de mi descubrimiento.

—Sí —dije contristado—. Se me ha acabado el aliento. Pero aparentemente no sólo a mí.

—¿Qué tonterías estás diciendo?

Kong dio un salto desde el muro y aterrizó justo a mi lado. Sus dos lacayos siguieron sus pasos de cerca. Todavía sonriendo, me observó detenidamente de reojo. En ese momento su mirada recayó sobre el cadáver, y su mueca burlona se convirtió de repente en mueca de incontenido horror. Sus ojos se abrieron tanto que parecía fueran a salirse de sus órbitas. Su boca se abrió con un grito sofocado. También Herrmann y Herrmann parecían afectados hasta un grado del que no los creía capaces.

—¡Solitaire! —dijo Kong finalmente, y comenzó a llorar de todo corazón—. ¡Ay, Solitaire! ¡Solitaire! ¿Qué es lo que te han hecho? ¡Mi querida, dulce, preciosa Solitaire! ¡Dios mío! ¿Qué es lo que te han hecho? ¡Mi pobrecita Solitaire! ¡Ay, Solitaire…!

Gritaba, sollozaba y olisqueaba el cadáver mientras, fuera de sí, daba saltos alrededor de ella al estilo de un indio que ejecuta la danza de la lluvia. Y, al mismo tiempo, en su desesperación arrancaba manojos de hierba del césped. Como todos los demás sentimientos de Kong, la aflicción tenía también dimensiones exageradas. El gigantesco animal agotó sus fuerzas por completo y finalmente se echó encima de la muerta Solitaire gimiendo y lamiendo su piel empapada de lluvia.

—¿Quién era? —le pregunté yo al Herrmann bizco que se encontraba a mi lado. Éste apartó la vista de la pareja abrazada y me echó una mirada tan abatida y ausente como si no hubiera sido yo quien pocos minutos antes le había tatuado un bonito recuerdo en la piel.

—Solitaire era la muñeca preferida del jefe. Y lo que llevaba en sus entrañas era con toda probabilidad de él —contestó escuetamente.

Era para mí una experiencia en verdad nueva ver al trío tan en extremo agresivo, sumido en semejante desolación. Estaban tan unidos entre sí que cada uno de ellos compartía los sentimientos y las ideas de los otros dos con la misma intensidad. Para remate Herrmann y Herrmann también se habían echado a llorar en solidaridad con su jefe.

No obstante, Kong consiguió dominarse poco a poco y el incorregible canalla que había en él volvió a exteriorizarse con más energía aún. Se infló tremendamente, como siempre que quería inspirar temor, y explotó.

—¡Lo voy a matar! —rugió con tanta potencia que se oía incluso por encima de la sinfonía del dios de los truenos—. ¡Voy a hacerlo picadillo y a cocer sus vísceras en el microondas! ¡Le voy a dar un bocado en el pescuezo y a chuparle la sangre! ¡Le voy a arrancar los huevos y hacer que se los coma! Yo, yo…

De tanto gritar se quedó sin aliento y tosió, echando mucosidad y un trozo de algo no digerido. Después siguió vociferando sin reparar siquiera en tan repugnante interrupción.

—¿Qué desalmada criatura ha podido hacer esto? ¿Quién? ¿Fuiste tú?

Me echó una mirada medio enloquecida pero enseguida meneó la cabeza lleno de incredulidad. A mí se me quitó un gran peso de encima.

—No, tú no fuiste. Tú no puedes haberlo hecho. Eres demasiado estúpido. Además, no tuviste tiempo suficiente. Pero entonces, ¿quién? ¿Quién entonces? ¡Ay…!

La ira incontrolada lo abandonó de repente y volvió a contemplar, lleno de dolor, a su amada. Su vida emocional parecía consistir en mareas emotivas que fluían a borbotones y se desvanecían con la misma velocidad. El pobre —y es que entre tanto había llegado a compadecerlo de veras— era como un niño pequeño que no tiene control alguno sobre sus actos ni sobre sus esporádicos accesos de rabia. Herrmann y Herrmann se le acercaron cautelosamente para consolarlo en tan difíciles momentos. Finalmente, los tres socios juntaron sus cabezas y lloraron en silencio sobre el cuerpo sin vida de Solitaire.

De repente hubo un ruido como si algo se agitara entre las ramas de un arbusto. Todos lo oímos al mismo tiempo y nos quedamos a la escucha. Aunque la tormenta proveía un trasfondo sonoro ininterrumpido de lluvia y vientos huracanados que apenas dejaban oír otros sonidos más apagados, aquel crujido se pudo oír con claridad. Alguien tenía que estar muy cerca de nosotros.

Al instante Kong pareció momentáneamente electrizado y levantó la cabeza. Su nariz olisqueaba con velocidad y ritmo mecánicos. Herrmann y Herrmann hicieron otro tanto, y comenzaron a olisquear intensamente. Nuestros ojos se volvieron poco a poco en dirección a un árbol que estaba como a cuatro pasos de nosotros. De pronto, saltó algo de entre los matorrales otoñales y deshojados al pie del árbol, se movió con la torpeza de un pato y se ocultó detrás del tronco del árbol más próximo; cosa bastante absurda y estúpida puesto que pudimos observar toda la maniobra. No obstante, la operación tuvo lugar tan rápida y súbitamente que, aunque por cierto nos fue imposible identificar a aquel ser como a uno de los nuestros por su inconfundible silueta, no pudimos siquiera ver el color de su pelaje y menos aún reconocerlo. Así que se escondió detrás del tronco delgado imaginándose por lo visto seriamente haber podido despistamos con tan primitiva maniobra de distracción.

Fiel a su costumbre, Kong anunció de antemano con voz alta y clara cómo

pensaba actuar.

—¡Que Dios se apiade de ti! —bramó—. ¡Que Dios se apiade de ti! ¡Si alguna vez has sentido dolor, aquello te parecerá picazón comparado con lo que ahora te espera! ¡Te voy a desmontar la cabeza y cagarme en tu pescuezo! ¡Te voy a arrancar el corazón para jugar con él al pimpón! Voy a…

El aviso previo de los placeres que le aguardaban dio resultado: el desconocido puso pies en polvorosa corriendo con su extraña torpeza hacia el muro que tenía enfrente. Kong y sus seguidores salieron disparados detrás. Numerosos relámpagos iluminaron el cielo como queriendo subrayar el dramatismo de la escena.

Yo quería gritarles que no debían actuar precipitadamente; que tal vez el desconocido hubiera, igual que nosotros, encontrado el cadáver por casualidad; que primero había que interrogarlo y que todo individuo es inocente hasta que se demuestre su culpabilidad. Al mismo tiempo reconocí lo ridículo de tal llamamiento. Era tan absurdo como gritarles a unos caballos desbocados que debían observar las señales de tráfico. Así que no me quedó otra alternativa que salir corriendo tras los cazadores y su presa para intentar evitar lo peor.

El corredor patoso, un persa descuidado de pelos grises, o por lo menos un cruce con bastante de persa según lo que podía divisar desde lejos, era sorprendentemente ágil. Al alcanzar el límite del jardín saltó con facilidad y sin hacer pausa alguna encima del muro. Parecía un avión jumbo que despega con suavidad. Al llegar a lo alto del muro arriesgó una mirada rápida y curiosamente indiferente a sus perseguidores, que se lanzaban tras él a toda velocidad como una caballería entera. Un relámpago gigante volvió a iluminar el escenario seguido por un trueno ensordecedor y, por primera vez, pude ver su cara. Parecía no comprender el motivo de la persecución. Arrugó repetida y nerviosamente la frente. Sí, estaba del todo perplejo y, sin embargo, no hizo el menor intento de gritarles a sus perseguidores alguna frase en su defensa ni de pedirles misericordia. En apariencia no sentía verdadero miedo sino un enorme desconcierto. Por su mirada que denotaba confusión y su extraña forma de comportarse daba la imagen de un tipo bastante raro.

Se dejó caer desde el muro al jardín vecino y desapareció de nuestra vista. Kong, Herrmann y Herrmann, y pocos segundos después también mi humilde persona alcanzamos finalmente el muro justo a tiempo para poder ver todavía cómo el sospechoso trepaba por el muro de enfrente y se disponía tranquilamente a saltar de ahí al jardín siguiente. Así que había que repetir toda la operación. Seguimos a «Su Rareza», cruzamos el jardín y subimos al muro.

¡Había desaparecido! Como si se lo hubiera tragado la tierra; de vuelta a su Yellow Submarine Land de donde seguramente había venido. Lo que entonces vimos no era más que la repetición de lo anterior. De nuevo un jardín, de nuevo los muros en ángulo recto, de nuevo un paisaje confuso de árboles desnudos, macizos de flores

muertas, muebles de jardín desparramados, chismes no identificables de garaje y la obligatoria y desolada barbacoa.

Kong se devanaba los sesos y, al igual que los demás procesos de su mente sencilla, también ese esfuerzo se reflejaba claramente en su cara. Habría sido un perfecto profesor de sordomudos. Entonces se volvió hacia mí.

—¿Alguna idea de dónde se ha podido meter ese tipejo, sabihondo?

¡A mí me pedía opinión! ¡Qué honor! ¡Qué favor! Ese tío había olvidado por completo que hacía un par de minutos había querido ensartarme, descuartizarme y meterme por la máquina picadora de carne.

—No —admití—. Con este tiempo de mierda y esta oscuridad infernal, ya ni siquiera sé dónde está mi casa.

—Seguramente ha seguido adelante, jefe —sugirió el Herrmann que siempre sonreía—. Seguro que ha saltado el próximo muro y sigue avanzando. Pero sólo quedan tres jardines y entonces viene el fin de la manzana de casas. ¡Allí donde el barrio acaba en punta podemos cogerlo!

Y como por arte de magia apareció una sonrisa de entusiasmo en la cara de Kong. Le encantaban las soluciones fáciles.

—Sí, sí, sí —repitió—. ¡Adelante!

Los tres mosqueteros se apresuraron a saltar desde lo alto del muro, cruzar el jardín y trepar por el muro siguiente para después desaparecer de mi vista. En lo que a mí se refiere, por aquel día había tenido ya suficientes cacerías nocturnas, cadáveres que aparecían repentinamente y sospechosos de asesinato. Tal vez habría sido mi deber estar presente en la captura del tipo extraño para evitar que lo linchasen en el acto. Pero los esfuerzos que había hecho hasta entonces habían agotado de tal modo mis fuerzas que, poco a poco, comenzaba a tambalearme. Por muy grande que fuera mi sentimiento de culpabilidad, lo pasaría por alto.

¡De repente apareció el persa de nuevo! Apenas podía creer lo que veían mis ojos pero vi cómo, entre gemidos, salió apretujándose por un agujero, que probablemente se había formado por oxidación en una vieja tina de lavar que se encontraba boca abajo sobre el césped y que, en situaciones apuradas, ofrecía el escondite perfecto para los de mi especie. Se detuvo. El esfuerzo parecía haberlo cansado, pero con todo era mejor que hacer las veces de desayuno para Kong. De buena se había librado.

Como estaba sentado de espaldas, aún no se había dado cuenta de mi presencia. Desde su seguro escondrijo había visto que sus perseguidores habían seguido adelante y, como entre tanta confusión se olvidó de contar, creía haberlos despistado ya a todos.

Sin echar siquiera una mirada a su alrededor se levantó, patoso como de costumbre y, con sus andares torpes, cruzó en diagonal el jardín hasta un rincón del muro cubierto totalmente de hiedra, tallos y arbustos corrientes. Se deslizó dentro de

la espesa vegetación y desapareció.

Y bien, por muy agotado que estuviera, no había aguantado todo aquel alboroto para darme por vencido ahora. Por lo tanto salté desde el muro y me acerqué con cautela a la espesura. Entre la maleza, perfectamente camuflado por la hiedra, había de hecho un agujero poco visible que llevaba hasta la boca de un túnel que parecía una tubería. De allí, salía el eco de ruidos de arañazos y forcejeos ocasionados por mi predecesor. Probablemente el túnel bajaba al alcantarillado o a alguna otra instalación subterránea.

No lo pensé mucho. Por lo visto me enfrentaba con dos posibles maneras de morir. Si no seguía la pista, reventaría allí mismo de pura curiosidad, y si la seguía, un asesino de masas me mandaría al más allá. Finalmente me decidí por la segunda forma de muerte, ya que la primera me parecía una tortura mucho mayor.

Tras apretujarme por la pequeña abertura, me di cuenta de que el pasadizo secreto era un hueco en extremo estrecho, cuadrado y posiblemente hecho de basalto. El interior de las paredes estaba incrustado de tierra, musgo y depósitos no identificables dejados por el tiempo. Sea cual fuese el propósito que tenía o hubiera tenido alguna vez aquel pasadizo, parecía haber estado oculto bajo la tierra durante siglos. El aire era asfixiante ahí dentro y sólo era capaz de abrirme camino a gatas, intentando al mismo tiempo con todas mis fuerzas no sucumbir a un ataque de claustrofobia. Ya no se oía nada del misterioso persa. Probablemente había alcanzado el final del pasadizo. Aunque ese túnel de mal agüero tenía una pequeña pendiente cuesta abajo, costaba mucho esfuerzo abrirse camino en el primer tramo porque la cuesta era inapreciable. Pero al cabo de un rato, el camino se volvió tan empinado que me encontré intentando frenar desesperadamente para, al final, deslizarme hacia abajo a una velocidad vertiginosa. Aquella tortura duró una eternidad y el roce continuo contra las paredes del pasadizo me hizo cobrar el aspecto de un deshollinador que, por cierto, apestaba horriblemente. De repente dejé de sentir el suelo bajo mis patas y me despeñé[12].

Caí estrepitosamente dentro de un espacio diminuto con forma cúbica que parecía el interior cincelado en piedra de una cúpula bulbiforme. El lugar se encontraba en la más absoluta de las tinieblas pero, a través de un agujero a mi derecha, entraba algo de luz que me permitió orientarme un poco.

Atrapado una vez más, no me quedaba otra alternativa que embarcarme en una nueva excursión aunque entre tanto mi afán de aventura había menguado considerablemente. Poco tardaría en encontrarme con aquel carnicero que, bien sabía Dios, estaba más familiarizado con ese laberinto que yo. Entonces me preguntaría la hora para después devorarme de un bocado. Como todo ser vivo, inteligente y dotado de fantasía, a menudo había hecho hipótesis acerca de mi muerte y me había entregado a las más extravagantes visiones. No había tomado en cuenta que el acorde

final de toda vida se extinguía de manera sórdida por no decir totalmente miserable. De modo que de esa forma echaría Francis, el sabihondo, su último aliento. ¡Sin que nadie lo advirtiera, bajo tierra, en un infierno fétido y frío, dentro de la boca maloliente de un cruce persa, conocido también como «el Patoso»! Claro que muchos me llorarían. Sobre todo Gustav quien, tras mi repentino fallecimiento o mejor dicho mi desaparición, se hartaría de llorar y, sumido en la aflicción, guardaría cama durante semanas. Pero incluso ese dolor cedería con el tiempo y las heridas del recuerdo se cerrarían. Y, ¿quién sabe?, tal vez, dentro de dos o tres meses, estaría otro usando mis utensilios para comer, dejándose acariciar detrás de las orejas por «mi mejor amigo», y tirándose pedos de puro placer mientras tanto. ¿Qué es lo que había dicho el venerable zombi Deep Purple en aquel sueño mío tan deliciosamente macabro? «¡Así es la vida, querido, así es el mundo!».

¿Qué es lo que hacía yo, imbécil de mí, allí? Pues algo que nunca antes había hecho: a saber ¡resignarme! Si era por miedo, agotamiento o senilidad prematura, ni yo mismo estaba seguro. Pero no se podía ignorar el hecho de que los precipitados y horribles acontecimientos por los que había pasado últimamente comenzaban a convertirme en otro. Por fuerza tenía que admitirlo. Y la receta contra aquella enfermedad tan insidiosa consistía en un enérgico: «¡Dominarse! ¡Hacer acopio de fuerzas! ¡Demostrar valor!».

Pasé por el hueco muerto de miedo, con corazón palpitante, y salté a un corredor oscuro que parecía confirmar mis sospechas acerca del lugar donde me encontraba. Evidentemente había aterrizado dentro de un complejo sepulcral subterráneo, una llamada catacumba. A decir verdad mi asombro fue limitado a pesar de que el único interés que Gustav y yo compartimos es nuestra pasión por la arqueología. Cuántas veces me había sentado días enteros a gozar de sus magníficos libros gráficos e históricos sobre la antigüedad, las culturas y los imperios hace mucho desaparecidos. Pero después de todo, tampoco era un milagro que en una tierra cuya historia se remontaba hasta tiempos tan lejanos y que había acogido unas épocas y a unos pueblos tan diversos se produjeran de cuando en cuando hallazgos tan sorprendentes. Por ejemplo, el estudio de las catacumbas olvidadas que fueron redescubiertas en el siglo XVI no ha concluido aún. Además de las catacumbas cristianas, se han descubierto también catacumbas gnósticas y judías. En Roma tienen un recorrido total de ciento cincuenta kilómetros.

En lo tocante a mi descubrimiento en particular, me atreví a conjeturar que allí arriba donde ahora se extendían los jardines había habido antes, muy probablemente durante la Edad Media, o bien una iglesia o bien un convento. Más tarde y por motivos inexplicables habían demolido la parte superior de la construcción a ras de tierra dejando no obstante el conjunto inferior de la construcción intacto. Por lo tanto, el pasadizo que me había llevado hasta allí debía de haber sido construido para

suministrar aire fresco a ese mundo subterráneo.

El corredor de piedra, cuyas paredes estaban adornadas con miniaturas y pinturas sacras paleocristianas casi irreconocibles y recubiertas de pátina, me llevó hasta otros corredores de modo que, en poco tiempo, tenía la impresión de encontrarme dentro de un complejo laberinto. Empotrados en los muros había numerosos nichos funerarios dentro de los cuales aparecían los restos desmoronados de esqueletos humanos. No obstante, algunos de los nichos ocultaban su contenido tras pesadas lápidas de piedra cubiertas de inscripciones bíblicas. En ocasiones el camino se veía bloqueado por trozos de pared derrumbada o por grandes piedras sueltas que se habían desplomado y por las que era necesario trepar. En varios sitios el techo entero se había caído y yo tenía que buscar primero un hueco para poder seguir adelante. Con toda probabilidad este tipo de desperfectos era el resultado de terremotos o de explosiones de bombas durante la segunda guerra mundial. En resumidas cuentas, pensé, mi hallazgo y sus poco excepcionales tesoros apenas habría causado sensación alguna en el mundo profesional. Seguramente tenía razón al suponer que hacía tiempo la misteriosa construcción había sido la sede de alguna orden religiosa menor.

A pesar de todo, la catacumba no perdía nada de su aura. Deambulaba como en trance a través del laberinto de piedra pensando que en cualquier momento podría verme asaltado por el siniestro persa. Agua de lluvia se filtraba a través de grietas en los muros y las gotas que caían al suelo resonaban componiendo melodías sin ton ni son a cual más loca. Paralizado de miedo y a la vez fascinado recorrí durante un buen rato aquel reino subterráneo muerto hasta que creí haberme aprendido su forma de memoria.

Pero entonces apareció súbitamente una sala redonda con techo de bóvedas cruzadas, cuya vista casi me hace perder el sentido. Empotrados en la pared larga e ininterrumpida de la bóveda, que casi formaba el interior de una cúpula, se encontraban numerosos nichos pequeños dentro de los cuales en otros tiempos probablemente se habían guardado velas u otros utensilios religiosos que, con el tiempo, se habían llegado a utilizar con fines más perversos. Pues en ellos descansaban los restos de compañeros míos —algunos de los cuales aún conservaban su piel reseca, incluso curtida— que, a pesar de las condiciones ambientales, o quizá precisamente gracias a ellas, se habían resistido a convertirse en polvo. Los muertos de los nichos estaban sentados como humanos, derechos sobre sus traseros, y me dirigían penetrantes miradas con las órbitas vacías de sus ojos. Todos estaban adornados con flores secas que se encontraban en las últimas fases de desintegración. Pero lo más extraño y horrible era el altar. Un enorme bloque de piedra situado en medio de la habitación con una sencilla cruz cincelada en su parte delantera, sobre la cual se levantaba un gigantesco montón de huesos entre candelabros cuyas velas se habían apagado hacía siglos. La terrorífica obra de arte estaba engalanada por un

cráneo, a su vez profusamente adornado con flores marchitas. Incluso el suelo de piedra estaba pavimentado con las piezas de un rompecabezas hecho de huesos no humanos para los cuales el loco responsable de todo aquello no había encontrado mejor uso. A poca distancia del altar pagano había un montón de libros y tomos encuadernados en cuero tirados en completo desorden, abiertos y en estado de avanzada descomposición. Habían sido roídos hasta ser irreconocibles por la dentadura del tiempo y por la de un sinnúmero de bichos. Yo sospechaba que habían pertenecido a la biblioteca del convento hasta que fueron llevados a ese recinto. Toda aquella pesadilla estaba recubierta por una extensa red de telarañas, y probablemente también el pueblo de los roedores llevaba en el lugar una vida paradisíaca.

Mientras, llevado por una especie de atracción mágica, iba boquiabierto hacia el centro de la bóveda, intentando calcular cuántos hermanos y hermanas habían encontrado aquí su último lugar de descanso o tal vez incluso su horrible fin, me di cuenta del olor a putrefacción. Sí, no todas las pobres criaturas habían llegado aún al estado redentor de existencia esquelética. Unos pocos padecían todavía las últimas molestias de su descomposición, lo cual significaba que en ese momento ejércitos de gusanos y otras criaturas de Dios se ocupaban de ellos. Aunque la bóveda estaba saturada de numerosos olores, sobre todo de olor fecal, el olor a muerte, literalmente hablando, me hería el sentido del olfato con especial crudeza.

Pensaba en Kong y en la rapidez con que su instinto bruto había reconocido al verdadero asesino. Yo, por el contrario, había querido ser genial y había abordado el asunto de una manera minuciosa, analítica, pero a fin de cuentas totalmente inefectiva. Había querido imitar a los humanos —un atrevimiento infantil— y había pergeñado las hipótesis más sofisticadas. Sin embargo, la solución no cabía dentro de la lógica. El asesino era un persa demente que atacaba a sus víctimas, las mataba y las arrastraba hasta allí, su lugar sagrado. Móvil: porque era parte del ritual o de la locura que lo poseía.

Pero un misterio quedaba sin resolver. ¿Por qué no había llevado allí, a la catacumba, a los seis congéneres que había matado antes que a la balinesa Solitaire? Por suerte, no iba a tener que romperme los sesos con tales pequeños detalles porque era ya incapaz de formular pensamiento alguno, probablemente debido a mi próximo encuentro con el Patoso. Lo más sensato que podía hacer en ese momento era disfrutar del bonito panorama.

Paseé a lo largo de la pared mientras miraba desde abajo a los congéneres parecidos a momias que me devolvían la mirada descarada y recelosamente desde su reino de flores secas. El buen estado de conservación de algunos de ellos era sorprendente. Al echarles una mirada rápida, se los podía confundir con ejemplares malnutridos pero aún vivos, como los que a menudo se encuentran en países con pocos amantes de los animales. Pero de vez en cuando algún que otro insecto salía

deslizándose por los trozos desgarrados de su piel, haciendo desaparecer la ilusión.

El que más me impresionaba era un hermano que estaba dentro de uno de los nichos más oscuros. Interrumpí mi paseo expresamente para examinarlo con más atención. Aunque su cuerpo estaba en sombras, me di cuenta de que tenía todos los rasgos fisonómicos de un ejemplar vivo, y de que aún conservaba incluso su pelaje desgreñado. Tenía los ojos cerrados y parecía dormir tranquilamente. De hecho podía haber sucumbido a la ilusión de poder verlo respirar si no hubiese sabido con certeza que estaba…

¡De pronto abrió los ojos! Y casi al mismo tiempo me di cuenta de que no pertenecía al ejército de los muertos sino que era mi viejo amigo el Patoso, quien parecía además tener una sorpresa especialmente apetitosa reservada para mi ejecución. Me quedé sin aliento y mis dientes comenzaron a castañetear de miedo. Para una bestia de su destreza habría sido fácil caer sobre mí desde allí arriba y trabajar mi cuello según la costumbre ancestral. Lo extraño es que parecía temblar y sus grandes ojos, que no dejaban de moverse rápidamente de un lado a otro, parpadeaban acuciados por los nervios.

—No le haga daño al guardián de los muertos —dijo con voz quebrada y carraspeante. El temblor que se había apoderado de su cuerpo se iba convirtiendo paulatinamente en un fuerte balanceo. Al mismo tiempo revolvía los ojos de una manera muy divertida, cosa que encajaba a la perfección con su apariencia excéntrica. Allí arriba en los jardines lo había identificado sin equivocarme. Era de hecho un persa descuidado, muy sucio y con el pelaje totalmente desgreñado. Al mirarlo más de cerca se hacía evidente que el pelaje no era gris sino azulado; claro que de un tono azulado que sólo un experto sería capaz de reconocer, ya que parecería gris oscuro al ojo no entrenado. El mal olor de su cuerpo que bajaba en ráfagas intermitentes hasta donde yo me encontraba casi me provoca un desmayo. «Tal vez así anestesie primero a sus víctimas», fue la idea que se disparó por mi cabeza en un arranque de humor negro.

—No le haga daño al guardián de los muertos —dijo de nuevo.

Me llamó la atención que al hablarme no me miraba sino que miraba fija y obcecadamente hacia delante.

—En verdad, el guardián de los muertos ha pecado, ha profanado el templo y ha quebrantado el reglamento sagrado. Ése es el peor de los pecados. Y tendrá que pagarlo muy caro. Pero si el guardián de los muertos desaparece, ¿quién traerá flores a los muertos?, ¿quién adornará su casa de manera tan espléndida y quién los recordará? ¿Quién rezará por ellos y quién los acogerá? Juro por el profeta, emperador todopoderoso de los muertos, que nunca jamás volveré a dejar al templo para intentar inmiscuirme en las actividades de Yahvé…

Y así sucesivamente. Era obvio que había hundido demasiado la nariz en los

desgastados libros, no sin que ellos dejaran huella en su forma de hablar. Me preguntaba cuándo acabaría su solemne discurso para abalanzarse sobre mí.

—¿Cuándo vas a matarme por fin, hermano? —lo interrumpí, más por curiosidad que por miedo.

—¿Matar? ¿Asesinato? ¡Ay! El asesinato no se acaba nunca en este valle de lágrimas. Yahvé, Satanás está cabalgando por todo el país sobre su toro incandescente, haciendo que tus ovejas peleen entre sí. Esos pecadores desconocen el camino de la paz; en sus senderos no hay justicia. Sus derroteros son tortuosos y el que en ellos anda no conoce la paz. Por eso la ley se mantiene alejada de nosotros y la justicia no nos alcanza. Esperamos la luz y ¡he aquí!, aún seguimos en la oscuridad. Nos extraviamos lo mismo a mediodía como al oscurecer, vivimos en tinieblas, igual que los muertos…

—¡Alto, alto, alto! —grité irritado—. Dime, ¿juegas siempre a misa de alba antes de agarrar a alguien por el cuello?

Felicitas había observado que el asesino les hablaba a sus víctimas en tono trascendental antes de atacar. Sin embargo yo dudaba que aquel discurso pudiera clasificarse dentro de la categoría de «trascendental».

Sea como fuera, el persa interrumpió su sermón y, por primera vez, dirigió la mirada hacia abajo, donde yo me encontraba. Al ver que no tenía intención de contestar a mi pregunta y que tal vez ni siquiera la había entendido, hice rápidamente la siguiente.

—¿Cómo te llamas, amigo?

Un asomo de alegría pareció cruzar con rapidez por su cara desfigurada.

—Me llaman Isaías, el buen guardián de los muertos —contestó lleno de orgullo.

—Ejem, ¿te los has cargado a todos? Quiero decir, todos esos esqueletos. ¿Los has matado para luego ir trayéndolos hasta aquí?

Entonces dejó abruptamente de revolver los ojos y me miró con una mirada fulminante, cargada de fanatismo.

—¡Oh, no!, desconocido, los muertos vienen hasta mí. Son enviados por el profeta.

Poco a poco me iba relajando y desapareció el miedo. Sí, mirándolo bien, el tipo no parecía ser realmente un asesino sino más bien el típico chiflado. Tal vez alguien estuviera aprovechándose de él como de un idiota útil, como una herramienta. Yo tenía que averiguar a toda costa si Isaías conocía a ese misterioso alguien y en fin, cómo había empezado toda esa loca historia.

—No tienes por qué temerme, Isaías. Me llamo Francis y sólo quiero saber algunas cosas de ti. Serías muy amable si para responder te concentraras un poquito. Primera pregunta: ¿De dónde vienes, y cómo, por todos los santos, has acabado en este horrible lugar?

La última observación parecía haberle molestado y puso cara de estar ofendido. No obstante se mostró anuente a contestar.

—El guardián de los muertos habita el templo desde tiempos inmemoriales, es un hijo de las tinieblas. Pues, cuando ve la luz, lo deslumbra y tiene que abandonar el reino de los seres vivos. Pero también existió una vez el mundo de los sueños, donde nació el guardián de los muertos. Estaba regido por la ira y el tormento y no existía risa alguna allí. Pero en el mundo de los sueños obraba también el profeta, el que finalmente nos trajo la salvación. Pues él dijo: ¡Dios, que eres más fuerte que todos, escucha la voz de los desamparados y rescátanos del poder del inicuo! ¡Líbranos de nuestros temores! ¡Levántate, Yahvé! ¡Sálvanos, oh tú mi Dios!…

—¿Cómo escapaste del mundo de los sueños, Isaías?

—Dios oyó las súplicas del profeta, destrozó las mandíbulas de todos sus enemigos y rompió los dientes del malvado. Y al estallar la luminosa luz del día, explotó también el mundo de los sueños; y los atormentados salieron corriendo, huyendo presas del pánico en todas direcciones.

—¿Qué le pasó al profeta?

—Se fue al cielo.

—¿Lo viste tú?

—No. Nadie presenció aquel milagro. Todos los que conocieron al Señor murieron en el mundo de los sueños. Lo único que nos ha quedado a nosotros, los hijos de los difuntos, son imágenes confusas.

—Y, ¿qué hiciste tú después de que estallara la luminosa luz del día?

—Deambulé como borracho por todo el país y mi cuerpo fue atormentado por muchos dolores. Los días y las noches se sucedieron y finalmente se fundieron. Entonces, cuando el hambre y la sed me habían paralizado y habían disminuido mis fuerzas tanto que me encontraba en el camino que separa al mundo real del más allá, me encontré con el padre Joker.

—¿Joker?

—Cierto, el bondadoso y queridísimo padre Joker. Este templo había sido su hogar desde tiempos inmemoriales, y me trajo hasta aquí y me alimentó con todo tipo de comida y bebida exquisitas. Durante los años que siguieron me enseñó a cazar y a buscar agua fresca en el mundo subterráneo. Es más, me enseñó a leer de modo que me vi capacitado para estudiar las Sagradas Escrituras y finalmente llegar a ser, yo mismo, un valeroso hombre de Dios. Pero entonces llegó la hora en que el padre Joker, lleno de tristeza, dijo que tenía que dejarme para predicar y difundir la palabra del profeta. Dijo que todo el mundo debía llegar a conocer las obras del resucitado para, desde ese momento en adelante, vivir una vida devota. Así que se marchó y yo me quedé solo en el templo.

—Eso ha sido bastante revelador, Isaías. ¿Me podrías tal vez también decir cómo

justificaba el queridísimo padre Joker esta bonita colección de huesos?

—Oh no, no. En el tiempo en que el padre Joker y yo vivíamos juntos no se encontraban todavía los muertos entre nosotros. El templo era un lugar de reflexión y para la adoración de Yahvé. Pero un día, mucho tiempo después de que el padre Joker se hubiera marchado, oí un ruido en uno de los tortuosos canales que comunican el mundo de la noche con el mundo del día. Fui corriendo hasta allí y llegué al agujero de salida justo a tiempo para ver cómo una hermana muerta salía disparada de él. «¡Ay, Dios mío! Por el pelaje negrísimo del profeta, ¿qué significará esto?», grité yo, en el colmo de la confusión. Entonces desvarié y bramé como un poseso alrededor de la hermana muerta mientras clamaba a Yahvé por ayuda y consejo. ¿Me habría querido jugar una mala pasada el mismísimo Príncipe de los Infiernos, o se habría declarado una guerra devastadora allí arriba? Daba lo mismo, yo estaba muerto de miedo. Pero de repente oí la voz del Señor, nuestro difunto profeta, que hablaba conmigo en voz baja.

—¿Qué? ¿Escuchaste una voz que salía del pasadizo?

—No, no una voz cualquiera: ¡Su voz!

—¿Y qué dijo Su voz?

—Dijo que yo había sido elegido para ocupar el cargo de guardián de los muertos. Pero yo hablé a través del pasadizo: «Señor, eres todopoderoso y yo soy únicamente un pobre bufón comparado con tu infinita sabiduría. Sé que tus planes son inexplicables pero por favor, dime de dónde viene esta hermana muerta y por qué está tan manchada de sangre». Entonces habló el Señor y esta vez Su voz estaba llena de ira y veneno: «¡Cumple obedientemente con tu cargo de guardián de los muertos y no te inmiscuyas en asuntos celestiales! Porque si tu cabecita piensa demasiado se hinchará y se pondrá tan gorda como una calabaza y luego reventará. Y si alguna vez te atreves a subir al Mundo del Día, ¡te quemaré vivo!».

—Así que fuiste obediente, y te hiciste cargo de los cadáveres que venían con regularidad hasta aquí.

—Sí, así fue. Y dentro de mis posibilidades, hice del templo un lugar acogedor para los muertos. Los adornaba con las flores que crecían en las cañerías y rezaba por la salvación de sus almas. El Señor me elogiaba por mostrarme tan obediente a su voluntad y me bendecía a menudo. Siempre me daba sabios consejos y a veces incluso mandaba una rata gorda para abajo. Pero de pronto todo cambió.

—Ah, ¿sí?

Yo ya tenía mis sospechas.

—Hace tiempo que el Señor ni manda muertos al mundo de los muertos ni habla conmigo. Se ha olvidado de mí.

—Y debido a esa ausencia estuviste esta noche allí arriba. Querías buscar muertos tú mismo y, en caso de encontrar alguno, traerlo al templo, cosa que casi conseguiste

hacer.

—Muy acertado, he cometido un pecado grave pues la prohibición sagrada dice que en ningún caso debo subir al Mundo del Día. Pero si el guardián de los muertos no puede ya acoger a ningún muerto, entonces ¿para qué sirve? ¡Ay! El Señor me ha abandonado, ha vuelto la espalda a su leal siervo.

«Sí, pero ¿por qué?», estuve tentado de preguntar, pero al último momento no lo hice porque creía conocer su respuesta. Seguro que lo explicaría diciendo que no había rezado lo suficiente, que no había hecho suficiente penitencia, que no había sido intachable en el cumplimiento de su cometido, o cualquier otra ingenuidad que su anticuado concepto del mundo fuera capaz de imaginar.

De repente se había multiplicado aquel horror y, por decirlo de una manera digna de la situación, sus dimensiones se habían ampliado hasta llegar al mismo infierno. ¡De modo que ya no había que hablar de siete víctimas sino de cientos! Si todo eso era verdad, las horribles actividades del asesino debían de haber comenzado hace muchísimos años, con toda probabilidad incluso desde el cierre del laboratorio.

De nuevo, el profesor loco dentro de mi cabeza comenzó a decir disparates, recordándome sus diversas teorías sobre el móvil de los asesinatos. Pero lo hice callar. Mientras Isaías estaba aún ocupado en tratar de describir su destino divino y de justificarse con una grandilocuencia bíblica, conjuré en mi cabeza todos los datos pertinentes que había reunido hasta el momento:

Primero: el viejo Joker era seguramente el único del barrio que podía acordarse de aquella locura de 1980 con todo detalle y que sabía de sus escalofriantes consecuencias. Era muy probable que él mismo no hubiera sido uno de los reclusos sino más bien un espectador que, no obstante, había conseguido tener una amplia perspectiva de los acontecimientos. Puesto que había pasado su vida hasta aquel momento dentro de las catacumbas y podía concluirse que se trataba de un callejero, posiblemente se había dado cuenta de la existencia del laboratorio al oír los gritos de socorro de sus congéneres mientras daba un paseo; había visto el horror a través de una ventana y de ahí en adelante había seguido de cerca el trágico desarrollo de los hechos. Tuvo que ver cómo sólo unos pocos de los animales adultos, si es que hubo alguno, lograron sobrevivir al holocausto y cómo sólo los jóvenes, aunque grotescamente mutilados, consiguieron escapar a duras penas de la muerte. Un punto oscuro en todo aquel asunto: ¿qué había pasado durante los últimos días en el laboratorio para que se llegara a dejar en libertad a los conejillos de Indias? ¿Habían conseguido ayuda desde fuera, quizás de Joker? De cualquier modo, después de aquello Joker volvió a desaparecer en su mundo subterráneo, apareciendo sólo muy de vez en cuando para, por ejemplo, salvar a Isaías de la muerte por inanición y hacer de él su aprendiz de brujo. Por lo demás se dedicaba a su existencia de ermitaño.

Pero de repente pasó algo muy extraño. Joker decidió crear una religión, la

religión de Claudandus, una mezcolanza de mística de mártir, ritos disciplinarios y charlatanería de resurrección. Y como si eso no bastara, se despidió de lo que aún era su ermita para marcharse al ancho mundo a fin de difundir con celo sus enseñanzas y convertir a todos los congéneres al claudandismo. ¿Por qué el cambio? Cierto, Joker era un animal religioso al cien por cien. Pero ¿por qué ese interés tan repentino por convertir al mundo entero de los felidae a la doctrina de Claudandus? Al respecto era de importancia vital recordar que, a diferencia de Isaías, Joker nunca había interrumpido su contacto con el Mundo del Día. ¿Habría conocido a alguien allí arriba en los jardines que lo había convencido para dar paso tan decisivo? ¿Quién había sido ese alguien? ¿*The Prophet himself*?

Segundo: ¿quién era el Profeta? Según lo que contaba Joker de Claudandus había sido un santo sin tacha que, acosado por sufrimientos intolerables había clamado a Dios, que escuchó sus súplicas y lo llevó al cielo. Sin embargo, de acuerdo con la descripción de Preterius, en realidad no había sido más que un animal de experimentación digno de lástima. Nadie sabía a ciencia cierta lo que finalmente pasó con él, aunque desde un punto de vista lógico podía suponerse que había muerto de la peor manera a consecuencia de sus numerosas heridas. (Dicho sea de paso: considerándolo bien, ¿qué había sido del Profesor Julius Preterius?). Si se daba crédito al relato de Isaías, el Profeta era el asesino; en otras palabras, era un congénere disfrazado de Profeta que, por los motivos que fuese, liquidaba a sus hermanos y hermanas. Se mirara por donde se mirara el asunto, el único que realmente sabía la verdad acerca del auténtico, o el falso Profeta, era el queridísimo Padre Joker.

Tercero: llegué a la siguiente conclusión gracias a una ocurrencia genial.

En verdad, había un denominador común entre los seis asesinatos anteriores y el de Solitaire, si no se tomaba en cuenta a Felicitas, ya que ella sólo había sido una testigo a la cual el asesino había tenido que callar a toda costa. Tanto las víctimas masculinas como la balinesa habían estado, cada uno a su manera, ocupadas en la misma actividad en el momento de su muerte, o sea, en la procreación. Naturalmente, no había forma de comprobar si aquello había sido también el caso de la aglomeración de huesos que tenía a mi alrededor; pero por lo pronto partía de la base de que así había sido. Es decir que un posible móvil de asesinato era que el asesino detestaba a los pequeñuelos y por eso mataba a los congéneres que engendraban descendencia o las que estaban preñadas. ¡Y probablemente también mataba —y la idea hacía que me estremeciera— a los lactantes! Pero ¿cuál era la clase de descendencia indeseable? Exactamente, ¿cuál era la raza que había que exterminar por completo? ¿El europeo de pelo corto? ¿El ruso azul? ¿Los balineses? ¿O cultivaba aquel monstruo, digamos, alguna aversión asesina por los felidae en general?

Cuarto: el señor X había sabido ocultar muy bien sus crímenes durante años por el método de echar los cadáveres a las catacumbas a través de los respiraderos. Incluso había encontrado a un tonto que los llevaba hasta un escondrijo seguro, ocultándolos así de ojos demasiados inquisitivos. *a*) ¿Cómo se le había ocurrido solución tan limpia para deshacerse de los cuerpos? ¿Por medio de Joker? Tal vez. *b*) ¿Por qué había roto repentinamente con una costumbre tan querida y, además, tan ingeniosa? ¿Se sentía últimamente tan invulnerable que despreciaba toda precaución? Tal vez.

Quinto: ¿cuál era el fin que la secta de Claudandus, o mejor dicho, que la religión de Claudandus perseguía? Es verdad que en un principio esa pregunta suena un poco estúpida. Claro que era posible también preguntarse por qué existe la religión siquiera. Seguramente porque cada ser inteligente tiene un innato sentimiento de religiosidad que debe manifestar de alguna manera. Pero en este caso en particular, me parecía como si la religión estuviera sirviendo para algún fin concreto, como si se tratara de un entrenamiento destinado a endurecer al individuo, un entrenamiento para algo muy especial, para algo que estaba más allá de todo lo imaginable. Pero, por el pelaje negro del Profeta, ¿para qué?

Muchas preguntas y ninguna respuesta. Mas, eso sí, ¡unas conjeturas condenadamente lógicas! Por lo menos eso.

Después de interrogar a Isaías durante un buen rato, me sobrevino un profundo cansancio. Se había acabado el jugar a los detectives por esta noche. Por eso le pedí al guardián de los muertos que me sacase lo más rápidamente posible del maloliente laberinto, cosa que hizo en seguida. Por cierto, me guió hasta una entrada distinta a la anterior, de modo que salí muy cerca de nuestro jardín. Se trataba de una primitiva tubería de agua, cincelada en piedra y ya en desuso que, curiosamente, acababa en el interior hueco del tronco de un viejísimo árbol. Isaías me contó que había muchos más de esos pasadizos secretos, pero él era el único que conocía su emplazamiento.

—Sólo unas cuantas preguntas para acabar —lo apremié antes de abandonar el árbol a través del hueco grande de una rama—. Isaías, ¿notaste algo en particular en los muertos que has ido acogiendo a lo largo de los años? Quiero decir, ¿había entre ellos, por ejemplo, algunos que hubieran estado en celo?

De pronto le entró una gran agitación y de nuevo comenzó a revolver los ojos incontroladamente.

—Así era, hermano. Pero también bajaron al templo individuos extrañamente desfigurados y yo pecaba porque a veces me preguntaba si Yahvé se había olvidado por completo de ellos.

—¿Y preñadas? ¿Había entre las difuntas también algunas que hubieran estado preñadas en el momento de su muerte?

Entonces sus ojos, que no habían dejado de moverse, se llenaron de lágrimas. Me

habría gustado abrazarlo y consolarlo.

—Muchas —gimió en voz baja—. ¡Ay! Muchas, hermano.

Me despedí cordialmente de él y seguí adelante. Por el camino me atormentaban sentimientos de culpabilidad, por no haberle dicho la verdad y haberlo abandonado a su fe en aquel Profeta malvado. Por otro lado, temía que ya no fuera capaz de volverse a adaptar a la dura realidad de aquí arriba. Era tan ingenuo, tan inocente, tan lleno de fe en la obra sagrada de Dios, que sencillamente no me sentía capaz de despojarlo de sus ilusiones. La verdad que tenía validez para mí no tenía por qué tenerla también para los demás. La realidad que me rodeaba a mí no tenía por qué abarcar forzosamente a todo el resto del mundo. Isaías necesitaba las catacumbas, el templo y a los muertos. Eran su vocación, la obra de su vida. Y los muertos necesitaban a Isaías, el buen guardián de los muertos. Pues, ¿quién, si no, les iba a llevar flores?

8

Pasé el resto de la noche durmiendo o, para ser más exactos, soñando. En realidad, ni siquiera puede hablarse del resto de la noche, pues había comenzado a amanecer cuando volví a entrar por la ventana del baño. Tenía tanta hambre que habría sido capaz de comerme un caballo entero. Pero como Gustav decía repetidamente y con énfasis que quería dormir hasta la hora que le diera la gana «por lo menos los domingos» (lo que era una verdadera tontería, ya que ese tipo duerme casi todos los días hasta las tantas), no me atrevía a llamar su atención sobre mi indigencia. Así que corrí al dormitorio y me dejé caer sobre la manta de lana suave donde se envolvía una albóndiga de grasa que roncaba que daba miedo. La tormenta había pasado y caí rápidamente en un sueño profundo y pesado.

Para mi gran alivio, esa vez no me vi acosado por una pesadilla. En su lugar tuve una especie de visión.

De nuevo me encontraba dentro de un blanco radiante y sin formas en el que no existían el espacio, el tiempo ni la realidad. Pero al contrario del sueño en el que el hombre sin cara me había estrangulado con el collar de diamantes, faltaba por completo la amenaza latente. Unas brumas densas cruzaban a intervalos el extraño lugar, cubriendo lo blanco aquí y allá con sus sombras de color gris claro. Yo deambulaba eufórico por esa nada y, mientras más me adentraba en ella, con más fuerza surgía en mí una intensa pero agradable sensación de expectativa. A veces me envolvían las brumas y me dejaban desorientado. Pero, de todos modos, no había allí ningún punto de referencia, de manera que no me molestaba demasiado.

Me abandonó repentinamente la sensación de expectativa cuando me pareció poder divisar a lo lejos la causa y la solución a la vez. Ya no sabía siquiera cuál era el fin que había perseguido con mi paseo ni a quién esperaba encontrar, pero al verlo, de pronto se me hizo evidente que toda la expectación que se había ido acumulando dentro de mí estaba precisamente orientada hacia ese encuentro. Por supuesto que no era real, y aunque estaba soñando me daba cuenta de ello. Porque ni lo conocía ni tenía una idea clara de su apariencia física. Sin embargo, en aquel momento lo sabía con una certeza que no había experimentado en toda mi vida. ¡Por fin lo había encontrado!

Su pelaje era de una hermosura indescriptible, sí, en verdad, majestuosamente sedoso y de un color blanco que no era de este mundo. Tan radiante que, al mirarlo, lastimaba los ojos. Como se encontraba sentado de espaldas a mí, se fundía de vez en cuando con el trasfondo también blanco, dando así la impresión de ser un fantasma oscilante. Era bien parecido y seductoramente hermoso. En resumen, un magnífico ejemplar que toda agencia de publicidad habría querido contratar. Nubes de brumas lo

rodeaban como a una montaña sagrada.

Al detenerme a pocos metros de él, se levantó la cortina de niebla que tenía a sus espaldas, revelando una gigantesca y fulgurante jaula cromada, reproducción exacta a escala mucho mayor de una de aquellas cárceles para animales que se utilizan en los laboratorios de experimentación. En su interior saltaba furiosamente —como poseso de mil demonios— el profesor Julius Preterius, que se reía como un demente. Estaba sujeto por una camisa de fuerza y llevaba un letrero brillante de hojalata con la inscripción: «Profesor Julius Preterius / galardonado con el Premio Nobel 1981 por la mayor esquizofrenia» colgado alrededor del cuello. Tampoco lo había visto antes a él, pero ahora reconocía también al viejo Profesor con la misma certeza con la que había reconocido al presentador de aquel curioso espectáculo. Al fondo iban levantándose otras cortinas de niebla para ofrecer el panorama de un poderoso ejército de congéneres que me sonreían de forma extraña. Justo en la primera fila se encontraban Barba Azul, Felicitas, Kong, Herrmann y Herrmann, Joker, Deep Purple, Solitaire, Sacha e Isaías.

Lo que entonces pasó, pareció transcurrir a cámara lenta.

El asesino blanco giró la cabeza con gran lentitud hacia mí, y yo me vi mirando directamente a la dorada incandescencia de sus ojos.

—¡Por fin te he encontrado! —dije yo. Casi tenía ganas de llorar de tanta alegría y emoción.

—Naturalmente —dijo con voz de profunda tristeza—. Naturalmente, querido Francis. Era sólo una cuestión de tiempo; sabía que tarde o temprano me encontrarías porque eres aun más inteligente que yo. Y bien, alguna vez tenía que pasar. Lo has conseguido, amigo mío, soy el que has estado buscando todo este tiempo: Soy el asesino, soy el Profeta, soy Julius Preterius, soy Gregor Johann Mendel, soy el enigma eterno, soy el hombre y el animal, y soy Felidae. Soy todo eso y mucho más en una sola persona.

De nuevo lo envolvieron las brumas sólo atravesadas por el fulgor de sus ojos brillantes como piedras preciosas. Entre tanto el profesor alborotaba de una manera cada vez más salvaje dentro de su jaula mientras se reía como loco, balbuceando cosas ininteligibles, y finalmente daba cabezazos contra los barrotes hasta hacerse profundas heridas en la cara, que salpicaban de sangre su pequeña celda. De pronto volvió su cabeza manchada de sangre hacia mí y gritó:

—Es igual que el cuento de la planta carnívora que se lleva a casa como planta de vivero, se cuida y se mima hasta que un buen día, al verse ya muy crecida y fuerte, devora a la familia entera.

Recayó de nuevo en su risa demente. Las brumas se levantaron, y dejaron ver de nuevo al asesino blanco en todo su esplendor. Se levantó muy despacio de su asiento, se volvió hacia mí y me miró con una mirada tan penetrante que parecía provenir de

las profundidades misteriosas del universo.

—Nada de lo que ha sido y será tiene ya significado alguno, Francis —dijo, y su voz triste retumbaba sin fin—. Lo único que ahora importa es que cambies de bando y te unas a nosotros, que vengas con nosotros.

Me sentía totalmente confuso y no comprendía lo que quería decir con tan enigmática forma de hablar. En realidad había venido para atraparlo y poner fin de una vez por todas a sus actividades asesinas. Pero en vez de abalanzarme sobre él, me sentí de pronto tremendamente desconcertado: sentía lástima de él. Al fin, siguiendo una extraña corazonada, le pregunté:

—¿Como los músicos de Bremen?

Él asintió lentamente con la cabeza.

—Exactamente, como los músicos de Bremen: «Ven con nosotros», le dijo el burro al gallo, «¡en cualquier parte encontrarás algo mejor que la muerte!».

La gran multitud de mis congéneres llamaban desde el fondo, ratificando a coro:

—¡Ven con nosotros! ¡En cualquier parte encontrarás algo mejor que la muerte!

El asesino me volvió la espalda y se dirigió, como flotando, hacia los demás. Entonces se convirtió en una parte minúscula de aquellas masas y miró una vez más hacia mí.

—Ven con nosotros, Francis —dijo con insistencia—. Acompáñanos en nuestro largo y maravilloso viaje.

Entonces todos me volvieron la espalda y se adentraron lentamente en la espesa niebla.

—¿Hacia dónde viajáis? —les grité.

—¡África! ¡África! ¡África! —dijeron al unísono mientras iban desapareciendo poco a poco en la niebla.

—Y, ¿qué encontraremos allí? —quise yo saber además.

—Todo aquello que habíamos perdido, Francis, todo aquello que habíamos perdido —les oí murmurar. Pero ya no se los podía ver, se habían fundido con la niebla encantada.

Poco a poco me embargó una tristeza insoportable por no haberlos seguido, por haber tenido miedo de emprender tan largo viaje y porque me había quedado ya completamente solo. ¡África! Sonaba tan tentadora, misteriosa y emocionante… Mi instinto infalible me decía que allí se encontraba cuanto se pudiera soñar. ¡África! El paraíso perdido, El Dorado, la tierra prometida donde un día todo había comenzado. Pero África estaba tan increíblemente lejos y yo era sólo un perezoso de cuatro patas, acostumbrado a pensar con la perspectiva de distancias cortas. Los cantos nocturnos de los dioses me eran tan extraños como el viento cálido de la sabana. Nunca había dormido bajo una bóveda celeste estrellada ni había pisado nunca la sagrada selva. ¡África! Pero ¿dónde estaba África? En cualquier caso no dentro de mí, de mis

añoranzas ni de mi corazón. Estaba en alguna otra parte, muy lejos de mí, definitivamente lejos de mí.

Y aun así:

—Llevadme con vosotros —lloré al fin calladamente para mis adentros—. Llevadme con vosotros, oh hermanos y hermanas…

Al despertar, mis ojos estaban llenos de lágrimas. Así que realmente había llorado en mi sueño. Rayos de sol brillantes entraban en la habitación por la parte superior de la puertaventana del balcón, desparramando sus reflejos centelleantes sobre las herramientas dispersas por todas partes. Pero era la luz de un sol frío. Sabía que la tormenta de la noche anterior había sido la obra final del otoño. Pronto, tal vez incluso en el transcurso del día, comenzaría a nevar. Se podía oler la nieve. El invierno hacía su entrada imperceptiblemente.

Gustav dormía aún, y una sonrisa ingenua cubría de vez en cuando su cara. Quizás estuviera soñando con un flan de chocolate o con la devolución anual del dinero de su seguro privado de enfermedad. Todavía en estado de duermevela, mientras intentaba descifrar mi curioso sueño, eché una rápida mirada alrededor de la habitación. Con el jaleo de los últimos días no me había dado cuenta de lo que habían adelantado Gustav y Archie con las obras de renovación. Incluso el dormitorio estaba acabado de pintar de un agradable tono azul claro. Por cierto y para mi mayor disgusto, vi que en la pared había unos dibujos estilo Lejano Oriente, que representaban imágenes de samuráis hechos a pluma y de tamaño natural, que aguardaban ser coloreados. Los toques de ese tipo se podían atribuir con toda seguridad a la influencia de Archie, aunque involuntariamente tuve que preguntarme qué iba a hacer con tanta elegancia una persona tan bruta en cuestiones de buen gusto como lo era Gustav. Pero, como quiera que fuese, parecía que aquel palacete encantado iba a convertirse al fin en un hogar realmente acogedor, si no fuese por, si no fuese por… Sí, aún estaban pendientes ese asunto del monstruo asesino, los numerosos esqueletos del templo, y yo mismo, para quien arrojar algo de luz sobre aquella oscuridad se había convertido en deber.

Curiosamente, esa mañana no me sentía nada deprimido aunque el sueño hubiera sido tan triste. El sol, el descanso tras todas las peripecias y el acogedor ambiente dominical ejercieron un efecto positivo sobre mi estado de salud. Pero las cosas iban a mejorar aún más.

La voz que me llamaba repentinamente desde fuera habría sido descrita por los venerables autores de las *Mil y una noches* con el adjetivo «encantadora». Sin embargo, se diferenciaba de una manera misteriosa de todas las demás voces de hembra que había escuchado hasta entonces. Un algo misterioso y oscuro, un algo exótico se ocultaba en ella y, cómo no, también tenía un algo de irresistible. Cantaba su canción tan melodiosa y apasionadamente que casi pierdo el sentido de tanto

deseo. Me levanté lentamente, arqueé y estiré con fuerza el lomo y flemé con fervor. Su olor, lleno de mensajes subliminales de amor, hizo que mi sangre hirviera y me devolviera una conciencia de mi cuerpo que creía haber perdido. Sentía que todo mi ser se derretía como cera en un horno ardiente y que mi mente se llenaba de un solo deseo, a saber, fundirme con aquel olor. La fuerza del impulso para contestarle con mi propio olor llegó a ser incontrolable.

Salté desde el vientre del roncador, corrí al baño y salté al alféizar.

¡Fue el encuentro con la reina! ¡Fue la vista de Cleopatra! Se revolvía, giraba y se restregaba sobre el suelo de la terraza con una elasticidad divina, mientras cantaba ininterrumpidamente su melodía seductora e irresistible. Primero pensé que nunca había visto un ejemplar de su raza. Pero de pronto me acordé del congénere que hizo su breve aparición por detrás de una ventana cuando Barba Azul me llevó hasta el cadáver de Deep Purple. Entonces tampoco pude clasificarlo dentro de alguna de las razas que me eran conocidas, cosa que no había dejado de extrañarme. Sin duda, la preciosidad que ahora se ofrecía tan seductoramente en mi territorio descendía asimismo de aquella familia desconocida.

Su pelaje de color arenoso que se convertía en beige claro por la parte del vientre reflejaba con tanta intensidad la luz del sol que se creería llevaba vestiduras de oro. Pero lo más encantador eran sus ojos. Enormes, de un amarillo brillante, joyas hipnotizantes, dignas únicamente de una soberana. Sobresalían de modo singular porque tenía una cabeza pequeña y un cuerpo algo rechoncho. Movía sin cesar su poblada cola de un lado a otro descubriendo así sus misterios como si no hubieran bastado sus súplicas amorosas para volverme loco. A esas alturas yo ya estaba en ascuas y hacía tiempo que me había vuelto su esclavo incondicional.

Antes de darme cuenta, un grito ronco salió de mi garganta, uniéndose a su canto seductor. Para manifestar mi presencia de una manera aún más clara me dejé caer sobre el balcón y obsequié al mundo con una considerable dosis de mi chorro universal biodegradable. Todos los olores se mezclaban ahora en el aire, creando un ambiente mágico que nos aturdía y embriagaba.

Ella se revolvía de una manera cada vez más frenética y apenas parecía poder seguir aguardando. Pero, a pesar de todo, había que ser cauteloso. Aunque su comportamiento no dejaba duda alguna sobre su deseo, era erróneo suponer de antemano que me hubiera elegido precisamente a mí en tan favorable circunstancia. Al contrario, era probable que hubiera escogido ese sitio como lugar de encuentro para todos los galanes de los alrededores. Así que debía darme prisa porque en lo que a este aspecto de la vida se refiere, los de mi sexo tienen la sensibilidad de un dispositivo militar de alarma. Claro que desde el principio yo tenía una ventaja, porque los rivales de los territorios vecinos tendrían reparos en adentrarse en el mío. Pero resistirse a una tentación tan dulce y solícita estaría más allá de sus fuerzas y

finalmente lo arriesgarían todo.

Para apuntarme rápidamente un éxito, hice uso de un viejo y probado truco. Una de las veces en que ella desvió brevemente la mirada, me lancé desde el balcón a la terraza, quedándome quieto, como petrificado allí. Ella se dio cuenta de que me había acercado como por arte de magia y empezó a dar resoplidos. Entonces siguió revolviéndose lascivamente, mientras al mismo tiempo miraba en otra dirección. Aproveché la ocasión para volver a acercarme un poco más a ella. Cada vez que volvía la cabeza hacia mí me quedaba de nuevo como una columna de sal, mirando distraídamente a mi alrededor. Sabía que sólo me atacaría si se daba cuenta de mi aproximación. Para ella, un cuerpo inmóvil no era una provocación directa para atacar. El amor entre nosotros es un asunto bastante complicado, pero si soy sincero, no lo cambiaría ni un ápice.

Así continuamos un buen rato, a ritmo intermitente hasta que al final me encontré detrás de ella y di un maullido en tono muy bajo y sumiso. Siseó y siguió comportándose de manera agresiva, pero se le notaba claramente que en realidad quería ser olisqueada. A pesar de lo cual, daba gruñidos a la vez que me atacaba sacando las uñas. La dejé hacer tranquilamente hasta que acabó jadeante y me dio, por fin, la señal de acercarme. Eché una mirada rápida a mi alrededor. Ningún rival a la vista.

Seguidamente comenzó a estirarse ante mí de una manera insinuante, mientras se contoneaba muy nerviosa sobre sus patas delanteras y chillaba. Di una vuelta a su alrededor, le olisqueé el cuerpo, flemé con fruición y la monté. Entonces echó su cola a un lado para ofrecerme sus tesoros. Con un movimiento relámpago, le agarré con fuerza el cuello entre mis dientes de forma que no podía ya moverse y cayó en la rigidez del transporte[13]. Aplanó completamente la parte superior del cuerpo y levantó el trasero hacia arriba. ¡Fue la señal definitiva! Abracé a mi reina y consumé el acto.

En el apogeo de nuestra unión vi ante los ojos de mi imaginación cómo explotaban estrellas y surgían universos, vi a mi amada como una santa coronada de luz volando a toda velocidad a través del espacio, planeando hacia mí; vi cómo ejecutábamos juntos frenéticamente un baile ingrávido, cómo engendrábamos millones y miles de millones de felidae que a su vez poblaban millones y miles de millones de galaxias, copulaban unos con otros para engendrar por su parte nuevos seres de mi especie, transmitiendo así la fórmula sagrada de unos a otros, eterna e interminablemente, sin darnos por vencidos, sin fin, hasta fundirnos todos con la fuerza desconocida que nos creó. Sentí que esta fusión era diferente a todas las demás fusiones que había experimentado a lo largo de mi vida. Entonces, en el momento de la eyaculación, ella emitió un maullido penetrante y nos separamos súbita y violentamente. Mi visión desapareció con la misma rapidez con que había aparecido

y no me quedó más que un sentimiento insulso.

En ese mismo instante se volvió para atacarme. Con uñas extendidas daba zarpazos a ciegas en mi dirección mientras chillaba con fuerza. Yo me retiré sin perder tiempo hacia un rincón y me limpié mientras observaba los efectos secundarios de su estado de celo. Ahora se revolvía frenéticamente por el suelo y ronroneaba.

—¿Quién eres y a qué raza perteneces? —grité por fin en un estallido de curiosidad incontrolable.

Ella sonrió impasible, llena de complicidad, y sus pupilas se estrecharon por la deslumbrante luz del sol, formando dos rendijas en las que se destacaba únicamente el insondable color amarillo de sus iris.

—¡Raza! Qué término más anticuado y discriminatorio. ¿Realmente importa tanto a qué raza pertenezco? —resopló. Entonces rodó sobre un lado y comenzó también a acicalarse.

—No —contesté—. No importa nada. Sólo quería saber con quién había tenido el placer.

—No pertenezco a ninguna raza, si eso te sirve de algo. Tu amada es así como la ves, Francis.

—¿Quieres decir que perteneces a una raza nueva?

—Nada de nueva, sino vieja. O mejor dicho, vieja y nueva, ¡y diferente! Averígualo tú mismo.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Me lo ha dicho un pajarito.

—Y tú ¿cómo te llamas?

—No tengo nombre —dijo con risa traviesa—. No, eso naturalmente no es cierto. Pero mi nombre verdadero no te diría mucho porque no serías capaz de comprender su significado.

—Errores y embrollos parecen estar aquí a la orden del día.

—Así es, querido. Pero no te rompas los sesos por eso. Algún día, todo se aclarará por sí solo. Y todo acabará bien, créeme.

Volvió a desperezarse lascivamente y a provocarme de nuevo. Todo aquel jueguecito comenzó otra vez desde el principio. Su canturreo suplicante me volvió a enloquecer tanto como la primera vez y olvidé las muchas preguntas que aún quería hacerle.

Pasamos la mañana entera entre el amor y el deseo, elevándonos mutuamente a un estado cada vez más intenso de éxtasis. Aunque los rivales me dejaron en paz durante aquellas horas de placer, es curioso que no me abandonara ni por un instante la sensación molesta de que se nos estuviera observando a lo largo de nuestro juego amoroso. Pero no había manera de comprobar si ese presentimiento era acertado.

Porque cada vez que aprovechaba para echar una mirada paranoica a mi alrededor, no había nada a la vista. Más tarde, la aventura con la desconocida me llegó a parecer un sueño más, un sueño maravilloso aunque también bastante raro.

Cuando a mediodía unas nubes amenazantes ahuyentaron al sol, ella me dejó y desapareció dentro de la jungla impenetrable de los jardines. Yo estaba tan hecho polvo y agotado que no tenía ya ni las fuerzas necesarias para seguirla. Ella, por otro lado, acababa de iniciar su fiesta de bodas, y seguiría celebrándola durante muchos días y noches. El hecho de que en ese estado pudiera caer en las garras del omnipresente asesino no había cruzado por mi mente y por lo tanto no la había prevenido del peligro. La razón de la imprudencia sigue siendo un misterio incluso para mí. Quizá, pensé más tarde, ella no tuviera aspecto de víctima.

Volví a rastras hasta la vivienda y me harté ante todo de una buena ración de LatziKatz bajo la mirada malhumorada de Gustav. Acababa de levantarse y me había preparado el desayuno de modo que mi aventura amorosa había pasado, con toda seguridad, inadvertida para él. Pero la expresión de su cara, tan agria como un limón, denotaba claramente la repulsión que sentía por el fuerte olor que emanaba de cada célula de mi cuerpo. Por fin sacudió asqueado la cabeza, dijo algún disparate sobre «necesitar un baño» y «ser de hecho renombrados por vuestra escrupulosa limpieza» y entre refunfuños se fue andando pesadamente de vuelta hasta donde tenía su desayuno de cereales integrales hecho con germen de trigo plantado por él mismo… Una novedad en su vida que yo odiaba (y según creía, sería pasajera), consecuencia de los consejos idiotas de Archie. Gracias a Dios íbamos a librarnos de la presencia del tipejo por ese día, ya que Gustav quería descansar de las obras de renovación por lo menos los domingos. Después de comer, fui derecho al dormitorio y tendido sobre mi cojín caí inmediatamente en un profundo sueño.

***

—¿Conozco por lo menos a la pequeña? —Barba Azul debía de haber estado observando mi cama durante un buen rato porque, al abrir los ojos, se encontraba tendido en el suelo y bostezaba. Probablemente Gustav lo había dejado entrar en la casa, y Barba Azul había dormido también una siestecita. Yo no podía calcular bien cuánto tiempo había dormido, pero supuse que entretanto la tarde estaba bastante avanzada. Al echar una mirada por la ventana pude comprobar que la nevada que había pronosticado se había hecho realidad. Tras los cristales vibraba un denso velo de copos de nieve del tamaño de avellanas, que procedían de un cielo de color gris acero. Barba Azul se removía intranquilo de un lado a otro sobre su asiento mientras lamía nerviosamente su pata trasera derecha.

—Espero que la conozcas —dije yo—. Porque ella puede acercamos un poco más

a la solución del caso.

Hizo una mueca de disgusto y entonces me dirigió una mirada llena de reproche con su único ojo sano.

—¿Caso? ¿Solución? ¿Aún te interesas por esas tonterías? Sea como fuere, a juzgar por tu insoportable olor parece que últimamente prefieres ocuparte de las cosas más agradables de la vida.

No podía determinar con exactitud si lo decía en serio o si el reproche absurdo era la expresión de una especie de envidia secreta. Y él mismo, que no olía precisamente a jabón perfumado, ¿había creído todo el tiempo que yo era un monje?

—¡Vaya! Hoy estamos de mal humor, ¿verdad? ¿Podrías quizá decirme qué significan esas acusaciones estúpidas?

—¿Y tú me lo preguntas? Ayer se cargaron a Felicitas y anoche a Solitaire. Todo el distrito está alborotado y por todas partes circulan los rumores más locos acerca de cómo Kong, Herrmann y Herrmann, y tú habéis dejado al asesino escapar por los pelos. Yo diría que la mierda echa bastante humo, es más, ¡está que arde! Pero en vez de darle una patada en el culo a tu supercerebro para librarnos a todos de esta terrible maldición, organizas tranquilamente una orgía y después te hartas de dormir. Tengo que admitirlo, ése no es el sabihondo Francis que yo conocí.

Así que ya lo había soltado. Claro que no podía estar enterado de las cosas que yo había descubierto después de que se hubieran despedido de mí Kong y Cía. Sencillamente, no podía saber lo cerca que estaba ya de la solución y que sólo me quedaban unos cabos por atar para desenmascarar al carnicero. (¡Por lo menos, eso creía!). Tampoco sabía nada de la existencia del terrible diario. Pero había que explicarle esa parte de la historia de forma muy cautelosa puesto que estaba relacionada de una manera trágica con su propia vida mutilada. En resumen, se había equivocado bastante conmigo.

—Barba Azul, lo siento si te he dado la impresión de haber estado sentado aquí sin hacer nada o divirtiéndome con hembras. Te aseguro que ésa es una impresión completamente falsa. Anoche me enteré de cosas que nadie aquí en el barrio habría siquiera sospechado. Cosas horribles pero que con todo nos ayudan a adelantar en nuestra búsqueda del monstruo. Más adelante te contaré lo que me ha pasado porque de momento ni yo mismo lo entiendo del todo. Pero antes que nada, contéstame un par de preguntas. Primero lo más importante: ¿dónde se encuentra Joker ahora mismo?

Parecía que lo había podido convencer de mi diligencia y buena voluntad. Poco a poco su indignación cedía paso a una actitud atenta, pero reservada. Sin embargo, aún quedaba un indicio de escepticismo expectante en su cara. Entonces carraspeó ceremoniosamente antes de hablar.

—¿Joker? Pues lo más probable es que el muchacho esté metido en su casa

preparando su próximo discurso bíblico. ¿Qué otra cosa podría estar haciendo con un tiempo así?

—¿Dónde está su casa?

—Su dueño tiene una tienda de porcelana y cristal de lujo en una parte bastante alejada del barrio. El edificio sirve de almacén, tienda y vivienda a la vez. Supongo que Joker se encontrará ahora por allí en algún sitio.

—Bien. Voy a ir a hacerle una visita a Pascal. Mientras tanto, tú te vas a casa de Joker para decirle que Pascal y yo queremos hablarle acerca del asunto de los asesinatos. Si se pone gallito, lo que es de prever, le dices tranquila pero decididamente que en ese caso lamentaremos tener que informarle a Kong de que un tal Joker ha matado a su amada Solitaire. Luego nos reunimos todos en casa de Pascal.

—¡Mierda, no! ¿Joker?

—Se trata sólo de una sospecha, muy probablemente injustificada. Sea como sea, tienes que meterle verdadero miedo. ¿Comprendido?

—¡Comprendido!

—Segunda pregunta: esta mañana he conocido a una dama cuya raza me es totalmente desconocida. Su comportamiento también daba lugar a las más diversas especulaciones. Su piel es de color arenoso y sus ojos son de un amarillo fulgurante…

—Conozco a esa especie bastarda.

—¿Son muy numerosos?

—Mierda, sí. Parece ser un cruce que se cotiza bastante bien. Pronto estará el barrio entero lleno de esos presumidos arrogantes. A los chiflados de los hombres cada año se les ocurre una forma más chiflada aún para perfeccionar nuestra especie. Pero esta vez se han meado en pierna propia con ese engendro.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No son como nosotros. Pues bien, de alguna manera tengo la impresión de que a lo largo de tanta maldita cría, la domesticación se ha quedado en la estacada. Estos nuevos son más salvajes, más reservados, sí, más peligrosos.

—¿Como animales de rapiña?

—No exactamente. Si no fuera así, los hombres tendrían miedo de darles cobijo, ¿verdad? A veces pienso que sólo fingen ser buenos compañeros domésticos para que se les dé de comer, para seguir teniendo un lugar calentito y un techo sobre sus cabezas, y para, por lo demás, seguir tranquilamente forjando sus oscuros planes. Sucios egoístas. Tampoco sé con exactitud por qué se cotizan tanto esos bichos. En todo caso, apenas buscan contacto con nosotros y yo no los puedo soportar. ¿Qué más quieres saber?

—Eso es suficiente por ahora. Empecemos ya con el trabajo para terminarlo antes

de que oscurezca.

Como Gustav, en contra de su costumbre, había cerrado todas las puertas y ventanas por el frío, lo buscamos en el salón y le pedimos maullando que nos dejara salir afuera. A excepción de los trabajos de escayola del techo, se habían terminado los arreglos de aquella habitación. Por falta de otro sitio para trabajar, mi amigo ya había acarreado un pesado escritorio hasta allí y había desplegado todos sus lujosos libros gráficos e informes científicos encima de él. Hacía años que soñaba con el gran proyecto de publicar una obra extensa sobre la diosa egipcia Bast. Trabajaba obsesivamente en ello cada minuto libre que tenía. Por desgracia, sólo se acercaba muy despacio a su meta, porque siempre tenía que volver a interrumpir sus investigaciones y pesquisas para componer las horribles novelas que nos proporcionaban el sustento. Como la vivienda nueva había hecho estragos en nuestras finanzas, en los últimos tiempos escribía incluso para las revistas de adolescentes, aportando «horteradas» como «Las epopeyas de cuando tuve mi primera regla y, para colmo, también barrillos». Pero lo peor que jamás había puesto por escrito era una obra de cuatro folios con el título sensacional: «¡El director de mi colegio me violó en su oficina!». (Subtitulado: «¡Seis veces me vejó y seis veces se consumó el horrible acto!». Yo por mi parte, y para darle aun más fuerza a tamaña injusticia, habría añadido también: «¡Y como consecuencia, di a luz sextillizos!»). Pero por mucho que tuviera que prostituir su talento por amor al dinero, su corazón no dejaba ni por un instante de palpitar por los misterios del antiguo Egipto. El culto —en gran parte desconocido— de la diosa Bast había de ser el objeto de su cuarto libro. Por eso recibía por correo desde todos los rincones del mundo los estudios más actualizados tanto de egiptólogos como de museos. Se quedaba sentado inclinado sobre ensayos, epígrafes y fotografías de pinturas murales durante incontables días y noches, examinándolos detenidamente. La elaboración de ese libro le proporcionaba una satisfacción singular, ya que la religión de la diosa Bast —símbolo de maternidad, fertilidad y otras virtudes femeninas— guardaba una relación estrecha con la adoración de mi especie. Gracias a las piezas excavadas se sabe que la diosa Bast misma fue representada a menudo en forma de un félido.

De manera que, durante una de las breves pausas en su tarea de renovación, encontramos a Gustav sentado de nuevo en su escritorio sudando sobre algún jeroglífico, cuando Barba Azul y yo entramos en el salón para hacerle saber en voz alta que queríamos salir de casa. Primero sacudió enérgicamente la cabeza y masculló, en su famoso lenguaje infantil, algún cuento de miedo sobre semejantes míos que habían encontrado su fin en una ventisca. Pero finalmente se dejó ablandar y nos abrió la ventana del baño.

Una vez fuera, le insistí a Barba Azul en que debía sacar a ese tipejo a la fuerza si se negaba a charlar con nosotros. Nos separamos y yo me vi andando con la nieve

hasta las rodillas, por encima de los muros, camino de la casa de Pascal.

Mientras respiraba el aire helado y me recreaba con el paisaje de los jardines blancos, me acordé de mi aventura amorosa de esa mañana. «No pertenezco a ninguna raza», había dicho ella y, «algún día todo se aclarará por sí solo». Había hecho un enigma de su raza y vaticinado que era antigua y al mismo tiempo nueva, o sea diferente. ¿Qué significaba todo aquello? «Ninguna raza» no existía. Cada uno de nosotros procedía de alguna raza. Era un hecho indiscutible. El comentario de Barba Azul de «apenas buscan contacto con nosotros» me había dejado aun más perplejo. Porque daba la casualidad de que todo encajaba perfectamente con la teoría de la raza asesina. Pero, al demonio con todas las teorías, algo en mí se negaba a aceptar que aquella criatura divina o alguno de sus homólogos pudiera ser un asesino. No sabía qué era exactamente lo que hacía que tal sospecha pareciese tan desatinada, pero para mí estaba fuera de toda discusión. ¿Me habría enamorado, quizá? ¿O tomaba otra vez la palabra mi instinto infalible? Finalmente me consolé con la idea de que era impensable coger al asesino antes de que se descubriera cuál era el móvil evidente de los asesinatos.

Por fin llegué al edificio antiguo convertido en villa-yuppie que con su tejado nevado, sus ventanas iluminadas y su pintoresca chimenea echando humo parecía más bien una fotografía para un anuncio de whisky irlandés. Pero esta vez, por desgracia, estaba la puerta trasera cerrada, de modo que tuve que dar la vuelta a la casa entera buscando algún hueco por donde meterme. Por fin encontré uno en la fachada más larga de la casa, allí donde se encontraban las ventanas del sótano y donde había un sendero estrecho cubierto de gravilla que llevaba hasta la calle. Exageradamente perfecto como era, el dueño de Pascal había encontrado la solución ideal para garantizar la libertad de movimientos de su preferido. Es decir, en la parte inferior del muro había instalado una entrada concebida especialmente para los de mi especie, que como es natural armonizaba de maravilla con el modernísimo interior. Consistía en un agujero del tamaño de un plato, ribeteado por un anillo de acero que brillaba como la plata. Unas láminas de plástico ordenadas en forma de abanico hacían las veces de puerta. Sólo había que golpearlas levemente con la cabeza para que se abrieran como el diafragma de una cámara fotográfica, cerrándose en cuanto se hubiera pasado por el hueco.

Fui derecho hacia el despacho pero esta vez, en lugar de Pascal, se encontraba el señor de la casa en persona sentado ante el ordenador. Me habría gustado bastante poder examinar algo más de cerca a ese fanático de la moda con colita de Karl Lagerfeld en la nuca. Pero de momento, bien sabía Dios que tenía otros problemas.

Por fin encontré a Pascal en aquel salón casi vacío con los dos cuadros de genitales en las paredes. Dormitaba sobre un gran cojín de terciopelo rojo escarlata adornado con cordones dorados, en cuyos extremos se balanceaba majestuosamente

una borla. La habitación entera tenía como única iluminación tres diminutos focos halógenos empotrados en el techo, que proyectaban estrechos conos de luz sobre el suelo de parqué.

La vista de Pascal hizo que surgiera espontáneamente dentro de mí la asociación con un rey anciano y trágico de una pieza de Shakespeare. Y, de hecho, Pascal llevaba una vida regia bajo los auspicios de su afectuoso y solícito amo, que además disponía de bastante dinero. Involuntariamente pensé en todas las criaturas ultrajadas, pisoteadas y torturadas de este mundo que no tenían tanta suerte como él. Criaturas torturadas por los hombres para divertirse; criaturas que los hombres adquirían como juguetes para entretenerse un poco con ellos y luego tirarlos cuando se hartaban; criaturas que morían de hambre ante los ojos de hombres bien alimentados; criaturas a las que se mataba brutalmente para poder utilizar sus pieles en la confección de abrigos y bolsos; criaturas que los hombres cocían vivas porque lo consideraban el colmo del placer culinario; criaturas que se derrumbaban bajo las cargas que tenían que arrastrar a diario; criaturas que no habían conocido otra cosa durante toda su vida más que tener que mirar las muecas de los hombres desde sus jaulas estrechas o tener que llevar a cabo alguna estúpida muestra de habilidad nada propia de su especie; criaturas que se volvían homosexuales, que violaban, que se masturbaban obligadas por las circunstancias, que se mutilaban, que se comían a sus propios hijos, que caían en la apatía y la depresión, que mataban a los de su propia especie, y que finalmente se suicidaban por habérselas confinado en una prisión con el nombre romántico de parque zoológico, en donde se las admiraba y se las admiraba y se las admiraba hasta que cometían aquellos actos horribles de pura desesperación; criaturas a las que, de la noche a la mañana, se les había robado su entorno natural porque los hombres necesitaban cada vez más recursos naturales. Había que admitir que también existían los privilegiados como Pascal que, bajo condiciones creadas por los hombres, llevaban una vida francamente paradisíaca. Pero su caso me proporcionaba poco consuelo en vista de la gran tragedia mundial. Lo único que me infundía cierto ánimo era la esperanza ilusoria de que algún día los hombres se acordarían del pacto polvoriento que con nosotros habían firmado hacía muchísimo tiempo, para luego quebrantarlo ignominiosamente. Reconocerían sus errores y nos pedirían perdón. Claro que nada que llegara a existir sería tan bueno como aquello que hubiese podido ser. Pero estábamos dispuestos a perdonar y aceptaríamos olvidar todas las lágrimas que habíamos llorado por su culpa. Era el sueño de un loco, pero quería seguir soñándolo hasta el fin de mis días porque estaba completamente convencido de que sólo los sueños eran capaces de vencer a la asquerosa realidad.

Pascal se despertaba poco a poco de su estado somnoliento. Al reconocerme abrió, aturdido, los ojos de par en par.

—¡Francis! Esto sí que es una sorpresa. ¿Por qué no le dijiste a Barba Azul que

me dijera que venías?

—No había tiempo para ello. Han pasado muchas cosas importantes desde la última vez que nos vimos, Pascal. Cosas relacionadas con la serie de asesinatos, que acelerarán su esclarecimiento. Necesito tu ayuda, ante todo la de tu juguete.

—¿Ah, sí? Pues bien, eso me alegra, naturalmente. Pero ¿no quieres comer algo antes de empezar a contar tu historia? Ziebold, mi dueño, ha preparado corazón fresco.

—No, gracias. Ahora mismo no tengo hambre. Además, no quiero perder tiempo, quiero soltar lo que sé cuanto antes. Mi don de conjetura ya no resulta suficiente para desenredar este embrollo de misterios, verdades a medias e ilusiones. Para ello hay que hacer un puente entre dos supercerebros. En realidad quería haber venido aquí esta mañana, pero hubo un imprevisto.

Pascal sonrió. Por mi olor se había dado cuenta de cuál había sido ese imprevisto.

—Gracias por el cumplido al calificar de súper la máquina averiada que hay en mi cráneo. Lo único de mi persona que todavía puede calificarse de súper es mi manera de dormir que se asemeja cada vez más a la muerte. Pero la cosa tiene un lado positivo. Lo más seguro es que ni siquiera me dé cuenta del paso de un tipo de sueño al otro. No obstante, espero poder servirte de ayuda. Así que, dispara amigo.

Relaté en rápida sucesión todos los acontecimientos que habían ocurrido desde nuestro primer encuentro, uno detrás del otro, igual que una ametralladora. Cómo me había convencido de la muerte de Felicitas con mis propios ojos, cómo había vuelto a casa casi en trance y encontrado, más tarde esa noche, el diario en el sótano. Le hablé de las monstruosidades descritas en aquellos apuntes y de sus graves consecuencias, que incluso alcanzaban al tiempo presente. Entonces le describí el ataque sorpresa del ejército de Kong y cómo juntos habíamos encontrado el cuerpo sin vida de Solitaire. Cómo apareció repentinamente Isaías, el buen guardián de los muertos, sólo para abrir nuevas puertas hacia el horror. Le informé de la existencia del llamado templo y de sus moradores engalanados con flores. Y por último le hablé sobre el misterioso profeta, presuntamente responsable de la continua masacre. En seguida le expliqué mis numerosas teorías y sospechas, teniendo cuidado de no ocultar sus diversas inconsecuencias e inconvenientes para no faltar a la justicia. Mientras daba mi informe, la expresión de la cara de Pascal cambió repetidas veces; mostró consternación, sorpresa e incomprensión y se puso cada vez más inquieto. Terminé mi informe con la descripción de mi aventura amorosa de aquella mañana, con la de su protagonista fascinante y con el relato de la opinión que tenía Barba Azul sobre esa nueva raza que había hecho acto de presencia en el barrio.

La respuesta de Pascal a semejante avalancha de información fue, en primer lugar, un largo silencio que me pareció una eternidad. Fue una pausa justificada, pues primero tenía que digerir tan increíbles informaciones.

Por fin dijo «¡fu!», y yo le estuve agradecido porque así rompió el hechizo del inquietante silencio.

—Vivo desde hace años en este barrio, Francis, y no me había dado cuenta ni siquiera de una fracción de todas las cosas horribles que tú has conseguido averiguar en un plazo tan corto. Claro que soy un anciano y no tengo ya mucha agilidad, ¡pero los descubrimientos que has hecho son tan increíbles que sencillamente *tenía* que haber estado informado sobre ellos!

—Pues bien, el azar me ayudó en varias ocasiones —dije para quitarle importancia a sus elogios.

—¡Y aun así! Tengo la reputación de ser un sabihondo y persona de confianza. Y ahora me doy cuenta de que, en realidad, es el primer sustantivo el único que corresponde a mi persona.

—Lo que a mí me extraña es que los cientos de muertos allí abajo en las catacumbas no aparezcan en tu lista del ordenador.

—Muy sencillo, querido amigo. Porque sus cadáveres nunca han sido encontrados. Mira, hay un movimiento continuo en el barrio, de modo que se puede perder fácilmente el control. Los congéneres que mueren, quiero decir que mueren de muerte natural, son enterrados por sus dueños, en un cementerio para animales o en algún rincón del jardín de su propia casa. También ocurre que los dueños se muden, llevándose naturalmente a sus mascotas consigo. En cambio, otros hermanos y hermanas se escapan, se van a otros barrios lejanos y nunca se los vuelve a ver. Aunque aquellos congéneres hayan desaparecido de la manera que sea, nunca hubo motivo alguno para sospechar que habían sido asesinados. En el caso de las seis víctimas de asesinato en mi fichero del ordenador, son víctimas encontradas con una herida de mordisco en el cuello, en otras palabras, son las que fueron categóricamente identificadas como víctimas de un asesinato. No obstante, si el asesino siempre enviaba diligentemente a sus víctimas anteriores a ese mundo subterráneo, no había manera de que pudieran ser encontrados como cadáveres en el mundo de la superficie y, por tanto, tampoco figuran en mi fichero del ordenador.

—¿Has tomado nota también de todos aquellos congéneres que desaparecieron repentinamente del barrio, por el motivo que fuera?

—Claro.

—Así que podríamos, por medio de esa lista, comprobar a posteriori cuántos desaparecieron sin motivo aparente y exactamente cuándo.

—Con la mayor probabilidad. Pero será difícil diferenciar a las víctimas de asesinato de aquéllos que verdaderamente se mudaron con sus dueños, se escaparon o murieron de muerte natural.

—Eso me huele a mucho trabajo, pero sólo así podremos determinar la periodicidad con la que el asesino operaba y aún opera, y ante todo cuándo

exactamente comenzó el terror. La siguiente pregunta pendiente es, ¿por qué no le volvió a encomendar sus últimas siete víctimas a Isaías, el buen guardián de los muertos?

Pascal se levantó entre quejidos de su cojín e intentó, con desgana, estirar el lomo hacia arriba. Mientras tanto sonrió avergonzado como si me debiera aquel gesto en compensación por el cuadro lamentable que presentaba. Fue una escena deprimente verlo intentar ocultarme su lucha agotadora contra la artritis y la degeneración de sus articulaciones. Era probable que tampoco funcionasen el resto de sus órganos y sentidos del todo bien. Se bajó del cojín y comenzó a pasearse acompasadamente de un lado a otro de la habitación.

—Eso es, de hecho, un punto importante, Francis. Porque es un indicio de que nuestro amigo comienza a cometer errores.

—¿Estás seguro? Para mí, esa hipótesis tiene un enorme inconveniente, y es que no puedo imaginarme que tal genio del horror cometa siquiera un solo error.

—Pero es la única explicación para su cambio de comportamiento.

Ahora se le notaba literalmente el entusiasmo al barajar ideas y conjeturas, entusiasmo tan vital para su extraordinaria mente como el aire que respiramos. Había logrado en verdad cautivarlo. Hablaba con más agitación y también sus movimientos ganaban en ímpetu y velocidad.

—Así que supongamos ahora que yo soy el asesino —dijo él—. Salgo de noche a intervalos regulares para matar a mis congéneres por motivos que sólo Dios y yo conocemos. Asesino y vuelvo a asesinar, y siempre borro las pistas por el método de agarrar los cadáveres entre mis dientes, acarrearlos hasta las entradas ocultas de las tuberías y respiraderos abandonados, mandándolos a través de ellos a las catacumbas. Pero de la noche a la mañana, dejo de utilizar ese método. Lo cual significa que, a la larga o a la corta, se descubrirán mis crímenes y se me dará caza. ¿Por qué iba a hacer eso? ¿Por qué iba a hacer algo que me pusiera en peligro? Pues bien, me faltan ya las ganas de seguir. ¿Por qué molestarme en borrar las pistas cuando de los idiotas que hay en este barrio, ninguno sería capaz de cogerme?

—¡Falso! —grité yo. Las especulaciones habían extasiado también a mi cerebro ávido de hipótesis. Me estimulaban y desencadenaban en mi cabeza una reacción en cadena de facultades imaginativas.

»Olvidas que nuestro amigo es la lógica en persona. Él persigue un fin determinado con sus atrocidades y procede con métodos de estado mayor. Sea por capricho o por presunción, nunca se le ocurriría cambiar en absoluto su forma de proceder. ¿Por qué habría de hacerlo si había dado tan buen resultado hasta la fecha? No, no, él tenía algún motivo especial para quebrantar su ingeniosa estrategia. Pero, demonios, ¿cuál sería?

Pascal se quedó repentinamente parado en el cono de luz de uno de los focos, de

forma que su piel negra y brillante parecía estar rodeada de un aura, dando así la impresión de ser un ángel bajado del cielo. Volvió su cabeza bruscamente hacia mí y me miró de manera penetrante con sus relucientes ojos amarillos.

—Tal vez quiera llamar nuestra atención sobre alguna cosa.

—¡Eso suena muy bien! ¡Eso suena pero que muy bien! —grité con alegría, levantándome de un salto.

Pero Pascal sacudió con fuerza la cabeza y, lleno de descontento, dejó caer las orejas.

—No, eso no suena nada bien. Porque nosotros no tenemos ninguna idea de sobre qué nos quiere llamar la atención.

—Pues está tan claro como el agua. Quiere llamar nuestra atención sobre sí mismo y sus actos, sobre el hecho de que tiene poderes, como un fantasma, no, como un dios que puede encauzar los destinos de todo el barrio y decidir sobre la vida y la muerte. Respeto, eso es lo que quiere.

—Y, ¿qué saca de ello? La inteligencia media del habitante de este barrio es tan vergonzosamente baja que, con toda seguridad, nadie entendería señales tan sutiles y lo lincharían en el acto si se diera a conocer. Con su nueva táctica, sólo podrá cosechar aquí temor y odio, pero en ningún caso respeto.

Yo me devanaba los sesos. Todo lo que Pascal decía tenía lógica y habría que presentar unos argumentos condenadamente convincentes para poder contradecirlo. Discutir con él se parecía a un juego de ajedrez, sólo que él era el campeón mundial de ese juego.

En lo tocante a los cadáveres dejados abiertamente a la vista de todos, era evidente que habíamos llegado ya a un punto muerto. Como yo quería pasar enseguida a la siguiente cuestión y como no se me ocurría nada más sensato, dije finalmente a la ligera:

—Pues, tal vez quiera de esta manera llamar la atención de algún congénere en particular con respecto a la obra de su vida.

—¡Eso sí que está bien! —casi gritó.

—¿Por qué? —pregunté un poco acobardado.

—Porque por primera vez has hablado de la obra de una vida, Francis. Sí, ¿no lo comprendes? Él quiere que la obra de su vida, que tantos esfuerzos le ha costado, sea reconocida o quizá incluso aprobada por los demás. Según mi opinión, hasta puede ser por un congénere en particular. Él se propone deliberadamente ser descubierto. Sea lo que sea lo que nos quiere decir, ha pasado entre tanto a buscar adeptos para su causa porque por algún motivo ya no puede solo con todo.

—Extraño método para buscar simpatizantes.

—Eso es verdad. Pero ese tipo es del todo curioso. Es como un rompecabezas, él es el enigma y sólo está a la espera del que lo pueda resolver.

—Por lo menos podría expresarse con más claridad. Dadas las circunstancias, podría fácilmente ocurrir que ni siquiera se averigüe cuáles son sus fines.

—No te preocupes, Francis, tarde o temprano conseguiremos descifrar correctamente sus señales y así nos pondremos sobre su pista.

—Que Dios te oiga. Bien, olvidemos de momento esa parte de la historia y hablemos del único sospechoso que tenemos por ahora: Joker ¿Qué opinas de él?

Volvió a subir con dificultad a su cojín, dejándose caer cuidadosamente sobre él.

—Un sospechoso con muchas posibilidades. Él presenció el drama del laboratorio y entonces vio la oportunidad de inventarse una religión de mártir, según el prototipo bíblico clásico basado en las tribulaciones de Claudandus; idea que, de hecho, más tarde llevó a la práctica. Por supuesto que luego se nombró a sí mismo representante terrenal del profeta porque ese título le proporcionaba considerable poder y una posición privilegiada en el barrio. Pero ¿quién sabe en realidad lo que vio en aquel entonces, o mejor dicho, lo que aprendió de la crueldad de los hombres? Tal vez se haya fundido algún fusible dentro de su cráneo por ocuparse tan intensamente de la crueldad. Sería concebible, ¿no?

—Isaías habló de la voz del profeta que resonaba a través de los pasadizos, no de la de Joker.

Se quedó con cara inexpresiva.

—Cambió su voz. Yo creo que ese Rasputín sería capaz de una cosa así. Además, aparte de Isaías, era el único que conocía la existencia de las catacumbas y sabía de sus posibilidades prácticas como vertedero de desechos.

—¡A excepción del gran desconocido!

—En caso de que realmente exista.

Me dejé caer sobre el suelo de parqué, mirando desconcertado al espacio. Lo dicho, todo lo que Pascal decía tenía pies y cabeza, y era de una lógica aplastante. Pero ¿se merecía este caso tan maravillosamente misterioso un desenlace así de simple, por no decir vulgar? De manera que Joker era el canalla. Un fanático religioso del que yo había sospechado desde la noche en la que por primera vez lo vi en el papel de maestro de ceremonias del rito doloroso. Todo su aspecto tenía algo diabólico, poderoso, frío, brutal, de modo que encajaba de maravilla con la imagen del asesino perfecto. Pero era precisamente esa imagen primitiva la que provocaba en mí una enorme sensación de desconcierto. Todo encajaba demasiado bien, con excesiva precisión. Claro que, sin querer admitirlo ni siquiera a mí mismo, siempre acababa pensando en ese sacerdote de mierda a lo largo de mis numerosas experiencias escalofriantes. Constantemente salía a rastras de lo más profundo de mi subconsciente como una serpiente que no se consigue matar, gritándome con su voz profunda e imponente: «¡Yo soy el asesino! ¡Yo soy el asesino!». Pero siempre me había negado a escuchar aquella voz parecida al trueno; me había negado a aceptar

siquiera su existencia. Sin embargo, ahora que Pascal, libre de tales mecanismos psicológicos de represión, se mostraba tan franca y abiertamente de acuerdo con mis sospechas, tenía que mirar los hechos de frente. Lo cierto era que, si se sopesaban con atención los pros y los contras, el único que podía ser el asesino era Joker. Y con todo, algo dentro de mí seguía resistiéndose a aceptar aquella solución demasiado buena para ser verdad. Según creía, todavía me quedaba un solo triunfo en la manga para sacar a Pascal de su reserva.

—Aún queda esa extraña raza nueva-antigua, de la que una se cruzó conmigo esta mañana y que, según Barba Azul, es una curiosidad en el barrio —le dije con picardía para que lo tomase en consideración.

—¡La raza asesina del doctor Preterius! —anunció Pascal radiante.

—Sí, la raza asesina de Preterius. Es cierto, ¿qué argumentos podría haber en contra? Pues únicamente algo tan ridículo como la lógica —le respondí como un niño obstinado.

Pero Pascal no reaccionó a la provocación y sonrió como un padre aficionado a la educación progresista del niño, capaz de encontrar sabe Dios qué rasgo creativo en el más primitivo y testarudo comportamiento de su hijo.

—No sólo la lógica, Francis, aunque debo admitir que esa teoría resulta interesante. Aun así, está formulada de una manera demasiado simple, si me permites expresarlo de ese modo. Porque has olvidado el hecho de que para la creación de una raza nueva, o bien una raza «nueva-antigua», no hace falta necesariamente un método de cría sofisticado, o sea la manipulación del hombre. En resumen, olvidas el llamado «relojero ciego», a saber, la evolución, los inescrutables planes de la Madre Naturaleza. Porque ella da origen todos los días a nuevas especies sin darse cuenta siquiera de su maravillosa obra. Para explicarlo en términos sencillos, razas nuevas o distintas surgen también por casualidad. No hay que haber puesto primero en práctica un programa tremendamente sofisticado de cría para poder demostrar lo más evidente. Mira, noventa y nueve por ciento de nuestros congéneres se aparean de manera por completo incontrolada, sin sistema alguno. Así pues, sería por demás normal que, como resultado, surgiera algún día una especie absolutamente desconocida hasta entonces. En consecuencia, ¿qué podemos aprender de ello? Que una nueva raza es la cosa más natural del mundo. Por lo tanto, amigo mío, con tu teoría de la raza asesina te has olvidado no sólo de la lógica sino también de la no-lógica, o sea de la casualidad.

—¿Crees que mi amada y sus compañeros de especie son el resultado de la selección natural?

—Muy probablemente, aunque no puedo refutar tu teoría porque me faltan las pruebas para la mía. No obstante, tengo la vieja ley de probabilidades de mi parte.

Ese carroza era un genio, eso tenía que admitirlo incondicionalmente. Pues

mientras yo ideaba hipótesis ingeniosas, inventando luego, uno detrás de otro, abstrusos razonamientos y argumentaciones para ellas, él agarraba al toro por los cuernos y partía en primer lugar de la base de la probabilidad y las causas naturales. Yo cometía el error de emplear siempre cálculos complicados y, al mismo tiempo, olvidaba por completo que existía en el mundo algo así como la casualidad y la coincidencia de extrañas circunstancias. En otras palabras, Pascal pensaba de manera verdaderamente lógica y, no obstante, sencilla; yo, por el contrario, pensaba de manera lógica pero complicada.

—Tienes razón como siempre, Pascal —gemí resignadamente—. Si me lo permites, me gustaría seguir este intercambio de ideas mañana, para así poder conservar por lo menos unas migajas de amor propio.

Entretanto se había hecho de noche y, a través del ventanal, detrás de mi maestro de pelaje negro, vi que sobre los jardines nevados había descendido una oscuridad fantasmal que robaba toda claridad incluso a los copos de nieve que planeaban románticamente hacia abajo. De repente tuve la idea grotesca de que aquella escena, dominada por el color negro, era una especie de negativo de mi último sueño.

Pascal se dio cuenta de mi mirada distraída y meneó sonriente la cabeza.

—Oh, no, amigo mío, *tú* eres el verdadero sabihondo. Sólo tú darás el golpe de ingenio definitivo para solucionar este misterio. Yo tal vez tenga mucho conocimiento y el don de pensamiento lógico, pero me falta la inspiración. Y sin ella, todo genio está perdido. La peor plaga de nuestros días son los incontables talentos-a-medias que se sobrevaloran tan desproporcionadamente. Yo por lo menos sé cuál es mi sitio.

Yo quería protestar pero de repente desvió la mirada hacia un punto que se encontraba detrás de mí y se levantó del cojín con una expresión desdeñosa en la cara, como si hubiera visto algo a mis espaldas que le disgustara. Me volví rápidamente y vi que Barba Azul, hecho una bola de nieve deforme, entraba cojeando y jadeante por la puerta. Desde las puntas del pelo le colgaban impresionantes carámbanos de hielo, y la nariz le brillaba como un tomate maduro. En la cara de Pascal creí percibir una mezcla de irritación y desesperación, cuya causa parecía ser el comportamiento desatento y grosero del intruso.

Aquel esquimal minusválido iba dejando grandes huellas de barro y pequeños charcos de agua sobre el suelo de parqué recién encerado. Y para colmo de falta de consideración, se quedó parado justo delante de nosotros y se sacudió con fuerza la nieve de la piel, regando por completo no sólo el suelo sino también a nosotros. Pascal gimió en voz baja y meneó imperceptiblemente la cabeza. Pero como es natural, dadas sus facultades perceptivas de elefante, Barba Azul no se dio cuenta de nada. Nuestro anfitrión no hizo ningún comentario sobre intrusión tan escandalosa, y guardó silencio cortésmente.

—¿Dónde está Joker? —le pregunté por fin sin rodeos porque no podía seguir aguantando el insoportable suspense.

—No está. Ha desaparecido.

—¿Qué quiere decir desaparecido?

Se sentó sobre su trasero empapado y volvió a sacudirse.

—Entré en la casa por una ventana abierta del sótano. Registré el tugurio de arriba abajo en busca de su excelencia. Incluso entré en ese maldito almacén del desván, cosa que fue un asunto bastante espeluznante. Las estanterías rebosan de figuras de porcelana que son reproducciones en tamaño real de miembros de nuestra especie. También tigres, jaguares y leopardos se amontonan allí. Todos de porcelana y asombrosamente reales. Pero ninguna señal de Joker. Pues bien, acto seguido lo llamé y lo seguí llamando hasta arruinarme casi la voz. Al ver que eso tampoco daba resultado, fui también a hacer unas indagaciones por el barrio. Todos decían que no lo habían vuelto a ver después de la última reunión.

—¡Asesinado! —grité yo.

—No, desaparecido —dijo Pascal en tono seco—. Él sabía que estabas a punto de cogerlo y ha puesto rápidamente pies en polvorosa. Muy propio de nuestro diabólico Joker.

—¡Claro, eso va con ese tío de mierda! —afirmó Barba Azul.

—¡Maldita sea, no! —la rabia se había apoderado de mí—. Sencillamente me niego a aceptar una solución tan vulgar.

—No tienes por qué aceptarla —dijo Pascal a modo de consuelo—. Se trata sólo de una de las posibilidades. Pero de momento y dadas las circunstancias parece la más probable. Sin embargo, ahora por lo menos sabemos que Joker estaba metido hasta el pescuezo en este asunto misterioso.

—¡Ha sido él! —cotorreó Barba Azul, dándose importancia—. Sólo había que ver esa jeta de santurrón que siempre tenía. Aunque yo participaba devotamente en aquellas tonterías de Claudandus, nunca me fié ni por un momento de esa imitación de Papa. ¡Yo digo, culpable!

Pascal no podía comprender mi decepción. Se bajó del cojín y se acercó a mí.

—¿Por qué te resistes de esa manera a aceptar este desenlace, Francis? ¿Por qué no puedes conformarte con hechos que son irrefutables y que, al menos por ahora, no permiten sacar otra conclusión?

—Porque no encajan, no coinciden los unos con los otros. Los datos que yo he reunido, por muy incompletos que sean, no indican necesariamente que hay que sospechar de Joker como asesino. Todo es como un cuadro expuesto para la venta, cuya autenticidad todos los expertos garantizan solemnemente aunque en realidad se trate de una falsificación.

Después de discutir un buen rato, Pascal y yo decidimos que, en los próximos

días y con la ayuda del ordenador, especificaríamos el número de víctimas asesinadas hasta el momento y averiguaríamos quiénes eran los congéneres que más tiempo llevaban viviendo en el barrio. Por medio de esa lista, seleccionaríamos luego a otros sospechosos para someterlos a un interrogatorio. Además, tal vez sería posible determinar la periodicidad con que el asesino acostumbraba atacar. Cuando aquel trabajo se hubiera completado, queríamos convocar una reunión de todos los habitantes del barrio para informarles de lo que habíamos averiguado y hacerles las advertencias pertinentes. Aunque yo también me inclinaba cada vez más hacia la hipótesis de que nuestro carnicero era el tan hábilmente fugado Joker, no quería dejar escapar ninguna ocasión de darle una oportunidad a mi (hasta el momento) infalible instinto.

Ya de noche, Barba Azul y yo nos despedimos de Pascal y, con un frío intenso, nos pusimos en camino hacia casa. Entretanto había dejado de nevar, pero en su lugar caía una helada despiadada.

—Deberías tener más cuidado con tu culo —refunfuñó Barba Azul mientras andábamos con dificultad hacia casa en la nieve por encima de los muros de los jardines.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues, según y como están las cosas, esa bestia sigue andando suelta por ahí. Lo más probable es que se haya atrincherado en alguna parte. Ya no puede estar tirándose pedos tranquilamente detrás de una estufa calentita, y, además, tendrá bastantes dificultades para llenarse la tripa. Querrá vengarse de quien haya estropeado sus planes. ¡Mierda, sí!

—No tengo miedo —mentí—. Además, no soy el único detective que le sigue la pista. Le debe sus disgustos tanto a Pascal como a mí.

—Ah, ése. —Barba Azul puso cara de indiferencia—. Según lo que tú has contado, el asesino sólo ataca a los que quieren ampliar su educación sexual. Pero el viejo Pascal está capado. Y además, ejem, de todos modos no va a durar ya mucho tiempo.

—¿Cómo que no?

—Tiene cáncer, creo que es cáncer de colon. El matasanos veterinario sólo le ha dado algo más de seis meses.

No le contesté y tampoco dejé que se me notara por ningún gesto que la noticia me había alcanzado como un proyectil de carga hueca. Era curioso, pero tenía la sensación de que se había pronunciado esa sentencia fulminante e irrevocable contra un amigo con el que me hubiera criado y a quien hubiera conocido desde mi más tierna infancia. De repente y con claridad conmovedora, vi con precisión lo íntimamente ligado que me sentía a Pascal y lo mucho que lo necesitaba como compañero o, más bien, como un querido hermano gemelo del que no podía

prescindir. Sí, éramos como gemelos tanto en aspectos intelectuales como en gustos, un dúo perfectamente compenetrado. Y ahora iba a despedirse antes de que las magníficas aventuras que podíamos compartir hubieran siquiera comenzado. Idiota de mí, con el ajetreo alrededor de los asesinatos, me había olvidado por completo de que la comadre Muerte no acostumbraba organizar unos azotes violentos sino que, por regla general, solía estirar sus rígidos dedos hacia los vivos de forma muy lenta y sigilosa. Era la gran taciturna, la que se mantenía en la sombra, riéndose para sus adentros, mirando al reloj una y otra vez para luego seguir riéndose.

Durante el resto del recorrido, Barba Azul y yo no volvimos a cruzar palabra. Tomar una vez más conciencia de que la muerte no sólo se hallaba presente en las espantosas actividades del asesino sino siempre y por todas partes, nos hizo guardar silencio. Y al morir Pascal, también moriría algo dentro de mí. De hecho, el proceso ya había comenzado.

9

La semana y media siguiente transcurrió, por un lado, entre complicadas acrobacias mentales y, por el otro, en una diversión capaz de producir adicción. Terminó con una sorpresa tan increíblemente amarga que llegó a eclipsar todas las anteriores. Estábamos en aquellos días antes de Navidad espolvoreados de nieve parecida a azúcar glas y en medio de un continuo olor a galletitas caseras. Gustav y Archie se habían propuesto firmemente terminar del todo con la renovación antes de Nochebuena. El hecho de que, con tanto estrés, ninguno de los dos encontrara tiempo suficiente para ocuparse de mí, me parecía muy bien, puesto que yo, entretanto, tenía bastante con mi propio estrés.

Pascal y yo nos dimos cuenta enseguida de que lo que habíamos decidido hacer era una tarea ardua: ordenar y seleccionar los datos acumulados en el ordenador durante muchos años, además de recuerdos fragmentados de los habitantes del barrio. Tal y como había previsto Pascal, era enormemente complicado poder diferenciar los numerosos «fiambres» de los congéneres que sencillamente habían desaparecido de pronto y que, o bien habían muerto de muerte natural, o bien habían dejado el barrio por razones desconocidas. Como es lógico, al fin y al cabo, no podíamos dar datos cien por cien fiables acerca de cuántos realmente habían recurrido a los servicios de Isaías —el guardián de los muertos— a lo largo de todos aquellos años. No obstante, creíamos habernos acercado a la verdad con una probabilidad de por lo menos un ochenta por ciento, gracias a trucos sacados del maletín mágico de la estadística. Barba Azul nos resultó una ayuda inestimable, ya que era él quien se ocupaba de todo el trabajo molesto. Sus conocimientos detallados del barrio y sus numerosos contactos fueron de gran utilidad.

Los datos de Pascal sólo se remontaban a 1982. Por eso, al comenzar nuestra operación de cálculo nos concentramos en todos los congéneres que se habían despedido del barrio desde principios del 82. Ya al quinto día de nuestras investigaciones, llegamos a una cifra «elástica» de ochocientos desaparecidos. Éstos, no obstante, se vieron reemplazados gradualmente por novecientos cincuenta nuevos, lo cual se debía en parte a que nuestra especie se había puesto de moda como animal doméstico fácil de cuidar entre los humanos que, cada vez más a menudo, rehuían aceptar cualquier responsabilidad. Y también en parte a la circunstancia de que los desaparecidos habían hecho forzosamente sitio para los recién llegados. Pascal y Barba Azul estaban más o menos informados de los motivos de la desaparición de aproximadamente doscientos de los ochocientos que nunca se volvieron a ver. Se habían mudado con sus dueños o habían comentado en más de una ocasión que no se sentían a gusto, fuera en el barrio o con sus dueños, y por eso pensaban cambiar de

distrito. Con toda seguridad también habían llegado a realizar este deseo en algún momento. Entonces examinamos la edad de los seiscientos congéneres restantes. Puesto que nuestra esperanza media de vida es de entre nueve y quince años según la medición de tiempo de los humanos, y, puesto que aquellos seiscientos arrojaban ya una media de edad considerable, partimos de la base de que aproximadamente cien de ellos tenían que haber fallecido en razón de su avanzada edad o por enfermedades propias de la edad, sin que nadie más se hubiera dado cuenta porque sus dueños probablemente los habían enterrado sin demora. Pascal había llevado cuenta además de la tasa de mortalidad normal del barrio; pero, como en todos estos casos el motivo de la muerte era conocido, lo lógico es que no tuvieran nada que ver con los cien casos de muerte que nosotros habíamos calculado. Con una cifra tan alta de desaparecidos, también teníamos que calcular una cifra imprecisa. Cierto porcentaje de ellos se había esfumado de hecho por motivos que eran imposibles de especificar. En esta zona difusa se encontraban por ejemplo los secuestros de animales de pura raza y los accidentes de tráfico, en los cuales las víctimas encontraban su último descanso dentro de un recipiente de basura con la ayuda de algún observador atento. Nosotros calculamos generosamente esta cifra imprecisa en un diez por ciento, lo cual significaba que entre los quinientos congéneres restantes se encontraban cincuenta candidatos a «desaparecidos en combate».

Doscientos más cien más cincuenta son trescientos cincuenta. Ahora sabíamos que de los ochocientos de nuestra lista que habían desaparecido sin dejar huella, en trescientos cincuenta casos no se trataba de víctimas de asesinato. Por lo tanto, según cálculos lógicos, el número aproximado de congéneres que habían perdido la vida de manera tan horrible —mordidos por el mordedor mayor— durante los últimos siete años debía de ascender a unos cuatrocientos cincuenta. No obstante, seguimos con nuestros cálculos. Si nuestro carnicero había ejercido su trabajo con una periodicidad regular, significaría que había mandado a 64,28 felidae al año, 5,35 al mes y 1,33 a la semana a los cotos de caza eternos. Desde el punto de vista de la estadística, cada cinco días aproximadamente había hecho que uno de los nuestros se presentara ante su Creador. Pero estos cálculos no concordaban con la realidad de las últimas dos o tres semanas, puesto que, aunque se tomaran en cuenta las numerosas inexactitudes, parecía que últimamente se había cargado a casi dos veces el número habitual y que atacaba a un ritmo de entre dos y tres días.

Claro que estas filigranas de contabilidad no eran más que especulaciones, ilusiones estadísticas, titilantes juegos de números en la pantalla del ordenador sobre el que siempre nos abalanzábamos tan pronto el amo de Pascal se esfumaba. Pero era imposible que nos hubiéramos equivocado demasiado: allí abajo en el templo se encontraban muchos cientos de esqueletos, como había podido comprobar con mis propios ojos. Probablemente nos habíamos acercado mucho más a la verdad con este

método de lo que nosotros mismos hubiéramos podido sospechar. En cambio estábamos más lejos que nunca de descubrir el motivo de los asesinatos.

El camino hacia resultados razonablemente realistas era una tarea plagada de dificultades. Sin Barba Azul, que se encargaba de entrevistar a los habitantes del barrio y de buscar a los familiares y amigos de los desaparecidos para preguntarles sobre los últimos comentarios de sus amados ausentes, proporcionando la información que faltaba a la crónica del ordenador, seguramente no habríamos podido componer una lista tan completa en un tiempo tan corto.

Pero al margen de semejante ajetreo, Pascal me iniciaba paso a paso en los secretos del ordenador, que me abrió un universo fascinante, lleno de una lógica juguetona y de juegos de lógica. Sólo el programa de base de datos que nos había quitado la mitad del trabajo al elaborar las estadísticas, me había fascinado de tal modo que yo, solo, llegué a aprenderme su funcionamiento en un día, aunque Pascal también me dio algunos consejos. Fue él, asimismo, quien me enseñó a abrir ficheros secretos que únicamente podían ser activados y llamados a la pantalla por medio de una clave personal. Su existencia seguía siendo un secreto incluso para el dueño del aparato.

Pero yo quería aún más, en la medida en que había descubierto una manera de poder mantener en forma con alimento intelectual a mi cerebro cavilador y enfermizo, condenado la mayor parte del tiempo a la inactividad. Me embriagaba poder simular la realidad o penetrar en el reino de las abstracciones con sólo darle a un par de teclas, y me convertí en un adicto después de la primera dosis. Por eso, durante el trabajo, me dirigía repetidamente a Pascal suplicándole que me proporcionara material adicional. Él me hablaba de los muchos lenguajes de ordenador con nombres tan prometedores como Basic, Fortran, Cobol, Ada y, curiosamente, incluso Pascal. Quería enseñarme uno de esos lenguajes al terminar la caza del asesino, para que así fuera capaz de crear mis propios programas.

Pero todas esas promesas, hechas con sonrisa alentadora y ojos centelleantes, eran para mí como una puñalada porque, automáticamente, tenía que pensar en el corto tiempo que le quedaba a mi maestro. Habríamos podido hacer tantas filigranas intelectuales y desvelar tantos misterios oscuros si sus tripas no hubieran estado llenas de esos endiablados tumores que crecían y crecían, mientras nosotros nos entregábamos a sueños infantiles. El dolor que horadaba mi corazón cada vez que lo animaba a hablarme más acerca de las grandes cosas que aún pensaba enseñarme, llegó a ser tan insoportable que finalmente procuraba evitar mencionar cualquier cosa relacionada con un futuro en común y trataba de dirigir la conversación hacia los problemas pendientes. En esta atmósfera de inseguridad y de fantasías descabelladas trabajábamos ante la pantalla del ordenador a lo largo de muchos días y, cuando Karl Lagerfeld no volvía a casa, incluso de noche. Yo me sentía desgarrado entre los éxitos

que celebrábamos todos ronroneando alrededor del plato de comida, y la tristeza que siempre se apoderaba de mí en oleadas rítmicas, como una marea, cuando pensaba en el destino que en poco tiempo le esperaba a mi querido amigo. Y así ocurrió que la muerte llegó a arrojar su sombra sobre cada brote de alegría, cada risa y cada chispa de felicidad que sentíamos. Claro que aún se encontraba bastante lejos y sólo podía discernirse de forma muy difusa. Pero ya podían verse sus ojos brillantes de color rojo ensangrentado.

Hacíamos muy pocas pausas, y Barba Azul las aprovechaba para entregarnos informaciones nuevas o entretenernos con los últimos chismorreos del barrio. Durante una de esas pausas, la pintura enorme de Gregor Johann Mendel que había en la pared volvió a llamar mi atención. Puesto que yo estaba casi siempre en el despacho, había llegado a acostumbrarme entre tanto a aquella pintura, y apenas le prestaba atención. Pero de repente mi vista volvió a recaer sobre ella y recordé que la siniestra figura había aparecido en una de mis horribles pesadillas. Le pregunté a Pascal quién demonios era ese Gregor Johann Mendel. Contestó escuetamente que se trataba de un famoso religioso del siglo pasado a quien su dueño admiraba. Pues bien, su respuesta me bastaba para sacar conclusiones acerca de la religiosidad de su dueño y con eso me di por satisfecho.

Finalmente terminamos el trabajo y nos preparamos paso a paso para la reunión en la que íbamos a informar a la gente de a pie sobre nuestras conclusiones. Además, queríamos advertirles sobre el asesino e informarles acerca de sus extrañas costumbres. Porque con toda probabilidad seguía merodeando por el barrio. En lo que a ese punto se refiere, me sentía por completo frustrado. Aunque encontramos numerosos vecinos antiguos, ninguno de ellos podía considerarse seriamente sospechoso. O bien eran unos viejos carrozas que en años pasados se habían dedicado a engendrar incontables generaciones, o resultaron ser abuelos completamente chochos que ni siquiera eran capaces de comprender lo que queríamos saber de ellos. Otros compartían el triste destino de Barba Azul y carecían desde un principio de las condiciones físicas para haber llevado a cabo actos que necesitaban tal despliegue de energía y agilidad. Para mi gran consternación, tuvimos que volver a recurrir a Joker como el único sospechoso posible, lo cual volvió a sumir todo el asunto en el reino de lo inexplicable y de las suposiciones poco claras. Barba Azul había regresado más de una vez a la casa de porcelanas para interrogar a los vecinos y, de vez en cuando, incluso vigilaba el edificio. Pero Joker seguía desaparecido, como si se lo hubiera tragado la tierra; y la esperanza de que volviera a aparecer alguna vez disminuía de día en día. Yo a veces pensaba, sonriendo amargamente, que mientras nosotros estábamos aquí rompiéndonos los sesos con su pasado asesino, tal vez se hubiera embarcado como polizón en algún barco rumbo a Jamaica, y se estuviera divirtiendo allí con las congéneres nativas.

Aunque estábamos realmente orgullosos de nuestro trabajo y nos gustaba imaginarnos que habíamos conseguido averiguar bastante gracias a procedimientos científicos, en la cabeza nos seguía rondando la sensación de haber fracasado. Porque mirándolo objetivamente, ¿qué cosa importante habíamos conseguido? En mi opinión, ¡absolutamente nada! No teníamos móvil, asesino, ni siquiera una teoría plausible. Seguíamos andando a tientas, y siempre que se encendía una cerilla en alguna parte, tratábamos de convencernos de que aquella pobre lucecita era un sol. Sencillamente faltaba el pegamento para juntar los incontables trozos y así poner de manifiesto la verdadera forma del antiguo jarrón.

La cita para la reunión de vecinos del barrio se fijó en la Nochebuena. En esa fecha, los humanos estarían bastante ocupados con las festividades y podríamos escapamos de su control con mayor facilidad. El ruinoso primer piso de nuestra Villa Frankenstein se designó como lugar de reunión. Era un sitio que todos conocían por haberse celebrado allí odiosas ceremonias. El día antes, Barba Azul fue de casa en casa y de jardín en jardín invitando a los congéneres. Mi deseo no articulado era que Joker apareciese en el punto culminante de la ceremonia, igual que hacía el villano en todas las novelas de Agatha Christie, cuando todos estaban reunidos. Cada vez que lo pensaba sonreía sin querer, porque siempre evocaba la imagen de una tarjeta postal donde Joker daba alegres maullidos y se paseaba por una playa caribeña mientras pescaba deliciosos frutos de mar entre las olas.

Llegó, por fin, el gran día y yo desperté en la mañana del 24 de diciembre de un sueño intranquilo repleto de una mezcolanza de todas las impresiones espantosas de las semanas anteriores. Mientras me levantaba, desganado y malhumorado, y comenzaba a arquear el lomo con indiferencia, no podía sospechar que ese día iba a ser el más importante de mi vida hasta entonces. Ese día iba a aprender más de mí mismo, mi especie y el mundo blanco, negro, aunque al fin y al cabo siempre gris, que en todo el tiempo que había dedicado a concentrarme en temas profundamente filosóficos. Y lo iba a aprender de una manera increíblemente rápida gracias a que tenía un maestro excelente: el asesino.

La mañana en cuestión me despertaron fuertes risotadas que venían de la habitación de al lado y el tintineo de vasos que chocan. Miré aturdido a mi alrededor porque la noche anterior había vuelto a casa tan agotado y extenuado de la última sesión que ni siquiera sabía dónde me había dejado caer.

Entonces mis ojos vieron un dormitorio, pero no estaba muy seguro de encontrarme en mi casa. Luego vi en la pared a los Samuráis, que entretanto habían sido coloreados, y me di cuenta de lo que me había perdido mientras jugaba con el ordenador. La renovación de nuestro castillo de fantasmas estaba terminada. El sitio donde me había acostado era un llamado futón, o sea, algo así como un colchón sobre el cual los japoneses suelen pernoctar, en caso de que tengan alguna vez tiempo para

dormir siquiera, entre tanto montaje de walkman y aparatos de compact disc. También el resto de la habitación tenía un aire asiático. A lo largo de las paredes había biombos recubiertos con papel de seda y lámparas chinas con motivos de dragones, que ardían tranquilamente colocadas sobre taburetes de bambú. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Se habría vuelto Gustav completamente loco? ¿Nos iba a despertar de ahora en adelante el sonido de un gong? ¿O quizá el suave canturreo de una geisha?

¡Archibald! ¡Claro, ese fanático ambulante de la moda! ¡Ese vacío propulsor de nuevas tendencias! ¡Ese fantoche emperifollado manipulado por supuestos artistas con nombres impronunciables y domicilios impronunciables que, además, habían elevado hasta la forma de una taza de water a filosofía de vida! A Gustav lo había echado a perder por completo, lo había convencido de que comprara todas las horteradas concebibles que pudieran encontrarse bajo el título altisonante de «life style» en esas revistas ridículas para yuppies. Pobre Gustav, seguramente iba a tener que escribir ciento doce mil novelas rosas hasta que cumpliera ciento doce años para poder pagar las letras de tanta porquería. Por otra parte, Gustav ha tenido que ser una ganga para Archie porque, en cuestión de gusto, de cualquier manera poco era lo que se podía estropear ya el de Gustav. Y, ¿cuál habría sido la alternativa? ¿Una casa llena de colorido vulgar sacada de algún catálogo de ventas por correo? ¡Con toda seguridad! Sacudí la cabeza con resignación. Se mirara como se mirara, mi compañero no era ninguna lumbrera y yo tenía que hacerme definitivamente a esa idea.

Mientras respiraba el olor desagradable de pintura fresca, fui a rastras hasta el pasillo, preparado para encontrarme con un viejo gramófono de monedas estadounidense en alguna parte del salón. Y es que, francamente, los consejos de decoración de Archie eran dignos incluso del cliché más vulgar. Al lado de una barra americana con forma arqueada sobre la que se alzaba un gigantesco espejo inclinado un tanto hacia adelante, se encontraba la pieza de marras emitiendo una especie de croar «virtuoso» de saxofón, como si Gustav supiera siquiera la apariencia que tiene un saxofón.

A través de la puerta abierta vi a los dos alegres entusiastas del bricolaje de pie en medio de la habitación, brindando nada menos que con champán. Mientras tanto miraban con orgullo alrededor del cuarto, disfrutando de su desnudez, que por cierto no tenía nada que envidiarle a la del salón de Karl Lagerfeld. Sólo había un sofá de color rojo-bombero y una mesa de granito con forma geométrica nada definible perdidos en un rincón oscuro. Gustav había podido hacer prevalecer su gusto personal sólo en un punto. A pesar de todo, las paredes seguían estando cubiertas de ampliaciones a todo color de jeroglíficos, imitaciones de tapas de sarcófagos hechas de escayola y, —vaya, vaya— un excelente relieve artístico que representaba a la

diosa Bast en forma de una congénere.

Cuando Archie y Gustav se dieron cuenta de mi presencia, me sonrieron ingenuamente, levantando sus vasos en señal de saludo. No les hice ningún caso a los dos graciosos, pero sí una rápida inspección del resto de la vivienda. Comparado con semejante ensalada de artículos de moda, el despacho seguía siendo el cuarto más pasable. Amueblado al estilo inglés antiguo, con librerías macizas que llegaban hasta el techo como en las bibliotecas clásicas y alumbradas sólo por una vieja lámpara de lectura, tenía el ambiente agradablemente contemplativo que un obrero del pensamiento como Gustav necesitaba. La tercera habitación y la cocina, por otra parte, habían vuelto a caer víctimas de los delirios de diseño de Archie. Daban cobijo a toda suerte de cosas imaginables que algún empleado despedido de cualquier empresa respetable de objetos para decoración de interiores se hubiera llegado a inventar y, peor aún, fabricar y, todavía peor, vender a personas tan indefensas como Gustav.

Pero basta ya de lamentaciones. Lo hecho, hecho está. Por lo menos íbamos a poder volver a la rutina diaria de cuando mi retrasado amigo y yo escuchábamos discos de música clásica, veíamos maravillosas películas de Fred Astaire y organizábamos alegres comilonas como en los viejos buenos tiempos, sin dejarnos molestar por las miradas envidiosas de apóstoles de la salud, como Archie. ¿Como en los viejos buenos tiempos? Difícilmente, si no se arreglaban ciertos asuntos que había que arreglar.

Después de un copioso desayuno compuesto de varias clases de carne selecta y de LatziKatz, que Gustav se había permitido comprar para festejar el día, hice una visita corta a las catacumbas. Isaías, a quien encontré durmiendo en el templo y tuve que despertar, se puso loco de puro contento al volver a verme. Después de saludarlo cordialmente, le pregunté si entretanto el Profeta había vuelto a dar señales de vida o si quizá incluso había vuelto a agasajar al buen guardián de los muertos con nuevos envíos, lo cual parecía estar dentro de lo posible teniendo en cuenta lo sagrado de la fecha. El Persa dio una respuesta negativa, añadiendo vacilante a su manera tan ceremoniosa que poco a poco había llegado ya a hartarse de aquella vida en el mundo subterráneo. Acto seguido y como primera medida de «resocialización» lo invité a la conferencia de medianoche. Pero él se echó atrás y empezó a salmodiar millones de razones por las que no iba a poder asistir precisamente en esa noche. La razón verdadera de su timidez estaba bien clara: el Profeta aún no había levantado la prohibición de salir.

Después de un par de horas abandoné las catacumbas con el firme propósito de hacer cuanto estuviera en mi mano por liberar a criatura tan lastimosa del entramado de engaños que había sido construido especialmente para él por el asesino.

Después volví a casa con el propósito de observar los preparativos de Gustav para

la fiesta. Según su vieja costumbre, pasaba la Nochebuena solo, si no se tomaba en cuenta a mi humilde persona. Hacía tiempo que Archie se había esfumado para salir pitando hacia algún refugio de esquí helvético, donde hordas de primates de la jetset celebraban el nacimiento de Jesús de una manera poco convencional, probablemente copulando los unos con los otros y engendrando nuevas generaciones de Thurn y Taxis. Antes de que se hiciera de noche, se colocaría un raquítico árbol de Navidad en el salón e incluso se decoraría de manera bastante festiva con angelitos de chocolate y velas de plástico. Y luego, se metería el asado de cordero en el horno.

A pesar de que mi amigo se encontraba de buen humor, yo me sentía lleno de melancolía por el hecho de que nadie lo hubiera invitado tampoco este año a una comida navideña. También era bastante improbable que alguien hubiera mostrado reacción alguna a una invitación por su parte. Y así tuve que volver a constatar que Gustav era un solitario nato, cuya existencia nadie tomaba en serio y cuya muerte no tendría otro efecto que la dada de baja automática en las compañías de agua y electricidad. Sí, claro, estaban Archie y un par más que él, en su ceguera, llamaba amigos. Pero en realidad, todos eran conocidos sin nombre ni cara, y así también se comportaban. De tarde en tarde nos honraban con su presencia durante la cena y traían como regalo una botella de vino. Y de vez en cuando también ellos invitaban a Gustav y él les llevaba como regalo una botella de vino. Las botellas de vino cambiaban, pues, de dueño con una periodicidad trimestral… Sólo los sentimientos, los sentimientos de Gustav —realmente los tenía— quedaban presos dentro de la cárcel que mantiene cautivos tanto al solitario como a sus sentimientos. Mirándolo bien, Archie era el más fiel de todos, aunque sólo se lo veía un par de veces al año y aunque estaba completamente chiflado. Pero por lo menos ayudaba a mi compañero cuando lo necesitaba, creando así la ilusión de una amistad. ¿Y yo? Pues bien, yo no era un humano ni era capaz de llenar sus vacíos emocionales humanos. Y no obstante (en estas fechas sentimentales, podía uno arriesgar hacer una confesión sentimental), yo era probablemente el único ser viviente de la Tierra que de verdad lo quería. Sí, señor, yo quería a ese desmañado, a esa sandía demasiado madura con forma humana, a ese hipopótamo parlante, a ese mega-don nadie, a ese fracasado total, a ese cochinillo aburguesado tan satisfecho de sí mismo, a ese literato medio analfabeto, a esa cabeza hueca, a esa aglomeración de átomos deficientes, a ese cero coma cero, ¡y cualquiera que intentara hacerle daño tendría que vérselas con mis uñas, afiladas como escalpelos!

Justo después de comer el asado juntos —yo debajo de la mesa y Gustav sobre una diminuta silla de cocina de diseño, demasiado pequeña para su trasero de elefante, y que seguramente había costado una fortuna—, salí furtivamente por la puerta trasera. Me aseguré de que la entrada de la parte de atrás estuviera abierta para los participantes de la conferencia y entonces subí lentamente por la escalera

desvencijada de madera hasta el piso superior. Entretanto, mi solitario amigo estaría escuchando, como era su costumbre en Nochebuena, el coro pastoral estereofónico de unos niños cantores de catedral, hasta hartarse de aquel teatro para luego enfrascarse de nuevo en las investigaciones sobre su diosa de 3500 años.

Fuera la nieve caía espesa y sin parar, y las calles, que parecían cubiertas por un gigantesco manto de color blanco azulado, hubieran sido un excelente motivo navideño para una pintura de estilo *naïf*. Pero un viento helado ya anunciaba que el idilio invernal pronto se convertiría en fuerte ventisca. A través de las ventanas, cuyos postigos con el paso de los años estaban destrozados o reducidos a las bisagras peladas, entraba la luz mortecina de las farolas de la calle, que apenas daba un poco de claridad en las habitaciones ruinosas. Yo había llegado intencionadamente con una hora de antelación para estar a solas con mis pensamientos. Presentía que algo decisivo iba a ocurrir esa noche. Desde luego no era de esperar que la reunión fuese a revelar nada espectacular ni nuevo. Pascal y yo sólo queríamos dar un informe parcial y quizá algo así como una muestra de fuerza conjunta. Quienquiera que fuera el asesino, y dondequiera que se encontrara, debía saber que todos estábamos sobre su pista y que no estábamos dispuestos a sometemos más tiempo a su tiranía sangrienta. Pero también había en el aire un extraño presagio que traía la promesa de algún acontecimiento definitivo.

Sentado en el centro de la habitación, entre cuyas paredes cargadas de maldiciones había comenzado todo, pasé el tiempo que aún quedaba en un estado de conciencia parecido a la meditación. Y mientras más cedía el caos dentro de mi cabeza ante un orden cristalino, tanto más me llenaba de una energía benéfica cuyo impulso me hacía creer que, con cada segundo que pasaba, iba acercándome al desenlace de la historia. Era como si el silencio metafísico a mi alrededor liberara a mis nervios de cuanta suciedad se había acumulado en aquel cenagal de mentiras y engaños, de sangre y de odio. Comencé a pensar con más claridad y fluidez mientras el tiempo parecía pasar volando…

Finalmente entraron Pascal y Barba Azul en la habitación, poniendo fin a mi extraña meditación antes de que hubiera podido llegar a ningún resultado concreto. Al viejo se le notaba que la marcha hasta allí le había supuesto un enorme esfuerzo. Después de un breve saludo, se dejó caer sobre su trasero, intentando desesperadamente coger aire.

—¿Cuándo comienza por fin la función? —preguntó Barba Azul impaciente, mientras miraba con desdén de reojo los cables eléctricos sueltos que brotaban desde el suelo de parqué levantado y que también a él le habían causado dolor en tiempos pasados. Acababa de pronunciar esas palabras cuando comenzaron a entrar los primeros invitados, arrastrando tras de sí una caravana interminable de curiosos compuesta de congéneres de las más diversas razas, colores de piel y edades. Aunque

en su mayor parte se trataba de Europeos de Pelo Corto normales y corrientes, también llenaban la sala ejemplares tan exóticos como el Fold Escocés de orejas dobladas, el orgulloso Somalí, el Manx sin rabo, el gracioso Bobtail Japonés y el Devon Rex, cuya cara se parecía bastante a la de un murciélago. Algunas madres venían acompañadas de sus pequeños que retozaban despreocupadamente entre ellos. Los mandamases del distrito y un par de viejos ponían caras teatralmente escépticas y, además, no hacían ningún esfuerzo por ocultar el hecho de que consideraban que actos como ése eran una solemne tontería. Pero aunque con toda seguridad iban a hacer todo lo que estuviera en sus manos por ridiculizarnos a Pascal y a mí, se podía notar cierta inquietud y curiosidad detrás de sus fachadas de rechazo. Había otros congéneres, sin embargo, que veían en todo aquello una especie de fiesta de Navidad que les brindaba la ocasión de renovar sus contactos sociales. Se olisqueaban y se lamían los unos a los otros en señal de saludo, reanimaban antiguas enemistades y se daban bufidos o incluso armaban peleas salvajes. No obstante, la mayoría de los invitados parecía estar seriamente interesada en el asunto por tratar, ya que entretanto las atrocidades eran harto conocidas y habían llegado a crear un ambiente de amenaza permanente.

El sombrío local iba llenándose cada vez más deprisa y, por primera vez, pude hacerme una idea más o menos exacta de la gran cantidad de minusválidos que vivían en el barrio. Todo lo que había visto hasta entonces me parecía una mera muestra a la vista de aquellas pobres criaturas. Muchas de las heridas que les habían sido infligidas a las víctimas por Preterius nunca habían llegado a curarse por completo. Sus cuerpos maltratados estaban cubiertos por cicatrices largas y feas, alrededor de las cuales nunca había vuelto a crecer el pelo. Tenían aspecto de ser inválidos de guerra. También llamaba la atención la gran cantidad de congéneres a los que les faltaba el rabo o alguna pata.

Como toque final, Kong y sus infaltables Herrmann se unieron a la asamblea. Las masas se apartaban con respeto para formarles un pasillo. La fornida bestia pasó orgullosamente hasta llegar a la primera fila donde se dejó caer cuan largo era con el aire autoritario de un pachá. Al mismo tiempo apareció en su cara una sonrisa cargada de descaro que parecía querer decirnos que no nos correspondía a nosotros dar la salida de aquel torneo sino única y exclusivamente al rey.

Las murmuraciones y el cuchicheo se apagaban poco a poco y todos se sentaron para dirigir sus miradas llenas de expectación hacia Pascal y hacia mí.

—Queridos amigos, os damos las gracias por haber acudido en tan gran número a nuestra invitación —comenzó Pascal, levantándose con dificultad de su asiento. Bajo la iluminación espectralmente mortecina, la legión de los congéneres había cobrado el aspecto de una alfombra muy mullida. Sobre ella, sus ojos de color azul, verde, amarillo y avellana centelleaban como canicas de cristal fosforescentes, llenos de

curiosidad e impaciencia.

—Ojalá tengáis algo que ofrecernos, compañero. ¡Si no, alguien va a tener que pagar muy caro que haya tenido que perder mi película de Navidad favorita en la tele! —resopló Kong con su habitual fanfarronería. Apoyado por Herrmann y Herrmann desencadenó la obligatoria cascada de risas entre el público. Pero en Pascal había encontrado la horma de su zapato. Él no se dejaba amilanar tan fácilmente como yo y ni siquiera se dignó contestar con su acostumbrada ironía a comentario tan estúpido. Iracundo, se acercó al gracioso con sonrisa simplona y le echó una mirada malévola con ojos que echaban chispas.

—¡Tú, Kong, rinoceronte idiota! —lo reprendió—. Si tuvieras el menor sentido de la decencia, por lo menos harías como si estuvieras de luto por tu Solitaire. Ahórrate tus bromas impertinentes y escucha la nueva información que vamos a ofrecer. Tal vez lleve a la captura del asesino de tus hijos, muertos antes de nacer.

La expresión sarcástica de Kong cambió súbitamente por una mueca rígida en la que se alternaban el desprecio y la desesperación. Sus párpados temblaban e intentó hablar varias veces, abriendo y cerrando la boca como un pez a la caza de alimento, antes de decir algo.

—Tarde o temprano voy a coger a ese bastardo de todas maneras. Por lo tanto, no necesito escuchar vuestra absurda información primero.

Pascal sonrió con frialdad y dio unos pasos hacia atrás de modo que volvió a estar a la vista del público.

—¡No vas a coger a nadie, imbécil! ¿Crees que ese tipo va a llamar a tu puerta algún día para pedirte perdón? ¡Bah! Qué inocente eres. ¡Aquí nos las tenemos que ver con el mismísimo Satanás, no con ningún fantoche como tú!

Ahora el pachá sintió las miradas de reproche de sus subordinados, que entre tanto se abstenían de mostrar lealtad alguna, y muy nervioso comenzó a cambiar de postura en el lugar donde estaba sentado. Herrmann y Herrmann, creyendo que peligraba la autoridad de su jefe, se acercaron agresivamente a los congéneres que estaban de pie detrás de ellos, mirando a la muchedumbre con ojos fijos y amenazantes. No obstante, el jefe mismo parecía ya haber metido el rabo entre las patas.

—¡Maldita sea! Estará permitido gastar una broma, ¿verdad? —masculló finalmente bajando la cabeza, frustrado y ofendido.

—Se han gastado ya demasiadas bromas, Kong —respondió Pascal tristemente—. El problema es que nuestro amigo asesino carece de sentido del humor. No se ríe, ni siquiera sonríe. Se ha despedido de la risa desde que ha descubierto un placer mucho más emocionante. Así que vayamos a las atrocidades que hemos venido a escuchar. Lo más importante que tengo que comunicaros es el hecho escandaloso de que, desde hace tiempo, nuestro distrito está siendo azotado por una serie de asesinatos. Las

actividades del asesino se remontan con mucha probabilidad al año 82. Y no han sido solamente siete las víctimas, como habíamos supuesto hasta ahora, sino aproximadamente cuatrocientas cincuenta.

Un grito recorrió la multitud y comenzó un cuchicheo histérico. Muchos sacudieron la cabeza con incredulidad o suspiraron escandalizados. Pero poco a poco se fue apagando el alboroto, dando lugar a un silencio lleno de resignación y horror.

Aunque las revelaciones de Pascal podían parecerles poco realistas a los no iniciados, y les brindara a los escépticos la oportunidad de poner realmente en duda nuestras investigaciones e incluso de clasificarlas como memeces, curiosamente nadie rechistó. Porque, según creía yo, en el fondo de sus corazones todos lo habían sospechado durante mucho tiempo. Cada uno de ellos tenía que haberse dado cuenta en algún momento a lo largo de los años de que un amigo, conocido, familiar, hermano o hermana había desaparecido de repente, sin motivo que lo justificara. Jamás se los había vuelto a ver, nunca habían regresado. El hecho de que hubiera podido ocurrir —sin que en apariencia se notara— se debía al mismo mecanismo utilizado por todas las tiranías para imponerse, si no se las detiene a tiempo. El mal siempre tiene posibilidades si cuenta con una ignorancia bienintencionada. En otras palabras, las cosas siempre llegan tan lejos como se las deja llegar. La comodidad es el mayor mal de este mundo, la plaga de cada ser inteligente, y mi especie es especialmente propensa a este rasgo de carácter.

Una ira impotente empezó a surgir dentro de mí mientras más observaba a aquellos hipócritas que fingían estar completamente sorprendidos, aunque en realidad sabían muy bien lo que habían consentido durante tanto tiempo. Ésa era la cara fea de los felidae… ¿Tal vez la verdadera? Nunca había estado tan cerca de mandarlo todo al garete como en ese momento. ¡Que se salieran ellos mismos del lío sangriento en el que se habían metido! ¡Que intentaran acabar ellos solitos con la rutina que el asesino entre tanto había perfeccionado!

Antes de que el resentimiento me arrastrara a cometer alguna temeridad, Pascal comenzó a leer en voz alta el informe de las investigaciones como si hubiera adivinado mis pensamientos. Habló del misterioso ejército de esqueletos que se encontraba bajo tierra y de cómo habíamos conseguido calcular su número aproximado extrapolando esos datos. Después llamó la atención de los presentes a la entre tanto aumentada actividad del asesino y al hecho de que debía tratarse de uno de nosotros, que, además, aparentemente disfrutaba de gran confianza en el barrio. Advirtió a los congéneres que entraban en celo así como a las embarazadas, que debían ejercer una cautela mayor en su trato con individuos que despertaban su confianza ya que, según los conocimientos que hasta entonces teníamos, el asesino se había especializado en esos dos grupos.

Mientras Pascal presentaba los hechos de manera objetiva y comprensible para

todos, reinaba el más absoluto silencio y todos escuchaban con una concentración que nunca se hubiera esperado de ellos. Incluso Kong, tras algún cuchicheo inicial con Herrmann y Herrmann, quedó cautivado por el horripilante análisis y finalmente, tal vez por primera vez en su vida de grosero, le faltaron por completo las palabras. Antes de que Pascal me cediera el turno para hablar, recomendó a los allí reunidos que de momento y en lo posible renunciaran del todo a sus paseos nocturnos y que, en cuanto a la sexualidad, se moderaran un poco aunque, como él muy bien sabía, les pareciera una exigencia imposible a muchos de los presentes.

—Queridos amigos, me llamo Francis —comencé mi discurso—. Me mudé a vuestro barrio hace pocas semanas. A pesar de ello, he podido averiguar una cantidad considerable de cosas importantes de cuya existencia ni siquiera teníais idea. Por ejemplo, en 1980 había en este edificio un laboratorio que experimentaba con animales, donde se cometieron crímenes inconcebibles contra los de nuestra especie. Algunos de vosotros sois víctimas de aquellos crímenes sin saberlo, puesto que en ese entonces erais pequeñuelos y no podéis acordaros. Pero desgraciadamente es la verdad: todos los mutilados entre vosotros han sido víctimas de las malditas maquinaciones de los hombres, ¡sois inválidos por culpa de los experimentos con animales!

Gemidos y quejidos colectivos recorrieron el público. Todos comenzaron a hablar frenéticamente y, en poco tiempo, la habitación se llenó de un ruido ensordecedor. Le eché una mirada vacilante a Barba Azul, sentado a aproximadamente metro y medio de mí. Ni siquiera parpadeó y siguió mirando fija y obstinadamente al espacio delante de él con su único ojo sano. De repente me di cuenta de que el muy bribón lo había sabido todo el tiempo, no sólo sospechado, sino sabido. No tenía precisamente el cerebro más iluminado que existía bajo el sol, pero sí tenía una característica de inmenso valor, a saber, la llamada sabiduría campesina o lo que se suele llamar «sentido común». Ese don oculto le permitía vislumbrar por instinto cosas de las cuales nunca habría podido saber nada. Y por eso siempre había presentido en lo más íntimo de su ser que había sido mutilado tan horriblemente por la mano del hombre, por unos monstruos sádicos que habían dispuesto de su cuerpo como si de una especie de plastilina viviente se tratara. Pero él no se había quejado de su suerte sino que le había sacado las uñas a la vida, dándole día a día de puñetazos en la boca. Aunque los hombres le hubieran robado partes de su cuerpo, no le habían podido quitar su corazón de varón valiente.

—¡Silencio, amigos! ¡Silencio por favor! —gritó Pascal, llamando al orden a la agitada multitud. Pero hacía tiempo que el griterío de los invitados, que intentaban de manera desesperada desahogar su horror, se había vuelto incontrolable. Muchos de los mutilados estaban del todo pasmados y miraban fijamente al vacío o sollozaban. Sus amigos los lamían, compasivos, tratando de consolarlos. Los jefes del barrio me

gritaban obscenidades como si yo hubiera tenido la culpa de la tragedia. Pascal volvió a intentar varias veces hacer que la multitud entrara en razón hasta que vio la futilidad de su llamamiento. Sacudió la cabeza y se dio por vencido.

Cuando la escena empezó a cobrar dimensiones de motín, Kong se levantó tranquilamente, se desperezó, se estiró de aburrimiento y se volvió hacia la chusma agitada para contemplarla con la misma indulgencia con que una madre suele mirar a sus críos lloriqueantes.

—¡Basta ya! —ordenó después de un rato con voz atronadora. Al mismo tiempo cambió la expresión juiciosa de su cara, como si le hubieran pulsado una tecla, por una máscara fría de autoridad que no pensaba tolerar ninguna protesta. Todos enmudecieron y se volvieron otra vez respetuosamente hacia delante, donde nos encontrábamos.

»¿Qué queréis? ¿Lloriquear o enteraros? ¡Dios mío, sois tan imbéciles! ¿Por qué creíais que algunos de nosotros andábamos lisiados por ahí? ¿Porque habíamos chocado contra un gnomo de jardín quizá? Ya se sabe que los ratones y los hombres son los peores animales que existen. Así que tranquilizaos y dejad que el sabihondo siga hablando. Tal vez vaya a dar a conocer la identidad del asesino.

—Te doy las gracias, Kong —suspiré aliviado, inclinándome ligeramente hacia él. Aprovechando el silencio que repentinamente colmaba la sala, proseguí sin rodeos.

»Siento no poder de momento ofreceros al asesino. En cambio tal vez sí os pueda ofrecer la verdad. Un número considerable de vosotros, queridos amigos, veneráis al profeta Claudandus. Según he podido averiguar en el transcurso de mis investigaciones, ese hermano de hecho vivió y fue un personaje digno de veneración. Pero no tenía nada de santo y su suerte desgraciadamente tampoco estaba de ninguna manera bajo los auspicios de Dios. Al igual que los mutilados de entre vosotros, también él fue torturado por los hombres en ese horrible laboratorio de experimentación. Pero puesto que las características de su organismo constituían una especie de misterio biológico para los humanos, tuvo que soportar los suplicios más crueles. Finalmente murió, pero en las leyendas y en el culto a su persona que Joker introdujo en el barrio, sigue vivo…

—¡Él no ha muerto!

Era la voz endeble de una muchacha. Procedía de algún lugar del oscuro tapiz bordado de pelotas peludas grandes y multicolores delante de mí, en donde cientos de pares de ojos brillaban como bengalas en un concierto de rock. De reojo vi que Pascal miraba fijamente al público con una mezcla de estupefacción y rabia, como si hubiera sido a él y no a mí a quien habían interrumpido. De nuevo hubo un revuelo entre los invitados, que cuchicheaban mientras miraban a su alrededor para ver si lograban identificar a la dueña de la voz.

—¿Quién ha dicho eso? —quise saber.

—Lo he dicho yo —dijo la voz endeble. Entre la multitud se produjo gran agitación. Poco a poco se fueron separando los invitados que se encontraban de pie, hasta formar finalmente un corro alrededor de una congénere muy joven, a quien parecían querer traspasar con su mirada penetrante y ávida de sensaciones.

Era una verdadera joya, una alhaja fascinante de la raza Arlequín. El blanco radiante de su piel aterciopelada sólo estaba salpicado en la nariz, la oreja izquierda, el pecho y el rabo por las pequeñas manchas triangulares típicas que, de hecho, le daban el aspecto de la famosa figura de teatro. Al darse cuenta de que todos la miraban, pareció arrepentirse de haberme interrumpido tan valiente y espontáneamente y, muy nerviosa, comenzó a encoger las orejas. Después fue adelantándose a pasitos pequeños y se quedó parada delante de mí con una sonrisa tímida.

—¿Quién eres tú, pequeña? —le pregunté, devolviéndole la sonrisa para no ponerla más nerviosa de lo que estaba.

—Me llaman Pepelina —contestó en un tono tan confiado que resultaba asombroso.

Me di cuenta de que algún día iba a convertirse en una flor en extremo seductora. Por un momento, la idea me llenó de una alegría eufórica pero, al mismo tiempo, me obligó a recordar lo lejos que estaban ya los días despreocupados de mi juventud.

—¿Qué sabes tú sobre Claudandus, Pepelina? ¿Y por qué no crees que haya muerto en aquel entonces?

—Pues, porque mi bisabuelo me lo contó —contestó, mirando al público a su alrededor con orgullo infantil.

—¿Quién es tu bisabuelo?

—El padre Joker. A mi madre y a mí no nos visita a menudo, mas cuando viene a casa una o dos veces al año, es para reprendemos por habernos perdido otra vez un par de reuniones. Pero un día me encontraba yo sola en casa y estaba muy aburrida. Entonces vino inesperadamente el bisabuelo y lo mejor de todo fue que sintió lástima de mí y lo pude convencer de que jugara conmigo. Pasamos el día entero jugando y cazando juntos. Y como había sido tan bueno conmigo, también quise darle una alegría a él y al final le pedí que me contara la leyenda de Claudandus. Claro que yo ya me sabía todas aquellas historias de memoria, pero si realmente se quiere hacer feliz a mi bisabuelo, sólo hay que dejarle dar un sermón. Nunca se cansa de alabar al Profeta. Así que me contó una vez más la historia sagrada, pero ese día con una pequeña diferencia. Al principio fue lo de siempre. De lo horrible que había sido la vida en el país de los dolores y de los tormentos que tuvieron que sufrir Claudandus y sus compañeros de penuria en manos de sus atormentadores. Pero el bisabuelo, bastante cansado por los esfuerzos del día, no estaba demasiado concentrado en lo

que decía. Dijo que al final Claudandus había desafiado al monstruo demente a luchar y que lo había matado en el transcurso de la pelea. Entonces le repliqué: «Pero, padre Joker, tú normalmente cuentas que el Todopoderoso destruyó al monstruo y que se llevó a Claudandus al cielo». Entonces, de repente, el bisabuelo se dio cuenta de que se había dejado llevar y seguidamente se corrigió: «Sí, sí, mi pequeña, después se fue al cielo». Luego me prohibió contarle esa versión de la leyenda a nadie; hacerlo sería pecado. Yo entonces era una niña y no le di más vueltas al asunto. Pero ahora sé que aquel día, el bisabuelo reveló más de lo que habría querido.

Como todos los presentes en la sala, yo también estaba abrumado por el giro espectacular que había tomado la historia. Pero a diferencia de los demás, yo *comprendía* todas las implicaciones de aquel giro. Pensándolo bien, a los demás les podía dar lo mismo si el profeta había sido llevado al cielo en taxi o si había llegado a ser el director general de la BP-Oil. Los caminos de los santos eran así, inescrutables, y qué importaba al fin y al cabo si Claudandos seguía vivo o no. Pero ese detalle aparentemente insignificante hizo que viera la serie de asesinatos bajo una luz por completo distinta. Porque el testimonio de Pepelina coincidía exactamente con el de Isaías. Por lo tanto, la voz siniestra que el guardián de los muertos había oído a través de los pasadizos era en realidad la del Profeta. De modo que Claudandus verdaderamente había conseguido sobrevivir a las torturas incesantes de Preterius, llegando incluso a matar a su atormentador.

¿Y entonces? ¿Qué le había pasado entonces? ¿Dónde vivía? ¿A qué se dedicaba cuando no estaba ocupado destrozando algún cuello? Y si Claudandus, que había hecho una carrera relámpago como Profeta gracias a la campaña publicitaria de Joker, era en realidad el asesino, ¿cuál demonios podría ser el descabellado motivo por el que mataba a sus congéneres? ¿Se habría vuelto loco al final de su calvario? Una vez que hubo matado al tirano, ¿habría quizá (una idea bastante abstrusa) desarrollado el deseo de seguir matando? No, era una suposición claramente falsa. En ese caso le habría dado completamente igual a quién eliminaba. No obstante el asesino tenía una especialidad inequívoca…

De nuevo volvió a crecer el murmullo y el cuchicheo entre la muchedumbre. Ahora tenía que pronunciar unas palabras tranquilizadoras para evitar que se llegara tan lejos como antes. Tenía que transmitirles a los oyentes la sensación de que aquel caso loco no era tan loco, sino completamente «normal», o sea transparente, explicable. Sí, tal vez incluso tendría que mentir.

—Queridos amigos, comprendo que estéis algo aturdidos después del relato de la hermana Pepelina. Pero en el fondo, todo es muy sencillo. En aquel entonces, el padre Joker observaba en secreto los experimentos malditos del laboratorio. Conocía a Claudandus y supo aprovecharse del aura sagrada que rodeaba a aquella variopinta figura de mártir. Fundó la religión de los claudandistas, a la cual pertenecéis casi

todos sin excepción. Pero, como se ha podido comprobar, el asunto no era tan sagrado como parecía. Acabamos incluso de enterarnos de que Claudandus sobrevivió. Ésa ha sido también una noticia nueva para mí. Sea como sea, todos los animales adultos, excepto él, perecieron en el laboratorio en el transcurso de aquellos días fatales, llevándose el secreto a la tumba. Así que el único que está enterado de la verdad es Joker. Él es también el único que podría identificar a Claudandus y que podría llevarnos hasta él. Pero Joker ha…

—¡Desaparecido! —interrumpió Pascal. Emergió de nuevo del trasfondo oscuro, erigiéndose de forma imponente a mi lado mientras lanzaba sombrías miradas al público.

La aparición tan resoluta del viejo en escena hizo que Pepelina perdiera la poca confianza en sí misma, adquirida mientras contaba su historia. Ahora, en cambio, retrocedía imperceptiblemente para volver a formar parte del círculo de congéneres que se encontraba a sus espaldas, desapareciendo entre ellos.

Pascal hizo una pausa retórica que intensificó el suspense en la sala hasta un límite insoportable. Entonces volvió a sonreír amablemente.

—Sea lo que sea lo que haya pasado entonces, queridos hermanas y hermanos, hoy por hoy y con nuestros conocimientos deficientes de los hechos nos es imposible reconstruir historia tan ominosa con todos sus detalles. Aunque Claudandus haya logrado de verdad escapar con vida de aquel infierno, no hay por qué partir necesariamente de la base de que haya vuelto a establecerse aquí mismo en este barrio. Me resisto por igual a creer que de todos los animales adultos, precisamente él haya podido sobrevivir. ¡Esa idea es por completo absurda! Y aún quedaría el asunto del móvil. ¿Cómo puede un ser viviente que haya tenido que presenciar crímenes tan horribles contra los de su propia especie, convertirse él mismo de la noche a la mañana en un criminal que mata a sus congéneres a sangre fría? No, no, nada de eso tiene sentido para mí. Por ese motivo, me niego rotundamente a admitir que sea el misterioso Claudandus a quien tenemos que temer. Para mí, el caso sigue presentándose de tal forma que alguien está utilizando todo el misterioso embrollo del pasado de una manera muy inteligente para alcanzar sus propios fines. Alguien ha asumido la identidad del Profeta para poder borrar sus huellas más fácilmente en la neblina impenetrable del misticismo y la credulidad. ¡Y, en mi opinión, ese alguien satánico no es ni más ni menos que nuestro muy apreciado padre Joker! A vosotros os ha estado tomando el pelo durante años, él se nombró cabeza de una religión que, en realidad, había sido inventada por él mismo. Probablemente estuviera obsesionado con el asunto de manera tan enfermiza que no le bastaba ya con incitar a su rebaño de fieles a participar en ritos dolorosos. Su cerebro infestado de delirios religiosos trabajaba con perseverancia en pos de la única cosa en la que finalmente desembocan todos los delirios religiosos: es decir, ¡en los excesos sangrientos! Pero como su

parroquia aún no estaba bastante madura para tales diversiones, comenzó por su cuenta. Y para darle una inyección de mayor excentricidad a aquella charlatanería sangrienta, asesinaba únicamente a hermanos en celo y a hermanas preñadas. Debíais comenzar a oler lo que se estaba cociendo muy poco a poco, mostrar vuestra conformidad silenciosa y, finalmente, dar vuestro consentimiento a todo aquel asunto repugnante, e incluso a participar en él. ¡Pero gracias al hermano Francis, sus planes siniestros se han visto frustrados!

Nadie se atrevió a llevarle la contraria. Yo tampoco era una excepción. Ante una exposición de los hechos tan plausible y lógicamente pensada de Pascal, siguió un silencio de respiraciones contenidas sólo interrumpido por el rumor del viento detrás de los postigos destrozados. Todos estábamos impresionados por la sagacidad de Pascal, dejándonos sermonear por él con mucho gusto. O, por lo menos, así parecía.

Poco a poco el murmullo volvió a apoderarse del público, pero en el fondo todos los participantes estaban de acuerdo en que se había pronunciado la última palabra sobre la situación y que la reunión había llegado a su gran final.

Pero esta vez había algo diferente. Es verdad que yo no tenía ningún argumento contrario en reserva. No obstante, habría estado más dispuesto a creer que la Tierra era plana que a aceptar la solución que Pascal se había sacado de la manga. Y, sin embargo, no sentía necesidad alguna de comunicarle mi desazón. Entre tanto se había hablado, discutido, argumentado y peleado demasiado; y sobre todo se había pensado con demasiada lógica. Tenía que volver a tomar las riendas yo mismo. Al fin y al cabo, había conseguido llegar bastante lejos con aquel método tan primitivo.

La reunión iba disolviéndose muy lentamente. Los vecinos del barrio abandonaban la casa charlando animadamente. Pascal estaba radiante de felicidad y hasta Barba Azul parecía aliviado. ¿Y yo? Pues bien, de repente tuve una sospecha, y que me llevara el diablo si no iba a investigarla esa misma noche…

—¿Qué te han parecido mis conclusiones, amigo mío? —preguntó Pascal.

—No estaban nada mal —respondí, con reservas.

—Ja, ja, no puedes engañarme, Francis. Por la punta de tu nariz puedo ver que vuelve a haber una gran agitación dentro de tu máquina caviladora. Y eso está muy bien pues, para ser sincero, ni yo mismo puedo creer de verdad todos los disparates que acabo de decir con tanto conocimiento de causa. Tengo que admitir que fue una solución para salir del apuro y tranquilizar a los presentes.

—Pero sonó condenadamente solemne y definitivo.

—Ahí puedes darte cuenta de lo genial que soy como actor. ¡Tal vez debería hacer publicidad para comida de animales domésticos o para explicar el sentido y las ventajas de la eutanasia animal!

Lanzó una fuerte carcajada. Pero al instante se puso serio y me escrutó con sus ojos amarillos insondables e incandescentes.

—Ay Francis, no puedo soportar ver la obstinación con que te rompes los sesos. Hoy es Navidad. Deberías olvidarte un rato de esta desdichada película de terror e ir a relajarte un poco. Y, ¿quién sabe?, tal vez ocurra un milagro y en un momento de inspiración surge la solución. De eso estoy seguro. Te deseo unas felices fiestas, ¡y no dejes de creer en los milagros!

Se despidió y se marchó. Barba Azul y yo nos habíamos quedado solos en el cuarto, mirando desconcertados al suelo. Me di cuenta de que también él se sentía incómodo aunque prefiriera la limpia solución de Pascal. Pero el asunto aún no había llegado, ni mucho menos, a su fin; y eso, Barba Azul lo sabía muy bien.

—Felices y nutritivas fiestas, Barba Azul. Y gracias por tu excelente trabajo, sin el cual aún estaríamos andando a tientas en la oscuridad. Qué Dios te guarde, hermano —dije yo, evitando cuidadosamente cualquier contacto visual.

—¡Mierda, agradécetelo a ti mismo, compadre! No he tenido precisamente que romperme el culo. Pascal tiene razón. Realmente deberías relajarte un poco durante las fiestas de Navidad. Hazte una cura de sueño o proponte ir otra vez de caza o, mejor aún, dale una paliza a ese cretino de Kong antes de que lo haga yo. En todo caso, intenta distraerte. Bien pues, que te diviertas, y ten cuidado que el viejo de las barbas blancas no te pise esta noche el rabo.

Me volvió la espalda y se fue cojeando rápidamente en dirección a la puerta.

—¡Eh, Barba Azul!

Se detuvo de golpe y volvió su cabeza desaliñada hacia mí. En su ojo sano me pareció ver brillar una risita de complicidad.

—¿Crees tú que Joker es nuestro hombre?

—No —la respuesta salió como un disparo.

—¿Quién crees tú que es?

—Quienquiera que sea, tú lo encontrarás, Sabihondo.

Se volvió y desapareció a través de la puerta.

¡La sospecha! ¡La sospecha dentro de mi cabeza! Se hacía cada vez más insistente hasta que casi parecía que mi cabeza fuera a estallar. Poco a poco, un curioso plan tomaba forma dentro de ella. Y más curioso aún era que iba a llevar adelante el plan, aunque las perspectivas de éxito fueran casi nulas. No obstante, parecía que yo estaba repentinamente obsesionado por él. Superstición, necesidad, ritual; había muchas formas de designar tal comportamiento irracional. A mí me daba igual porque de repente me había despojado de mi piel de frío estadístico y me había vuelto a meter en la del detective desenvuelto.

—¡Ah, Barba Azul!

Su cabeza de monstruo apareció en el marco carcomido e infestado de humedad e insectos de la puerta. Su ojo, que brillaba en la oscuridad como una piedra preciosa mágica, delató que sabía cuál era la pregunta que iba a hacerle. No se esforzaba ya

por ocultar su diversión.

—¿Dónde está la casa de porcelanas en que vive Joker?

De nuevo aquel asentimiento mudo que hacía que toda explicación fuese superflua. Ese tipo pensaba lo mismo y quería que por fin se acabara con las teorías. Como al principio de conocernos, lo que ahora había que hacer era pasar a la acción y no entretenerse con frases agudas y largos discursos. Sin preguntarme el porqué, ni echarme en cara que él mismo ya había registrado cuidadosamente la casa, me dio la dirección y desapareció sin más.

En el silencio lo oí bajar la escalera de forma pesada y lenta, y cruzar después el vestíbulo para salir cojeando por la puerta trasera. Esperé unos minutos más hasta que mis nervios estuvieran tan tensos que parecían desgarrarse. Finalmente, creí que iba a explotar en cualquier momento.

Antes de perder definitivamente la razón bajé la escalera a saltos largos y salí corriendo de la casa a la ventisca de afuera. Según la descripción que me había dado Barba Azul, la casa de porcelanas se encontraba en el rincón más alejado del barrio, de modo que aún tenía que recorrer un buen trecho de muros de jardín. Pero la obsesión que ya se había apoderado de mí me anestesiaba como unas anfetaminas, me hacía resistente a cualquier esfuerzo y me permitía cubrir grandes distancias en poco tiempo. Sólo tenía una idea confusa de lo que me proponía en la casa de porcelanas. Pero había algo dentro de mí que prometía el viraje crucial e inesperado; por lo menos, encontraría allí la evidencia para probar mi teoría. Me acordé de las palabras de Barba Azul tras haber inspeccionado el edificio: «Registré aquel tugurio de arriba abajo en busca de su excelencia. Incluso entré en ese maldito almacén del desván, cosa que fue un asunto bastante espeluznante. Las estanterías rebosan de figuras de porcelana que son reproducciones en tamaño real de miembros de nuestra especie».

Las estanterías… las estanterías llenas hasta rebosar de figuras de porcelana que eran reproducciones de miembros de nuestra especie, ¡en tamaño real! Barba Azul había entrado en la casa a través de una ventana del sótano y, por lo tanto, no la había registrado de arriba abajo sino de abajo arriba en busca de su excelencia. Por consiguiente, había entrado en el almacén por una puerta abierta. Luego había dado un paseo por allí para examinar aquellos chismes frágiles más de cerca, dentro de lo que le permitían sus fuerzas y el espacio disponible. O sea, que había visto todas esas figuras de porcelana tan condenadamente parecidas a nosotros desde una perspectiva de rana, o mejor dicho de felidae… Y además, con un solo ojo.

¡Eso era! No había tenido la posibilidad de mirar *encima* de las estanterías.

Por fin llegué a la casa que, con su fachada manchada y enmohecida y su aire siniestro, parecía un cadáver resucitado en medio del pintoresco paisaje nevado. Era evidente que la tienda de porcelanas no era ninguna mina de oro, puesto que el dueño

había permitido que la vieja edificación se deteriorara de modo tan lastimoso e irresponsable. Si hubiera venido una inspección de la oficina municipal de obras, le habrían obsequiado con la multa más jugosa de la historia. Los canalones del tejado estaban medio desprendidos de sus oxidados soportes, y colgaban ladeados hacia abajo. Un golpe fuerte de viento habría bastado para desmantelar toda esa chatarra y dejarla caer de golpe sobre la cabeza de algún peatón desprevenido. Las paredes tampoco estaban en mejores condiciones. Parecían estar sostenidas precariamente por las espalderas para la hiedra, que trepaba de forma salvaje por el edificio entero, y estaban cubiertas por enormes grietas que evocaban imágenes de abismos profundos. Las ventanas parecían ojos ciegos y tenían ese aspecto no sólo porque estaban muy sucias, sino también porque a algunas les faltaban los cristales. A un balcón del segundo piso no le quedaba ya barandilla y sólo dejaba adivinar su función de antaño. En resumen, yo tenía la impresión de que aquí hacía muchísima falta la intervención brutal de nuestro experimentado equipo de acción formado por Acción-Archie, con nombre de guerra «Terminator de la mesa reniforme» y Acción-Gustav, llamado el «Ninja del parqué».

En cuanto a la manera de entrar en la casa se refiere, no tuve tanta suerte como Barba Azul. Di una vuelta entera al edificio, pero esta vez encontré todas las ventanas del sótano cerradas. Sin embargo, no resultaba difícil imaginar que alguna ventana del tejado, incluso más de una, pudiera proporcionar un buen panorama del almacén; así que todos mis pensamientos se concentraron en cómo llegar hasta allí arriba lo más pronto posible. Para lograrlo, no me quedaba otra alternativa que la que se me había ocurrido en primer lugar, aunque era una alternativa que implicaba un riesgo mortal.

De vuelta a la parte trasera de la casa, corrí hacia un árbol que se encontraba a unos tres metros del edificio, cuyas ramas escalonadas se prestaban muy bien para treparlas. Además, la rama más alta se extendía por encima del tejado. Si se estaba equipado con un sentido del equilibrio tan altamente desarrollado como el nuestro y se procedía con destreza, se podría subir hasta la copa del árbol a saltitos y, lo que era más importante, volver a bajar sin problema alguno. El peligro consistía sobre todo en el hecho de que las ramas se volvían más frágiles mientras más se iban acercando a la copa del árbol. Por lo tanto, el asunto requería el talento y la agilidad de un trapecista.

Después de haberme encaramado por el tronco, y mientras disfrutaba de un pequeño descanso encima de una rama gruesa, me di cuenta de un peligro adicional. Es decir, el árbol entero estaba helado y tenía que moverme con muchísimo cuidado si no quería resbalarme y a mis años aprender a volar.

Con saltos muy bien calculados —mientras enviaba plegarias fervorosas al buen Dios, que debía de estar especialmente sensibilizado a tales peticiones en el

cumpleaños de Su Hijo— conseguí subir el árbol y llegar por fin a la rama que estaba a la altura del tejado. Ésta era lo bastante fuerte y larga para aguantar mi peso y servirme de puente. El único inconveniente era que el viento helado la balanceaba de aquí para allá de una manera inquietante. Además, no había vuelta atrás una vez iniciado el viaje. La rama era tan estrecha que no permitía maniobra complicada alguna, y mucho menos una acción de retirada en medio de un ataque de pánico. Había sólo una manera de actuar: hacer acopio de todo el valor disponible, ir haciendo equilibrio encima de la rama y no mirar hacia abajo hasta llegar al tejado. Sin pensar más en las posibles consecuencias de tal acto, digno de un kamikaze, pasé a la acción…

Gracias a Dios, nosotros no padecemos de esa plaga injusta que es el sudor. No obstante, cuando mis patas finalmente alcanzaron a tocar una teja al otro extremo, tuve la sensación de que yo era una mutación en lo que a ese atributo biológico se refiere. Pues creí poder percibir el olor desagradable del sudor del miedo bajo mi piel mientras corría a toda velocidad, con la mirada fija y como hipnotizada en la meta, por encima de la rama que, por cierto, no pudo menos que balancearse alegremente arriba y abajo con el peso de mis patas.

Entonces, de pie sobre el tejado seguro, di un suspiro de alivio y arriesgué después una mirada hacia abajo por encima del canalón. Tras contemplar el abismo profundo que parecía una toma sacada de una película clásica de Hitchcock, me pregunté seriamente si estaba bien de la cabeza. ¿Por qué me jugaba la vida por algo que, según todas las apariencias, iba a seguir siendo un enigma sangriento? ¿Qué quería yo realmente demostrarme a mí mismo y a los demás con hacerlo? ¿Que era el animal más listo sobre esta tierra de Dios? ¡Qué engreído! ¡Qué ridículo! Y, ¡qué suicida!, como se acababa de demostrar.

Pero el defecto de mi cerebro, responsable de que siempre hiciera lo contrario de lo que acababa de decirme el sentido común, me impulsaba contra toda razón hacia nuevas abominaciones. Y así, palideció en cuestión de segundos la excitación vertiginosa que sentía, al recordar el motivo para haber subido allí.

Me volví hacia el tejado cuyas tejas, como ya había supuesto, estaban deterioradas, burlando cualquier orden simétrico. Habían sido lanzadas locamente de un lado para otro por el viento y parecían estar a la espera de cualquier motivo, por insignificante que fuera, para bajar lloviendo sobre la calle. Por fortuna para mí había justo en medio del tejado un amplio tragaluz de taller compuesto por varios cristales que, por cierto, estaban cubiertos por una fina capa de nieve.

Fui corriendo hasta él y vi que muchos de los cristales estaban rotos, y que habían sido reemplazados por láminas de plástico transparente. Con una de mis patas delanteras, rasqué la nieve de uno de los cristales intactos hacia un lado y miré dentro del almacén a través del hueco que había formado. Aunque la oscuridad impedía una

buena visibilidad, pude comprobar el relato de Barba Azul. El ático, convertido de manera improvisada y además bastante descuidada en almacén, estaba repleto de estanterías metálicas y armazones de varios pisos sobre los que se encontraban copas y figuras ornamentales de porcelana y cerámica. La mayoría de las figuras ornamentales eran reproducciones de los felidae y estaban además concebidas para un público consumidor de gustos tan estrafalarios como Gustav. Me podía muy bien imaginar a mi inocente compañero mirando uno de esos bichos de porcelana en el escaparate, entrar luego apresuradamente en la tienda y adquirirlo por un precio abusivo para después colocar aquella cosa junto a la chimenea y comerme el coco, en su fastidioso lenguaje infantil, tratando de hacerme ver lo mucho que se parecía a mí. Como Barba Azul ya había contado con entusiasmo, también se encontraban allí reproducciones en tamaño real de los más poderosos de mi especie. Esa galería fantasmal de tigres, jaguares, pumas y leopardos barnizados me dio un susto bastante gordo porque, a pesar de que sólo se trataba de productos hechos en serie en el Lejano Oriente, los fabricantes habían realizado un esfuerzo considerable por hacer que pareciesen lo más reales posible.

Puesto que el hueco para mirar que había conseguido arañar en la nieve me limitaba bastante la vista, me puse a ensancharlo. Luego me ocupé del resto de los cristales, limpiándolos también de una parte de la nieve. Poco a poco se llenaba el cuchitril de la escasa claridad procedente del amenazador cielo navideño, y comenzaba a entregar sus secretos poco a poco. Tardé una eternidad hasta conseguir explorar con la vista cada detalle dentro de semejante desorden. Mientras tanto, mi frustración crecía hasta llegar a ser insoportable porque nada quería parecerse a lo que yo tan desesperadamente buscaba.

Entonces, justo cuando estaba pensando en darme por vencido, me llamó repentina e inesperadamente la atención…

En realidad, daba la impresión de estar vivo aún. Acuñado entre dos congéneres de porcelana, blancos como la nieve igual que él, oculto de las miradas curiosas tras una fila de copas de cristal de tallo largo, se encontraba Joker, sentado en el anaquel más alto de una estantería del rincón más oscuro del almacén. Sólo la punta de su hirsuta cola sobresalía por el canto del anaquel de la estantería y habría podido despertar las sospechas de algún observador cuidadoso que se hubiera encontrado abajo en el suelo. A través de un desgarro en la lámina de plástico de la ventana caían copos frágiles de nieve suave y pintorescamente encima de la cabeza de Joker. Estaba sentado sobre sus cuatro patas como la Esfinge y sólo tenía la cabeza inclinada un poco hacia adelante, de modo que a primera vista parecía dormitar. Pero en realidad, hacía tiempo que se había convertido en un bloque de hielo ya que la temperatura que reinaba en aquella habitación era más o menos la misma que había fuera. Ésa era probablemente también la razón por la que ni su dueño ni Barba Azul hubieran

percibido olor de descomposición alguno. Hasta que no empezaran a subir las temperaturas y el fiambre comenzara a «sudar», no saldría a relucir la verdad.

El gélido hallazgo apenas me sorprendió, porque mi instinto infalible me decía desde hacía varios días que el padre Joker ya no se encontraba entre los que comemos y cagamos. No obstante, lo que sí me sorprendió fue lo fácil que le había sido esta vez al asesino. Porque, a diferencia de las otras víctimas, el cuello de Joker no estaba destrozado. Igual que en el monograma del Conde Drácula, sólo se podía ver la señal de unos colmillos en la piel del cuello, de donde había salido un chorrito débil de sangre que después se había congelado. Las figuras de porcelana y los vasos intactos a su alrededor también daban testimonio de que Joker no había ofrecido resistencia alguna al ser asesinado. Cualquier resistencia, por débil que hubiera sido, habría tenido que hacer que todos los chismes se volcaran y cayeran de la estantería. Sí, era probable que el asesino y la víctima se hubieran retirado a ese lugar apartado para ocuparse de sus asuntos en secreto.

Se trataba de una ejecución, y Joker había estado completamente conforme. El motivo era evidente. El maestro de ceremonias se había enterado de que se había descubierto su complicidad con el asesino. En el transcurso de un interrogatorio, hecho por alguien que habría llegado a sospechar, era cosa segura que en algún momento se hubiera venido abajo, entregando al asesino; y el asesino también lo sabía. Era naturalmente un riesgo que el asesino no podía correr en ningún caso, y por eso empujó a Joker a dar aquel paso incomprensible, pero necesario. Y Joker había obedecido, dejándose matar por esa bestia sin rechistar. Pero ¿qué podría estar en juego que fuera tan increíblemente importante como para que Joker se sacrificara de tan buena gana? ¿Era aquel secreto más importante que la propia vida?

¡Claudandus…! ¡Había sobrevivido para traerles la muerte a los demás!

Por regla general, haber resuelto un enigma llena a los seres mortales de orgullo y de una sensación de contentamiento. No obstante, los cerebros enfermizos como el mío (y eso yo ya lo había descubierto antes de resolver el caso Claudandus) obedecen a otras leyes. Resolver enigmas en sí es la verdadera diversión; la solución, en cambio, es un premio menor. Parece demasiado bueno para ser verdad cuando dentro de un enigma se encuentra otro enigma más, dentro de aquél, aún otro más, y así sucesivamente. Los que se dedican a esclarecer misterios son una clase aparte y su deseo más ardiente consiste en que un día llegue alguien de alguna parte que les haga una pregunta que no puedan contestar. Pero a veces incluso los que se dedican a dilucidar enigmas tienen que saber aceptar un revés. Y no precisamente porque se sientan incapaces de resolver el misterio sino porque, habiéndolo resuelto de manera brillante, después piensan que mejor habría sido no haberlo hecho nunca.

Y así precisamente se sentía un humilde servidor aquella noche disparatada en la que descubrí la verdad. Fue deprimente y, al mismo tiempo, emocionante.

En realidad, mi desencanto con la solución de enigmas comenzó minutos después de volver a mi casa. Crucé la rama que llegaba al tejado y bajé del árbol de la misma manera suicida con que lo había subido. Mientras lo hacía estaba tan absorto en juntar las numerosas piezas del rompecabezas dentro de mi cerebro que llevé a cabo tan arriesgadas maniobras como un sonámbulo, sin disfrutar siquiera de la sensación agradablemente escalofriante que acompañaba a aquella bajada temeraria. La ventisca se había convertido entretanto en un dragón que vomitaba lava blanca hecha de nieve y que vociferaba y aullaba. A la mañana siguiente, el mundo parecería un escenario cursi propio de una tarjeta postal con «Felices Pascuas», y les proporcionaría a los aficionados a la Navidad un orgasmo de ambiente hogareño y acogedor.

Mientras cavilaba sobre cientos de teorías abstrusas, fui trotando a casa a través del huracán de nieve tipo *Doctor Zhivago*, y me deslicé dentro del piso por la ventana del baño que Gustav había dejado entreabierta para mí. Encontré a mi pobre amigo en el despacho, donde se había quedado dormido completamente borracho, con el torso apoyado sobre el escritorio. Seguramente había hecho unos miserables intentos de festejar aquella «fiesta de todas las fiestas» consigo mismo hasta darse cuenta de lo absurdos y trágicos que eran sus esfuerzos, decidiendo después emplear mejor su valioso tiempo en su trabajo. Junto a numerosos libros se encontraban dos botellas de vino vacías y un vaso lleno a medias que daban testimonio de que el trabajo por sí solo no había bastado para aliviar el sufrimiento de la soledad.

Salté encima del escritorio y contemplé apenado a ese hombre que me preparaba diariamente la comida, me llevaba al veterinario a la menor indisposición —metiéndose además en muchos gastos—, jugaba conmigo juegos tontos con un corcho o un ratón de goma —yo jugaba con él por complacerle—, se preocupaba en serio cuando yo llevaba demasiado tiempo sin volver a casa, y me quería más a mí que a esa maldita vivienda emperifollada. Por desgracia, volvía a roncar de manera inhumana, lo cual ensombrecía un tanto los sentimientos de melancolía que me inspiraba. Tenía su cabeza de sandía apoyada de lado sobre un libro ilustrado muy grande, abierto por la mitad e iluminado por la luz crepuscular que procedía de la lámpara de lectura.

Seguía meditando sobre la falta de sentido de la vida que Gustav llevaba, cuando mi vista recorrió superficialmente el lado derecho del libro. En él, se veía una ilustración a todo color de un cuadro egipcio. Al pie se leía: «Pintura sepulcral de Tebas que data de alrededor de 1400 a. C.». Al igual que todos los cuadros tan increíblemente antiguos, también éste me ponía filosófico porque me resultaba difícil imaginar que unas culturas tan desarrolladas hubiesen existido hacía tantísimo tiempo. Pero habría vuelto a dirigir la vista enseguida hacia la cabeza de mi amo, que se encontraba encima del otro lado del libro, si no me hubiera llamado la atención

algo muy particular en aquel cuadro.

Evidentemente, ese cuadro sepulcral representaba a un rey o a un dios joven cazando. Con un fajín atado a sus caderas y unos collares magníficos, llevaba el mozo una serpiente en una mano y tres aves en la otra. Estaba de pie dentro de una barca hecha de papiro en una orilla cubierta de juncos y otras plantas palustres. Se lo veía rodeado de pájaros y de patos de muy variadas especies y de colores muy vivos. En el fondo destacaban unos misteriosos jeroglíficos y, en el extremo derecho, había una pequeña diosa con ropajes dorados que parecía dar su bendición a toda la escena. El cuadro en el que, fiel a la tradición artística egipcia, todo estaba representado de perfil, parecía ser un documento de caza y se limitaba a representar los detalles más importantes. Lo que, sin embargo, me dio el sobresalto de mi vida fue el congénere a los pies del cazador; mi antepasado llevaba algún tipo de ave cogido tanto con la boca como entre sus patas, respaldando así la postura del mozo. Sabía que los antiguos egipcios nos habían utilizado primero como perros de caza, y sólo después para la lucha contra los roedores peligrosos en zonas donde se cultivaban cereales. Pero aquellos venerables congéneres eran cualquier cosa menos animales completamente domesticados como nosotros. Eran los descendientes directos de los primeros felidae. Y, sin lugar a duda, en el caso del ejemplar del cuadro sepulcral, se trataba de uno de ellos. Sin embargo, lo inquietante era que aquel antepasado se parecía muchísimo a la congénere con la que me había apareado la semana anterior. El mismo pelaje de color arenoso que se transformaba en beige claro por la parte del vientre; la misma forma rechoncha del cuerpo; los mismos ojos incandescentes como joyas…

Entonces ocurrió el milagro: ¡tuve una inspiración! Era exactamente como si se hubiera derrumbado un gran muro dentro de mi cabeza y se inundara después con la luz cegadora de mil soles. De repente lo sabía:

¡Imperceptiblemente se nos había retrocriado! Hasta nuestros orígenes, hasta las formas primitivas del felis moderno, quizá incluso hasta más tiempo atrás, hasta el orgulloso felidae original que no había conocido las cadenas de la domesticación, que había ido libre e independiente por el mundo como depredador temido y que dondequiera que se encontrara se había hecho respetar.

Tenía que llegar al fondo del asunto a toda costa. Me fui disparado a las estanterías a buscar como loco la extensa colección de diccionarios enciclopédicos de Gustav. Por fin encontré el tomo con la letra G arriba del todo en la estantería. Cogí carrera sobre el escritorio, me lancé hacia arriba, conseguí tocar el libro con las patas delanteras, lo tiré estantería abajo y caí de golpe, junto a él, en el suelo. Gustav reaccionó a aquel jaleo mascullando alguna cosa ininteligible, y luego comenzó nuevamente a roncar apaciblemente. Como enajenado, volvía las páginas con la velocidad de una máquina para contar billetes hasta que, por fin, logré encontrar la palabra que buscaba: Genética.

Después de haber leído la primera oración, mi cuerpo entero temblaba con una excitación febril. Por una parte, me enojó enormemente mi propia estupidez por haber descuidado punto tan importante de una manera imperdonable; y, por otra parte, un horror escalofriante se apoderó de mí porque creía por fin conocer la identidad del asesino y el móvil de los asesinatos.

Vacilante, volví la vista al diccionario enciclopédico.

Las leyes de la genética fueron descubiertas por el sacerdote jesuita Gregor Johann Mendel (1822-1884). Por su cultivo de plantas, el científico autodidacta se vio confrontado con un problema que le fascinó por completo, y que fue capaz de definir de manera tan exacta y luego abordar de manera tan metódica como nadie lo había hecho antes: ¿cómo se transmitían las características genéticas? A los primeros experimentos de cruzamientos les faltaban la exactitud científica, el seguimiento metódico a través de varias generaciones y la evaluación lógica. Siempre le volvía a sorprender la gran diversidad de la descendencia híbrida y los «atavismos» en generaciones posteriores que hacían que un híbrido volviera a parecerse en mayor o menor medida a la forma radical paterna o materna. Desde el año 1856, Mendel llevó a cabo sus experimentos sistemáticamente con el guisante de huerto, y después publicó su obra de 47 páginas, *Experimentación con híbridos de plantas*…

Gregor Johann Mendel, el sacerdote de la pintura mural, el gigante de mi pesadilla. Ahora que poco a poco iba comprendiendo cómo estaban relacionadas las cosas, empezaron todos los detalles reveladores de la historia a dispararse dentro de mi cabeza como escenas clave de una película. Sin embargo, sólo resultaban reveladores en retrospectiva porque hasta entonces había sido incapaz de descifrar sus mensajes codificados.

Y mientras más trozos de película aparecían en mi mente, más iban tomando forma como un flechazo tortuoso de lógica de color rojo-carmesí, cuya punta incandescente señalaba directamente al asesino…

Ya desde Sacha, la primera de las víctimas que descubrí, me di cuenta de que estaba en su punto cumbre de celo en el momento de ser asesinada. Al observar exactamente lo mismo en el cuerpo de Deep Purple, llegué a la conclusión de que alguien había querido evitar que los muertos se aparearan. ¿Por qué no me había preguntado *a cuál* de las hembras habían querido montar? ¿Por qué, por todos los santos, no había dirigido mis investigaciones desde un principio a intentar averiguar cuáles de las hembras del barrio estaban en celo en el momento de los asesinatos?

Tenía que haber hecho caso de mis sueños desde un principio. Pues en ellos, mi instinto infalible había encerrado claves mágicas, claves con las que se hubieran podido abrir los portales blindados de aquella construcción hecha de misterio.

La primera pesadilla en el barrio nuevo, la primera clave… El hombre sin cara de la bata larga y blanca, dentro de esa nada también blanca que, evidentemente, debía simbolizar el laboratorio de torturas. Era el profesor Julius Preterius. Le faltaba la cara porque el profesor de hecho no tenía cara, llevaba ya siete años muerto. Al final, dos ojos amarillos fosforescentes que lloraban iluminaban la cara vacía. Los ojos que lloraban pertenecían a Claudandus, quien finalmente y debido a sus horribles experiencias en el laboratorio se había convertido, él mismo, en una especie de Preterius…

Luego la segunda pesadilla, en la que Deep Purple se hurgaba repetidamente la herida del cuello, que regaba todo de sangre y sacaba un pequeño tras otro para después ir lanzándolos como pelotas contra las paredes del garaje. Eso simbolizaba que la descendencia de Deep Purple era indeseada y lo que el asesino hubiera hecho con ellos de haber sido engendrados. Además, el zombie se había entusiasmado por alguna forma revolucionaria de tratamiento, cosa que significaba otra alusión a los horribles experimentos del pasado…

Las palabras decisivas de la testigo de oído, Felicitas, «Nunca pude entender lo que decían». Sin embargo, una cosa sí había podido oír, una y otra vez: «El desconocido les hablaba en un tono muy insistente y trascendental, como si quisiera convencer a su interlocutor de algo…».

El asesino no era, de ninguna manera, un psicópata homicida sino un congénere leal que claramente les había dado una última oportunidad a sus víctimas. Lo cierto es que siempre les explicaba la situación de antemano y les pedía no aparearse con miembros de la raza elegida para la cría. Por lo demás, podían aparearse con quien quisieran. O sea, que nunca había tenido nada personal en contra de sus víctimas. Pero no quisieron hacerle caso. Tan pronto como se entonaba en el barrio el canto seductor de una hembra de la raza «nueva-antigua» en celo, eran incapaces de controlar sus instintos y únicamente les obsesionaba la idea de fundirse con la cantante receptiva. Al hacerlo, ponían en peligro el programa de cría tan cuidadosamente elaborado por el asesino y eso no lo podía permitir en ningún caso…

«Creo que el tipo a quien pertenece esta chabola tiene algo que ver con la ciencia. Matemáticas, biología o parapsicología, o yo qué sé…», había conjeturado Barba Azul, refiriéndose a la profesión del dueño de Pascal al llevarme por primera vez a la villa yuppie. ¡Correcto, Barba Azul! El tipo era de profesión biólogo y había hecho que en la pared de su despacho pintaran a su ídolo, un revolucionario del campo de la biología, pionero de la genética: Gregor Johann Mendel. Pero ¿cómo se llamaba ese Karl Lagerfeld en realidad?

Pascal sólo había mencionado su nombre de paso en una única ocasión no hacía tanto tiempo. Me esforzaba por pensar y trataba desesperadamente de acordarme de mis numerosas conversaciones con Pascal. Incontables retazos de conversaciones

pasaban rápidamente por mi cabeza hasta que, por fin conseguí desenterrar el fragmento deseado de las profundidades de mi subconsciente:

—Ziebold, mi dueño, ha preparado corazón fresco…

Pascal había mencionado el nombre hacía unos diez días al contarle las últimas noticias que tenía; después de lo cual, discutimos apasionadamente.

Ziebold… Ziebold… Ziebold…

¡Yo conocía ese nombre!

«Secuestré» a Ziebold del Instituto. A primera vista parece haber errado su vocación. Porque sus trajes de última moda —tiene un modelo distinto para cada día— y sus modales afectados parecen más propios de un modelo masculino que de un científico. Pero cuando trabaja se produce en él un cambio extraordinario, y trabaja como un poseído…

Ziebold había sido la mano derecha de Preterius en el laboratorio y tenía acceso a todos los experimentos con animales de forma ininterrumpida hasta casi el mismísimo y horrible final. Conocía a Claudandus y estaba enterado de los insoportables sufrimientos que había tenido que padecer. Sintió lástima del pobre, y probablemente fueron incluso aquellos experimentos sangrientos el motivo de su dimisión:

Las ratas abandonan al barco que se hunde. Hoy Ziebold se ha despedido. Ha conseguido evitar dar una explicación convincente para su dimisión. Durante la triste conversación de despedida que mantuvimos en mi despacho, estuvo hablando el hombre todo el rato como un libro de adivinanzas…

—Felidae… —había susurrado Pascal lánguidamente en nuestro primer encuentro. Su mirada estaba extrañamente ausente—. La evolución ha producido una diversidad asombrosa de seres vivos. Más de un millón de especies animales viven hoy en día sobre la Tierra, pero ninguna infunde más respeto ni admiración que los felidae. Aunque sólo abarca unas cuarenta subespecies, a ella le pertenecen las criaturas absolutamente más fascinantes que existen. Por muy trillado que suene: ¡son una maravilla de la naturaleza!

Pascal había estudiado concienzudamente a su propia especie, pero tal vez también a todas las especies animales y sus orígenes. ¿Cómo había obtenido ese conocimiento?

¡Ziebold! Como biólogo y aficionado a Mendel que era, ese tipo tendría con seguridad montones de literatura sobre las bases científicas de la evolución y la genética.

Igual que había manipulado el ordenador de su amo en secreto y a sus espaldas, Pascal habría encontrado ese material científico y lo habría estudiado minuciosamente…

Mi tercera pesadilla… Yo iba deambulando por nuestro barrio, convertido en ruinas a consecuencia de una guerra nuclear. Aquel lugar siniestro estaba enteramente cubierto por gigantescas plantas de guisantes. ¡Plantas de guisantes! La verdura con la que por primera vez se habían demostrado científicamente las leyes de la genética. Y después de que el gigantesco Mendel hubiera vuelto a resucitar a un ejército de congéneres muertos y los hubiera hecho bailar aquel baile blasfemo con la gigantesca cruz de manejo de las marionetas, casi había llegado a revelar su verdadera identidad:

«¡Experimentos con híbridos de plantas! ¡Experimentos con híbridos de plantas! ¡El quid de la cuestión se oculta en el guisante!». Así había canturreado para decirme el título de su obra científica. Pero yo no fui capaz de interpretar esos sueños y descarté las pistas inequívocas de aquellas visiones como meras pesadillas. ¡Un error imperdonable, Francis!

También el diario de Preterius contenía mensajes que su autor, sin ser consciente de ello, había dejado escritos en forma de insinuaciones vagas:

Puesto que son, ante todo, animales nocturnos, casi siempre salen alrededor de la medianoche. Entonces, la ciudad les pertenece. Es digno de ver. Toman formalmente posesión de ella. De repente tuve la sospecha absurda de que se sentían superiores a nosotros y de que únicamente esperaban el momento propicio para sometemos. Me recordaba la historia de la planta carnívora que se lleva a casa como brote de vivero, se cuida y se mima hasta que un buen día, al verse muy crecida y fuerte, se traga a la familia entera…

No solamente a la familia, profesor, no solamente a la familia…

Después de descubrir el cuerpo de Solitaire, la balinesa preñada, percibí una contradicción evidente en mis hipótesis puesto que parecía haberse demostrado que el asesino procedía de manera completamente arbitraria en la elección de sus víctimas. Fue una suposición equivocada ya que la excepción, como se suele decir, sólo confirma la regla. Hembras preñadas tuvieron que perder la vida en nombre de la raza pura. Porque tampoco los varones de la raza nueva-antigua habían podido controlar siempre sus deseos y, en ocasiones, se divertían con las hembras «standard». Pero la simiente de esas uniones le parecía al asesino de calidad inferior, o por lo menos no encajaba en sus planes; tenía que ser, pues, eliminada. Por consiguiente, la descendencia que Solitaire llevaba en su vientre en el momento de ser asesinada, no era de Kong sino de algún varón nuevo-antiguo. ¡Pobre y cornudo Kong!

También era de suponer que el asesino matara a gestantes completamente

inocentes para, por un lado, impedir la reproducción de otras razas y, por otro, procurarle sitio a la nueva súper-raza que estaba surgiendo. Procedía de igual manera con los minusválidos. Pero ¿qué era en realidad lo que hacía que aquella raza en particular fuera tan especial?

Para poder adivinar los móviles inescrutables de semejante carnicero, Pascal echó mano al recurso de la representación de papeles (¡el buen Pascal era verdaderamente un actor con mucho talento!):

Supongamos ahora que yo soy el asesino. Salgo de noche a intervalos regulares para matar a mis congéneres por motivos que sólo Dios y yo conocemos. Asesino y vuelvo a asesinar y siempre borro las pistas por el método de desgarrar a los cadáveres entre mis dientes, acarrearlos hasta las entradas ocultas de las tuberías y respiraderos de agua abandonados, mandándolos a través de ellos a las catacumbas. Pero de la noche a la mañana, dejo de utilizar ese método. Lo cual significa que, a la larga o a la corta se descubrirán mis crímenes y se me dará caza. ¿Por qué iba a hacer eso? ¿Por qué iba a hacer algo que me pusiera en peligro?

De repente supe la verdad. ¡El asesino se había hecho viejo! Demasiado viejo y enfermo para llevar cadáveres por ahí y hacerlos desaparecer por agujeros ocultos.

Además, creía saber incluso otro motivo por el cual ese monstruo había dejado últimamente a sus víctimas tiradas allí donde las había matado. Pero yo quería que él mismo me confirmara sus motivos personalmente…

La interpretación de mi cuarta pesadilla era ya francamente superflua. Habría podido darme una guantada a mí mismo, pues el fuerte simbolismo y los mensajes de esas visiones los habría podido entender incluso un amputado de cerebro.

«Soy el asesino, soy el Profeta, soy Julius Preterius, soy Gregor Johann Mendel, soy el enigma eterno, soy el hombre y el animal, y soy felidae. Soy todo eso y mucho más en una sola persona» —había dicho el asesino, que había adoptado una apariencia blanca luminosa mediante los mecanismos de distorsión que obran en los sueños.

Pero en realidad, él había sido cualquier cosa menos transparente ni por dentro ni por fuera. No obstante había dicho la verdad en su confesión polifacética: era verdaderamente todo aquello en una sola persona…

Nada de lo que ha sido y será tiene ya significado alguno…

Sí, había nacido una nueva era para mi especie y, según los planes del Profeta, debíamos unimos todos como los músicos de Bremen para emprender el maravilloso viaje hacia nuestros orígenes.

—¡África! ¡África! ¡África!
—Y, ¿qué encontraremos allí?
—Todo lo que habíamos perdido…

Desde las sabanas de África, desde los desfiladeros despoblados de la línea del cielo neoyorquino, desde los desiertos helados de Siberia, desde debajo de los férreos pies de la Torre Eiffel, desde la Gran Muralla China, desde los picos del Himalaya, desde las estepas de Australia, desde todas partes; desde todas partes iban acudiendo, imparablemente: caravanas, ejércitos, miles de millones, billones, miríadas de FELIDAE, representantes de piel de color arenoso de una raza nueva-antigua con ojos amarillos incandescentes. Marchaban por toda la Tierra, que ahora les pertenecía sólo a ellos. Hacía tiempo que habían logrado liberarse de la maldición de ser domesticados; eran salvajes, libres y peligrosos. Quien pretendiera disputar su soberanía mundial sería aniquilado de la forma más cruel imaginable.

El último humano observaba a hurtadillas el desfile espectral desde detrás de una roca. Estaba totalmente desharrapado y tenía los ojos llenos de lágrimas. Y al darse cuenta de las dimensiones de aquel ejército titánico, perdió la razón. Salió corriendo. Pero lo alcanzaron rápidamente y lo rodearon, despedazándolo entre maullidos. Dieron su carne a los pequeños, los mayores bebieron su sangre, y exhibieron su esqueleto en una antigua jaula para animales depredadores en el zoológico, como advertencia a todos los demás seres vivos de la Tierra, para que ninguno volviera a osar sublevarse contra la especie real de los FELIDAE. Luego, siguieron su camino, tal vez hacia los cohetes y naves espaciales con los que querían colonizar las galaxias, nuestro universo y los demás universos…

¡Era el sueño de un loco!

Era el sueño de Claudandus, el Profeta, aquél que había descendido del cielo para vengar las injusticias que se habían perpetrado contra su especie. Pero la venganza no era su único objetivo. Él quería más, ¡lo quería todo!

Decidí pedirle cuentas aquella misma noche…

10

Siempre es triste el final de una historia. Se debe, por una parte, a que al terminar la historia, somos devueltos a una realidad que suele ser tediosa y, por otra, al hecho de que toda historia verídica tiene necesariamente un final triste. Al fin y al cabo, la vida misma no es más que un valle de lágrimas, lleno de sufrimiento, enfermedades, injusticia, desesperación y hastío. Una historia con un final satisfactorio es un engaño. Y el final de toda historia verídica es la muerte. Yo había desempeñado brillantemente el papel de detective que desde un principio se me había adjudicado en esa historia enigmática y sangrienta y, sin embargo, excitante. Los demás implicados se habían destacado asimismo por sus excelentes actuaciones y podían estar seguros de recibir una gran ovación. No obstante, la historia en sí había sido escrita única y exclusivamente por el Profeta. A lo largo de muchos años y con una perseverancia implacable. Fue un autor consecuente que no había excluido el acto de su propio desenmascaramiento y captura. Al contrario, ése era incluso el plato fuerte de la trama.

Mientras corría en dirección a su casa a través de la ventisca violenta por las pistas zigzagueantes de los muros de los jardines, veía más claro, cada segundo que pasaba, lo mucho que deseaba que yo tomara posesión de su terrible herencia y terminase de escribir el guión inacabado. Tuve que hacer grandes esfuerzos para no quedarme paralizado por la nieve. Con todo, percibía aquellos esfuerzos y contratiempos como si estuviera debajo de una campana de cristal. En mi mente había un único pensamiento: poder echar un vistazo a la central de mando del malvado para después encararme con él.

Cuando por fin llegué a su casa, mi piel había adquirido una enorme coraza de nieve y parecía un puerco espín recién salido del congelador. Afiladas espinas, en vez de pelo, parecían brotar de mi piel, e incluso mis bigotes estaban rígidamente congelados, hasta el punto de que temía que se fueran a romper con cualquier movimiento brusco. Un poco más, y no se me habría podido distinguir de Joker *on the rocks*. Pero a pesar de todo, el frío externo no tenía comparación con el que sentía dentro.

Di una vuelta completa a la casa y observé que no había luz encendida en ninguna de las habitaciones. Era imposible que el dueño de casa se hubiera acostado ya, en un día de fiesta como aquél. O bien estaba de viaje, o pasándoselo bomba en alguna fiesta loca de Navidad. Pero el emperador de la muerte se encontraba allí dentro, eso era tan seguro como que Claudandus regía todos nuestros destinos. Sí, tal vez incluso me estuviera esperando, como los humanos esperan en esa noche sus regalos.

Curiosamente, no tenía miedo alguno, porque yo sabía que el sabihondo Francis

era la única oportunidad que le quedaba de ver la obra de su vida llevada a buen término en un futuro lejano. Por los motivos que fueran, creía que su «hijo» estaba en buenas manos conmigo. No obstante, ¿podía yo realmente estar tan seguro?

Me quedé parado delante del porche emperifollado y reflexioné. Era verdad que yo, al fin y al cabo, sólo había sumado uno y uno y me había dado dos como resultado. Pero también era evidente que él estaba loco, de modo que sus matemáticas bien podían seguir unas leyes muy diferentes de las mías. Sí, era probable que ya ni siquiera fuera capaz de hacer cuenta alguna. Pero al instante sacudí la cabeza y me reí amargamente para mis adentros. No, el Profeta no estaba loco, ni mucho menos, y había que reconocer que de alguna manera su sueño no carecía del todo de lógica. ¡La lógica! Otra vez la odiosa palabra. La palabra que, cual fetiche, siempre había acompañado y determinado mi vida; y según parecía, también la suya. El Profeta había tenido una insana pero lógica razón para cometer tanto crimen… si es que puede existir una razón para matar. Pero fuera cual fuera el móvil, después de esa noche se acabarían los asesinatos. De una manera u otra…

Atravesé la puerta y entré en la casa oscura. No era demasiado probable que estuviera acechándome en alguna parte para lanzarse sobre mí a la menor oportunidad. Como ya se ha dicho, él solía hablar de una manera «cargada de trascendencia» antes de tomarle medidas a un cuello. Casi con seguridad estaría durmiendo y se iría dando cuenta de mi presencia poco a poco. No obstante, una angustiosa agitación se apoderó de mí y mi corazón comenzó a palpitar desenfrenadamente.

Caminé lenta y silenciosamente por el pasillo hasta que al fin entré, por la puerta entreabierta, al despacho. Gregor Johann Mendel me miraba furibundo desde sus matorrales de guisantes. Parecía enojado porque yo había conseguido averiguar su secreto. A través del ventanal pude ver que la ventisca de fuera había adquirido todos los ingredientes necesarios para ser inmortalizada en un cuadro cursi de una escena invernal al gusto de Gustav. El viento huracanado bramaba sobre los jardines como un demonio desencadenado y silbaba incesantemente de forma siniestra, barriendo dunas de nieve en cuestión de segundos para levantarlas en seguida en otra parte; arremolinaba copos de nieve como si fueran imágenes oscilantes de una pantalla de televisión averiada, sin dejarles reposo.

Salté al escritorio y utilicé ambas patas para colocar el interruptor del ordenador en «on». El aparato comenzó a emitir el ligero zumbido que me era tan familiar. Luego aparecieron en el negro insondable de la pantalla, claros y deslumbrantes como fuegos fatuos en un cementerio embrujado, los datos del sistema y del mecanismo del disquete. Cuando el ordenador hubo cargado sus recuerdos electrónicos, comenzó a centellear impacientemente el cursor, o sea la señal luminosa, como si quisiera saber qué iba a pasar entonces. Yo también quería saberlo,

así que me hice en el acto la pregunta decisiva: ¿qué nombre le daría yo a un fichero que era el secreto mejor guardado del barrio y al cual únicamente yo debía tener acceso? Tal vez un nombre que representara el motivo diabólico de la creación de tal fichero, que siempre me recordaría la razón de mi venganza y con el que nadie de mi entorno me relacionaría.

¡Funcionó a la primera! Tan pronto como hube introducido la palabra «Preterius» se borraron todos los datos generales del sistema y el monitor se puso paulatinamente rojo, empezando desde arriba, como si se tratara de la bajada de un telón de teatro. Entonces apareció el título del programa secreto en grandes letras doradas ribeteadas por pequeños y graciosos relámpagos: FELIDAE.

Después de unos segundos, también desapareció aquel gráfico y, para mi gran satisfacción pero también para mi gran horror, el monitor me obsequió con lo que había estado buscando.

El programa de cría «Felidae» era tan extenso y complicado que sólo una mínima parte cabía en el espacio limitado de la pantalla del monitor que tenía ante mí. Consistía en un número considerable de árboles genealógicos que comenzaban, en su parte superior, con las parejas que cumplían los requisitos para el programa de retrocría y se ramificaban hacia abajo de forma cada vez más complicada e impenetrable hasta casi el infinito. Mientras más se iba hacia abajo en la tabla, más se alejaban los ejemplares que salían de los árboles genealógicos particulares de los tipos domesticados, y más se acercaban al felidae salvaje de raza pura. Sin embargo, el criador había procedido de manera muy rigurosa al hacer su selección, eliminando poco a poco del programa a las generaciones que seguían siendo portadoras del gen de la domesticación; en otras palabras, probablemente los había matado. Una red enmarañada de ramificaciones de parentesco cubría el trasfondo, verde claro, como un dibujo geométrico. Debajo de cada nombre se encontraba el recuadro correspondiente de información. Éste contenía los datos sobre el genotipo, o sea la totalidad de los genes que un individuo había heredado de sus padres, y sobre el fenotipo, o manifestación del genotipo individual en interacción con el entorno. Dentro de los recuadros también había comentarios sobre los genes «dominantes», o sea los que siempre aparecen en el fenotipo, y los «recesivos», los factores genéticos que ceden ante los dominantes pero que, no obstante, siempre pueden volver a aparecer. Los recuadros, por su parte, estaban conectados entre sí por líneas negras que documentaban los numerosos cruzamientos de manera clara y sinóptica. Para poder hacerse una idea general del programa de cría, era posible desplazar el imponente gráfico hacia arriba, hacia abajo, hacia la derecha y hacia la izquierda de la pantalla.

La explicación, o, para ser más exacto, el principio era muy sencillo. Si un humano quisiera criar animales, aislaría a los animales destinados a la cría de los que

eran inadecuados para tal fin. Un animal que se propusiera criar animales no tenía, por ley de la naturaleza, los medios a su disposición de un humano. Sólo podía asegurarse de que el varón elegido para la cría coincidiera con la hembra correspondiente. Y si algún animal foráneo intentaba interferir, había que impedírselo. ¿Y si el animal no dejaba que se lo impidieran? ¿Y si seguía empeñado en seguir la llamada de sus deseos? Pues, entonces…

Junto a las ramas inferiores de los árboles genealógicos se encontraban los aproximadamente cien nombres que más se habían acercado al objetivo de la cría. Era probable que entre ellos se encontrara también el de la graciosa dama con la que había pasado una de las mañanas más encantadoras de mi vida. Todos esos nombres sonaban extraños e impronunciables, y por ello llegué a sospechar que el creador del programa no sólo había estudiado minuciosamente nuestra especie, sino también nuestra lengua original. «Khromolhkhan» se llamaba uno, por ejemplo; y otro «Iiieahtoph». En realidad, una comparación con un arqueólogo de sombrero tipo safari que, haciendo de las suyas dentro de los misteriosos sistemas sepulcrales de las pirámides, finalmente da con el sarcófago de oro macizo que había estado buscando toda su vida, no parecía ser rebuscada en mi caso. Lo que, al fin y al cabo, había conseguido averiguar, o mejor dicho desenterrar, resultó ser un verdadero baúl satánico cuyo contenido me reservaba secretos aún más sorprendentes.

Sí, efectivamente, quedaban todavía cosas por descubrir. Pues en la esquina derecha inferior de la tabla genealógica se encontraba disimulada una diminuta cruz negra de difuntos, que yo supuse podía ser el símbolo para reclamar otras imágenes. Desplacé el cursor hasta la señal y volví a pulsar la tecla de «enter». Tal y como esperaba desapareció la tabla genealógica y apareció una lista interminable de nombres acompañados cada uno por un número, una fecha, una hora y una breve anotación. Por ejemplo, una de las anotaciones decía lo siguiente:

287… Pachá
18.6.1986 / aproximadamente a las 0,30

Intentaba aparearse con Tragiyahn. Todo mi arte de persuasión fue inútil. Tragiyahn es de cualquier manera un caso problemático. No se atiene al acuerdo y recorre el barrio entero cuando entra en celo. ¿Cuándo entenderán por fin que no deben entablar relaciones con los del montón?

Otra anotación:

355… Chanel
4.8.1987 / aproximadamente a las 23,00

Estaba preñada de Chrochoch. Era cosa segura que su dueño habría repartido la camada entre sus amigos, conocidos y vecinos del barrio. Eso no debía pasar de ninguna manera. Ya tengo bastantes dificultades para buscarles a los míos un hogar entre los hombres.

Continuaba en ese tono prosaico número tras número y nombre tras nombre. Estaba muy claro lo que contenía aquella lista: ¡sólo muertos! El asesino había documentado y catalogado todas sus atrocidades según su manera tan concienzuda. La relación de horrores acabó finalmente con el número 447. No era de extrañar que la cifra que habíamos calculado mi gemelo intelectual y yo se aproximara tanto a ella.

Boquiabierto me quedé mirando fijamente a la pantalla y, mientras más tiempo me mantenía en esa posición de inmovilidad petrificada, más se apoderaba de mí una tristeza tan profunda como nunca la había sentido antes. Tantos, tantísimos tuvieron que perder sus vidas para que un obseso pudiera realizar su sueño de la única raza verdadera. Era un sueño antiguo que muchos obsesos habían soñado antes que él, y al mismo tiempo era el sueño más insensato que existía. 447 hermanos y hermanas que no habían querido otra cosa que vivir y amar. ¡Nada más, nada más, maldito sea!

Se me llenaron los ojos de lágrimas y me imaginé a todas las víctimas inocentes reunidas en un solo grupo, tal y como siempre las veía en mis pesadillas. Estaban inmóviles y tenían expresiones ausentes en la cara, como si se tratara de una fotografía hecha en el cielo. Pero aunque no se quejaban de su horrible destino, se les notaba que querían salir del maldito cuadro para poder encontrar, por fin, la paz. ¡Por lo menos eso!

Allí mismo decidí borrar el diabólico programa. Era el último servicio que les podía prestar a los muertos…

—¿Lo sabes ya todo, querido Francis?

La voz de Pascal tenía un matiz irónico, como si se burlara de mi éxito.

Aparté la vista del monitor y miré hacia abajo desde el escritorio. Él estaba en la puerta y sus ojos amarillos brillaban a través de la oscuridad como oro fundido. Entonces se levantó sobre sus patas traseras, sonriendo tristemente. Una ira impotente se apoderó de mí. Dios sabía que no podía encontrarle ninguna gracia a la situación. A pesar de todo, o precisamente por eso, le devolví una sonrisa gélida.

—Sí, Claudandus, ahora lo sé casi todo. Sólo quedan algunas lagunas en mis conocimientos. Quizá por eso deberías contar toda la historia desde el principio. Sería lo justo, ¿no crees?

Volvió a sonreír, pero esta vez como si yo fuera un niño testarudo cuya terquedad causaba más diversión que disgusto.

—Ah, ¿quieres decir la famosa historia que el asesino le confía al detective antes de matarlo…, o viceversa? —dijo divertido.

—Correcto, o viceversa. Sea como sea, ten la amabilidad de contármela.

—No hay mucho que contar, amigo mío. Lo esencial lo has averiguado ya tú mismo. Admito que te he dado alguna ayuda porque quería que te iniciaras, paso a paso, en el tema. Pero, a pesar de ello, las cosas realmente decisivas que han contribuido a la resolución del caso han sido única y exclusivamente mérito tuyo. La expresión adecuada en este caso sería, ganador por puntos. Pues bien, en cuanto a mí, yo he sido un perdedor toda mi vida. Pero como todo perdedor, no he podido soñar con otra cosa que con el éxito. Que mi sueño llegue a realizarse o no, está ahora en tus manos. Pero hablaremos de eso más tarde.

Fue caminando pesadamente hasta el centro de la habitación y se tendió sobre la alfombra frisada. La sonrisa desapareció de su cara, dando lugar a una expresión meditabunda. Fuera rugía entre tanto la tempestad.

—«E hizo Dios las bestias salvajes según sus especies, los animales domésticos según sus especies, y los reptiles del suelo según sus especies. Y vio Dios que estaba bien». Así habla el dios de los *otros* animales. Pero ¿conoces a esos animales en particular, Francis? ¿Conoces a los hombres, Francis? Quiero decir, ¿has pensado alguna vez seriamente en ellos? ¿Sabes realmente lo que ocurre dentro de su cabeza y de lo que son capaces? ¿De lo que son capaces cuando no están haciendo esas cosas horribles que, por otro lado, son objeto de crítica por parte de los demás, los llamados hombres buenos? Sí, sí, seguramente crees que pueden dividirse en dos grupos, a saber, los buenos y los malos. En aquéllos que construyen bombas atómicas y hacen la guerra, y en los que se manifiestan contra la matanza de ballenas en los océanos del mundo y hacen colectas para los hambrientos. Nunca has podido ver dentro de una cabeza humana y, con todo, crees saber que existen dos clases distintas de cerebros dentro de ellas. Ay, no sabes nada, querido Francis, absolutamente nada… Te voy a contar una historia de hombres y de animales; no es ninguna historia policíaca sino una historia verídica…

Ahora hablaba en voz muy baja y mesurada como si se encontrara lejos, muy lejos, en otro lugar y en otro tiempo. Además, apenas parecía darse cuenta de mi presencia y daba la impresión de estar hablando solo.

—Nací hace trece años y te puedo asegurar que el mundo, tal y como estaba, me gustaba muchísimo. Me gustaba la vida, el sol y la lluvia; y sí, quizá incluso los hombres. Pero de eso hace ya mucho tiempo y, la verdad, me cuesta trabajo acordarme de los días felices o de recordar lo que es sentir la felicidad siquiera.

»Yo llevaba en aquel entonces una vida errante; era, como se suele decir, un vagabundo nato y lo pasaba muy bien. Por casualidad, un día estuve rondando por aquel laboratorio inmenso. Me atrajo de una forma mágica. No sé lo que se apoderó de mí, pero de repente me encontré de pie en el umbral de la casa maldita y un hombre que se acercaba por el sendero me abrió la puerta. Era Preterius. Al darme

cuenta de lo que ocurría ahí dentro, quise primero escapar lo más pronto posible; sencillamente, alejarme lo más lejos que podía de aquel horror inconcebible. Pero entonces lo pensé mejor. Idiota de mí, me propuse observar con atención la injusticia indignante que aquellos monstruos les infligían a los de nuestra especie, para después transmitir la información a los demás ahí fuera y a las siguientes generaciones. Como puedes ver, ya entonces me impulsaba el celo misionero.

»Lo que después pasó, lo has averiguado tú mismo por el diario del muy estimable Profesor. Ahora mismo, no quisiera incomodarte más con los detalles repugnantes de mi carrera de conejillo de Indias. Es un capítulo cerrado. Sólo tienes que tener presente que lo que has leído ha sido escrito desde el punto de vista del verdadero asesino. El martirio que tuve que sufrir fue, en realidad, mil veces más cruel de lo que un cerebro, humano o animal, pudiera siquiera imaginar».

Sus ojos brillaban llenos de lágrimas que corrían lentamente hasta su hocico para después gotear silenciosas sobre la alfombra.

—Sea como sea, hacia el final de mi tratamiento el Profesor se puso algo mal de la cabeza y todos sus cómplices lo abandonaron. Y cuando finalmente se volvió loco del todo, hablé con él.

—¿Hablaste con él? Pero ¡eso es un sacrilegio! No nos está permitido hablar con los hombres. Los intocables no deben intercambiar ni una sola palabra con los inmundos, aunque su vida esté en peligro.

—¡Vaya, vaya, tenemos un creyente entre nosotros! Aun a riesgo de ofender tus sentimientos religiosos, Francis, debo decirlo: ¡odio a Dios! Odio a aquél que creó el mundo, que ha creado a esa humanidad y que ha creado a hombres como Preterius y situaciones como las de aquel entonces. Si es que existe Dios, es una araña gigantesca y repugnante en las sombras. ¡No podemos ver dentro de tamaña oscuridad, no podemos ver ni la cara de la araña ahí dentro ni su telaraña gigantesca oculta tras una ilusión de felicidad y bondad!

—¿Y cómo hablaste con él?

—¿Que cómo? Pues, yo me daba cuenta de que iba muriéndome lenta pero seguramente y por eso estaba dispuesto a intentarlo todo. Así que hice un esfuerzo y moví la mandíbula igual que lo hacen los hombres y emití sonidos como los de un hombre, imité el lenguaje humano. Los graznidos que iban saliendo de mi garganta tenían un sonido bastante extraño, pero aquel demente los entendía. Abrió la puerta de la jaula para poder enfrentarse conmigo en un duelo. Mientras tanto, se reía enloquecido, como si tuviera un espasmo y no pudiera parar de reírse de ninguna manera. Tan pronto abrió la puerta, reuní todas las fuerzas que me quedaban para lanzarme a su boca abierta de par en par y hundí mis colmillos profundamente en su garganta. Cayó hacia atrás intentando desesperadamente sacarme de su boca ensangrentada. Pero era demasiado tarde. Yo seguí adelante, me lo comí todo hasta

llegar a sus tripas; luego sólo hizo unos movimientos convulsivos y quedó finalmente tendido inmóvil allí donde estaba.

»Yo estaba agotado y creía que iba a caerme muerto en cualquier momento. Pero antes de navegar al más allá quise por lo menos liberar a los demás para evitar que siguieran siendo maltratados por los sucesores de aquellos sádicos. Abrí las jaulas para regalarles la libertad a todos los hermanos y hermanas. De todas maneras, casi no quedaban más que los pequeños. Después caí en un sueño pesado y profundo en el que ya me vi llamando a las puertas del otro mundo.

»Cuando por fin desperté, encontré a Ziebold, de pie delante de mí. Había sentido gran simpatía por mí desde el mismo principio, y conforme pasaba el tiempo se negaba cada vez más a menudo a cumplir las órdenes insensatas de Preterius. Finalmente dimitió porque no podía seguir presenciando el sufrimiento de los animales de experimentación. Aquel día había ido porque Rosalía, la esposa del Profesor, le había contado cosas inquietantes sobre el estado de su marido y él había querido echarle un vistazo al buen hombre. Y apuesto a que, al verme en el suelo al lado del cuerpo sin vida, se dio cuenta de lo que había pasado. Se limitó a sonreír con picardía, y me levantó para después salir silbando de aquel perverso túnel de horrores conmigo en brazos. Fue pura coincidencia que viviera cerca del laboratorio».

Era más o menos así como ya me había imaginado la trágica historia. Pero esa parte había sido sólo el desencadenante, únicamente el punto de partida de mayores horrores. ¿Dónde quedaba el resto?

—¿Qué pasó entonces, Claudandus?

—Por favor, no me llames así. Ese nombre despierta malos recuerdos, ¿sabes? —Con una de sus patas se limpió las lágrimas de la cara y luego se sacudió fuertemente —. Ziebold hizo que uno de los mejores cirujanos veterinarios me recompusiera dentro de lo posible y, después de una convalecencia dolorosa que duró cuatro meses, volví a sentirme físicamente más o menos en forma. Pero ya no volví a ser el mismo de antes. Había perdido todo rastro de alegría de vivir. Había perdido el apetito y tenía miedo de morirme de depresión. El infierno por el que había pasado lo revivía en mis recuerdos y en mis sueños, una y otra vez; el tormento se repetía a diario y parecía no querer acabar nunca. Hasta que poco a poco fui aprendiendo a apreciar las virtudes de la biblioteca de Ziebold. Leí todos esos incontables libros gordos escritos por hombres, y aprendí mucho sobre su forma de pensar. La mayor parte de las obras trataba de lo maravillosos y lo inteligentes que son los hombres, de cuánto han inventado y de los prodigios de cultura que han realizado, de la intensidad con la que son capaces de amar, de lo increíblemente fantástico que es su Dios, y de las estrellas lejanas hacia donde algún día van a salir para hacerles el obsequio de su genialidad única. Toda esa jodida biblioteca era un gigantesco anuncio publicitario para el homo sapiens, y en cada libro estaba escrito siempre más o menos lo mismo: los hombres

son los dueños del mundo y siempre lo serán. El porqué: porque subyugan a las otras especies sin ningún escrúpulo y sin vergüenza, o mejor aún, las matan. Es su arrogancia enfermiza la que les da las fuerzas y la voluntad para hacerlo. Sencillamente se creían los mejores y creían por eso tener derecho a propasarse con los demás, cometiendo toda clase de injusticias contra otros seres vivos. Y lo más desconcertante de todo era que de verdad son los más grandes, precisamente debido a esa actitud tan arrogante.

»Al darme cuenta de eso comencé a pensar en cómo poder volver el engranaje de la historia hacia atrás. Yo sabía que fuese cual fuese la manera de conseguir la caída de imperio tan despótico, tenía que efectuarse imperceptiblemente. Hacían falta una organización rigurosa y una táctica inteligente para que la raza dominante no se diera cuenta de nada. Entonces fueron las leyes de la genética de Mendel las que me indicaron el camino que debía seguir. Fue como una revelación cuando leí ese libro. De repente supe cuál era mi cometido, mi deber; supe cómo darle sentido a mi vida y al mismo tiempo vengarme de aquéllos que me habían infligido las humillaciones y los sufrimientos más increíbles. Pero no se trataba únicamente de una venganza ciega, se trataba de lograr un cambio fundamental en el mundo».

—¿No suena eso bastante humano?

—Tal vez. Pero era, *es* la única alternativa para acabar de una vez con la tiranía que han ejercido durante milenios. Lo admito, al principio yo mismo era también un soñador y procedía de manera muy ingenua. Les presenté mi plan a algunos de los supervivientes del laboratorio y a otros congéneres aquí en el barrio. Pero se negaron a compartir tan maravillosa visión conmigo. La comodidad, la estupidez y el miedo eran las cosas que siempre los empujaban a volver a los brazos de los hombres. Decían que en realidad los hombres no eran malos y, crédulos como eran, desvariaban a propósito de poder vivir juntos en paz. Claro que también entre los hombres había aquí y allá una oveja negra como en todas partes y entre todas las especies, pero en el fondo… ¡Esos imbéciles preferían vivir su vida de esclavos, comiendo carroña apestosa de lata antes que luchar por la libertad!

»El único que estuvo dispuesto a escucharme fue Joker. Él había observado el horror del laboratorio todo el tiempo desde fuera y conocía la verdadera cara de los hombres. Así que formamos un equipo. Él estaba encargado de propagar la ideología y yo del aspecto científico del proyecto. Pero para no levantar sospechas, teníamos que proceder de manera muy lenta.

»Empecé humildemente. Sólo con una hembra y un macho que poseían por lo menos los rudimentos de las características adecuadas para la cría. Se trataba de erradicar en pocas generaciones el gen de la domesticación, retrocriando el *Felis catus* tanto en apariencia como en comportamiento e instinto. Pero pronto me di cuenta de que no era una tarea fácil. Aunque la hembra y el macho vivían muy cerca

uno del otro, también seguían siendo molestados por congéneres corrientes cuando entraban en celo. O bien iban ellos mismos en busca de los otros. No me quedó otra alternativa que pararles los pies, ya de antemano, a aquéllos que no estaban destinados a la cría. Pero ellos no me hacían caso, su instinto era más fuerte y los hacía comportarse como robots del deseo, desprovistos de toda razón. Así que los iba matando, uno tras otro, siempre que intentaban estropear mi complicado programa de cría. Bien es verdad que, con el paso del tiempo, los nuevos iban aislándose cada vez más de los “normales”, de modo que acabaron buscando amantes entre sus mismas filas; pero el deseo a veces los cegaba incluso a ellos a la hora de elegir pareja. Entonces querían montar a las “normales”, o las hembras ser montadas por ellos. Pero yo siempre atacaba antes de que pudiera llegar a tanto. El truco de cómo hacer desaparecer los cadáveres sin dejar huella me lo reveló Joker. Pero pronto acabarán los asesinatos, las últimas generaciones han nacido casi todas con la particularidad de no querer seguir mezclándose con nosotros, los corrientes. De ese modo el problema se resuelve solo».

—Eso no es del todo cierto. ¿No fuiste tú mismo el que hace aproximadamente semana y media estuvo observando con cuál de las bellezas me divertía? Pues bien, entonces has podido convencerte con tus propios ojos de que tu edición pura todavía se mezcla muy gustosamente con los «normales».

Él me dedicó una sonrisa de complicidad.

—¡Mis señales, Francis! Las señales y las pistas que permití que te llegaran para que poco a poco te fueras formando una idea del proyecto. Seguro que ya sabes el motivo por el que no encomendé los últimos ocho cadáveres a los cuidados de Isaías, el buen vigilante de los muertos. Estoy sencillamente demasiado viejo y enfermo para cargar con el peso de un congénere a través de distancias largas. Pero eso es sólo una verdad a medias. Barba Azul me informó con qué profesionalidad inspeccionaste el cadáver de Sacha al mudarte aquí. Dijo que te podías medir conmigo. El bueno y viejo Barba Azul lo dijo queriendo provocarme, sin sospechar que había estado esperando a un niño prodigio de esa clase desde que persigo mi objetivo. Pues mis delirios de grandeza no son de tales dimensiones como para imaginar que la obra sagrada vaya a estar del todo acabada a mi muerte. Pasarán todavía años, sí, decenios, hasta que la raza nueva se haya extendido por toda la Tierra. Claro que los miembros de esta maravillosa raza han sido de hecho ya informados del plan, y saben que tienen que congraciarse con los hombres y que no deben hacerles daño hasta que haya llegado el día señalado y se dé luz verde. Pero aun así, necesitan un jefe que les diga lo que hay que hacer y los mantenga bajo control. Por eso me alegré tanto cuando viniste. Te ayudé en tus investigaciones, pero ponía tus hipótesis en duda intencionadamente para que pensaras en las razones detrás del caso. Supe desde el momento en que te vi por primera vez que, tarde o temprano, resolverías el misterio.

Y también por ese motivo te envié a Nhozemphtekh. Para que tuvieras algo en qué pensar, para que conocieras el sentido más profundo de nuestra causa y para que pudieras hacerte una idea aproximada de nuestro objetivo final, Francis. Admítelo, es un ejemplar magnífico, ¿verdad?

Yo estaba sobrecogido de horror y estupefacción al mismo tiempo; y de tanta tensión, casi vomito. Ese tipo estaba más que loco: ¡hacía tiempo que se había convertido en un humano!

—Vaya, vaya, señales y milagros. ¿Felicitas allí en medio de su propia sangre? ¿Pertenecía ella también a la categoría de las sorpresas deliciosas con las que me querías obsequiar?

—No. Eso fue en realidad un asunto trágico, un accidente, completamente impremeditado. Pero accidentes también forman parte de operaciones de tal magnitud. Lo admito, te he estado siguiendo los pasos desde el primer día en que Barba Azul me habló de ti. Dicho sea de paso, ese pobre bruto no tiene nada que ver con el asunto. Es solamente otra víctima más de los hombres.

»Vi cómo huías de los discípulos de Claudandus por encima de los tejados aquella noche, y cómo desapareciste dentro del piso de Felicitas. Cuando tus cazadores por fin se dieron por vencidos y fueron cada uno por su propio camino, fui y os escuché a tu testigo y a ti a través del tragaluz abierto. Pero tú aún no estabas preparado para la información que la ciega te quería entregar en los días siguientes, y por eso me encargué de ella después de que te hubieras ido con Barba Azul. Como ya te he dicho, debías ir cascando la nuez muy poquito a poco para no tener que luchar con una indigestión intelectual».

—¿Y qué le pasó a Joker? ¿No cometiste un grave error al liquidar a tu jefe de propaganda?

—¿Qué otro remedio me quedaba? En el transcurso de un interrogatorio, lo habría revelado todo. Y no solamente a ti, sino también a todos esos estrechos de mente del barrio. Joker era un siervo formidable, pero al mismo tiempo un cotilla terrible. A veces me daba la sensación de que realmente creía en todas esas tonterías de Claudandus que los dos nos habíamos sacado de la manga. La fe y la esperanza eran realmente su especialidad. Pobre loco, habría hecho el papel de Claudandus mucho mejor que yo. Además, fue deseo expreso suyo que se lo matara. Yo le propuse que desapareciera del barrio y se estableciera en alguna otra parte de la ciudad. Pero él pensaba que nadie iba a querer ya recoger a un viejo como él. Sí, sí, los humanos nos prefieren como pequeñuelos lindos y graciosos. Joker dijo que no tenía fuerzas ni ganas para vagabundear por ahí a la vejez. Dijo que yo debía hacerlo rápidamente y sin cumplidos. Yo no lo maté. Fue prácticamente un suicidio, sólo que yo lo llevé a cabo.

Ahora se apoderó de mí una gran repugnancia hacia aquél a quien un día había

respetado. Todo era para él tan lógico, tan evidente, sí, tan inocente. Los asesinatos no habían sido nada personal ni se habían cometido con mala intención. Sólo debían servir una buena causa y por lo tanto se habían cometido como si de esa manera se resolviera un problema de matemáticas. No existían los sentimientos ni el respeto por la vida. Sólo existía el objetivo, al que se iba acercando asesinato tras asesinato y gota de sangre tras gota de sangre. Todo era tan sencillo y a la vez tan genial. Cuán peligroso podía ser el intelecto de un ser vivo cuando se abusa de él para hacer el mal y causar daño en el mundo. Así había sido siempre y así seguiría siendo. Preterius, Mendel, Claudandus, todos eran en realidad una y la misma persona.

—Ahora realmente lo sé todo —dije con amargura—. ¡Aunque desearía no haberme enterado nunca!

Se levantó muy despacio de su asiento, anduvo pesadamente con expresión soñadora en la cara, hasta el escritorio, y miró hacia arriba donde yo me encontraba. Parecía poder leer mis pensamientos. Después de un rato volvió a sonreír tristemente como si acabara de encontrarle la gracia a un mal chiste.

—Oh, no, Francis, no. Sólo crees saberlo todo. Eso es algo muy distinto, amigo mío. —Sacudió la cabeza con resignación—. En espíritu, somos viejos amigos, Francis. Más que eso. Somos como gemelos. Seguro que lo has pensado tú mismo en más de una ocasión. Crees saber algo, ¿verdad? Crees que eres el animalito listo que sabe algo. Es tanto lo que no sabes. Tanto. ¿Qué sabes tú en realidad? Eres sólo un animal pequeño y vulgar que vive en una ciudad pequeña y vulgar. Te despiertas cada mañana de tu vida y sabes muy bien que no existe nada en el mundo que te pueda causar inquietud. Vives tu vida diaria insignificante y vulgar, y de noche duermes tu sueñecito despreocupado y vulgar lleno de sueños plácidos y estúpidos. Y yo te he dado pesadillas. ¿No es así? Vives en un sueño, eres un sonámbulo, ¡ciego! ¿Cómo sabes tú el aspecto que tiene el mundo? ¿Sabes que el mundo es una pocilga apestosa? ¿Sabes que si se demolieran las fachadas de las casas se encontrarían cerdos tras ellas? ¡El mundo es un infierno! ¿Qué importa lo que en él pasa? Está hecho de tal forma que una desgracia arrastra a otra. Desde que el mundo es mundo, se lleva a cabo en él una reacción en cadena de sufrimiento y crueldad. Tal vez tampoco sea mejor en otra parte, en los planetas, las estrellas y las galaxias lejanas… ¿Quién sabe? Pero el colmo de todas las monstruosidades de este universo y los universos desconocidos es, con bastante seguridad, el ser humano. Los hombres son así… Son malvados, ruines, solapados, egoístas, avaros, crueles, locos, sádicos, oportunistas, sanguinarios que se alegran del mal ajeno, son desleales, hipócritas, envidiosos y —sí, eso ante todo—, ¡tontos de remate! Los hombres, así son los hombres. Ay, Francis, ¿sabes que los hombres envuelven al mundo en una coraza de amor propio; que ebrios de ideas sobre sí mismos, llenos de presunción, sedientos de adulación, sordos a todo lo que se les dice, insensibles a las desgracias que les

ocurren a sus más íntimos amigos, viven con el temor constante de cualquier petición de ayuda que pudiera interrumpir los diálogos largos que mantienen con sus propios deseos? De veras, querido Francis, tales son los hijos de Adán desde la China hasta Perú.

»Pero ¿y los *otros*? ¿Y nosotros? Te digo, amigo mío, que todos somos de la misma madera. Nosotros los que sobrealimentados, desganados y aburridos nos dedicamos a atrapar moscas, nosotros que nos sentamos perezosamente en los muros de jardín, que ronroneamos, eructamos, nos peemos y dormitamos detrás de calefactores eléctricos; los que nos pasamos la vida soñando sueños ridículos sobre partidas de caza ridículas tras unas piezas de caza tan ridículas como son los ratones, sin pensar para nada en el mañana; nosotros que cultivamos nuestras preferencias por distintas marcas de comida enlatada, que nos hemos alejado tan deplorablemente de lo que una vez fuimos; sí, nosotros, Francis, de los que en realidad todos los orgullosos representantes de la familia felidae deberían avergonzarse, nosotros imitamos a los hombres, ¡somos como los hombres!

—¡Tú eres el verdadero hombre! —grité yo—. ¡Piensas como ellos! ¡Actúas como ellos! Tú sólo quieres repetir toda la desgracia que ellos le han traído al mundo. Tu sueño no es un cambio real, sino solamente el comienzo de una nueva dictadura pagada con cientos y miles de muertos de las propias filas. O si no, dime de una vez, ¿qué papel tenías pensado adjudicarles a las otras especies animales en tu reino del sol tan maravilloso? ¡Contéstame a eso, por favor!

—¡Ninguno! Son tontos y se resignan a sus destinos. Ninguna voluntad y ninguna energía, ¿comprendes? Son víctimas natas y algún día serán nuestros súbditos, igual que lo serán los hombres. Podríamos ser los nuevos soberanos del mundo, Francis. Podrían surgir dinastías y reinos, y nuestro poderío podría llegar más allá de los océanos hasta los desiertos más lejanos. ¡No seas tan tonto, Francis! ¡Quita por fin el velo de tus ojos y reconoce lo que los hombres han hecho de nosotros! ¡Muñecos de felpa, bufones ridículos para sus ojos ávidos de diversión, compensación amorosa para sus corazones frígidos, el pintoresco punto sobre la «i» en sus malditos paisajes residenciales! ¡Eso es lo que se ha hecho de nosotros! ¿No has pensado nunca en lo pequeños que somos? Cualquier ser humano idiota podría retorcemos el cuello. Estamos indefensos y a su merced para siempre jamás, y lo peor de todo es que nosotros ya ni nos damos cuenta de esa condición de perpetua subyugación, porque nos hemos acostumbrado a ella, sí, incluso nos gusta. ¿Quieres que tu especie siga viviendo para siempre en condición tan degradada? ¿Es eso lo que quieres, Francis?

—¡No juzgues para que no se te juzgue, Pascal!

—¿Pascal? ¡Ajá! El nombre de un lenguaje de ordenador, ¡un lenguaje de ordenador creado por los hombres! Eso vuelve a ser típicamente humano. Todos esos nombres estúpidos que nos endilgan porque forzosamente tienen que proyectar sus

sentimientos lisiados también sobre nosotros. Porque no les queda ya nada que decirse los unos a los otros, porque nos necesitan como compensación por amistades y cariños defraudados. No me llamo Pascal ni Claudandus, ni llevo ningún otro nombre que los hombres se hayan inventado para mí. ¡Soy Felidae, perteneciente a una raza devoradora de hombres!

—¿Y Ziebold? —pregunté—. Él te salvó la vida y te cuidó hasta que te recuperaste.

—¡Tonterías! Sólo tenía sentimientos de culpabilidad porque durante años también había sido un asesino y de esa manera tan cómoda podía aliviar su conciencia. Así son todos, Francis, falsos y llenos de hipocresía. La hipocresía es su verdadero dios al que diariamente ofrecen nuevos sacrificios. Y exactamente así es como nos quieren tener también a nosotros. ¡Quieren hacer de nosotros unas caricaturas de sí mismos!

—Pero también hay hombres buenos, Pascal o Claudandus o Felidae o como quiera que te llames. Créemelo. Algún día, aunque tengo que admitir que será un día muy lejano, convivirán todos los seres vivos de esta tierra de Dios en pie de igualdad y vivirán juntos en armonía y quizás incluso con amor; y se entenderán mejor unos a otros.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó él, y sus ojos ardían de odio e ira impotente—. ¡No existen hombres buenos! ¡Todos son iguales! ¡Compréndelo de una vez! ¡Los animales son hombres buenos, y los hombres son animales malvados!

Le volví la espalda cautelosamente y me incliné sobre el teclado del ordenador.

—Todos quieren regir el mundo —dije yo apenado—. ¡Realmente todos! Porque de eso se trata, ¿verdad? Al fin y al cabo siempre se trata de eso. Y cada especie cree ser el número uno. Y cada individuo está completamente convencido de que él y sólo él tiene derecho a ocupar el trono y darles órdenes a otros para que aniquilen a los demás. Y todos, de hecho, se están engañando a sí mismos porque allí arriba, en cuanto trono existe, se está solitario y frío. No tenemos nada más que decirnos, amigo mío. Comprendo los motivos por los que iniciaste esta pesadilla y tampoco quiero ocultarte que siento ciertas simpatías por tu riguroso plan. Pero no a ese precio, no, ¡no a ese horrible precio! Voy a luchar contra ti y voy a hacer todo lo posible por destruir la obra de tu vida. ¡Lo juro como que estoy aquí! Y voy a comenzar por borrar este inmenso programa. Lo siento.

—Sobre todo, no tienes ni idea de cuánto lo siento yo, Francis —le escuché susurrar desde abajo en un tono indescriptiblemente apenado.

Entonces, cuando mis patas acababan de rozar la tecla para borrar, escuché el ruido que había estado esperando todo el tiempo. Era un siseo agudo, como si se desgarrara el aire, junto con un grito demente. Por instinto me eché a un lado, y se dio con todas sus fuerzas contra el monitor, tirándolo del ordenador abajo. El aparato

resbaló por el borde de la mesa de cristal y cayó estrepitosamente al suelo. En el tubo de imagen se produjo una implosión con un chasquido sordo, la pantalla estalló en mil pedazos y una salva de chispas se disparó del interior de la caja, pegándole fuego a las cortinas blancas del ventanal de la fachada.

Ahora Pascal y yo estábamos uno frente al otro, tensos y con los pelos del lomo erizados. Los dos arqueamos el lomo con gesto amenazante y emitimos gruñidos de advertencia. De repente se levantó mi negrísimo contrario sobre sus patas traseras y se lanzó hacia mí sacando las uñas afiladísimas de sus patas delanteras que se revolvían siseantes, cual instrumentos de lucha oriental. Yo hice otro tanto y así nos encontramos en mitad de la mesa, clavándonos mutuamente las uñas. En esa postura caímos sobre la cubierta de cristal de la mesa, rodando de un lado para otro. Nos atacábamos con las patas traseras, hundíamos a ciegas los dientes, nos arañábamos y dábamos golpes sin piedad. Pascal intentaba una y otra vez alcanzar mi cuello con sus colmillos para aplicarme el mordisco maestro que dominaba a la perfección. Alcanzó mi oreja derecha y la mordió con toda la fuerza de su mandíbula. Un pequeño surtidor de sangre salió disparado de la herida, corrió por mi frente, me entró en los ojos y me cegó. Con el valor que da la desesperación hundí mis colmillos en el pecho de Pascal y no lo solté hasta que, de pronto, se echó para atrás maullando y lamiéndose las heridas.

Entretanto, las cortinas habían desaparecido por completo, pasto de las llamas que estiraban sus lenguas voraces hacia el techo de la habitación. Plástico derretido y viscoso goteaba desde arriba, hacía agujeros en la alfombra y daba lugar a nuevos focos de incendio. La habitación estaba llena de humo fétido y hacía un calor asfixiante. La luz clara y oscilante del fuego nos daba a nosotros, los gladiadores ensangrentados, una iluminación muy adecuada y estimulante para nuestro espíritu de lucha. Yo no quería otra cosa que salir de aquel infierno, pero temía que el viejo guerrero que tenía ante mí y que, evidentemente, estaba peleando su última batalla, me negara su permiso. De modo que nos pusimos a lamer nuestras heridas, ronroneando y preparándonos para el siguiente intercambio de golpes, mientras el círculo de llamas que bailaba locamente a nuestro alrededor iba en aumento hasta formar un incendio de proporciones que alargaba sus miles de manos para alcanzar la biblioteca del señor de la casa.

Pascal, de cuyo pecho fluía ya un torrente de sangre, se lanzó repentinamente contra mí como si hubiera explotado una bomba debajo de su trasero; y me agarró por el cuello con sus dientes asesinos, echándome sobre la cubierta de cristal de la mesa. Pero antes de que pudiera hundir sus colmillos, me sustraje del mordisco y le hundí las garras de mis cuatro patas en la piel, arrojándolo también a él a la superficie de cristal. Nos arañamos ciegamente el uno al otro en nariz, ojos y partes blandas, rodamos de aquí para allá encima de la mesa hasta que finalmente caímos al suelo,

enganchados encarnizadamente. Lo extraño era que apenas sentía dolor. Pero sabía que más tarde lo sentiría.

Sobre la alfombra, cuya mayor parte estaba entretanto en llamas, seguimos luchando con esa obstinación que se apodera de uno cuando empieza a sospechar que solamente uno de los dos sobrevivirá. Nos dábamos zarpazos con las uñas como si estuviéramos jugando con un ratón; nos mordíamos y nos desgarrábamos la piel como si estuviéramos tratando con un conejo muerto; y nuestras dos sangres salían disparadas hacia arriba, mezclándose en el aire cual si el profesor Julius Preterius hubiera resucitado de entre los muertos y estuviera llevando a cabo uno de sus horribles experimentos con nosotros.

Pero poco a poco nos íbamos cansando. Los golpes eran cada vez más débiles y arbitrarios; los mordiscos se veían reducidos a meros tirones; la lucha y el forcejeo eran ya abrazos de autómatas que posiblemente nos precipitarían a ambos a la muerte. En uno de los momentos en que Pascal se había quedado sin aliento y se apoyó de repente en mí con todo su peso, aproveché la ocasión utilizando mis últimas reservas de fuerza para arañarle la cara diagonalmente con las uñas de la pata derecha, dejándole una huella sangrienta. Él lanzó un maullido estridente y se dejó caer hacia atrás. En el acto retrocedí aproximadamente metro y medio, y me senté sobre las patas traseras para tratar de rozar las numerosas heridas de mi cuerpo con la lengua. No creo que en realidad las lamiera, para hacerlo me faltaban fuerzas y concentración; se trataba más bien de un movimiento reflejo.

Pascal, por el contrario, no hizo absolutamente nada. Se quedó sentado allí, muy derecho sobre sus patas traseras, mirándome fijamente con ojos lechosos de muñeca de cera, como si estuviera drogado. Su piel negra se había empapado entretanto de la sangre que brotaba con increíble rapidez de sus heridas y corría por la alfombra.

Todos los libros de los cuales Claudandus había aprendido tanto sobre los hombres y los animales estaban en llamas. El fuego producía tal calor que resultaba casi imposible respirar. Dentro de pocos segundos nos asfixiaríamos para luego quemarnos. Y todo ello teníamos que agradecérselo, al fin y al cabo, a los hombres. Pues no habían sido Pascal, Claudandus ni nosotros mismos los primeros en matar. Ellos, los inmundos, eran los responsables de cuanto mal existía en el mundo, eran la causa de que se hubiera llegado a tal extremo.

¡De repente dio un salto!

Fue el salto de un suicida. Un salto en el que daba igual dónde y cómo fuera a aterrizar. Un salto que se daba con los últimos restos de fuerza que quedaban, de modo que quien lo diera tenía que saber que después no iban a quedarle las fuerzas necesarias ni para parpadear siquiera. Fue un salto tremendo, tan rápido como una flecha y con el ímpetu del meteoro que cae.

En el momento en que se lanzaba contra mí, con un maullido ensordecedor, me

eché automáticamente sobre mi espalda, estiré la pata derecha hacia arriba y saqué una única uña. Mientras Pascal pasaba volando con un silbido por encima de mí, le hice con la uña una incisión limpia en la garganta, tan profunda que me pareció tocarle las cuerdas vocales. Cayó con fuerza en el lado opuesto, dio una vuelta de campana y quedó tendido allí, inmóvil.

Corrí hasta él y volví su cabeza hacia mí. Sangraba terriblemente y vi que el corte era más grande de lo que había creído. Casi podía ver hasta dentro de su esófago. Y, con todo, parecía que una sonrisa huidiza y pícara atravesara su cara. Fue abriendo los ojos de una manera infinitamente lenta y con gran dificultad me clavó la vista. No había ninguna ira, ningún reproche ni ningún miedo en aquellos ojos; pero tampoco había arrepentimiento.

—Tantas tinieblas en el mundo —murmuró con voz ronca—. Tantas tinieblas, Francis. Ninguna luz. Sólo tinieblas. Y siempre hay alguien que se interese por ellas. Siempre. Siempre. Siempre. He llegado a ser malvado, pero hubo un tiempo en que también fui bueno[14]…

Epílogo

La casa se quemó y sólo quedaron cenizas. Y con la casa se quemó también el cuerpo sin vida de aquél a quien los hombres habían dado diversos nombres y cuyo nombre verdadero siguió siendo un misterio que se llevó consigo a donde ni nombres ni la pertenencia a una raza específica tienen importancia alguna. También el maldito programa «Felidae» y los millones de datos portadores de culpa y horror del ordenador fueron víctimas de las llamas. Yo conseguí huir en el último momento de aquel infierno y ponerme a salvo, aunque estaba más muerto que vivo. Cuando los bomberos consiguieron por fin llegar a través de la tormenta de nieve y hacer correr el agua helada por sus mangueras, no quedaba ya nada de la casa de Karl Lagerfeld por apagar. Así pues, el fuego había borrado una vez más una parte del mal de la Tierra, convirtiendo las tinieblas en luz.

Pero ¿ha merecido esta historia tan complicada un final tan sencillo?

¿Quién puede contestar a eso? ¿Quién tenía razón y quién no? ¿Quién era malo y quién bueno? ¿Dónde se acababan las tinieblas y comenzaba la luz? ¡Blanco y negro: un sueño deseado, un cuento de Navidad para niños, quimeras de moralistas! Creo que, como toda buena historia, ésta acaba en tonos grises. ¿Quién sabe? Si nos concentráramos muy a fondo en ese color tan extraño, quizá al final hasta parecería bonito. O por lo menos real.

Regresé a casa a rastras como en un trance y perdí el conocimiento en medio de Tokio, o sea, en medio del dormitorio renovado. A la mañana siguiente, Gustav, al ver mis numerosas heridas y mi piel llena de sangre seca pegada, comenzó a gritar; luego me condujo en su Citroën CX-2000 hasta la consulta del matasanos veterinario. Éste me atormentó y me fastidió aun más, de modo que surgieron en mi mente asociaciones horribles con los experimentos torturadores de Preterius. El proceso de curación fue también un oscuro camino lleno de dolor que hacía pensar en el triste destino de Claudandus.

Pero me he recuperado espléndidamente y disfruto de buena salud.

No he revelado la verdadera identidad del asesino ni a Barba Azul ni a otras mentes estrechas del barrio. No me parecía importante. Todos debían conservar un buen recuerdo de Pascal, pues el odio y la venganza habían sido una carga suya y no mía. Asimismo logré disipar poco a poco la sospecha que se albergaba contra el padre Joker, y también pude corregir la mala impresión que habían recibido los habitantes del barrio de él en la reunión nocturna. Piensan, pues, que ha emigrado a otro barrio para difundir sus enseñanzas. Como consecuencia, a él tampoco lo considera nadie el asesino, pero los habitantes de la casa de porcelana se encontrarán con una maloliente sorpresa en primavera, tan pronto comience a calentar el sol.

Por lo tanto, la pregunta sobre quién había sido el asesino seguirá siendo un misterio para los demás. Pero nadie tratará en adelante de encontrar respuesta a esa pregunta, puesto que no habrá más asesinatos. Y algún día se dejará de pensar en esta historia y nadie se acordará de tan horribles acontecimientos. También los asesinos mueren, y con ellos, las historias misteriosas que nos mantuvieron un tiempo en vilo.

Algunas observaciones adicionales para redondear la historia.

Primero, la noticia más alarmante: el mes que viene, Archibald piensa instalarse en el piso de arriba porque, como él tan descriptivamente dice, durante las obras de renovación se «ha enamorado como un bestia de esta choza». Aparte de que me espera otra renovación ensordecedora, en adelante Gustav y yo vamos a tener que aguantar a diario el parloteo impertinente sobre el «in» y el «out» del terrorista de la moda. Por lo que sé de ese canalla, sería muy capaz de comprarse un perro y bautizarlo «Beuys» o «Pavarotti» o, quien sabe, ¡quizá incluso «Kevin Costner»! Así que se avecinan tiempos sombríos. Por otra parte, si se mira esa amenaza desde un punto de vista humanista, quizá pudiera incluso sacarse algo positivo de ella. Gustav tendrá más contacto humano, por muy superficial que sea, y una oportunidad real de escapar de la prisión de su soledad.

Alguien más ha dejado atrás el hechizo de la amarga soledad. Con mucho arte de persuasión, Barba Azul y yo logramos convencer a Isaías de que dejara las catacumbas y le buscamos un hogar en casa de un tabernero viejo, excéntrico y bonachón de nuestro barrio. Lloró de alegría y emoción al ver el azul del cielo por primera vez después de tantos años en el infierno. Ha podido sobreponerse a su timidez inicial en su trato con nuestros congéneres, pero sobre todo con los humanos. En el local desempeña ya el papel de la pequeña y popular mascota. Sólo me preocupa que los clientes del establecimiento lo mimen regularmente con bebidas alcohólicas, pues a él le encanta dejarse mimar por ellos. De por sí, el hecho de que un congénere nuestro ingiera alcohol merecería un estudio científico. ¡Ojalá le vaya bien!

La raza superior de Pascal está volviendo visiblemente a su estado primitivo o, para ser más preciso, cada vez más de los nuevos-antiguos se aparean con nosotros, los «normales», de modo que las generaciones próximas volverán a ser absorbidas por el tipo doméstico. Parece que con la muerte de Pascal han perdido todas sus inhibiciones y están impacientes por pisar terreno virgen. A mi seductora amante, Nhozemphtekh, la veo vagar a menudo por los jardines. Nos saludamos amablemente e intercambiamos una sonrisa de complicidad. Yo sólo espero el momento oportuno en que vuelva a entrar en celo. Entonces volverá la dulce embriaguez de aquella mañana encantada y volaremos juntos por las galaxias del deseo, ¡siempre que Kong no se entrometa!

En lo que se refiere a ese tipo de deseo, Barba Azul y yo tenemos muchos planes

para el futuro. Después de tanta experiencia espantosa vamos a limitarnos a esperar que la próxima primavera y el verano empiecen de manera agradable y estimulante, dejándonos llevar sólo por las alas del amor.

Ya brilla el sol a través de las nubes de nieve de color gris acero, las derrite sin piedad y derrama sus primeros rayos tímidos de este nuevo año sobre el ordenador que hace poco se ha comprado Gustav. En él he introducido, durante los últimos días, mis recuerdos del caso Claudandus. Como era de esperar, Gustav mismo ya ha perdido interés por el aparato después de dos días puesto que, a pesar de la lectura de seis manuales, no lograba entender nada. Todavía queda la esperanza de que Archie le pueda echar una mano cuando se haya mudado a nuestra casa.

Yo mismo dije que toda historia real acaba de manera triste. Pero eso sólo es verdad en parte. Porque nuestras vidas son, por otro lado, también parte de una historia que Dios relata. Las escribimos juntos con Dios. Somos, por así decir, coautores. Nuestro libre albedrío y Su misericordia trabajan juntos, y aun así están siempre en conflicto. De modo que la historia no puede ser tan mala. Así acaba también la historia de Claudandus, el asesino, termina entre risas y lágrimas, según desde qué perspectiva se mire el asunto. Por lo que a mí se refiere, me siento completamente capaz de sustentar ambos puntos de vista. Pero, como se puede comprender, Claudandus no era capaz de hacerlo. Él consideraba al mundo un lugar temible. Nunca fue feliz ni podría haberlo sido jamás. Odiaba a los hombres. Odiaba al mundo entero. Decía que ninguno de nosotros tenía ni idea de cómo era el mundo en realidad. No, no es realmente tan malo. Pero a veces hay que mantener un ojo vigilante sobre él. De vez en cuando parece volverse loco.

Tal vez yo sea demasiado optimista y vea las condiciones catastróficas a mi alrededor a través de un cristal rosa, puesto que no he sufrido las horribles experiencias que Claudandus tuvo con los hombres. La verdad es que, a pesar de las tinieblas que lo envolvían y por las cuales estaba impregnado, el asesino tenía ideas muy profundas sobre la naturaleza de las cosas. De hecho, gran parte de lo que decía se acercaba peligrosamente a la verdad. No obstante, lo que le faltó fue la esperanza y la fe en la luz. Mas, ¿dónde estaríamos nosotros, las criaturas frágiles de este frágil mundo, sin fe ni esperanza?

Así que sigamos esperando, pero con un ojo siempre vigilante. Y guardemos el recuerdo del asesino cruel que quiso pagar el mal con mal. O bien, como reconoció el endiablado Preterius en uno de sus momentos de lucidez: «Me parece que ha perdido la inocencia». Sí, eso debió de ser. El problema de Claudandus era que había perdido la inocencia. Igual que los humanos.

Pero nosotros queremos seguir creyendo en la inocencia. Ante todo, los hombres no deben olvidar nunca que proceden de los animales y que por lo tanto aún conservan un pequeño resto de inocencia dentro de ellos. Claudandus dijo: «Los

animales son hombres buenos y los hombres son animales malvados». Tanto si somos buenos como malos, todos somos al fin y al cabo animales, y por eso debemos tratarnos mutuamente con amor y solidaridad.

Y así se despide su pequeño y atento servidor, Francis, con saludos muy cordiales a todos los sabihondos de este mundo. Que sigan resolviendo misterios, aunque las respuestas no merezcan el esfuerzo de encontrarlas. Y que no dejen de creer en un mundo en el que los animales y los hombres puedan vivir juntos en armonía. Naturalmente, me refiero también a las especies más inteligentes y superiores a estos últimos, ¡por ejemplo, a los FELIDAE!

Notas

[1] A diferencia de los hombres, los gatos (y también otras especies animales como, por ejemplo, los ciervos y los caballos) disponen de un tercer sentido químico entre olfato y gusto. Ese sentido percibe ciertos estímulos (moléculas olorosas) por medio de un sensor denominado órgano de Jacobson, que debe el nombre a su descubridor. Este diminuto órgano se encuentra en un conducto estrecho que sale de las encías y se asemeja a una bolsa con forma de cigarro. Para servirse de él, el animal «lame» en el aire las sustancias susceptibles de ser detectadas por ese sentido y las presiona con la lengua contra las encías de manera que estimulen al receptor. Durante el proceso, el gato adopta una mueca característica llamada «flemar», que a los hombres les parece bastante estúpida. Es frecuente ver gatos flemando al encontrarse con el seductor olor de los orines de una gata en celo. <<

[2] Supuestamente originario del estado de Maine, el «Maine-coon», grande y musculoso, con una cola larga y poblada, es una de las más antiguas razas de gatos procedentes de Estados Unidos. Su aspecto, especialmente su característico color y las oscuras manchas atigradas semejantes a las de un mapache, ha dado pie una y otra vez a la hipótesis científicamente absurda de que su existencia se debe al cruce entre un gato doméstico abandonado y un mapache (en inglés, coon). Más cierta parece la teoría compartida por muchos criadores de que la raza Maine-coon —que tiene más de cien años— surgió del cruce entre los primeros angoras traídos por los marinos británicos y el gato doméstico de pelo corto.

Dotado de gran fortaleza y de un pelaje espeso y sedoso, resistente al frío y algo más corto alrededor de los hombros, se emplea en las granjas de Nueva Inglaterra en la lucha contra las alimañas, y gracias a él se reducen las pérdidas en las cosechas ocasionadas por los roedores. El Maine-coon, que posee una cola voluminosa, un cráneo alargado y cuadrado, y un peso extraordinario para un gato doméstico (el macho puede llegar a pesar hasta 7 kg), tiene un desarrollo tardío; muchos miembros de esta raza no alcanzan su tamaño adulto hasta los cuatro años. A menudo se dice que es el gato doméstico perfecto. Probablemente contribuyan a esta fama su naturaleza bonachona, su pelaje fácil de cuidar y lo divertido que puede ser observar algunas de sus costumbres. Los Maine-coons presentan gran variedad en el tono de color y en la distribución de las manchas del pelaje. Es frecuente que cada cachorro de una camada sea de diferente color, ya que los Maine-coons tienen una considerable diversidad genética en cuanto a coloración. <<

[3] Después de la cópula, las gatas se comportan de una manera muy peculiar y hostil: durante la eyaculación, la gata emite un maullido estridente para luego soltarse de pronto, casi explosivamente, del gato y volverse contra él enfurecida. Un cambio tan radical de actitud hacia la pareja sexual no se observa en ninguna otra especie del reino animal. Sin embargo, tan extraño comportamiento quizá se explique por las características del pene del gato. Éste se halla provisto en la punta de numerosas espinas que estimulan de un modo muy intenso, si no doloroso, la vagina de la hembra. Dicho rasgo anatómico, sin embargo, no se debe a algún tipo de antojo sádico de la naturaleza, sino que cumple una función biológica importante y práctica. Como consecuencia de tal estímulo, se originan en el conducto vaginal una serie de reacciones nerviosas y hormonales que culminan finalmente, unas veinticuatro horas después de la cópula, en la ovulación, y así se posibilita la fecundación.

Después del coito, la gata se estira ronroneante en el suelo y lanza agresivos zarpazos contra su amante, quien merodea por los alrededores aguardando la siguiente oportunidad de apareamiento. <<

[4] Hogar de Pipi Calzaslargas, personaje de Astrid Lindgren. (N. de la T.) <<

[5] Los gatos son verdaderas máquinas musculares que necesitan de un mantenimiento constante y esmerado. Cada gato tiene más de 500 músculos, mientras que el hombre, de tamaño considerablemente mayor, tiene solamente 650. Los músculos mayores sirven para impulsar las potentes patas traseras, aunque el gato también tiene músculos poderosos en el cuello y las patas delanteras, que le sirven especialmente para atrapar sus presas. Aparte de esta musculatura controlable que obedece las órdenes del cerebro, existen numerosos músculos que funcionan de forma involuntaria y que controlan el buen funcionamiento de los órganos internos. Por eso hacen los gatos un estiramiento completo tras echar un sueño o después de un período relativamente largo de inmovilidad: para evitar cualquier deterioro muscular. <<

[6] El famoso acicalamiento del gato no se debe únicamente al afán de limpieza. El repetido lamido de los gatos no sólo elimina polvo, suciedad y restos de comida sino que estimula unas glándulas debajo de la piel que mantienen el pelaje suave y lo impregnan de sustancias impermeabilizadoras. Además, con la lengua, el animal absorbe diminutas cantidades de vitamina A, vitamina esencial formada por los efectos de la luz solar en la piel. Pero la «obsesión» de los gatos por la limpieza también está relacionada con el equilibrio del calor corporal, la llamada «termorregulación». Puesto que por su pelaje los gatos no pueden transpirar, ensalivarse sustituye la función refrigerante del sudor. Por eso los gatos se limpian tan minuciosamente en días calurosos y también después de actividades agotadoras como cazar, jugar o comer. Y finalmente, limpiarse les sirve también para eliminar pelos sueltos y parásitos. Se sospecha que el proceso de relamerse también favorece el nacimiento de pelo nuevo. <<

[7] Los colourpoints, de cabeza grande, orejas minúsculas, patas pequeñas, cola corta y pelaje sedoso de un color entre crema y marfil, son fruto de un cruce genético realizado exclusivamente por el hombre. Su existencia se debe tanto al deseo de resolver problemas genéticos por medio de la cría, como al propósito de crear un gato, a través de un programa de cruces minuciosamente planificados, que reuniera la típica «coloración siamesa» (pelo claro algo más oscuro en cara, orejas, patas y cola, y ojos de un azul intenso) con las características del gato persa (pelo largo y sedoso, cuerpo corto). A pesar de dicho objetivo común, los criadores europeos y estadounidenses no lograron ponerse de acuerdo en una designación única ni en una denominación de raza para su obra de arte. En Estados Unidos, esta creación recibe el nombre de «gato himalayo» y goza del estatus de raza. La denominación «gato jmer», utilizada inicialmente de modo provisional, cayó en desuso cuando la Organización Estadounidense para Gatos de Raza los reconoció bajo el nombre colourpoint.

Esta raza felina (como la foreign white, de ojos azules) es ejemplo de la obstinación y falta de escrúpulos de los criadores para lograr un «producto» conforme a sus deseos. Según las normas de la Federación Mundial, una nueva raza sólo llega a ser «oficial» cuando surge del apareamiento puro —es decir, entre miembros de la misma raza— a lo largo de tres generaciones. Por este motivo fue necesaria la cría de cientos de gatos, así como un cruce consanguíneo extraordinariamente intenso, antes de que en 1955 los colourpoints alcanzasen tal reconocimiento oficial. Para aquel entonces hasta los criadores tuvieron que reconocer que esta nueva raza de gatos necesitaba un cruce con los persas a fin de mejorar la calidad del pelaje y el cuerpo. ¡Pero sólo dieciocho años más tarde se anunció públicamente con orgullo que se había alcanzado el objetivo del cruce! <<

[8] Los bigotes (vibrisas) largos, rígidos y muy sensibles de los gatos no sirven sólo para tocar y palpar los objetos próximos. Con estos órganos sensoriales hipersensibles, pueden darse cuenta con rapidez de los cambios más sutiles en las corrientes de aire. Después de todo, el gato debe ser capaz de esquivar una multitud de objetos de diversos tamaños en la oscuridad sin derribarlos. Al acercarse a objetos sólidos, éstos producen unas desviaciones mínimas en la circulación normal del aire. Gracias a la increíble sensibilidad de sus vibrisas, el gato percibe dicha «corriente» y esquiva con elegancia cualquier obstáculo.

Estas vibrisas son también imprescindibles para la caza nocturna. Con unas vibrisas intactas, el gato puede dar el mordisco mortal propio de la especie incluso en la más completa oscuridad. En cambio, si tiene dañados esos órganos, sólo puede cazar de día o con suficiente iluminación; en la oscuridad se lanzaría de manera imprecisa y agarraría a su presa por una parte indebida del cuerpo. Las vibrisas se emplean como una especie de radar que, en la oscuridad o con pésimas condiciones de visibilidad, puede definir el contorno de la víctima en milésimas de segundo, guiando así el mordisco del gato hacia el cuello de la presa. Es como si las puntas de las vibrisas pudiesen «leer» con todo detalle el perfil de la víctima y dar órdenes al cerebro respecto a los próximos pasos que deben seguirse. Las vibrisas salen del tejido labial superior y están arraigadas a una profundidad tres veces mayor que los demás pelos corporales. Tienen en sus raíces numerosas terminaciones nerviosas que transmiten rápidamente al cerebro cada impresión recibida. <<

[9] El tiempo de preparación necesario antes de la cópula y las correspondientes orgías sexuales maratonianas, así como la tendencia a la promiscuidad han contribuido a que los gatos tengan, desde los tiempos más remotos, el estigma de ser criaturas lujuriosas. Efectivamente, el acto amoroso puede prolongarse durante horas e incluso, con alguna interrupción, durante días. Sin embargo, la elección de pareja es asunto exclusivamente de la hembra. Sólo la hembra lleva, en todo momento, las riendas de los acontecimientos.

Para comenzar, la hembra en celo llama a cuanto gato esté al alcance del oído. Éstos, naturalmente, se sienten atraídos por su «perfume erótico» especial y siguen la llamada seductora desde todos los rincones. El gato cuyo distrito haya sido elegido por la hembra para entonar su aria se encuentra en franca ventaja con respecto a los demás competidores, quienes finalmente ceden también a la dulce tentación y se adentran en el territorio prohibido. Estas entradas no autorizadas tienen como lógica consecuencia numerosas riñas entre los pretendientes en cuestión. El consiguiente griterío se suele interpretar erróneamente como expresión de éxtasis sexual, aunque en realidad sólo se trata de una muestra de ira justificada. A continuación, la dama suele volver a ser el foco de interés general y los demás gatos siguen siendo exactamente eso: gatos. El gato que finalmente resulta elegido tampoco es necesariamente quien domina el territorio. Depende únicamente de la hembra elegir al amante. <<

[10] A menudo no se concede suficiente importancia al hecho de que los gatos sean francamente sibaritas. Por ese motivo, gran parte de estos animales se ven condenados a una alimentación demasiado monótona para sus paladares. Cierto es que la composición de los alimentos secos y de lata de las más conocidas marcas está basada en estudios hechos por la Academia Nacional de las Ciencias de Estados Unidos sobre los principios científicos para la alimentación adecuada de felinos. Pero ¿quién quiere alimentarse únicamente de comida enlatada? Además, también es verdad que las normas alemanas en cuanto a alimentos para animales son las más estrictas del mundo, y que la comida enlatada cubre todas las necesidades tanto calóricas como vitamínicas del gato, de modo que podría, en un momento dado, vivir sólo de ellas. No obstante, el verdadero amigo del gato obsequia a su compañero regularmente con manjares frescos. El pescado fresco, la carne fresca (¡desde luego no de cerdo!) y sobre todo el hígado fresco alegran el corazón del gato. Pero incluso entre gatos, que son de los animales más delicados del mundo, existen gustos diferentes. Igual que los hombres tienen sus preferencias y sus aversiones, les encantan ciertos platos y, sin embargo, rechazan otros sin motivo aparente. Y también, igual que a los hombres, una alimentación equivocada los perjudica.

¡ADVERTENCIA!: ¡Darle a los gatos carne cruda puede costarles la vida! Tanto la carne fresca como las vísceras pueden ser portadores de parásitos o agentes patógenos como la salmonela. Eso se aplica también a la carne de ternera que, a menudo, contiene el virus causante de la enfermedad de Aujeszkysche, que resulta mortal para los gatos. Por eso, al contrario que la comida comercial esterilizada, las carnes crudas y las vísceras siempre deben cocinarse. Pero una alimentación que consiste únicamente en carne carece también de la necesaria cantidad de calcio. Una deficiencia de este mineral da lugar a huesos frágiles, ya que el cuerpo tiene que servirse del calcio depositado en ellos. La ingestión regular de proteínas de baja calidad, como desechos de la carne y restos de alimentos, lleva al gato a una muerte a plazos. Al faltarle los aminoácidos esenciales, el animal adelgaza, su piel se vuelve de un tono mate que cobra aspecto desgreñado, y pierde progresivamente el apetito, volviéndose asimismo apático.

El pescado de río contiene el fermento denominado tiaminasa, que destruye la vitamina B12 tan esencial para los gatos. Por lo tanto, una alimentación que consiste exclusivamente en ese tipo de alimento pronto llega a producir síntomas carenciales (por ejemplo, falta de apetito, vómitos y calambres). De modo que los pescados de río también deben cocinarse para conservar su aporte de vitamina B, antes de dárselos al

gato.

¡ADVERTENCIA DOBLE!: Aunque los gatos también necesiten una cierta aportación de alimentos de origen vegetal (de vez en cuando comen incluso algo de hierba) siguen siendo, ante todo, carnívoros y deben alimentarse como tales. Los intentos actuales por parte de vegetarianos de alimentar a sus gatos sin carne (¡increíble!) son un desacierto sádico. Los gatos se vuelven enfermizos y contraen numerosas y graves dolencias si se alimentan exclusivamente de forma vegetariana. Desmond Morris, un especialista en gatos, calificó hace poco una obra que acababa de publicarse con recetas vegetarianas para gatos, como un caso claro de crueldad contra animales. <<

[11] Antes de que los gatos llegasen a ocupar su puesto actual de animales domésticos mimados, su popularidad entre los hombres se debía a su habilidad para acabar con los roedores. Además, han cumplido ese cometido con mucho éxito desde que el Homo sapiens comenzó a almacenar grano. En el campo, bastan un par de gatos de granja bien cuidados para ocuparse del aumento indeseado de la población de roedores. Antes de la intervención de los gatos, el hombre se encontraba desamparado y a merced de dichas plagas.

Se dice que el campeón de los cazarratones fue un gato atigrado que vivía en una fábrica de Lancashire, Inglaterra, que liquidó un total de 22 000 ratones a lo largo de sus 23 años de vida. Eso da un promedio de tres por día: una buena cantidad para un gato que también recibe «extras» de los hombres. Parece que tenía aun más éxito una gata atigrada del estadio White City, que se alimentaba sólo de ratas. En un plazo de seis años cayeron 12 480 de aquellos coetáneos antipáticos en sus redes, lo que da un promedio de entre cinco y seis por día. Así se comprende el afán de los antiguos egipcios por domesticar al gato y por castigar a quien matase un gato con la pena de muerte. <<

[12] La asombrosa resistencia de los gatos al caer y su capacidad de sobrevivir a las caídas libres desde grandes alturas, sin sufrir daños, han causado desde siempre admiración y también han dado origen a la leyenda de que los gatos tienen siete vidas. El récord, atestiguado por dos veterinarios neoyorquinos, lo tiene un gato que sobrevivió a una caída desde el piso trigesimosegundo de un rascacielos (¡ciento cincuenta metros de altura!) con sólo unas heridas de menor importancia que hicieron necesario su ingreso para que fuera tratado por un veterinario durante dos días.

Comparado con otros animales (incluido el animal humano) los gatos tienen una superficie corporal considerablemente mayor que su masa corporal. En consecuencia alcanzan con mucha rapidez su velocidad de caída (extraordinariamente baja), con lo cual se amortigua de modo considerable el golpe. Y además los gatos, como descendientes de animales de rapiña que son, están equipados con una vista binocular y espacial (estereoscópica) excelente que les permite «hacer juegos de equilibrio» con sus cuatro extremidades al aterrizar, y repartir así la fuerza del impacto. Ya en mitad de la caída los gatos ponen en práctica un reflejo innato en ellos: justo en el momento en el que alcanzan su velocidad máxima de caída, se transforma la tensión inicial de la musculatura de las piernas en un relajamiento muscular total. Entonces el gato se asemeja a un paracaídas natural que se sirve del efecto de frenado del aire y planea con sus cuatro extremidades extendidas. <<

[13] Se incurre en un grave error al interpretar estos gestos felinos como un acto «machista» de fuerza represiva. No puede reiterarse suficientemente que es la hembra quien lleva el cetro en todo asunto relacionado con la sexualidad. En el amor, es siempre ella la que acostumbra hacer uso de la «violencia contra el gato» por más que éste se esfuerce en conquistar a su «Reina». El mordisco en el cuello no es de ninguna manera una agresión, sino un artilugio psicológico desesperado que los gatos ponen en práctica para protegerse de los ataques salvajes de sus adoradas. Provoca una reacción automática, la llamada «rigidez del transporte», que se remonta a los días de la infancia. Gatitos jóvenes reaccionan de esta manera al «mordisco para transporte» de sus madres. Es una reacción necesaria para que la madre pueda poner sus gatitos a salvo sin que hagan «travesuras» al presentarse situaciones críticas. Con el tiempo ese instinto se atrofia parcialmente, pero nunca del todo. Por eso, el gato que sujeta con los dientes la piel del cuello de su pareja sexual enloquecida de amor tiene bastantes posibilidades de volver a convertirla en una tierna gatita en boca de su madre. Sin este truco «hipnotizante», los gatos saldrían del juego amoroso aun peor parados. <<

[14] La creencia de que los gatos domésticos son capaces de matarse unos a otros tiene una base real. Durante sus frecuentes y salvajes peleas, los luchadores pueden llegar a infligirse heridas mortales. Las disputas felinas en un medio agreste son, de hecho, cosa poco frecuente, ya que resulta más fácil no cruzarse en el camino del otro; pero a menudo la falta de espacio de la ciudad da origen a contiendas, en especial entre machos rivales.

Un gato que ataca suele intentar aplicarle a su adversario el mordisco mortal en el cuello que normalmente va destinado a sus presas. Sin embargo, los correspondientes preliminares los lleva a cabo con sentimientos claramente divididos, porque sabe que le espera una resistencia feroz. A la pelea en sí le preceden gestos amenazadores. Cuando finalmente uno de los adversarios ataca y se prepara para dar el mordisco mortal, el otro contraataca con las patas delanteras, hundiéndole sus garras afiladas ya preparadas. Al mismo tiempo lo golpea con toda la fuerza de sus poderosas patas traseras. En el calor de tales contiendas, mientras los contrincantes ya sin aliento ruedan, se revuelcan y se atacan mutuamente, ocurre a veces que uno de los animales muere o recibe heridas mortales a corto plazo. <<